

Una historia de Nueva York

WASHINGTON IRVING



Esta no es una historia cualquiera.

En 1809, un anciano caballero que responde al nombre de Diedrich Knickerbocker desaparece del hotel en el que se hospedaba, dejando en su habitación un par de alforjas que contienen un montón de hojas manuscritas. Ante la imposibilidad de dar con su paradero, los dueños del hotel envían una nota de aviso a varios diarios con la esperanza de que alguien les ayude a encontrarlo, pues se teme por su salud mental y, además, se ha marchado sin saldar su cuenta. Es probable que por ello se vean obligados a vender el curioso legajo de las alforjas para su publicación.

Y así sucedió, y el presente libro cosechó un gran éxito entre los lectores de la época, quienes no supieron hasta más adelante que nunca existieron tales hospederos y jamás vivió tal historiador: tras Knickerbocker se esconde el magistral Washington Irving, en una singular y amena obra que nos lleva a los orígenes de la ciudad de Nueva York. Como señala el propio Irving en su epílogo, «quedé sorprendido al descubrir el escaso número de mis conciudadanos que eran conscientes de que Nueva York había sido con antelación Nueva Ámsterdam, que habían oído los nombres de sus primeros gobernadores neerlandeses». Un relato que verdaderamente hizo historia.



Washington Irving

Una historia de Nueva York

ePub r1.0

Ablewhite 21-12-2016

Título original: *A History of New York*
Washington Irving, 1809
Traducción: Enrique Maldonado Roldán

Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2



HISTORIA DE NUEVA YORK DESDE EL PRINCIPIO DE LOS TIEMPOS HASTA EL FIN DEL DOMINIO NEERLANDÉS

La cual contiene, entre muchas cuestiones sorprendentes y curiosas, las inenarrables reflexiones de Gualterio el Dubitativo, los desastrosos proyectos de Guillermo el Irascible y los hidalgos logros de Pedro el Testarudo, los tres gobernadores neerlandeses de Nueva Ámsterdam, en la que es la única historia auténtica de la época que ha sido o será publicada.

Una obra de
Diedrich Knickerbocker

Respetuosamente dedicada a la
Sociedad Histórica de Nueva York
como modesto e indigno testimonio de la profunda
veneración y exaltada estima de su admirador,
servidor de ustedes,

Diedrich Knickerbocker

*De waarheid die in duister lag.
Die komt met klaarheid aan den dag*^[1].

Evening Post, 26 de octubre de 1809^[2]:

ALARMANTE

Dejó su hospedaje hace algún tiempo y desde entonces nada se sabe de él. Caballero menudo y entrado en años, vestido con un viejo abrigo negro y sombrero de tres picos, responde al apellido *Knickerbocker*. Puesto que existen motivos para considerar que no se encuentra por entero en sus cabales y su situación genera gran ansiedad, se agradecerá cualquier información relacionada con él que pueda facilitarse en el Columbian Hotel de la calle Mulberry o en la oficina de este diario.

P. D.: Los editores de prensa estarán colaborando con una causa humanitaria al dar cabida en sus diarios al anuncio precedente.

Evening Post, 6 de noviembre de 1809:

Al editor del *Evening Post*:

Estimado señor, tras leer en su diario del pasado 26 de octubre un texto sobre un anciano caballero apellidado Knickerbocker que se ausentó de su hospedaje; por si fuera de alivio para sus amistades o pudiera aportarles alguna pista para descubrir su paradero, puedo informarles que una persona que responde a la descripción ofrecida fue vista por los pasajeros de la diligencia a Albany, a primeras horas de la mañana, unas cuatro o cinco semanas atrás, descansando junto a la carretera, ligeramente al norte de King's Bridge. Llevaba en la mano un pequeño fardo envuelto en un pañuelo rojo; parecía estar viajando en dirección norte y se encontraba muy fatigado.

Un viajero.

Evening Post, 16 de noviembre de 1809:

Al editor del *Evening Post*:

Estimado caballero, fue usted muy amable al publicar en su diario unas líneas sobre el señor *Diedrich Knickerbocker*, quien desapareció de forma muy extraña hace un tiempo. Del anciano caballero nada satisfactorio ha llegado hasta nuestros oídos, pero se ha encontrado en su habitación, de su puño y letra, *un tipo muy curioso de libro*. En esta ocasión deseo que le notifique, si es que sigue vivo, que de no regresar y abonar sus cuentas por alojamiento y manutención, deberé disponer de su libro para satisfacer estas deudas.

Afectísimo servidor de usted,

Seth Handaside,
patrón del Independent Columbian Hotel,
calle Mulberry.

Evening Post, 28 de noviembre de 1809:

NOVEDAD LITERARIA

Inskeep & Bradford imprimen y publicarán en breve:

Una historia de Nueva York,
en dos volúmenes, 12vo. Precio: 3 \$.

Contiene una descripción de su descubrimiento y colonización, con medidas políticas internas, costumbres, guerras, etc., durante el mandato neerlandés. En él se aportan muchos detalles curiosos e interesantes nunca antes publicados que provienen de diversos manuscritos y otras fuentes acreditadas, todo ello salpicado de especulaciones filosóficas y preceptos morales.

La obra fue hallada en la habitación del señor Diedrich Knickerbocker, el anciano caballero cuya desaparición misteriosa y repentina fue noticia reciente. Se publica con el objetivo de saldar ciertas deudas impagadas.

American Citizen, 6 de diciembre de 1809:

Inskeep & Bradford (Broadway, 128),

PUBLICAN

UNA HISTORIA DE NUEVA YORK,

...

(mismo contenido que la anterior).

A propósito del autor

Fue en algún momento, si mal no recuerdo, de inicios del otoño de 1808 cuando un desconocido solicitó hospedaje en el Independent Columbian Hotel de la calle Mulberry, del cual soy patrón. Se trataba de un hombre menudo y entrado en años, aunque de aspecto brioso. Vestía un abrigo negro descolorido, pantalones bombachos de terciopelo color oliva y un pequeño sombrero de tres picos. Tenía un mechón de cabellos grises trenzados a la espalda y parecía no haberse afeitado en un par de días. El único elemento de valor que portaba eran dos brillantes hebillas cuadradas de plata en los zapatos. Todo su equipaje estaba contenido en un par de pequeñas alforjas que cargaba bajo el brazo. Su aspecto, en conjunto, era bastante fuera de lo común, por lo que mi mujer, que es de lo más perspicaz, de inmediato decidió que se trataba de algún eminente maestro de escuela rural.

Puesto que el Independent Columbian Hotel es un edificio muy pequeño, inicialmente quedé un tanto desconcertado a la hora de decidir dónde alojarlo; sin embargo, mi mujer, que parecía encantada con su aspecto, se empeñó en hospedarlo en la mejor habitación, que está decorada con la mayor elegancia con los perfiles en negro de toda la familia, realizados por los grandes pintores Jarvis y Wood^[3]. A esto se suma que la habitación ofrece una vista agradable de las nuevas tierras del Collect, junto con la parte trasera del asilo y de Bridewell, así como la fachada del hospital, por lo que es la habitación más jovial de toda la casa^[4].

Durante todo el tiempo que anduvo con nosotros, lo consideramos un respetable caballero del mejor tipo, si bien un tanto peculiar en sus costumbres. Permanecía durante días en su habitación y, si alguno de los niños lloraba o hacía ruido junto a su puerta, aparecía en el pasillo encolerizado, con las manos llenas de papeles, y murmurando algo sobre «descomponer sus ideas», lo que hacía a mi mujer creer a veces que no estaba del todo en su sano juicio. De hecho, había más de una razón para que pensara así, ya que su habitación estaba siempre cubierta de pedazos de papel y viejos libros enmohecidos desperdigados por aquí y por allá que jamás permitía que nadie tocara, pues argumentaba que los había distribuido en los lugares adecuados para poder después saber dónde encontrarlos. Ahora bien, pasaba la mitad de su tiempo dando vueltas preocupado por la casa buscando algún libro o alguna anotación que había dejado cuidadosamente a un lado. Nunca olvidaré el escándalo que montó en una ocasión en la que mi mujer, mientras él se encontraba de espaldas, limpió su habitación y colocó cada cosa en su sitio; el anciano juraba que no iba a ser capaz de volver a ordenar sus papeles ni en todo un año. Ante esto, mi mujer se atrevió a preguntarle qué hacía con tantos papeles y libros, a lo que él respondió que estaba «buscando la inmortalidad», lo que hizo pensar a mi esposa más que nunca que la cabeza del pobre anciano estaba un tanto descompuesta.

Era un tipo muy inquisitivo y, cuando no se encontraba en su habitación, andaba continuamente husmeando por la ciudad, enterándose de todas las noticias y entrometiéndose en cuanto sucedía. Este era el caso especialmente en torno a las fechas de las elecciones, cuando no hacía más que ir y venir de una urna a otra y asistir a todas las reuniones de los distritos electorales y de los comités, si bien nunca pude ver que se inclinara por ninguna de las partes. Por el contrario, regresaba a casa y clamaba iracundo contra los dos partidos; incluso llegó a demostrar a las claras un día —para satisfacción de mi esposa y de las tres damas de edad que tomaban el té con ella, una de las cuales estaba sorda como una tapia— que los dos partidos eran como granujas que tiraban de los extremos de los faldones de la nación y que terminarían por arrancarle el abrigo de la espalda, dejándola completamente desnuda. Era de hecho un profeta entre los vecinos, que se reunían a su alrededor para escucharlo hablar durante toda la tarde, mientras él fumaba su pipa en el banco situado ante la entrada, y realmente creí que sería capaz de llevar a su terreno a todos los vecinos si estos hubieran podido descubrir en algún momento cuál era este.

Era muy dado a discutir —o a *filosofar*, como él decía— sobre las cuestiones más frívolas, y si soy justo con él, nunca conocí a nadie que pudiera igualarlo, excepción hecha por un caballero de aspecto serio que se presentaba de cuando en cuando a verlo y a menudo se enfrentaba con él en una discusión. Pero esto no es en absoluto sorprendente, ya que posteriormente he descubierto que el desconocido es el bibliotecario de la ciudad, el cual, por supuesto, ha de ser un hombre de gran erudición e incluso tengo mis dudas de si no tendrá algo que ver con la siguiente historia.

Puesto que nuestro inquilino llevaba mucho tiempo con nosotros y nunca habíamos recibido pago alguno, mi esposa empezó a mostrarse un tanto molesta y curiosa por descubrir quién era y a qué se dedicaba. Así pues, tuvo el atrevimiento de plantear la cuestión a su amigo, el bibliotecario, quien respondió con su habitual aridez que era uno de los *literati*, lo que mi esposa entendió que debía de ser algún nuevo partido político. Detesto presionar a un inquilino para que abone su renta, por lo que dejé pasar un día tras otro sin apremiar al anciano caballero; sin embargo, mi esposa, que siempre se toma estas cuestiones como algo personal y es, como he dicho, una mujer astuta, terminó por perder la paciencia y le insinuó que consideraba llegado el momento de que «cierta gente pueda ver el dinero de ciertas personas». A esto el anciano caballero respondió, de lo más susceptible, que no tenía por qué inquietarse, pues poseía un tesoro (señaló sus pequeñas alforjas) que valía más que toda la casa. Esta fue la única respuesta que pudimos obtener, y habida cuenta de que mi esposa, con alguno de esos medios extraños con los que las mujeres averiguan todo, supo que tenía muy altas relaciones —pues era familiar de los Knickerbocker de Schaghticoke y primo hermano del congresista con el que comparte apellido—, no quiso ser descortés con él. Lo que es más, llegó incluso a ofrecer, sencillamente para facilitar las cosas, permitirle vivir sin pagar renta a cambio de que enseñara a los

niños a leer, así como hacer lo posible para que los vecinos le enviaran también a sus hijos; no obstante, el anciano se mostró tan enfurecido y pareció tan ofendido al ser tomado por un maestro de escuela que mi esposa jamás se atrevió a mencionar de nuevo la cuestión.

Unos dos meses atrás, el anciano salió una mañana con un fardo en la mano. Desde entonces nada se ha sabido de él. Se realizaron todo tipo de indagaciones para localizarlo, pero nada surtió efecto. Escribí a sus familiares de Schaghticoke; sin embargo, estos respondieron que no había pasado por allí en dos años, después de que mantuviera una fuerte discusión con el congresista por motivos políticos y se marchara ofendido, tras lo que nada han vuelto a saber de él. He de reconocer que me sentía muy preocupado por el pobre caballero, puesto que pensaba que algo terrible debía de haberle sucedido para ausentarse tanto tiempo sin regresar a saldar su cuenta. Por ello, puse un anuncio en los periódicos y, si bien mi triste petición fue publicada por varios editores de corazón humanitario, hasta ahora nada satisfactorio he podido saber de él.

Mi esposa decidió que había llegado el momento de pensar en nosotros mismos y ver si había dejado en su habitación algo que pudiera sufragar los gastos de su alojamiento y manutención. No obstante, nada hallamos excepto ciertos libros antiguos, algunos papeles enmohecidos y el par de alforjas, las cuales, abiertas en presencia del bibliotecario, contenían solo algunas prendas de ropa desgastadas y un gran legajo de papeles emborronados. Al ver esto, el bibliotecario aseguró no albergar duda de que se trataba del tesoro que había mencionado el anciano, que resultó ser una excelentísima y fidedigna Historia de Nueva York que nos recomendó encarecidamente publicar. Nos aseguró que sería adquirida con tanta avidez por el público entendido que —no lo dudaba— aportaría lo suficiente para pagar diez veces nuestros atrasos. Ante esto, avisamos a un maestro de escuela muy instruido, el profesor de nuestros hijos, para que preparara el material para la imprenta, lo cual ha hecho, añadiendo incluso diversas notas de su puño y letra y un grabado de la ciudad tal y como era en los años sobre los que escribe el señor Knickerbocker.

Esta es, por tanto, la exposición de los verdaderos motivos para haber dado a la imprenta este trabajo sin esperar el consentimiento del autor, y por la presente declaro que, si llegara a regresar (aunque mucho me temo que algún desdichado accidente le ha debido de ocurrir), estoy dispuesto a abordar la cuestión con él como un hombre verdadero y honrado. Y pues esto es todo por el momento, se despide, humilde servidor de todos ustedes,

Seth Handaside

*Independent Columbian Hotel,
Nueva York.*

Al público

«Para rescatar del olvido el recuerdo de antiguos acontecimientos y rendir justo homenaje de renombre a las muchas y maravillosas actuaciones» de nuestros progenitores neerlandeses, Diedrich Knickerbocker, nativo de la ciudad de Nueva York, «presenta este ensayo histórico^[5]». Como el gran Padre de la Historia cuyas palabras acabo de citar, trataré de años pasados, sobre los que el ocaso de la incertidumbre ha arrojado ya sus sombras y sobre los que la noche del olvido a punto se encontraba de descender para siempre. Con gran inquietud he observado durante mucho tiempo la historia temprana de esta antigua y venerable ciudad, que gradualmente escapaba de nuestras manos, temblaba en los labios de la antigüedad narrativa y día a día se desmoronaba sobre su tumba. En breve, pensaba, estos venerables burgueses neerlandeses que ejercen de inestables monumentos de los buenos tiempos de antaño se reunirán con sus padres; sus hijos, absortos en los vacuos placeres o las insignificantes actividades de la época presente, olvidarán atesorar los recuerdos del pasado, y la posteridad buscará en vano los monumentos de los días de los Patriarcas. El origen de nuestra ciudad quedará enterrado en el olvido eterno e incluso los nombres y los logros de Wouter van Twiller, Wilhelmus Kieft y Pieter Stuyvesant acabarán envueltos en dudas y ficciones, como aquellos de Rómulo y Remo, de Carlomagno, del rey Arturo, de Rinaldo y de Godofredo de Bouillón.

Decidido, por tanto, a evitar en lo posible esta amenazadora desgracia, me dispuse aplicado a trabajar, a reunir todos los fragmentos de nuestra historia primera que todavía sobreviven y, como mi reverenciado prototipo, Herodoto, cuando no podían hallarse registros escritos, me esforcé por seguir el curso de la historia a través de tradiciones debidamente acreditadas.

En esta ardua empresa, que ha sido la única ocupación de una vida larga y solitaria, incontable es el número de doctos autores que he consultado, todo para lograr escaso rédito. Por extraño que pueda parecer, si bien se han escrito multitud de excelentes obras sobre esta región, no ha llegado hasta nuestros días ninguna que ofrezca una descripción completa y satisfactoria de la historia temprana de Nueva York ni de sus tres primeros gobernadores neerlandeses. No obstante, he obtenido mucha información valiosa y de gran curiosidad gracias a un elaborado manuscrito, redactado en un bajo neerlandés excesivamente puro y clásico (excepto por un puñado de errores ortográficos), que fue hallado en los archivos de la familia Stuyvesant^[6]. De igual modo, he logrado en mis investigaciones recopilar numerosas leyendas, cartas y otros documentos de las arcas familiares y los altillos de nuestros respetables ciudadanos neerlandeses. He recogido también un sinfín de tradiciones debidamente acreditadas gracias a varias excelentes ancianas, conocidas más todas ellas, las cuales prefieren mantener el anonimato. Tampoco puedo olvidar reconocer

la magnífica asistencia que me ha prestado esa institución admirable y digna de elogio que es la Sociedad Histórica de Nueva York, a la que desde estas líneas muestro públicamente mi más sincero reconocimiento^[7].

Para la realización de este inconmensurable trabajo no he adoptado un solo modelo individual, sino más bien al contrario, me he contentado sencillamente con combinar y concentrar las excelencias de los historiadores clásicos más acreditados. Como Jenofonte, he mantenido la mayor imparcialidad y una estricta fijación a la verdad a lo largo de mi historia. La he enriquecido al modo de Salustio con diversos personajes venerables, ampliamente descritos y adornados con toda fidelidad. La he condimentado con profundas especulaciones políticas como haría Tucídides, almibarado con la elegancia del sentimiento al modo de Tácito y le he infundido toda la dignidad, la grandeza y la magnificencia de Tito Livio.

Soy consciente de que provocaré la censura de numerosos críticos juiciosos y muy versados al permitirme con excesiva frecuencia los audaces modos digresivos de mi apreciado Herodoto. Si les soy sincero, me ha resultado por completo imposible resistirme a las tentaciones de esos agradables episodios que, como los parterres de flores y los fragantes emparrados, bordean el camino polvoriento del historiador y lo seducen para hacerse a un lado y refrescarse durante su expedición. Sin embargo, confío en que se reconozca que siempre he retomado mi materia para avanzar en el agotador camino con energías renovadas, por lo que tanto mis lectores como yo nos habremos beneficiado del descanso.

De hecho, si bien ha sido mi constante anhelo e invariable intención, en competencia con el propio Polibio, la adhesión a la necesaria unidad de la Historia, el modo disperso y desconectado en el que muchos de los hechos aquí registrados se me han presentado ha hecho de tal intento algo extremadamente dificultoso. Esta contrariedad se ha visto asimismo incrementada por uno de los mayores objetivos asumidos en mi trabajo: trazar el nacimiento de diversas costumbres e instituciones en esta destacada ciudad, así como compararlas en el germen de su infancia con lo que son en la presente senectud de conocimiento y progreso.

Empero, el principal mérito que me atribuyo y en el que fundamento mi esperanza de futura estimación es la fidedigna veracidad con la que he compilado esta inestimable obra breve, tras aventar con sumo cuidado la paja de la hipótesis y rechazar la cizaña de la fábula, que son muy capaces de brotar y asfixiar el grano de la verdad y la integridad del conocimiento. De haber ansiado cautivar a la muchedumbre frívola que planea como la golondrina sobre la superficie de la literatura, o si hubiera anhelado encomendar mis textos a los consentidos paladares de los hedonistas literarios, podría haberme valido de la oscuridad que pende sobre los años de infancia de nuestra ciudad para introducir un millar de gratas ficciones. Sin embargo, he rechazado escrupulosamente suntuosas patrañas y maravillosas aventuras con las que el adormilado oído de la indolencia veraniega pudiera sentirse cautivado, para defender con celo la fidelidad, seriedad y dignidad que ha de

distinguir siempre al historiador. «Un escritor de este tipo —observa un elegante crítico— debe mantener el carácter de un hombre sabio y trabajar para la instrucción de la posteridad; ha de ser alguien que ha estudiado para informarse adecuadamente, que ha valorado la materia con atención y se dirige a nuestro juicio en lugar de a nuestra imaginación».

Sumamente afortunada es, por tanto, esta nuestra renombrada ciudad al contar con acontecimientos dignos de colmar el interés de la historia, y doblemente afortunada es por disponer de un historiador como un servidor para relatarla. Porque, a fin de cuentas, amable lector, las ciudades, *por sí mismas*, y, de hecho, los imperios, *por sí mismos*, no son nada sin un historiador. Es el paciente narrador quien alegre registra la creciente prosperidad de su auge; quien proclama el esplendor de su cénit; quien apuntala sus débiles monumentos cuando estos se tambalean en decadencia; quien reúne sus dispersos fragmentos mientras estos se pudren; y quien devotamente y en detalle recopila sus cenizas en el mausoleo de su texto y erige un monumento triunfal para transmitir su fama a todo tiempo sucesivo.

«¿Qué —en palabras de Diodoro Sículo—, qué ha sido de Babilonia, de Nínive, de Palmira, de Persépolis, de Bizancio, de Acragante, de Cícico y de Mitilene?». Han desaparecido de la faz de la tierra: ¡han perecido a falta de un historiador! El filántropo puede sollozar por su ruina; el poeta puede deambular entre los arcos enmohecidos y las columnas despedazadas y dejarse llevar con las huidas visionarias de su imaginación; pero ¡ay!, el historiador moderno, cuya pluma fiel, como la mía propia, está condenada sin remedio a quedar confinada a la aburrida materia de los datos, busca en vano entre sus inconscientes restos algún recordatorio que pueda referir el instructivo relato de su gloria y su ruina.

«Las guerras, las conflagraciones y los diluvios —dice Aristóteles— destruyen las naciones, y con ellas todos sus monumentos, sus descubrimientos y sus vanidades. La antorcha de la ciencia ha quedado extinguida más de una vez y ha vuelto a reavivarse; un puñado de individuos que escaparon por azar vuelven a reunir las hebras de las generaciones». Así pues, el historiador es el patrón de la humanidad, el sacerdote custodio que mantiene encendido el candil perpetuo de las distintas épocas. Aunque tampoco queda este sin recompensa. Todo en cierto modo es tributario de su renombre: como el gran planificador de la navegación tierra adentro, entre esclusas, que afirmó que los ríos, los lagos y los océanos fueron creados únicamente para alimentar los canales, definiendo que las ciudades, los imperios, las conjuras, las conspiraciones, las guerras, el caos y la desolación fueron dispuestos por la Providencia únicamente como alimento del historiador. No forman más que el pedestal al que asciende intrépido a la vista de las generaciones que lo rodean y reclama para sí, desde la creación del orbe hasta el último suspiro del propio tiempo, la recompensa de la inmortalidad. ¡El mundo, nada es el mundo sin el historiador!

El mismo desdichado infortunio que ha acontecido a tan numerosas ciudades de la antigüedad volverá a suceder de nuevo y por las mismas tristes causas a nueve de

entre diez de esas ciudades que ahora florecen en la superficie de la tierra. En la mayoría de los casos, la oportunidad para dejar registrada su historia queda en el pasado; su origen, su misma fundación, junto con las etapas iniciales de su colonización, quedan para siempre enterrados bajo los despojos de los años; y lo mismo habría sucedido con esta hermosa porción del orbe, cuya historia he narrado en estas páginas, si no hubiera sido arrebatada a la oscuridad en el momento más preciso, en el instante mismo en el que los hechos aquí registrados prestos estaban a introducirse en las amplias e insaciabiles fauces del olvido, ¡si no la hubiera arrastrado —digámoslo así— por los mismos cabellos, en el trance en el que los colmillos adamantinos del monstruo se abalanzaban sobre ella para siempre! Así, como antes se señaló, he recopilado cuidadosamente, cotejado y dispuesto estos hechos, pieza a pieza —«*punt en punt, gat en gat*», que diríamos en neerlandés—, dando inicio en esta pequeña obra a una historia que pueda servir de cimentación sobre la que una miriada de ilustres en adelante elevarán una noble superestructura que crezca con el tiempo ¡hasta que el *Nueva York de Knickerbocker* sea igual de voluminoso que la *Roma* de Gibbon o la *Inglaterra* de Hume y Smollett^[8]!

Y ahora permítanme por un segundo, mientras dejo a un lado mi pluma, dar un salto hasta un pequeño promontorio situado a una distancia de dos o tres siglos en el futuro y, al lanzar una mirada de pájaro sobre los despojos de los años transcurridos, descubrirme —insignificante yo— progenitor en este momento, prototipo y precursor de todos ellos, situado en la cumbre de esta multitud de ilustres literatos, con mi libro bajo el brazo y Nueva York a mi espalda, avanzando como un gallardo comandante hacia el honor y la inmortalidad.

Dejo, por tanto, aquí mi nao a la deriva y la dispongo a flotar sobre las aguas. Y, ¡oh!, poderosas Ballenas, ustedes, Calderones y Tiburones de la crítica que se deleitan haciendo naufragar a los desafortunados aventureros del mar de las letras, tengan piedad de mi alocada nave. Pueden sacudirla de un lado a otro con sus diversiones o arrojar sus sucias aguas sobre ella en forma de chaparrón, pero, por el bien del desafortunado marinero que en ella viaja, no la despedacen con sus colas y la manden a pique. Y ustedes, ¡oh, grandes pececillos!, renacuajos, sardinillas, barbos, gusanos, percebes y todos los alevines de la literatura, ojo con cómo insultan a mi navío recién botado, ojo con nadar ante mis ojos; pues pudiera ser que en un instante, confundida diversión y desprecio, los alcance con una red y me fría a medio centenar de ustedes para desayunar.

LIBRO PRIMERO

De carácter, como todas las introducciones a historias de América, muy erudito, sagaz y en absoluto pertinente. Contiene diversas profundas teorías y especulaciones filosóficas que el lector perezoso puede pasar totalmente por alto y dirigirse así al siguiente libro

Capítulo I

En el que el Autor aventura una Descripción del Mundo tomando como referencia a las más destacadas Autoridades

El planeta en el que moramos es una masa gigantesca, opaca, reflectora e inanimada que flota en el vasto océano etéreo del espacio infinito. Tiene la forma de una naranja: es un esferoide achatado, curiosamente aplanado en extremos opuestos por la intersección de dos polos imaginarios que supuestamente penetran y se unen en el centro, formando de este modo un eje sobre el que el enorme cítrico gira con una rotación regular diaria.

Las transiciones de la luz y la oscuridad, de donde proceden las variaciones del día y de la noche, están producidas por esta rotación diaria, que presenta las diferentes partes de la Tierra ante los rayos del Sol. Este último es, según las mejores descripciones —es decir, las últimas—, un cuerpo luminoso o abrasador de una magnitud prodigiosa que mantiene con este planeta una fuerza centrífuga o repulsiva y una fuerza centrípeta o atractiva —también denominada atracción gravitatoria—; la combinación, o más bien la neutralización, de estos dos impulsos opuestos produce una rotación circular de carácter anual. De aquí proviene la vicisitud de las estaciones, a saber: primavera, verano, otoño e invierno.

Soy plenamente consciente de que me expongo a las objeciones de numerosos filósofos muertos al adoptar la teoría anterior. Algunos se atrincherarán tras la opinión antigua de que la Tierra es una amplia llanura sostenida sobre inmensos pilares; otros dirán que descansa sobre la cabeza de una serpiente o el caparazón de una tortuga gigantesca; mientras que habrá quienes defiendan que es una inmensa torta plana que se sostiene sobre lo que sea que a Dios plazca —otrotra una devota idea católica sancionada con una formidable bula enviada desde el Vaticano por un santísimo e infalible pontífice—. Otros negarán en redondo mi teoría y declararán con los brahmanes que los cielos descansan sobre la Tierra y que el Sol y la Luna nadan en ellos como peces en el agua, desplazándose del este al oeste durante el día y deslizándose a lo largo del extremo del horizonte durante la noche de regreso a sus emplazamientos originales^[9]. Otros, por su parte, defenderán, con los pauranicas de la India, que se trata de una vasta llanura, rodeada por siete océanos de leche, néctar y otros deliciosos líquidos, salpicada con siete montañas y adornada en el centro por una roca montañosa de oro pulido; también explicarán que un gran dragón en ocasiones se traga la Luna, lo que esclarece el fenómeno de los eclipses^[10].

Estoy igualmente seguro de que encontraré idéntica oposición a mi descripción del Sol, pues ciertos filósofos de la Antigüedad han afirmado que es una inmensa

rueda de brillante fuego^[11]; otros, que no es más que un espejo o una esfera de cristal transparente^[12], mientras que un tercer grupo, a cuya cabeza se sitúa Anaxágoras, ha defendido que no se trata más que de una gigantesca roca de mineral incandescente, una opinión que las buenas gentes de Atenas amablemente me evitaron la molestia de refutar al expulsar al filósofo de su ciudad con un buen puntapié^[13]. Otro colectivo de filósofos —que se regocijan con la variedad— declara que ciertas acaloradas partículas parten despedidas de forma constante desde la Tierra, y que al concentrarse estas en un único punto del firmamento durante el día, configuran el Sol, pero al quedar dispersas y dando vueltas en la oscuridad de la noche, se reúnen en puntos diversos y forman las estrellas. Las mencionadas partículas arden hasta extinguirse de forma regular, tal y como sucede con los faroles de nuestras calles, y requieren un suministro renovado de exhalaciones para la siguiente ocasión^[14].

Se ha registrado incluso que en ciertos periodos remotos y oscuros, como consecuencia de una importante carencia de combustible (posiblemente durante un invierno crudo), el Sol llegó a apagarse por completo y no volvió a arder durante todo un mes. Solo pensar en este suceso de lo más triste preocupaba sumamente a Heráclito, el celebrado filósofo llorón, quien era de lo más insistente con esta doctrina. Junto con estas profundas especulaciones, otros pueden esperar que defienda la opinión de Herschel, según el cual el Sol es una morada habitable de lo más esplendoroso y la luz que ofrece provendría de ciertas nubes empíreas, luminosas o fosfóricas que nadan en su atmósfera transparente^[15]. Mas para evitar disputas y altercados con mis lectores —quienes ya percibo que son una tropa criticona y descontenta, capaz de generarme un universo de problemas—, me lavo las manos en este momento, definitivamente, al respecto de todas y cada una de estas teorías, y me niego en redondo y de forma inequívoca a realizar investigación alguna de sus méritos. El objeto del presente capítulo es sencillamente la isla en la que está construida la excelente ciudad de Nueva York —una isla muy sencilla y sólida que no espero encontrar en el Sol ni en la Luna, ya que no soy especulador inmobiliario, sino un humilde y práctico historiador—. Renuncio, por tanto, a toda excursión solar o lunática y me confino a los límites de este globo terrenal o terráqueo, donde, en algún punto de su superficie, definiendo mi crédito como historiador (que el cielo y mi casero saben que es el único crédito que poseo) al señalar y demostrar la existencia de esta ilustre isla ante toda persona razonable.

Procediendo mediante esta planificación prudente y atenta, me contento con haber presentado la opinión más aprobada y a la moda sobre la forma de nuestra Tierra y sus movimientos, y de buen grado la someto a los reparos de cualquier filósofo, vivo o muerto, que tenga voluntad para discutir su exactitud. Debo en este instante suplicar a mis lectores más ignorantes (entre los cuales humildemente me atrevo a incluir a nueve de cada diez de aquellos que escudriñen estas instructivas páginas) que no se desalienten cuando encuentren un pasaje por encima de su comprensión, puesto que, del mismo modo que no admitiré en mi trabajo nada que no sea pertinente y

absolutamente esencial para su cometido, tampoco presentaré ninguna teoría ni hipótesis que no sea debidamente aclarada para la comprensión del intelecto más torpe. No soy uno de esos autores groseros que envuelven sus obras de tal modo en las neblinas místicas de la jerga científica que un hombre ha de ser tan ilustrado como ellos para comprender los textos; por el contrario, mis páginas, si bien repletas de sólida sabiduría y profunda erudición, estarán escritas con tan agradable y cortés claridad que no se podrá encontrar un juez rural, un concejal saliente ni un miembro del Congreso —siempre y cuando puedan leer con tolerable fluidez— que no solo comprenda, sino que también se beneficie de mis esfuerzos. Procederé, por tanto, de inmediato a ilustrar mediante un experimento la complejidad de movimientos atribuida con antelación a este nuestro rotativo planeta.

El profesor Von Poddingcoft (o Cabezaflán, como sería propiamente traducido el apellido) fue muy celebrado en los ámbitos universitarios de Nueva York por su sumamente serio comportamiento y su talento para quedarse dormido en mitad de los exámenes, para infinito alivio de sus prometedores pupilos, quienes de este modo avanzaron en sus estudios con gran ligereza y escaso esfuerzo. Durante una de sus clases magistrales, el docto profesor tomó un cubo de agua y lo hizo girar alrededor de su cabeza con el brazo extendido; siendo el impulso con el que alejó de su cuerpo el recipiente una fuerza centrífuga, la retención que ejercía su brazo, una fuerza centrípeta, mientras que el cubo, que actuaba como sustituto de la Tierra, describía una órbita circular en torno a la cabeza globular y el rostro rubicundo del profesor Von Poddingcoft, los cuales conformaban una representación en absoluto desacertada del Sol. Ante el aula de boquiabiertos estudiantes que lo rodeaban, explicó debidamente todos los detalles. Asimismo, los informó de que el mismo principio de gravitación que retenía el agua en el cubo es el que impide que los océanos salgan volando de la Tierra en sus rápidas revoluciones; mientras que si la rotación de la Tierra fuera de pronto detenida, esta se precipitaría de forma irremediable hacia el Sol debido a la fuerza centrípeta de gravitación, lo que supondría un acontecimiento ruinoso para este planeta y también oscurecería, aunque muy posiblemente no extinguiría, la lumbreira solar. Un funesto mozuelo, uno de esos genios errantes que parecen enviados al mundo solo para incordiar a los valiosos hombres de la casta de los Cabezaflán, detuvo repentinamente, deseoso de determinar la exactitud del experimento, el brazo del profesor en el momento preciso en que el cubo estaba en su cénit, por lo que inmediatamente descendió con sorprendente precisión sobre la filosófica cabeza del instructor de la juventud. Un sonido hueco y un siseo al rojo vivo acompañaron al contacto, si bien la teoría quedó ilustrada del modo más amplio ya que el desafortunado cubo pereció en el choque, pero el ardiente rostro del profesor Von Poddingcoft emergió de entre las aguas brillando con más fuerza que antes a causa de su inenarrable indignación. Tras esto los estudiantes quedaron maravillosamente iluminados y se marcharon considerablemente más sabios de lo que habían llegado.

Son situaciones mortificadoras, que en gran medida dejan perplejo al filósofo más esmerado, aquellas en las que la naturaleza con frecuencia rechaza secundar los esfuerzos más titánicos y elaborados de este. De tal modo, en muchas ocasiones, después de haber inventado una de las más ingeniosas y lógicas teorías imaginables, la naturaleza será tan perversa como para actuar en total oposición al sistema desarrollado por el filósofo con el único objetivo de contradecir de plano sus posiciones más preciadas. Estos casos suponen un manifiesto e inmerecido agravio, puesto que exponen por completo a la censura de personas vulgares e ignorantes al filósofo cuando el error no puede ser atribuido a su teoría, que es incuestionablemente correcta, sino a los caprichos de la dama Naturaleza que, con la proverbial volubilidad de su sexo, se permite continuamente coqueterías y caprichos y parece realmente disfrutar al incumplir todas las reglas filosóficas y dejar plantado al más sabio e infatigable de sus adoradores. Así sucedió en relación con la anterior explicación satisfactoria del movimiento de nuestro planeta; parece ser que la fuerza centrífuga dejó de operar largo tiempo ha, mientras que su antagonista continúa sin disminuir su potencia; la Tierra, por tanto, según defendía originalmente la teoría, debiera consecuentemente precipitarse contra el Sol; de ello estaban convencidos los filósofos que esperaban con ansiosa impaciencia el cumplimiento de sus pronósticos. Sin embargo, el indecoroso planeta continuó pertinaz con su curso, a pesar de que la razón estaba de parte de la filosofía y toda una universidad de doctos profesores se oponía a su conducta. Los sabios quedaron absolutamente desconcertados y se comprende que nunca se habrían recuperado verdaderamente del desaire y la afrenta que consideraban que el planeta les estaba brindando de no ser por un profesor de carácter bondadoso que amablemente actuó como mediador entre las partes y alcanzó una reconciliación.

Al comprender que el planeta no se acomodaría por sí mismo a la teoría, determinó astutamente acomodar la teoría al planeta e informó, por tanto, a sus hermanos filósofos de que el movimiento circular de la Tierra alrededor del Sol, en el mismo instante en que fue generado por los impulsos contradictorios descritos con antelación, pasó a ser una revolución regular, independientemente de las causas que le hubieran dado origen; en resumen: que a la señora Tierra, una vez que se le había metido en la cabeza girar y girar, como una jovencita briosa en un agitado vals neerlandés, ni el mismísimo *duivel* podría detenerla. El consejo de profesores al completo de la Universidad de Leiden se sumó a esta interpretación, inmensamente felices estos de abrazar cualquier explicación que los rescatara decentemente del bochorno, e inmediatamente decretó pena de expulsión contra todo aquel que se atreviera a cuestionar su veracidad; los filósofos de todas las demás naciones asintieron incondicionalmente y desde aquel memorable momento la Tierra ha sido libre de tomar su propio curso y de dar vueltas alrededor del Sol en la órbita que considere más oportuna.

Capítulo II

Cosmogonía o Creación de la Tierra, con una multitud de excelentes Teorías mediante las que la Creación de un Mundo demuestra no ser una Cuestión tan difícil como la Gente común podría imaginar

Una vez situado rápidamente el lector en el planeta, y tras haberle dado algunas ideas sobre su forma y situación, este se mostrará, naturalmente, curioso por saber de dónde vino y cómo fue creado. De hecho, estas son cuestiones absolutamente esenciales que requieren aclaración, habida cuenta de que, si este mundo no se hubiera formado, es más que probable —más aún, me atreveré a asumirlo como máxima o, al menos, postulado— que esta famosa isla en la que se sitúa la ciudad de Nueva York nunca hubiera existido. El curso regular de mi historia, por tanto, requiere que proceda a dar cuenta de la cosmogonía o formación de este nuestro planeta.

Es mi obligación ahora alertar debidamente a mis lectores de que me dispongo a lanzarme durante uno o dos capítulos a un laberinto más complejo que el que ningún otro historiador haya tenido que observar perplejo; por tanto, les prevengo que agarren con fuerza los faldones de mi abrigo y se mantengan pegados a mí, sin aventurarse ni a derecha ni a izquierda, a riesgo de que acaben enfangados en un cenagal de ininteligible sabiduría o pierdan el conocimiento al toparse con los difíciles nombres griegos que empezarán a volar en todas direcciones. Sin embargo, si alguno de los lectores se mostrara en exceso indolente o cobarde para acompañarme en esta peligrosa empresa, será mejor que tome un atajo y me espere al inicio de algún otro capítulo menos conflictivo.

Acerca de la creación del mundo tenemos un millar de descripciones contradictorias, y si bien una muy satisfactoria nos ha sido facilitada mediante revelación divina, todo filósofo se siente moralmente obligado a proponernos una mejor. Como historiador imparcial, considero mi obligación presentar sus diversas teorías, con las que la humanidad se ha visto tan ampliamente edificada e instruida.

De este modo, opinaban ciertos sabios de la Antigüedad que la Tierra y el sistema completo del universo eran la deidad misma^[16], una doctrina tenazmente defendida por Jenófanes y toda la tribu de los eleáticos, así como por Estratón y la secta de los peripatéticos o filósofos vagabundos. Pitágoras, asimismo, inculcó el famoso sistema numérico de mónada, díada y tríada, y mediante su sagrada tétrada elucidó la formación del orbe, los misterios de la naturaleza y los principios tanto de la música como de la moral^[17]. Otros sabios se adhirieron al sistema matemático de cuadrados y triángulos; el cubo, la pirámide y la esfera; el tetraedro, el octaedro, el icosaedro y

el dodecaedro^[18]. Por su parte, otros sostenían la gran teoría elemental que confina la construcción de nuestro planeta y todo cuanto contiene a la combinación de cuatro elementos materiales: aire, tierra, fuego y agua, con la asistencia de un quinto, un principio inmaterial y vivificador —por lo que entiendo que los valiosos teóricos pretendían aludir a ese vivificador espirituoso que contienen la ginebra, el brandi y otros potentes licores y que tan milagroso efecto tiene no solo en las actuaciones normales de la naturaleza, sino también en el cerebro creativo de ciertos filósofos—.

Tampoco debo omitir una mención al gran sistema atómico enseñado por el viejo Mosco con antelación al asedio de Troya, que sería revivido por Demócrito —de risueño recuerdo—, mejorado por Epicuro —ese rey de la buena gente— y modernizado por el imaginativo Descartes. No obstante, evitaré investigar si los átomos, de los que se dice que está compuesta la Tierra, son eternos o de reciente factura, si son animados o inanimados, y si, en consonancia con la opinión de los ateístas, estos se agregaron de forma fortuita, o fueron dispuestos por una inteligencia suprema, como defienden los teístas. Tampoco abordaremos la cuestión de si la Tierra es de hecho un insensato terrón o si está animada por un alma^[19], una opinión defendida con fiereza por una multitud de filósofos, a cuyo frente se sitúa el gran Platón, ese sabio abstemio que arrojó el agua fría de la filosofía sobre las formas de relación sexual e inculcó la doctrina del afecto platónico o el arte de hacer el amor sin hacer niños —un idilio exquisitamente refinado, pero mucho mejor adaptado a los habitantes ideales de su isla imaginaria de la Atlántida que a la enérgica raza, hecha de indómita carne y sangre, que puebla la pequeña isla prosaica en la que habitamos —.

Además de estos sistemas, contamos con la teogonía poética del viejo Hesíodo, quien generó el universo al completo por el modo habitual de la procreación, junto con la plausible opinión de otros, según la cual la Tierra eclosionó del gran huevo de la noche, que flotaba en el caos y cuyo cascarón lo rompieron los cuernos del toro celestial. Para ilustrar esta última doctrina, el obispo Burnet, en su *Teoría de la Tierra*^[20], nos ha honrado con una precisa ilustración y descripción, tanto de la forma como de la textura de este huevo común y corriente, el cual resulta que mantiene un milagroso parecido ¡con el de un ganso! A aquellos de mis lectores que tengan el debido interés en el origen de este nuestro planeta les alegrará saber que los sabios más destacados de la antigüedad, entre egipcios, caldeos, persas, griegos y latinos, han asistido alternativamente a la eclosión de este extraño polluelo y que sus cacareos han sido registrados y transmitidos en diferentes tonos e inflexiones de filósofo en filósofo hasta el día de hoy.

Pero al señalar brevemente los muy celebrados sistemas de los sabios de la Antigüedad, permítaseme que no ignore los de otros filósofos que, si bien menos universales y reconocidos, tienen igual derecho a que se les preste atención y la misma posibilidad de exactitud. De este modo, los brahmanes dejaron registrado en las páginas de sus inspirados *shastras* que el ángel Visnú, tras transformarse en un

gran jabalí, se lanzó al abismo de agua e hizo ascender la Tierra con sus colmillos. Posteriormente hizo surgir de su cuerpo una enorme tortuga y una inmensa serpiente y colocó la serpiente erecta sobre la espalda de la tortuga y la Tierra sobre la cabeza de la serpiente^[21].

Los filósofos negros del Congo afirman que el mundo fue hecho por manos de ángeles, a excepción de su propio país, el cual construyó el propio Ser Supremo, por lo que debe de ser de una excelencia suprema. Se esforzó además en gran medida con sus habitantes y los hizo muy negros y hermosos; y cuando hubo terminado el primer hombre, se sintió muy satisfecho con él y le pasó una mano por la cara, y por ello desde entonces su nariz y la nariz de todos sus descendientes es chata.

Los filósofos mohawk nos dicen que una mujer embarazada cayó del cielo y que una tortuga la subió a su espalda debido a que todo el espacio estaba cubierto de agua, tras lo que la mujer, sentada sobre la tortuga, remó con sus manos y fue sacando a la superficie la tierra hasta que finalmente sucedió que esta superó el nivel del agua^[22].

Junto con estas y muchas otras opiniones igualmente sabias, tenemos asimismo las profundas conjeturas de Abu al-Hasan Ali^[23], hijo de Al-Husayn, hijo de Ali, hijo de Abderramán, hijo de Abdalá, este último hijo de Masud el-Hadheli y apellidado Cothbeddin, si bien tomó el humilde título de *Sahib-ar-rasoul*, que significa «el compañero del mensajero de Dios». Conocido habitualmente como Al-Masudi, Abu al-Hasan Ali ha escrito una historia universal titulada *Muruj adh-dhahab, o las praderas doradas y las minas de piedras preciosas*. En este valioso trabajo ha relatado la historia del mundo, desde la creación hasta el momento de su redacción durante el califato de Mothi Billá, en el mes de Yumada al-Wula, del año 336 de la Hégira, la migración del Profeta. Nos informa de que la Tierra es un pájaro gigante, en el que La Meca y Medina constituyen la cabeza, Persia e India el ala derecha, la tierra de Gog el ala izquierda y África la cola. Nos indica además que existió una Tierra anterior a la actual (que él considera que no es más que un polluelo de 7000 años), que ha sufrido varios diluvios y que, según la opinión de ciertos brahmanes bien informados de su entorno, se renovará cada setenta mil *hazaruam*, cada uno de estos *hazaruam* consistente en 12 000 años.

Pero me abstendré de citar a un sinfín de estos extravagantes y antiguos filósofos cuya deplorable ignorancia, a pesar de toda su erudición, los llevó a escribir en lenguas que solo algunos de mis lectores podrán comprender. Procederé, por tanto, a señalar brevemente algunas teorías más a la moda e inteligibles de sus sucesores modernos.

En primer lugar he de mencionar al gran Buffon, quien conjetura que este planeta era originalmente una esfera de fuego líquido surgida de la masa del Sol mediante el choque de un cometa, tal y como una chispa se genera por la colisión del sílex y el acero. Inicialmente el globo estaba rodeado por densos vapores, los cuales, al enfriarse y condensarse con el transcurso de los siglos, constituyeron, atendiendo a

sus densidades, la tierra, el agua y el aire, que gradualmente se fueron disponiendo por sí mismos según sus respectivas gravedades en torno a la masa ardiente o vitrificada que formaba el centro, etc., etc.

Hutton, por el contrario, supone que las aguas eran al inicio universalmente preeminentes, y le aterra la idea de que la Tierra pueda ser con el tiempo totalmente arrastrada por la fuerza de la lluvia, los ríos y los torrentes de montaña, hasta quedar confundida con el océano o, en otras palabras: se disuelva en sí misma. ¡Sublime idea, esta! Sin duda supera ampliamente la de esa damisela de corazón tierno de la Antigüedad que lloró hasta convertirse en una fuente, o la de la buena dama de Narbona, en Francia, que por una locuacidad inusual en su sexo fue condenada a pelar quinientas mil treinta y nueve ristas de cebollas y finalmente se quedó sin ojos antes de llegar a la mitad de la repugnante condena.

Whiston, el mismo filósofo ingenioso que rivalizó con Ditton en sus investigaciones para establecer las coordenadas longitudinales (por lo que el pillo de Swift descargó sobre sus cabezas una estanza tan fragante como un ramillete de flores de Edimburgo), se distinguió con una muy admirable teoría respecto a la Tierra. Conjeturaba que originalmente el planeta era un cometa caótico, el cual, al ser elegido como morada del hombre, fue retirado de su órbita excéntrica y puesto a girar alrededor del Sol en su actual movimiento regular, un cambio de dirección con el que el orden sucedió a la confusión de sus distintos componentes. El filósofo añade que el diluvio lo produjo un descortés saludo de la cola acuosa de otro cometa, sin duda por mera envidia de la mejora de condiciones que la Tierra había logrado, lo que supone una triste prueba de que los celos pueden ser norma, incluso entre los cuerpos celestes, y la discordia interrumpir esa armonía celestial de las esferas tan melódicamente entonada por los poetas.

Pero dejaremos de lado un abanico de excelentes teorías, entre las que se encuentran las de Burnet, Woodward y Whitehurst, no sin lamentar sumamente que mi tiempo no sea suficiente para concederles el espacio que merecen. Concluiré con aquella del célebre doctor Darwin, a quien he reservado la última posición con el objetivo de terminar *con una sacudida*. Este docto teban, tan distinguido por asimilar la poesía a la razón y la amable credulidad a la investigación seria, y quien se encomendó de forma maravillosa a las buenas gracias de las damas al permitirles conocer todas las galanterías, amores, depravaciones y otras cuestiones escandalosas de la corte de Flora, ha dado con una teoría digna de su combustible imaginación. Según defiende, la masa gigantesca del caos sufrió un repentino episodio explosivo, como un barril de pólvora, y en el acto despidió al Sol; este, en pleno vuelo y mediante una explosión similar, despidió a la Tierra, que de igual modo despidió a la Luna; y así, por una concatenación de explosiones, se generó el sistema solar al completo, ¡qué quedó en movimiento de la forma más sistemática^[24]!

Gracias a la gran variedad de teorías a las que hemos aludido, las cuales, todas ellas, ante un análisis metódico, mostrarán ser sorprendentemente consistentes en

todas sus partes, mis lectores menos instruidos llegarán quizá a la conclusión de que la creación de un planeta no es una actividad tan dificultosa como inicialmente hubieran podido imaginar. He mostrado al menos una veintena de métodos ingeniosos mediante los que podría construirse un mundo. No me cabe duda, por otra parte, de que si cualquiera de los filósofos mencionados anteriormente hubiera contado con el uso de un buen cometa dócil y el cajón de sastre filosófico del caos a sus órdenes, se habrían lanzado, con la ayuda de la filosofía, a la manufactura de un planeta tan bueno o —si ustedes confían en su palabra— mejor que el que habitamos.

Y en este sentido no puedo más que señalar la amabilidad de la Providencia al crear los cometas, para alivio de los desconcertados filósofos. Gracias a su asistencia se producen más evoluciones y transiciones súbitas en el sistema natural que las que genera en una obra de pantomima la espada milagrosa de Arlequín. En caso de que alguno de nuestros sabios modernos, en sus vuelos teóricos entre las estrellas, se encuentre en algún momento perdido entre las nubes y en riesgo de caer al abismo del sinsentido y el absurdo, no tiene más que coger un cometa por las barbas, subirse a horcajadas en su cola y salir galopando triunfante, como un encantador en su hipogrifo o una bruja de Connecticut sobre su escoba, para, como dice la cancioncilla infantil, «barrer las telarañas del cielo».

Habla un dicho antiguo y vulgar sobre «el mendigo a caballo^[25]», algo que ni por todas las estrellas aplicaría este historiador a nuestros filósofos más dignos de admiración; pero debo confesar que algunos de ellos, cuando están montados en uno de estos fogosos corceles, son tan violentos con las riendas como el Faetón de otros tiempos cuando pretendía manejar el carro de Febo. Uno conduce su cometa a toda velocidad contra el Sol y desprende la Tierra de este con la poderosa colisión; otro más moderado hace de su cometa una suerte de bestia de carga que lleva al Sol un suministro regular de alimento y leña; un tercero, de disposición más combustible, amenaza con arrojar su cometa como un obús contra el mundo y hacerlo saltar por los aires como un polvorín; mientras que el cuarto, que no muestra gran delicadeza hacia este respetable planeta ni hacia sus habitantes, insinúa que cualquier día es bueno para que su cometa —mi modesta pluma se sonroja al escribirlo— sacuda el rabo sobre nuestro planeta ¡y lo inunde de agua!... Sin duda, tal y como ya he señalado, los cometas fueron generosamente ofrecidos por la Providencia en beneficio de los filósofos, para asistirlos en la elaboración de teorías.

Cuando un hombre se desnuda del recto chaleco del sentido común y decide creer únicamente en su imaginación, es sorprendente la velocidad a la que avanza. Intellectos lentos, como el mío, que caminan sobre las dos piernas que la naturaleza les ha dado, son tristemente llevados a trepar sobre rocas y colinas, a esforzarse en el fango y a retirar las continuas obstrucciones que abundan en el camino de la ciencia. Sin embargo, nuestro intrépido filósofo lanza su teoría como un globo y, tras haberlo inflado con el humo y los vapores de su propia imaginación recalentada, se sube a él triunfante y remonta el vuelo hacia sus agradables regiones lunares. Cada época ha

aportado su cuota de estos aventureros en el reino de la fantasía, que viajan entre las nubes durante un tiempo y son observados con atención y admirados, hasta que algún rival envidioso ataca su nave hinchada de aire, hace trizas su alocada estructura, deja escapar el humo y arroja al aventurero con su teoría al barro. De este modo, una saga de filósofos demuele el trabajo de sus predecesores y eleva fantasías aún más espléndidas en su lugar, las cuales, llegado el momento, serán demolidas y reemplazadas por los castillos en el aire de la siguiente generación. Tales son las serias excentricidades de los genios y las gigantescas pompas de jabón con las que se entretienen los niños ya crecidos de la ciencia, mientras el ignorante honrado queda boquiabierto en estúpida admiración ¡y dignifica estos antojos fantásticos en nombre de la sabiduría! Sin duda, el viejo Sócrates tenía razón al opinar que los filósofos no son más que locos de un tipo más sobrio, ocupados en cosas que son totalmente incomprensibles o que, si pudieran ser entendidas, se demostraría que no merecían el esfuerzo que su descubrimiento requirió.

Y ahora, una vez citadas varias de las teorías más importantes que aparecen en mi memoria, dejo a mi lector total libertad para elegir entre ellas. Son todas serias especulaciones de eruditos, difieren en lo esencial unas de otras y merecen la misma confianza. En lo que a mí respecta (odio la vergüenza de tener que elegir), hasta que los sabios alcancen un acuerdo, me contentaré con la descripción que nos ofreció el bueno de Moisés, con lo que no hago más que seguir el ejemplo de nuestros ingeniosos vecinos de Connecticut, quienes, al instalarse en la región, proclamaron que la colonia había de ser gobernada por la ley divina —hasta que tuvieran tiempo de plantear una mejor—.

No obstante, hay algo que parece cierto, partiendo de la autoridad unánime de los filósofos mencionados con anterioridad y apoyándonos en la evidencia que presentan nuestros propios sentidos (que si bien pueden con facilidad llamarnos a engaño, es posible admitirlos con la debida cautela como testimonios adicionales); parece cierto, decía, y planteo deliberadamente esta aseveración, sin miedo a la contradicción, que este globo realmente *fue creado* y está compuesto de *tierra y agua*. Parece ser también que está curiosamente dividido y parcelado en continentes e islas, entre las cuales, afirmo audaz, podrán encontrar la isla de Nueva York quienesquiera que la busquen en el lugar indicado.

De todo lo anterior colegirán que, como historiador experimentado que soy, me limito a aquellos puntos que son absolutamente esenciales para mi materia y levanto, por tanto, mi obra al modo del diestro arquitecto que erigió nuestro teatro: comenzando por los cimientos, posteriormente el cuerpo, después el techo, para finalmente encaramar nuestra acogedora islita, al modo de una pequeña cúpula, en la cima. Puesto que he dado con este símil por azar, me detendré un momento para incidir en él, con el objetivo de ilustrar la adecuación de mi planificación. Si no hubieran sido contruidos con antelación los cimientos, el cuerpo y el techo del teatro, la cúpula no habría podido tener existencia como tal —podría haber sido una

garita de control o la caseta del vigilante, o podría haberse situado a la espalda de la vivienda del gerente y haber constituido... un templo—, pero nunca podría haber sido considerada una cúpula. Ya que la construcción del teatro era necesaria para la existencia de la cúpula como tal, de igual modo, la formación del planeta y de su estructura interna era necesaria en primer lugar para la existencia de esta isla, como tal isla, y, por tanto, la necesidad y la importancia de esta parte de mi historia, que en cierto modo nada tiene que ver con ella, queda lógicamente demostrada.

Capítulo III

De cómo el famoso navegante, el almirante Noé, recibió vergonzosos apodos; el imperdonable descuido que cometió al no concebir cuatro hijos, lo que generó grandes molestias a los filósofos; junto con el descubrimiento de América

Noé, el primer marinero del que tenemos noticia por escrito, engendró tres hijos: Sem, Cam y Jafet. No carecemos de autores, cierto es, que afirman que el patriarca tuvo otros varios descendientes. Así, Beroso lo hace padre de los gigantescos titanes, Metodio le otorga un hijo llamado Jónito o Jónico (que como hijo de marino dio nombre a un mar), mientras que otros mencionan un hijo, llamado Tuiscón, de quien descenderían los teutones o teutónicos, en otras palabras: la nación germánica baja o neerlandesa.

Lamento sumamente que la naturaleza de mi obra no me permita gratificar la laudable curiosidad de mis lectores e investigar detenidamente la historia del gran Noé. De hecho, una empresa tal conllevaría más dificultades de las que muchos imaginarán, debido a que el bueno del patriarca parece haber sido un gran viajero en sus tiempos y haber asumido un nombre distinto en cada país que visitó. Los caldeos, por ejemplo, nos narran su historia cambiando meramente su nombre por el de Sisutros —una alteración trivial que un historiador diestro en etimología consideraría totalmente carente de relevancia—. Parece asimismo que intercambió su lona y su cuadrante entre los caldeos por las magníficas insignias de la realeza, puesto que aparece como monarca en sus anales. Los egipcios lo celebran con el nombre de Osiris; los indios como Menu; los escritores griegos y romanos lo confunden con Ogiges y los tebanos con Deucalión y Saturno. Pero los chinos, que merecidamente se encuentran entre los más exhaustivos y auténticos historiadores —habida cuenta de que conocen el mundo desde algunos millones de años antes de que fuera creado—, aseguran que Noé no era otro que Fohi, un venerable caballero que descendía de una antigua y respetable familia de comerciantes internacionales que floreció en el medioevo del Imperio. Otorga cierto aire de credibilidad a esta afirmación —y esto es un hecho admitido por los literatos más ilustrados— que Noé viajara a China durante la época en la que se realizaba la construcción de la Torre de Babel (posiblemente para mejorar sus conocimientos lingüísticos), a lo que el sabio doctor Shuckford aporta información adicional: el arca quedó posada sobre una montaña en la frontera china.

A partir de esta multitud de conjeturas racionales y sabias hipótesis pueden realizarse varias deducciones satisfactorias; sin embargo, me daré por satisfecho con el incuestionable dato declarado en la Biblia: Noé concibió tres hijos (Sem, Cam y Jafet).

Algún lector inquisitivo, no muy versado en el arte de la escritura histórica, podría plantear qué tienen que ver Noé y sus hijos con la materia de esta obra. Bien, pues aunque, si nos somos sinceros, no soy dado a satisfacer a naturalezas tan quejumbrosas, toda vez que determiné adaptar mi obra a todas las capacidades —de tal modo que no solo deleite al instruido, sino que también instruya al simple e ilumine al necio—, nunca dudaré en dedicar un instante a explicar cualquier cuestión que pueda parecer de difícil comprensión.

Noé, según nos cuentan numerosos historiadores muy creíbles, una vez convertido tras el diluvio universal en el único heredero superviviente y, por tanto, propietario de la tierra en pleno dominio, como un buen padre dividió su patrimonio entre sus hijos. A Sem le entregó Asia; a Cam, África; y a Jafet, Europa. Bien, pues es de lamentar un millar de veces que solo tuviera tres hijos, puesto que si hubiera existido un cuarto, este sin duda habría heredado América, la cual, por supuesto, habría sido arrancada de las sombras para la ocasión y, de este modo, muchos esforzados historiadores y filósofos se habrían evitado un volumen ingente de agotadoras conjeturas en lo relativo al descubrimiento y poblamiento de este continente. Noé, sin embargo, una vez asegurado el futuro de sus tres hijos, consideró muy posiblemente nuestra región como una mera tierra salvaje y despoblada, por lo que no mencionó nada al respecto, y es a la imperdonable taciturnidad del patriarca a la que podemos atribuir el infortunio de que América no fuera considerada parte del orbe en tan temprano momento como el resto de regiones del planeta.

Cierto es que algunos escritores han justificado su falta de ética profesional hacia la posteridad y defienden que fue él realmente quien descubrió América. Tal era la opinión de Marc Lescarbot, un escritor francés dotado del ponderado pensamiento y la profunda reflexión tan propios de su nación, quien aseguraba que los descendientes inmediatos de Noé poblaron esta región del planeta y que el viejo patriarca mismo, que todavía mantenía la pasión por la vida de la marinería, supervisó la transmigración. El piadoso e ilustrado padre Charlevoix, un jesuita francés destacable por su veracidad y su aversión a lo maravilloso, algo propio de todo gran viajero, se muestra de la misma opinión de forma concluyente; de hecho, llega incluso más allá y está convencido del modo en que se realizó el descubrimiento: a través del mar y bajo la supervisión directa del gran Noé. «Considero —exclama el buen pastor en un tono de creciente indignación— que es una suposición arbitraria la de que los nietos de Noé no fueron capaces de alcanzar el Nuevo Mundo o que jamás pensaron en él. En efecto, no concibo motivo alguno que justifique tal idea. ¿Quién puede creer seriamente que Noé y sus descendientes inmediatos sabían menos que nosotros y que el constructor y piloto de la mayor embarcación que jamás existió —una embarcación construida para la travesía de un océano ilimitado y con tantos bajíos y bancos de arena de los que protegerse— podría ignorar o no haber comunicado a su descendencia el arte de navegar los océanos?». Por tanto, sí que navegaron los océanos; por tanto, sí que viajaron hasta América; ¡por tanto, América fue

descubierta por Noé!

Esta exquisita cadena de razonamientos —tan extraordinariamente característica del buen pastor, cuyas palabras apuntaban a la fe, que no al entendimiento— se ve, no obstante, contradicha frontalmente por Hans de Laet, quien declara que es una paradoja absoluta y completamente ridícula suponer que Noé llegara a abrigar la idea de descubrir América. Y puesto que Hans es un escritor neerlandés, me siento inclinado a creer que debía de contar con una familiaridad mayor con la encomiable tripulación del arca que sus competidores, así como, por supuesto, con fuentes de información más certeras. Es sorprendente el grado de intimidad que con el paso de los años, día a día, adquieren los historiadores con los patriarcas y otros grandes hombres de la antigüedad. Al profundizarse esta cercanía y, dado que los sabios son especialmente inquisitivos y familiares en su relación con los antiguos, no me sorprendería que algún futuro escritor pudiera ofrecernos con toda seriedad una imagen de los hombres y de sus costumbres tal y como eran antes del diluvio de un modo más detallado y prolijo que la Biblia. De igual modo, no sería de extrañar que, en el curso de otro siglo, la bitácora del bueno de Noé pueda ser materia tan corriente entre los historiadores como los viajes del capitán Cook o la famosa historia de Robinson Crusoe.

No ocuparé mi tiempo en discutir la inmensa cantidad de suposiciones, conjeturas y probabilidades relativas al primer descubrimiento de esta región con las que desdichados historiadores se han sobrecargado en sus intentos por satisfacer las dudas de un mundo incrédulo. Penoso es ver a estas laboriosas criaturas resollar y esforzarse, sudando bajo tan enorme carga, en el mismo inicio de sus obras, las cuales, al abrirlas, resultan no ser más que una gigantesca bala de paja. Como, no obstante, por incansable diligencia, parecen haber establecido el hecho —para satisfacción del mundo entero— de que este continente ha sido descubierto, me serviré de sus útiles esfuerzos para ser extremadamente breve en lo que a este punto respecta.

No me detendré, por tanto, a investigar si América fue descubierta en primer lugar por un navío errante de esa celebrada flota fenicia, la cual, según Herodoto, circunnavegó África; o por esa expedición cartaginesa que —nos informa Plinio, el naturalista— descubrió las Islas Canarias; o si fue poblada por una colonia temporal proveniente de Tiro, como insinúan Aristóteles y Séneca. Tampoco analizaré si fue descubierta inicialmente por los chinos, como Vossius propone con gran perspicacia; por los noruegos en el año 1002, liderados por Bjorn; o por Behem, el navegante alemán, tal y como el señor Otto ha tratado de demostrar a los sabios de la ilustrada ciudad de Filadelfia^[26].

De igual modo, no investigaré las afirmaciones más modernas de los galeses, basadas en el viaje del príncipe Madoc en el siglo XI, quien no regresó nunca y, por tanto, se ha concluido inteligentemente que debió de marcharse a América por una sencilla razón: si no fue allí, ¿a qué otro sitio podría haber ido? Sin duda un

planteamiento que, del modo más socrático, excluye cualquier otro debate consiguiente.

Dejando a un lado, por tanto, las conjeturas mencionadas, así como toda una multitud de propuestas diversas igualmente satisfactorias, daré por sentada la opinión común de que América fue descubierta el 12 de octubre de 1492 por Cristóbal Colón, genovés, quien ha sido torpemente apodado Colombo por motivos que no logro discernir. De los viajes y aventuras de este tal Colón nada diré, pues entiendo que son ya suficientemente conocidos. Tampoco me dedicaré a demostrar que este continente tendría que haberse llamado Colonia, en honor a su nombre, puesto que es de una evidencia absolutamente meridiana.

Así pues, una vez traídos mis lectores a este lado del Atlántico, imagino que estarán impacientes por adentrarse en los placeres de la tierra prometida y a la expectativa de que les haga entrega de ella de forma inmediata. Sin embargo, si así lo hiciera, perdería para siempre mi reputación de historiador de buena cuna. No, no, curioso y tres veces sabio lector (pues tres veces sabio es si ha leído todo lo que antecede y nueve veces lo será si hace lo propio con todo lo que prosigue), tenemos todavía un mundo de trabajo ante nosotros. ¿Acaso piensa que los primeros descubridores de esta buena región del orbe no tenían más que hacer que llegar a la orilla y encontrar un país ya preparado y cultivado como un jardín donde podrían regocijarse a su antojo? Nada de eso: tenían selvas que talar, arbustos que desenraizar, ciénagas que secar y salvajes a los que exterminar.

De igual modo, me es preciso despejar varias dudas, resolver ciertas cuestiones y explicar determinadas paradojas antes de permitirles que se muevan a sus anchas; mas estas dificultades, una vez superadas, nos permitirán avanzar con todo derecho, alegres, a lo largo del resto de nuestra historia. Así mi trabajo deberá, en cierto modo, hacerse eco de la naturaleza de la materia, del mismo modo que el sonido de la poesía, según han descubierto ciertos críticos muy astutos, se hace eco del sentido. Estamos, pues, ante una mejora en el campo de la historia, sobre la cual reclamo el mérito de haberla inventado.

Capítulo IV

En el que se muestran los importantes esfuerzos realizados por los Filósofos para explicar el poblamiento de América y sus consiguientes disputas, así como el modo en que los Aborígenes llegaron a ser concebidos por accidente, para gran satisfacción y alivio del autor

¡Dios nos guarde! ¡Qué dura es la vida que sobrellevamos nosotros, los historiadores, comprometidos con la resolución de las dudas del mundo! Aquí me hallo esforzándome y cincelando tres cargantes capítulos —y mis lectores esmerándose tras mis pasos—, en pie a primera hora y tarde de vuelta a la cama por escudriñar libros comidos por los gusanos, obsoletos y absolutamente inútiles, así como por cultivar la amistad de un millar de eruditos autores, tanto antiguos como modernos, quienes, para ser completamente sinceros, son los más estúpidos compañeros del mundo... Y, después de todo, ¿qué hemos conseguido con ello? Ciertamente, la conclusión portentosa y valiosa de que este continente realmente existe y ha sido descubierto; un hecho evidente en sí mismo que no vale ni medio penique de pan de jengibre. Y, lo que es peor, parecemos estar tan lejos de la ciudad de Nueva York como al inicio. En lo que a mí respecta, no me importa ni lo más mínimo, pues estoy acostumbrado a esta pesada y erudita compañía; sin embargo, temo por mis infelices lectores, quienes parecen tristemente hastiados y fatigados.

No obstante, aún tenemos formidables dificultades que afrontar, puesto que todavía es necesario mostrar, de ser posible, cómo fue poblada originalmente esta región —un punto capaz de provocar una increíble vergüenza en nosotros, escrupulosos historiadores, si bien absolutamente indispensable para nuestro trabajo—. Es imprescindible esta demostración, pues a menos que evidenciamos que los aborígenes realmente llegaron de algún lugar, se afirmará inmediatamente, en esta era del escepticismo, que no llegaron en absoluto y que, si no lo hicieron, este continente no fue, pues, poblado jamás —una conclusión perfectamente conforme con las reglas de la lógica, pero por completo irreconciliable con todo sentimiento de humanidad, habida cuenta de que esto se demostraría silogísticamente fatal para los innumerables aborígenes de este populoso continente—.

Para prevenir tan funesto sofisma, así como para rescatar de la aniquilación lógica a tantos millones de criaturas hermanas, ¡cuán numerosas alas de ganso han sido sometidas a expolio!, ¡cuán copiosos océanos de tinta han quedado benévolamente agotados!, ¡cuántas holgadas cabezas de doctos historiadores han quedado huérfanas y para siempre confundidas! Quedo mudo en reverencial admiración cuando contemplo los voluminosos tomos en diferentes lenguas con los que mis compañeros han tratado de resolver esta cuestión, tan importante para el bienestar social, mas tan sumamente

envuelta en nubes de impenetrable oscuridad. Historiador tras historiador se han internado en el infinito círculo de la argumentación hipotética y, después de guiarnos en agotadora persecución a través de octavillas, cuartillas y folios, nos han dejado al final de su obra tan sabios como al principio. Fue, sin duda, alguna caza filosófica de ganso salvaje de este tipo la que hizo al viejo poeta Macrobio clamar con tanta cólera contra la curiosidad, la cual anatemiza con la mayor efusividad como «una inquietud fastidiosa y angustiosa, una labor supersticiosa sobre cuestiones improductivas, un estado de comezón por ver lo que no debe ser visto y por hacer lo que nada significa una vez hecho».

No obstante, avancemos, mis vigorosos lectores, dediquémonos a nuestra tarea y lancémonos con brío a trabajar con las sandeces que aún restan en nuestro camino; aunque una cosa les garantizo, si el maestro Hércules, sumado a sus siete trabajos, hubiera recibido como octavo el encargo de escribir una verdadera historia de América, habría abandonado de buena gana la empresa antes de superar el umbral de su obra.

De las reivindicaciones de los hijos de Noé como pobladores originales de este continente no diré más, pues la materia ha sido ya tratada en el capítulo anterior. Los siguientes aspirantes en términos de celebridad son los descendientes de Abraham. De este modo, Cristóbal Colón (vulgarmente conocido como Colombo) cuando descubrió las minas de oro de La Española concluyó inmediatamente, con una astucia que habría honrado a un filósofo, que había encontrado la histórica Ofir, de la que obtuvo Salomón el oro para embellecer el templo de Jerusalén; es más, Colón llegó a imaginar que contemplaba los restos de los hornos —construidos por los hebreos— empleados en el refinado del precioso metal.

Tan dorada conjetura, tintada con tan fascinante extravagancia, fue demasiado tentadora como para no ser inmediatamente deglutida por los gobios del conocimiento y, de este modo, fueron multitud los profundos escritores dispuestos a jurar su exactitud y a contribuir con la habitual carga de autoridades y sabias suposiciones necesarias para sostenerla. Vetablo y Robert Estienne declararon que nada podía ser más claro; Arias Montano, sin la más mínima duda, defiende que México era la verdadera Ofir y los judíos, los primeros pobladores del continente. Mientras que Possevino, Becan y una muchedumbre de sagaces escritores aportan una supuesta profecía del cuarto libro de Esdras que, al ser introducida en la portentosa hipótesis, le otorga en su opinión, como la piedra angular de un arco, una durabilidad perpetua.

Apenas, no obstante, han completado su magnífica superestructura cuando a pie aparece una falange de autores contrarios —con Hans de Laet, el gran neerlandés, a la cabeza— y de un golpe derriba el armazón en sus mismas narices. Hans, de hecho, contradice sin ambages todas las afirmaciones que señalan a los israelitas como primeros colonizadores de este continente, atribuyendo todos esos indicios equívocos, junto con los vestigios de la cristiandad y el judaísmo cuya presencia se ha señalado

en diversas regiones del Nuevo Mundo, al mismísimo diablo, que siempre ha tratado de falsificar el culto a la verdadera deidad. «Una observación —indica el instruido padre De Acosta— realizada por todos los buenos autores que se han pronunciado sobre la religión de las naciones recién descubiertas y basada, además, en la autoridad de los *padres de la Iglesia*».

Así pues, ciertos autores, entre los que con gran pesar me veo obligado a mencionar a López de Gómara y a Juan de Leri, insinúan que los cananitas, al ser expulsados de la tierra prometida por los judíos, se vieron embargados por tal pánico que huyeron sin mirar atrás hasta que, al detenerse a tomar aire, vieron que estaban en América, a salvo. Puesto que no llevaron consigo su lengua nacional, sus costumbres ni sus características físicas, se supone que las dejaron atrás con las prisas de la huida (no puedo dar credibilidad a esta opinión).

Pasaré por alto la suposición del docto Grocio, quien al ser tanto embajador como, por añadidura, neerlandés, merece el mayor de los respetos. Según este, Norteamérica fue poblada por una compañía de noruegos que andaban de paseo, mientras que Perú fue fundada por una colonia proveniente de China: Manco o Mungo Cápac, el primer inca, sería, pues, chino. Tampoco haré más que mencionar de pasada al padre Kircher, quien atribuye la colonización de América a los egipcios, Rudbeck a los escandinavos, Charron a los galos, Jufredo Petri a un grupo de patinadores de Frisia, Milio a los celtas, Marinoco el Siciliano a los romanos, Le Comte a los fenicios, Postel a los moros, Mártir de Anglería a los abisinios, junto con la sagaz conjetura de De Laet, según la cual Inglaterra, Irlanda y las Orcadas podrían competir por tal honor.

Tampoco conferiré más atención ni crédito a la idea de que América es la región mítica de Cipango descrita por el soñador viajero Marco Polo, el veneciano; o que constituye la isla quimérica de la Atlántida descrita por Platón. No me detendré a investigar la afirmación pagana de Paracelso, según la cual cada hemisferio del globo estaba dotado originalmente de un Adán y una Eva. Igualmente sucederá con la opinión más aduladora del doctor Romaine, apoyada por numerosas autoridades anónimas, según la cual Adán pertenecía a la raza india; así como con la sorprendente conjetura de Buffon, Helvecio y Darwin, tan honrosa para la humanidad y particularmente elogiosa para la nación francesa, que señala que toda la especie humana ¡desciende accidentalmente de una destacada familia de monos!

Me topé con esta última conjetura, he de reconocer, de forma repentina y del modo más descortés. A menudo he contemplado al payaso de una pantomima, quien, mientras observa estúpidamente maravillado los extravagantes brincos de un arlequín, queda súbitamente electrizado por un repentino golpe de la espada de madera sobre los hombros. Difícilmente podía concebir en esos momentos que me correspondería ser tratado con igual descortesía y que, cuando tranquilamente observaba a estos serios filósofos emular las excéntricas transformaciones del colorido héroe de la pantomima, se girarían de pronto hacia mí —y hacia mis lectores

— y con una floritura de su varita mágica de las conjeturas, ¡nos metamorfosearían en bestias! Determiné desde ese mismo instante no volver a quemarme los dedos jamás con sus teorías, sino limitarme a detallar los distintos métodos con los que transportan a los descendientes de estos antiguos y respetables monos a este gran campo de batalla teórica.

Se realizó esto último bien mediante migraciones por tierra o transmigraciones por mar. De este modo, el padre José de Acosta enumera tres pasos terrestres, el primero por el norte de Europa, el segundo por el norte de Asia y en tercer lugar a través de las regiones situadas al sur del estrecho de Magallanes. El sabio Grocio hace avanzar a sus noruegos por una agradable ruta a través de ríos helados y brazos de mar, atravesando Islandia, Groenlandia, Estotilandia y Naremburga. Varios autores, entre ellos De Anglería, De Hornn y Buffon, inquietos por el alojamiento de estos viajeros, han unido los dos continentes mediante una fuerte cadena de deducciones —gracias a lo cual podrían atravesar tierra firme—. Pero si incluso esto llegara a fallar, Pinkerton, ese esforzado anciano que compila libros y elabora geografías, y quien en otro tiempo echó a volar peluca y bastón, se dedicó a cometer travesuras como un pícaro niño y se perdió un millar de veces entre las *petites filles* de París^[27]; este hombre, digo, ha construido un puente natural de hielo, de continente a continente, a una distancia de cinco o diez kilómetros del estrecho de Bering —algo por lo que merece el agradecimiento de los aborígenes andantes que pasaron o pasarán por él—.

En extremo lamentable es el hecho de que ninguno de los escritores citados anteriormente fuera capaz de comenzar su libro sin declarar inmediatamente su hostilidad hacia todo escritor que hubiera analizado la misma materia. En este sentido, los autores pueden ser comparados con cierto pájaro sagaz que, al construir su nido, se asegura de hacer pedazos los nidos de todas las aves de la vecindad. Esta triste propensión tiende lamentablemente a impedir el avance del conocimiento bien fundado. Las teorías son en el mejor de los casos poco más que quebradizas elaboraciones, por lo que, una vez lanzadas a la corriente, deberían los autores cuidar de que, como las notables ollas de la fábula que viajaban juntas, no terminen por romperse en pedazos las unas a las otras^[28]. Sin embargo, esta animosidad literaria es prácticamente insuperable. Incluso un servidor, que de todos los hombres es el más sincero y liberal, cuando tomó asiento para escribir esta historia auténtica, desarrolló inmediatamente un desprecio absoluto, encarnizado e indecible, una curiosa e inimaginable incredulidad y un asombroso e inefable sentimiento de mofa hacia las teorías de los numerosos literatos que han tratado con antelación las cuestiones de este país. Los llamé cabezaslocas, zoquetes, majaderos, mastuerzos, mentecatos, sandios y otros mil apelativos igualmente indignantes. No obstante, cuando me detuve a sopesar la cuestión fría y desapasionadamente, mi opinión viró por completo. Cuando observé a estos sabios considerar con toda seriedad cuestiones inconsiderables y discurrir tan sabiamente acerca de elementos escondidos para

siempre a sus ojos —como un ciego que describiera las glorias de la luz y la belleza y la armonía de los colores— quedé asombrado por la extraordinaria amplitud de la inventiva humana.

Si estos hombres instruidos —me gritaba a mí mismo— son capaces de tejer sistemas completos de la nada, qué sería de su trabajo si tuvieran a mano materiales abundantes; si pueden argumentar y discutir tan ingeniosamente sobre materias que escapan a su conocimiento, cómo de profundas serían sus observaciones si supieran de lo que están hablando. Si el bueno de Radamanto, al juzgar la conducta de estos eruditos en la tierra, tuviera la menor idea de la utilidad de sus labores, sin duda los clasificaría con esos notorios hombres sabios de Gotham que ordeñaron a un toro, trenzaron una cuerda de arena y tejieron un bolso de terciopelo con la oreja de una cerda^[29].

Lo que más me sorprende es que, entre los muchos escritores que he señalado, ninguno haya intentado demostrar que este continente recibió su población de la Luna; que los primeros habitantes flotaron hasta aquí en islas de hielo, como los osos polares surcan los océanos septentrionales; que llegaron hasta aquí mediante globos, como los aeronautas modernos pasan de Dover a Calais; mediante brujería, como Simón el Mago subió a las estrellas; o al modo del famoso escita Abaris, quien, como las brujas de Nueva Inglaterra hacen en escobas purasangre, realizó los viajes más inauditos a lomos de una flecha de oro que le había entregado el hiperbóreo Apolo.

Sin embargo, todavía resta un último modo mediante el que este continente pudo ser poblado, el cual he reservado para el final porque considero que supera a todos los demás: ¡¡por accidente!! Refiriéndose a las islas Salomón, Nueva Guinea y Nueva Holanda, el padre Charlevoix, de profundos pensamientos, observa: «En conclusión, todas estas regiones están habitadas y *es posible* que algunas de ellas lo fueran *por accidente*. Por tanto, si pudo suceder de este modo, ¿por qué no pudo suceder *al mismo tiempo* y por *los mismos medios* con las *restantes* partes del orbe?». Este genial modo de deducir ciertas conclusiones a partir de premisas posibles es todo un avance en las habilidades silogísticas y muestra que el buen hombre sobrepasaba incluso a Arquímedes, puesto que fue capaz de mover el mundo sin nada que ejerciera de punto de apoyo. Tan hábil deducción únicamente es superada por la habilidad con la que el tenaz jesuita, en otro texto, acaba con el nudo gordiano: «Nada —señala— es más sencillo. Los habitantes de los dos hemisferios son sin duda los descendientes del mismo padre. El padre común de la humanidad recibió una orden directa del cielo: poblar el mundo, y *por consiguiente fue poblado*. Para realizar esto, fue necesario superar todas las dificultades del camino *¡y también han sido superadas!*». ¡Devoto lógico! ¡De qué modo sonroja a todo el rebaño de laboriosos teóricos al explicar con palabras sencillas lo que a ellos les requirió tomos y tomos para acabar demostrando que nada sabían!

Habían los sabios pasado mucho tiempo forzando el candado y manoseando el cerrojo y, sin embargo, el honrado jesuita de buenas a primeras abre la puerta de un

golpe y, una vez abierta de par en par, cuenta con total libertad para incluir cuantas naciones desee. Esto demuestra ser una prueba de que un poco de devoción es mejor que una carretada de filosofía, así como una ilustración práctica de la promesa de las Escrituras: «La fe mueve montañas».

De todas las autoridades aquí citadas, junto con diversas otras consultadas pero que han sido omitidas por temor a fatigar al lector menos docto, únicamente puedo extraer las siguientes conclusiones, las cuales, afortunadamente, son suficientes para nuestro propósito:

Primera: Que esta parte del mundo *fue de hecho poblada* (QED), argumento para cuya defensa contamos con criaturas vivas en las numerosas tribus indias que la habitan. Segunda: Que ha sido poblada de quinientas formas distintas, como demuestra la amalgama de autores que, por la rotundidad de sus afirmaciones, parecen haber sido testigos directos del acontecimiento. Tercera: Que las gentes de este continente tienen una *amplia variedad de padres*, algo que, puesto que puede ser considerado por la mayor parte de los lectores dañino para su honra, cuanto menos comentemos, mejor. La cuestión queda por tanto, confío, para siempre zanjada.

Capítulo V

En el que el Autor plantea a la multitud una Cuestión de lo más relevante —con la asistencia de la Cara de la Luna—, la cual no solo libra a miles de personas de gran vergüenza, sino que asimismo da por concluido este libro introductorio

El autor de un libro de historia puede, en cierta medida, compararse con un caballero intrépido que, tras haber emprendido una peligrosa aventura, se ha comprometido para establecer su fama en honor y caballería a no dar media vuelta por dificultad ni apuro alguno y a jamás retroceder ni acobardarse ante ningún enemigo que pueda encontrar. Así personificado, desenvaino resuelto mi pluma y me lanzo con todas mis fuerzas contra esas bravas cuestiones y sutiles paradojas que, como fieros dragones y cruentos gigantes, custodian el acceso a mi historia y de buen grado me rechazarían en la misma entrada. Y es en este momento en el que una gigantesca cuestión se yergue ante mí, la cual he de tomar por las barbas y someter por completo antes de poder avanzar otro paso en mi histórica empresa. Confío en que este sea el último adversario con quien haya de vérmelas y que en el siguiente libro me sea permitido conducir triunfante a mis lectores al cuerpo principal de mi obra.

La cuestión que de este modo se ha erguido repentinamente es qué derecho tenían los primeros descubridores de América a desembarcar y tomar posesión de una región sin pedir consentimiento a sus habitantes o brindarles una compensación adecuada por su territorio.

Mis lectores podrán observar ahora con admiración la facilidad con la que venceré esta gigantesca duda que durante tanto tiempo ha sido el terror de los osados escritores, que ha resistido tan fieros asaltos y ha causado tantas fatigas mentales a multitud de personas de buen corazón; pues hasta que tan relevante cuestión no quede finalmente resuelta, el respetable pueblo americano no podrá en modo alguno disfrutar de la tierra que habita con manifiesto derecho y calmada e inmaculada conciencia.

La primera fuente de derecho que permite la adquisición de un territorio en propiedad es el descubrimiento. Dado que toda la humanidad cuenta con el mismo derecho a cualquier cosa de la que nunca antes otros se hayan apropiado, cualquier nación que descubre un espacio deshabitado y toma, pues, posesión de este, se considera plena propietaria y en absoluto e incuestionable control sobre ella^[30].

Admitida esta proposición, claramente se infiere que los europeos que visitaron por primera vez América fueron los descubridores reales de esta; la fundamentación de este hecho únicamente requiere demostrar que el continente se encontraba totalmente desprovisto de hombres. Esto inicialmente parecería ser un punto de cierta

dificultad, pues bien conocido es que en esta región del mundo abundaban ciertos animales que caminaban erectos sobre dos piernas, contaban con un semblante en cierta medida humano, articulaban ciertos sonidos ininteligibles —muy parecidos al lenguaje— y, en definitiva, mostraban un sorprendente parecido a los seres humanos. Pero la multitud de fervorosos e ilustrados religiosos que acompañaron a los descubridores con el propósito de promover el reino de los cielos mediante el establecimiento de grandes monasterios y obispados en la tierra, pronto clarificaron esta cuestión, a mayor satisfacción de su santidad el Papa y de todos los viajeros y descubridores cristianos.

Demostraron a las claras —y habida cuenta de la inexistencia de escritores indios que los contradijeran, el hecho se consideró plenamente establecido— que la raza de animales de dos patas mencionados anteriormente no eran más que caníbales, monstruos detestables y muchos de ellos gigantes: un tipo de seres errantes que, considerados proscritos desde los tiempos de Gog, Magog y Goliath, jamás han disfrutado de paz en la historia, la caballería ni las canciones. De hecho, incluso el filósofo Bacon declaró que los americanos eran personas proscritas por las leyes de la naturaleza, pues mantenían la bárbara costumbre de sacrificar congéneres y alimentarse con su carne.

No son estas todas las pruebas de su absoluto barbarismo: entre muchos otros escritores de buen criterio, el celebrado Ulloa nos indica que «su imbecilidad es tan visible que difícilmente es posible formarse una idea de ellos distinta a la que se tiene de las bestias. Nada altera la paz de sus almas, del mismo modo insensible a los desastres y a la prosperidad. Pese a vivir medio desnudos, están tan satisfechos como un monarca en su atuendo más espléndido. El miedo no tiene el menor efecto en ellos y otro tanto sucede con el respeto». Todo esto es asimismo defendido por la autoridad de *monsieur* Bouguer. «No es sencillo describir —señala— el grado de su indiferencia hacia la riqueza y sus ventajas. Uno no acaba de saber qué incentivos proponer cuando los convence de que le presten cualquier servicio. Vano es ofrecerles dinero: responden que no tienen hambre». Vanegas confirma todo ello al asegurar que «ambición, ninguna tienen, y muestran mayor anhelo por ser considerados fuertes que valientes. Cuanto nosotros codiciamos: honor, fama, reputación, riquezas, posición social y distinciones, es desconocido para ellos. Así pues, estos resortes para la acción, causa de tantas *aparentes* buenas obras y verdaderas maldades en el mundo, no ejercen influencia alguna en ellos. En pocas palabras: estos infelices mortales pueden ser comparados con niños, en quienes el desarrollo de la razón está inconcluso».

Pues bien, todas estas peculiaridades —si bien en las escasamente ilustradas ciudades de Grecia habrían otorgado a su poseedor derecho a inmortal fama por haber llevado a la práctica tan rígidas y abstemias máximas, y cuya mera mención concedió a ciertos griegos de la Antigüedad la reputación de sabios y filósofos— demostraron claramente en el caso presente ser la muestra de una naturaleza de lo más abyecta y

embrutecida, por completo inferior a la humana. Pero los benevolentes clérigos que se habían comprometido a convertir a estos desdichados salvajes en bestias estúpidas a fuerza de argumentos, presentaron pruebas aún más irrefutables; así, ciertos teólogos del siglo XVI, entre los que descuella Lulo, afirman que ¡los americanos van desnudos y no tienen barba! «Nada tienen —señala este erudito— del animal racional excepto la máscara». E incluso esa máscara de poco pudo servirles, pues pronto se descubrió que tenían una repugnante tez cobriza; y tener el rostro cobrizo era lo mismo que ser negro, y los negros son negros, «¡y negro —señalaban los beatos clérigos, santiguándose con devoción— es el color del demonio!». Por consiguiente, lejos de ser capaces de poseer propiedades, no tenían tampoco derecho a la libertad personal, pues la libertad es una deidad en demasía radiante para habitar tan lúgubres templos. Todas estas circunstancias convencieron por completo a los rectos seguidores de Cortés y Pizarro de que aquellos bellacos no tenían derecho a la propiedad de la tierra que infestaban, pues eran la semilla negra de Caín, perversos, analfabetos, estúpidos y barbilampiños con el culo al aire: meras bestias de los bosques que, como tales, habían de ser domesticadas o exterminadas.

Gracias a la argumentación previa —y a una multitud de otras igualmente concluyentes que evitaré enumerar— quedó evidenciado con claridad que esta hermosa sección del orbe era, cuando los europeos la visitaron por primera vez, una clamorosa tierra salvaje habitada únicamente por bestias, así como que los visitantes transatlánticos adquirieron un incontrovertible derecho de propiedad sobre ella por *derecho de descubrimiento*.

Una vez establecida plenamente esta legitimidad, nos encontramos con el siguiente punto, que es el derecho adquirido por *cultivo*. «El cultivo de la tierra —se nos advierte— es una obligación impuesta a la humanidad por la naturaleza. El mundo entero está destinado a la alimentación de sus habitantes, pero estos serían incapaces de sustentarse de estar aquel sin cultivar. Toda nación está, por tanto, obligada por la ley natural a cultivar la tierra que le ha correspondido. Aquellos pueblos como los antiguos germanos y los modernos tártaros que, teniendo países fértiles, desdeñan cultivar la tierra y prefieren vivir de la rapiña, son en sí mismos deficientes y *merecen ser exterminados como salvajes y perniciosas bestias*»^[31].

Como es conocido, los salvajes nada sabían de agricultura cuando fueron inicialmente descubiertos por los europeos, sino que llevaban una vida de lo más vagabunda, desordenada y perversa: marchaban de un lado a otro y despilfarraban sin contemplaciones los espontáneos bienes de la naturaleza sin obligar a que esta generosidad produjera nada más. De este modo, puesto que se ha demostrado de modo incuestionable que el cielo deseaba que la tierra fuera arada y segada, y abonada y convertida en pueblos, ciudades, granjas, haciendas, espacios de ocio y jardines públicos —todos ellos elementos que los indios desconocían por completo—, queda demostrado que no mejoraron las aptitudes con que los había agraciado la Providencia; por tanto, eran administradores descuidados; por tanto, no tenían

derecho a la tierra; por tanto, merecían ser exterminados.

Es cierto que los salvajes podrían argumentar que obtenían todos los beneficios de la tierra que sus simples necesidades requerían —contaban con abundantes piezas de caza, las cuales, junto con las raíces y los frutos silvestres de la tierra, aportaban suficiente variedad a su frugal mesa— y que, dado que el cielo diseñó la tierra meramente como morada y para satisfacer las necesidades del hombre, siempre y cuando estos propósitos se vieran cumplidos, la voluntad celestial podía considerarse satisfecha. Sin embargo, esto únicamente demuestra lo poco merecedores que eran de las bendiciones que los rodeaban: eran tanto más salvajes al no sufrir más necesidades, pues el conocimiento es hasta cierto punto un incremento de los deseos y es esta superioridad tanto en el número como en la magnitud de sus anhelos la que distingue al hombre de las bestias. Así pues, los indios, al no mostrar más necesidades, eran animales muy irracionales, por lo que no era más que justo que dejaran paso a los europeos, que tenían un millar de necesidades propias que los conducirían a aprovechar la tierra en mayor medida y, al cultivarla, cumplirían con mayor exactitud la voluntad celestial. A esto se suma que Grocio, Lauterbach, Pufendorf y Titio —junto con todo un abanico de sabios hombres que analizaron debidamente la cuestión— determinaron que la propiedad de un territorio no puede ser adquirida mediante la caza, la tala de árboles ni la extracción de agua: únicamente la demarcación precisa de límites y la voluntad de cultivar la tierra puede establecer la posesión. Evidentemente, los salvajes (posiblemente por no haber leído a los autores mencionados) nunca habían cumplido con estos requisitos básicos, por lo que se infiere con total claridad que no tenían derecho a la tierra, sino que esta se encontraba a plena disposición de los primeros que llegaron con mayores conocimientos y necesidades —quienes fraccionarían el suelo con mezquinas fronteras, torturarían a la naturaleza para consentirse un millar de fantásticos caprichos y antojadizos apetitos, y, por supuesto, eran animales mucho más racionales que los salvajes—. Al penetrar en el recién descubierto continente sin cultivar, por tanto, los recién llegados no estaban más que tomando posesión de lo que, según la doctrina citada, era su propiedad; por lo que, al mostrar su oposición, los salvajes estaban contraviniendo sus justos derechos, infringiendo las inmutables leyes de la naturaleza y oponiéndose a la voluntad del cielo; por tanto, eran culpables de impiedad, robo y allanamiento; por tanto, eran delincuentes empedernidos contra Dios y los hombres; por tanto, habían de ser exterminados.

Pero un derecho aún más incuestionable que los que ya he mencionado, uno que será admitido más fácilmente por mi lector —siempre y cuando esté felizmente dotado de caridad y filantropía—, es el derecho adquirido mediante la *civilización*. Todo el mundo es consciente del lamentable estado en el que fueron hallados estos pobres salvajes. No solo presentaban carencias en las comodidades de la vida, sino que lo que es peor, eran, desgraciadamente, ciegos a las miserias de su situación. Por ello los benevolentes habitantes de Europa, nada más tomar consciencia de su triste

condición, pusieron manos a la obra de forma inmediata para mejorarla. Introdujeron entre ellos los placeres de la vida, que consistían en ron, ginebra y brandi (y es sorprendente observar la rapidez con la que los pobres salvajes aprendieron a valorar estas bendiciones); asimismo, les hicieron conocer un millar de remedios, mediante los cuales se alivian y curan las más empedernidas enfermedades, y para que pudieran comprender los beneficios y disfrutar de las bondades de estos medicamentos, introdujeron con antelación entre los salvajes las enfermedades para cuya cura se producen estos compuestos. Mediante estos y otra gran variedad de métodos se mejoró sobremanera la situación de estos pobres salvajes. Asimismo, adquirieron un millar de necesidades que ignoraban con antelación y, puesto que tiene más fuentes de felicidad quien cuenta con más necesidades que satisfacer, fueron sin duda transformados en una raza más feliz.

Pero la rama más importante de la civilización, y la que con más ahínco ha sido ensalzada por los entusiastas y devotos clérigos de la Iglesia romana, es la introducción de la fe cristiana. Era realmente un espectáculo capaz de inspirar terror observar a estos salvajes dando tumbos entre las oscuras montañas del paganismo, culpables de la más horrible ignorancia religiosa. Es cierto que no robaban ni defraudaban, eran sobrios, frugales, contenidos y fieles a la palabra dada; mas, si bien actuaban de forma correcta habitualmente, todo era en vano, pues no se comportaban de este modo en cumplimiento de preceptos. Los recién llegados, por tanto, para inducirlos a abrazar y practicar la religión verdadera utilizaron todo método posible (excepto dar ejemplo).

Sin embargo, pese a todas estas complejas acciones destinadas a su bien, era tal la obstinación sin parangón de estos obcecados desgraciados, que con absoluta ingratitud rechazaron reconocer a los foráneos como benefactores e insistieron en descreer de las doctrinas que estos trataban de inculcarles, para lo que alegaban del modo más insolente que, a juzgar por su conducta, los defensores de la cristiandad no parecían creer en su propia religión. ¿Acaso no era esto ya excesivo para la paciencia humana? ¿No supondría cualquiera que los inmigrantes extranjeros de Europa, provocados por la incredulidad de los salvajes y desalentados por su porfiada obstinación, abandonarían de una vez y para siempre aquellas orillas y los dejarían sepultados en su ignorancia y sus sufrimientos originales? Pues no, tan entusiastas eran en lo relativo al bienestar temporal y la salvación eterna de estos paganos infieles que incluso llegaron a abandonar los medios más suaves de persuasión para abrazar los más dolorosos y problemáticos de la persecución: liberados a su propio antojo, ejércitos completos de aguerridos monjes y furiosos sabuesos los purificaron con el fuego y la espada, con la estaca y la hoguera. Como consecuencia de tan infatigables esfuerzos, la causa del amor y la caridad cristiana avanzó a tal velocidad que en apenas unos años ni una quinta parte del total de infieles que se encontraron en el momento del descubrimiento existían ya en América del Sur.

Tampoco quedaron sin aplicación el resto de métodos de civilización. Los indios

mejoraban día a día, de forma maravillosa, gracias a sus relaciones con los blancos. Se dieron a beber ron y al comercio. Aprendieron a engañar, a mentir, a maldecir, a jugar, a discutir, a cortarse el cuello los unos a los otros..., en resumen, a destacar en todas las habilidades que habían originalmente establecido la superioridad de sus visitantes cristianos. Y tan sorprendente capacidad han mostrado a la hora de ampliar sus conocimientos que poca duda puede haber de que en el transcurso de un siglo — siempre y cuando sobrevivan tanto tiempo a los irresistibles efectos de la civilización — igualarán en conocimientos, refinamiento, bellaquería y depravación a las más ilustradas, civilizadas y ortodoxas naciones europeas.

¿Qué derecho de más peso necesitan argüir los colonizadores europeos que este? ¿Acaso no han dado a conocer a naciones enteras de ignorantes salvajes una miríada de apremiantes necesidades e indispensables comodidades que desconocían por completo con antelación? ¿Acaso no han sido literalmente perseguidos y expulsados con fuego de las madrigueras y escondrijos de la ignorancia y el paganismo para ser firmemente azotados hasta el buen camino? ¿Acaso los bienes temporales, las vanas fruslerías y el vil metal de este mundo, que eran excesivamente elevados para formar parte de sus mundanos y egoístas pensamientos, no les fueron retirados con benevolencia para, en su lugar, aprender a centrar sus intereses en las cuestiones celestiales? Y finalmente, utilizando las palabras de un reverendo clérigo español en una carta a sus superiores de la Península: «¿Puede alguien mostrar el atrevimiento de decir que estos salvajes paganos han obtenido algo que no sea una nada desdeñable recompensa por parte de sus benefactores al cederles un irrisorio pedazo de tierra de este sucio planeta sublunar a cambio de un glorioso patrimonio en el Reino de los Cielos?!».

Así, por tanto, quedan establecidas tres fuentes de derecho completas e innegables, cualquiera de las cuales sería más que suficiente para determinar la propiedad en las recientemente descubiertas regiones de América. Ahora bien, tal y como ha sucedido en ciertas áreas de este encantador rincón del planeta, el derecho de descubrimiento ha sido tan firmemente impuesto, la influencia del derecho de cultivo tan aplicadamente extendida y el progreso de la salvación y la civilización impulsado con tanto entusiasmo que, con sus consiguientes guerras, persecuciones, tiranías, enfermedades y otros males parciales que tan a menudo cuelgan de los faldones de los grandes avances, los salvajes aborígenes han sido, de un modo u otro, completamente aniquilados, lo cual me conduce de forma inmediata a un cuarto derecho cuya valía supera la suma de los tres anteriores. Dado que los demandantes originales de la propiedad de la tierra yacían todos muertos y enterrados, sin que restara nadie que pudiera heredar o disputar la propiedad, los españoles, como inmediatos ocupadores de la tierra, tomaron posesión de esta —del mismo modo que el verdugo aprehende la ropa del malhechor—, y puesto que contaban con Blackstone^[32] y todos los doctos defensores de la ley de su parte, pudieron zanjar toda reclamación de expulsión y toda resistencia. Este último derecho puede

denominarse derecho por exterminación o, en otras palabras, derecho por pólvora.

Pero en caso de que algún escrúpulo restara en la conciencia y para dejar zanjada la cuestión del derecho para siempre, su santidad el papa Alejandro VI publicó una de aquellas poderosas bulas de recia testuz, las cuales embisten contra toda razón, argumento y cualquier otro elemento que pueda interponerse ante ellas, gracias a la cual generosamente concedió el recién descubierto rincón del mundo a los españoles y a los portugueses, quienes, al contar de este modo con la ley y el Evangelio de su parte, e inflamados con gran celo espiritual, no mostraron hacia los paganos bondad ni afecto, sino que prosiguieron su empresa de descubrimiento, colonización, civilización y exterminio con una furia diez veces superior a la mostrada hasta entonces.

Así pues, los destacados europeos que descubrieron América merecían el derecho a la tierra; y no solo esto, sino también el agradecimiento eterno de estos salvajes paganos por haber llegado tan lejos, afrontado tantos peligros por mar y tierra y realizado esfuerzos tan incansables sin más propósito en esta tierra de Dios que el de mejorar su desesperada condición de paganos incivilizados; por haberles hecho conocer las comodidades de la vida como la ginebra, el ron, el brandi y la viruela; por haber alumbrado entre ellos la luz de la religión; y, finalmente, ¡por haberlos apresurado a abandonar el mundo para disfrutar de su justa recompensa!

Sin embargo, puesto que una argumentación no es tan bien comprendida por nosotros, egoístas mortales, como cuando nos atañe directamente, y habida cuenta de que estoy particularmente deseoso de que esta cuestión pueda quedar zanjada definitivamente, plantearé un caso paralelo con la intención de despertar la sincera atención de mis lectores.

Supongamos, pues, que los habitantes de la Luna, mediante un sorprendente avance de la ciencia y gracias a un profundo conocimiento de esa inefable filosofía lunar cuyo mero atisbo ha deslumbrado en los últimos años nuestra débil óptica y ha desconcertado los huecos cerebros de las buenas gentes de este planeta; supongamos, digo, que los habitantes de la Luna, mediante estas herramientas, hubieran alcanzado tal dominio de sus *energías*, tan envidiable estado de *perfeccionamiento*, como para controlar los elementos y navegar las ilimitadas regiones del espacio. Supongamos que una tripulación errante de estos elevados filósofos, en el curso de un viaje aéreo de descubrimiento por las estrellas, se posara por casualidad en este disparatado planeta.

Y, en este punto, ruego a mis lectores que no muestren la impertinencia de sonreír, como con excesiva frecuencia sucede de hecho entre los lectores volátiles al examinar las serias especulaciones de los filósofos. Lejos estoy de permitirme en este momento un tono ocioso, como tampoco es la suposición que he planteado tan alocada como muchos puedan pensar. Se trata de una cuestión seria que durante un largo tiempo he ansiado resolver y que en muchas ocasiones, con gran frecuencia, en el curso de mis insuperables desvelos y elucubraciones por el bienestar y la

protección de este, mi planeta natal, he permanecido despierto noches enteras debatiendo en mi mente si sería más probable que fuéramos nosotros quienes descubriéramos y civilizáramos la Luna o si sería la Luna quien descubriera y civilizara nuestro globo. En absoluto sería el prodigio de la navegación aérea y entre las estrellas un ápice más sorprendente e incomprensible para nosotros de lo que fue el misterio europeo de la navegación en castillos flotantes, a través de un universo de aguas, para los simples salvajes. Hemos ya descubierto el arte de alcanzar las orillas aéreas de nuestro planeta mediante globos, tal y como los salvajes habían hecho aventurándose a lo largo de sus costas en canoas; la disparidad entre los primeros y los vehículos aéreos de los filósofos provenientes de la Luna quizá no sea mayor que la existente entre las canoas fabricadas con corteza de árbol de los salvajes y los gigantescos barcos de sus descubridores. Podría continuar aquí con una cadena de especulaciones muy curiosa, profunda e inútil, pero puesto que no atañe a la materia de esta obra, la dejo en manos de mi lector, especialmente si este es filósofo, como elemento bien digno de su atenta consideración.

Para regresar, pues, a mi suposición, imaginemos a los visitantes aéreos que he mencionado dotados de saberes ampliamente superiores a los nuestros —es decir, dotados de un conocimiento superior en el arte de la exterminación—, a lomos de hipogrifos, defendidos con armaduras impenetrables, armados con rayos de sol concentrados y con inmensas máquinas para arrojar gigantescas rocas lunares; en resumidas cuentas, supongamos, si es que nuestra vanidad permite tal suposición, que fueran tan superiores a nosotros en conocimientos, y por tanto en poder, como lo eran los europeos con respecto a los indios cuando los descubrieron. Todo esto es muy posible y es solo nuestra arrogancia la que nos hace pensar lo contrario, y les aseguro que los pobres salvajes, antes de tener conocimiento alguno del hombre blanco —armado de forma terrorífica con el brillante acero y la extraordinaria pólvora—, estaban tan absolutamente convencidos de que ellos eran los más sabios, los más virtuosos, poderosos y perfectos de la creación como lo están, en este momento actual, los altivos habitantes de la vieja Inglaterra, el volátil populacho de Francia o incluso los presumidos ciudadanos de esta república tan ilustrada.

Supongamos, aún más, que los viajeros aéreos, al descubrir que nuestro planeta no es más que una tierra completamente virgen habitada por nosotros —pobres salvajes y feroces bestias—, tomaran posesión formal del territorio, en nombre de su graciosa y filosófica majestad, la Cara de la Luna. Al descubrir insuficiente, no obstante, el número de sus tropas para mantener un sometimiento completo, debido al barbarismo feroz de sus habitantes, tomarían a nuestro venerable presidente, al rey de Inglaterra, al emperador de Haití, al poderoso Napoleón y al magnífico rey de Bantén, y, de regreso a su planeta de origen, los llevarían a todos ellos a los tribunales, tal y como fueron trasladados a modo de espectáculo los jefes indios a las cortes de Europa.

En ese caso, con una muestra de obediencia acorde a los requisitos de la corte, se

dirigirán a la poderosa Cara de la Luna en términos, hasta donde mis conjeturas alcanzan a prever, como estos:

«Serena y poderosa Potentada cuyos dominios se extienden hasta donde la vista alcanza, que galopa sobre la Osa Mayor, utiliza el Sol como espejo y mantiene control sin parangón sobre mareas, locos y cangrejos marinos; nosotros, tus vasallos, acabamos de regresar de un viaje de reconocimiento en el que hemos descendido y tomado posesión de ese oscuro, pequeño y vil planeta que su merced contempla girar en la distancia. Los cinco monstruos incivilizados que traemos a su augusta presencia fueron jefes de gran importancia entre sus salvajes complanetarios, pues los habitantes de la esfera recién descubierta están completamente desprovistos de los atributos habituales de la humanidad, habida cuenta de que portan sus cabezas sobre los hombros, en lugar de bajo el brazo, tienen dos ojos en lugar de uno, carecen por completo de rabo y cuentan con una variedad de rasgos del todo indecorosos, especialmente una detestable blancura de la piel, mientras que todos los habitantes de la Luna somos de color verde guisante.

»Hemos encontrado, asimismo, a estos miserables salvajes hundidos en un estado sumo de ignorancia y depravación, pues todo hombre vive sin vergüenza alguna con su propia esposa y cría a sus propios hijos en lugar de disfrutar de esa comunidad de esposas que designan las leyes de la naturaleza, tal y como las explican los filósofos de la Luna. En pocas palabras, apenas cuentan con un ápice de verdadera filosofía, sino que son, de hecho, absolutos herejes, ignorantes y bárbaros. Compadeciéndonos, por tanto, de las terribles condiciones de vida de estos desgraciados sublunares, nos hemos esforzado, mientras permanecemos en su planeta, en darles a conocer la luz de la razón, así como las comodidades de la Luna. Los hemos invitado a tragos y más tragos de destilado lunar y a dosis de óxido de nitrógeno, el cual consumían con increíble voracidad, especialmente las mujeres; y nos hemos esforzado igualmente en inculcarles los preceptos de la filosofía lunar. Hemos sido particularmente insistentes en la necesidad de que renuncien a los despreciables grilletes de la religión y el sentido común para adorar la profunda, omnipotente y perfectísima energía y la extática, inmutable e inamovible perfección. Sin embargo, tal ha sido la obstinación sin par de estos miserables salvajes, que han insistido en permanecer junto a sus mujeres y en defender su religión despreciando por completo las sublimes doctrinas de la Luna. ¡Más aún, entre otras abominables herejías, llegaron incluso a declarar del modo más blasfemo que nuestro inefable planeta estaba hecho, ni más ni menos, que de queso fresco!».

Ante estas palabras, la gran Cara de la Luna (una muy profunda filósofa), tomada por la cólera y dotada de igual autoridad sobre cosas que no le pertenecen como otrora su santidad el Papa, inmediatamente publicaría una formidable bula, la cual especificaría que: «Considerando que una cierta tropa de lunáticos ha descubierto recientemente y tomado posesión de ese sucio y pequeño planeta llamado Tierra; y considerando que este se encuentra habitado por poco más que una raza de animales

bípedos que portan sus cabezas sobre los hombros en lugar de bajo el brazo, son incapaces de articular la lengua lunática, tienen dos ojos en lugar de uno, están desprovistos de rabo y dotados de una horrible tez blanca —que no verde guisante—; por estas y por toda una multitud de otras razones igualmente relevantes, se les considera incapaces de ostentar posesión alguna en el planeta que infestan, por lo que el derecho a su propiedad se concede a sus descubridores originales. Aún más, los colonizadores que están a punto de partir rumbo al planeta mencionado cuentan con la autorización y el mandato de convertir por todo medio posible a estos salvajes infieles, para que abandonen la oscuridad de la cristiandad y pasen a ser completos y absolutos lunáticos».

Como consecuencia de esta benevolente bula, nuestros filosóficos benefactores se lanzarían a trabajar con efusivo celo. Tomarían nuestros fértiles territorios, nos retirarían a fuerza de látigo nuestras legítimas posesiones, nos separarían de nuestras esposas y, cuando nos mostráramos tan poco razonables como para protestar, se lanzarían sobre nosotros y nos dirían: «¡Miserables bárbaros, desagradecidos desgraciados!, ¿acaso no hemos recorridos miles de kilómetros para mejorar vuestro insignificante planeta?; ¿acaso no os hemos alimentado con destilado de luna?; ¿acaso no os hemos intoxicado con óxido de nitrógeno?; ¿acaso nuestra Luna no os ilumina cada noche? ¿Y pese a todo mostráis la vileza de rechistar cuando pedimos una mísera recompensa por todos estos beneficios?». Pero al descubrir que no solo mantenemos un absoluto desprecio hacia su razonamiento y descreemos de su filosofía, sino que llegamos hasta el atrevimiento de defender nuestra propiedad, su paciencia quedaría agotada y recurrirían a sus capacidades superiores de persuasión: cazarnos a lomos de hipogrifos, traspasarnos con rayos de sol concentrados y demoler nuestras ciudades con rocas lunares, hasta que, después de haber logrado mediante la fuerza convertirnos a la verdadera fe, amablemente nos permitirían existir en los tórridos desiertos de Arabia o en las regiones heladas de Laponia, donde disfrutaríamos las bendiciones de la civilización y los encantos de la filosofía lunar —de forma muy similar al modo en que los reformados e iluminados salvajes de este continente son amablemente obligados a habitar los inhóspitos bosques del norte o las impenetrables selvas de América del Sur—.

De este modo, confío en haber mostrado con total claridad e ilustrado por completo el derecho de los primeros colonos a la posesión de este continente —y, por tanto esta gigantesca cuestión habrá sucumbido a la fuerza de mi honda—, por lo que, tras superar resueltamente todo obstáculo y someter toda oposición, no queda más que dirigir en el acto a mis impacientes y agotados lectores hasta la famosa ciudad que llevamos tanto tiempo, por así decirlo, asediando. Pero deténganse antes de dar otro paso, pues he de retomar la respiración y recuperarme de las excesivas fatigas que he sufrido con los preparativos para comenzar esta, la más exacta de las historias. En esto no hago más que imitar el ejemplo del reputado Hans von Mentecatten, quien se alejó tres kilómetros para tomar carrerilla y ascender una colina, mas al

descubrirse agotado para cuando alcanzó la falda, tomó asiento un instante para recuperar el aliento y luego caminó hasta la cima con toda tranquilidad.

Fin del libro primero

LIBRO SEGUNDO

Que aborda los primeros asentamientos de la provincia de Nieuw Nederlandts

Capítulo I

De cómo el capitán Hendrick Hudson, que navegaba en busca de un paso marítimo noroccidental, descubrió la famosa bahía de Nueva York, así como el gran río Mohegan; y cómo fue magníficamente recompensado con la munificencia de los Altos y Poderosos Señores

En el por siempre memorable año de nuestro Señor de 1609, el vigesimoquinto día de marzo (calendario juliano), una agradable mañana de sábado, cuando el alegre Febo, con el rostro recién lavado por el fresco rocío y los chaparrones primaverales, se asomó a las gloriosas ventanas del Este con un semblante más brillante de lo habitual, «ese valioso e irrecuperable descubridor, el capitán Henry Hudson» desplegó sus velas en Holanda en un sólido navío^[33] llamado *Half Moon*, empleado por la Compañía Holandesa de las Indias Orientales para buscar un paso noroccidental hacia China.

Contamos con una narración de esta celebrada travesía que ha llegado hasta nosotros, escrita con la verdadera brevedad de un cuaderno de bitácora por el maestro Robert Juet, de la casa de Lime, segundo de a bordo, quien fue designado historiador del periplo, en parte por su nada habitual talento literario, pero principalmente, según me informan verosímilmente, debido a que era compatriota y compañero de clase del gran Hudson, con quien a menudo, siendo niños, hacía novillos y se dedicaba a jugar con barquitos de corcho. Estoy en posición, no obstante, de suplir las deficiencias del diario del capitán Juet gracias a ciertos documentos que me han sido proporcionados por muy respetables familias neerlandesas, así como por diversos relatos familiares transmitidos por mi tatarabuelo, quien acompañaba a la expedición en calidad de mozo de camarote.

De acuerdo con cuanto he podido saber, escasos incidentes dignos de mención sucedieron durante la travesía, y me mortifica sumamente tener que incluir una expedición tan destacada en mi obra sin añadir más sobre ella. ¡Ay!, quién contara con las ventajas del más auténtico escritor de antaño, Apolonio de Rodas, que en su descripción de la famosa expedición argonáutica tiene toda la mitología a su disposición y eleva a Jasón y a sus pares a la categoría de héroes y semidioses —si bien todo el mundo conoce que no fueron más que una burda banda de ladrones de ovejas en una expedición de saqueo—. Dichoso sería si tuviera los privilegios de los maestros Homero y Virgilio para animar mi narración con gigantes y lestrigones, para entretener a nuestros honrados marineros con un ocasional concierto de sirenas y cada cierto tiempo con el raro espectáculo del bueno de Neptuno y su flotilla de traviesos cruceros. Pero ¡ay!, aquellos buenos días de la Antigüedad quedaron muy atrás, en aquella era en la que las bromistas deidades descendían al globo terráqueo

por sí mismas y gastaban bromas a sus perplejos habitantes. Neptuno ha decretado un embargo en sus dominios y los robustos tritones, como marinos en desbandada, están desempleados, a menos que el viejo Caronte se haya apiadado de ellos y los haya puesto a su servicio para soplar caracolas y asistirlo como barqueros. Ciertamente es que ninguna mención a ellos han realizado nuestros navegantes modernos —quienes no van a la zaga de sus antiguos predecesores en sus coqueteos con lo maravilloso—, tampoco ha aparecido noticia alguna sobre ellos en la más minuciosa y auténtica crónica de los mares, el *New York Gazette* editado por Solomon Lang^[34]. Incluso Cástor y Pólux, esos meteoros en llamas que brillan sobre los mástiles de los navíos sacudidos por la tempestad, son en escasas ocasiones observados en estos tiempos de degeneración. Y apenas muy de cuando en cuando nuestros venerables capitanes del mar se topan con ese portentoso espectro de los mares, el terror de todo marino experimentado, el sombrío fantasma de la noche: ¡el *Holandés Errante*!

Baste por tanto decir que la travesía fue fructífera y tranquila, habida cuenta de que la tripulación era gente paciente, muy dada al sueño y la vacuidad y escasamente atormentada por la enfermedad del pensamiento: un trastorno cerebral que es seguro generador de descontento. Hudson había embarcado ginebra y chucrut en abundancia y todo hombre tenía permitido dormir tranquilamente en su posición a menos que soplara el viento. Ciertamente es que una ligera insatisfacción apareció en dos o tres ocasiones a causa de un determinado comportamiento irracional del comodoro Hudson. Así, por ejemplo, se abstuvo de reducir las velas cuando el viento soplaba suave y la mar estaba en calma, algo que los más experimentados marinos neerlandeses consideraban una verdadera *incubadora de mal tiempo* —o prognosis— que provocaría un empeoramiento de la meteorología. Actuó asimismo en contradicción directa con esa regla antigua y sabia de los navegantes holandeses, quienes siempre reducían velas al caer la noche, giraban el timón a puerto y se marchaban a la cama, una precaución que les permitía un buen descanso por la noche, les aseguraba conocer dónde se encontraban a la mañana siguiente y difícilmente los estrellaría contra un continente en plena noche. De igual modo, prohibió a los marinos vestir más de cinco chaquetas y seis pares de calzones so pretexto de mantenerlos en un estado de mayor alerta; tampoco podía ningún hombre subir a la arboladura ni echar mano a las velas con una pipa en la boca, como es invariable costumbre neerlandesa en la actualidad. Todos estos motivos de queja, si bien podían fruncir los ceños durante un momento, gracias a la tranquilidad habitual de las honestas tripulaciones neerlandesas no tenían más que un efecto pasajero. Los marinos comían sobremanera, bebían profusamente y dormían a pierna suelta, por lo que, bajo la especial guía de la Providencia, el barco fue conducido a salvo a la costa de América, donde, tras varios acercamientos, paradas y alejamientos sin importancia, logró, el cuarto día de septiembre, adentrarse en esa bahía majestuosa que hoy despliega su amplio seno ante la ciudad de Nueva York y que hasta entonces no había sido vista por ningún europeo.

Cierto es, y no ignoro el hecho, que en un determinado libro apócrifo de viajes, compilado por un tal Hakluyt, se puede encontrar una carta escrita a Francisco I de Francia por un tal Giovanni o Juan da Verrazzano, en cuyos viajes algunos escritores se inclinan a fundamentar la creencia de que esta maravillosa bahía fue visitada con cerca de un siglo de antelación a la expedición del emprendedor Hudson. Descreo por completo de esta asunción (a pesar de que ha gozado de la acreditación de determinados hombres muy instruidos y juiciosos) por varios motivos de peso. *En primer lugar*, porque un análisis en detalle demuestra que la descripción aportada por este Verrazzano es aplicable con igual verosimilitud a la bahía de Nueva York y al gorrito de mi pijama. *En segundo lugar*, porque este Juan da Verrazzano, por el que casi llego ya a sentir una enconada enemistad, es oriundo de Florencia, y todo el mundo sabe de las astutas artimañas de estos bribones florentinos, con las que birlaron los laureles del mismo cráneo al inmortal Colón (vulgarmente llamado Colombo) para imponérselos a su entrometido vecino, Américo Vespucio, por lo que no tengo duda alguna de que están igualmente dispuestos a robarle al ilustre Hudson el mérito de haber descubierto esta hermosa isla, adornada por la ciudad de Nueva York, para situarla junto con el descubrimiento usurpado de América del Sur. *Y en tercer lugar*, inclino mi decisión en favor de las pretensiones de Hendrick Hudson en vista de que su expedición zarpó de Holanda, lo que la convierte en una empresa completamente neerlandesa; y aunque todas las pruebas del mundo se situaran del otro lado, las despreciaría por completo, indignas de mi atención. Si estas tres razones no son suficientes para satisfacer a todo burgués de esta antigua ciudad, no más puedo decir que son degenerados descendientes de sus venerables antepasados neerlandeses y que no merecen en absoluto mi esfuerzo por convencerlos. Así pues, el derecho de Hendrick Hudson a su célebre descubrimiento queda completamente justificado.

Ha sido toda una tradición oral en mi familia recordar cómo, cuando el gran navegador recibió por primera vez la bendición de observar esta encantadora isla, se le pudo ver, por primera y única ocasión en toda su vida, mostrar fuertes síntomas de sorpresa y admiración. Se dice que se giró hacia el maestro Juet y pronunció estas destacables palabras mientras señalaba hacia este paraíso del Nuevo Mundo: «¡Mira! ¡Allí!», tras lo que, como siempre era su costumbre cuando se sentía especialmente satisfecho, expulsó tales nubes de denso humo de tabaco que en un minuto la tierra desapareció de la vista y el capitán Juet se vio obligado a esperar a que el viento dispersara aquella niebla impenetrable.

Se trataba en realidad, como mi tatarabuelo solía decir —si bien yo nunca se lo oí pronunciar, puesto que murió, como es de esperar, antes de que yo naciera—: «Se trataba en realidad de un punto en el que el ojo bien podría haber gozado para siempre, en sus siempre nuevas e infinitas bellezas». La isla de Manna-hata se extendía ante ellos como una dulce visión de la imaginación o alguna hermosa creación de elaborada magia. Sus colinas de alegre verde se elevaban suavemente

unas sobre otras, coronadas por altos árboles de exuberante follaje, de los que algunos dirigían sus estrechadas copas hacia las nubes, gloriosas en su transparencia, y otros, dotados de una verde carga de trepadoras enredaderas, combaban sus ramas hacia la tierra cubierta de flores. En las suaves laderas de las colinas se distribuían en gozosa profusión el cornejo, el zumaque y el escaramujo, cuyos frutos escarlata y flores blancas brillaban espléndidos entre el verde profundo del follaje circundante. Por aquí y por allá se elevaban enroscadas columnas de humo que emanaban de las pequeñas cañadas que se abrían paso a lo largo de la costa y parecían prometer a los cansados viajeros una bienvenida por parte de un amable prójimo. Mientras observaban boquiabiertos y con extasiada atención la escena ante sus ojos, un piel roja coronado con plumas apareció en una de estas cañadas y, tras mirar en silente admiración el gallardo navío, que descansaba como un majestuoso cisne que en lago de plata nadara, hizo sonar el grito de guerra y se adentró de un salto en el bosque como un venado salvaje, para total sorpresa de los flemáticos neerlandeses, que jamás habían oído un sonido como aquel ni presenciado una cabriola tal en toda su vida.

De las transacciones de nuestros aventureros con los salvajes y de cómo estos últimos fumaban en pipas de cobre y comían grosellas secas, cómo les ofrecieron grandes cantidades de tabaco y de ostras, cómo dispararon a un miembro de la tripulación y cómo fue este enterrado, no diré nada, pues los considero hechos sin importancia para mi historia. Después de permanecer varios días en la bahía, con el objetivo de fumar sus pipas y refrescarse tras su largo periplo, nuestros viajeros levaron anclas y, osados, ascendieron por un poderoso río que vaciaba sus aguas en la bahía. Este río, leemos, era conocido entre los salvajes con el nombre de Shatemuck; si bien el excelente manual de historia publicado en 1674 por el caballero John Josselyn asegura que su nombre era Mohegan^[35], opinión a la que se suma el maestro Richard Blome, quien escribió tiempo después, por lo que me inclino preferiblemente por la opinión de estos dos honestos caballeros. Sea como sea, el río es denominado Hudson en la actualidad y a contracorriente lo ascendió el astuto Hendrick sin apenas dudar que en esa dirección descubriría ¡la tan ansiada ruta hacia China!

El diario prosigue y menciona diversos encuentros entre la tripulación y los nativos en la navegación río arriba, sin embargo, puesto que no son pertinentes para mi historia, pasaré sobre ellos en silencio, excepto por la siguiente broma mordaz que pergeñaron el viejo comodoro y su compañero de pupitre Robert Juet, la cual otorga tanto crédito a su filosofía experimental que no puedo evitar insertarla: «Determinaron el nuestro capitán y el su compañero poner a prueba a algunos de los jefes de la zona por ver si albergábanlas estas intenciones traidoras. De tal modo que lleváronlos al camarote y ofreciéronles tanto vino y *aqua vitae* que achispados todos acabaron. De entre ellos uno portaba consigo a su esposa, que permaneciese sentada con tanta modestia como cualesquiera de nuestras mujeres en un lugar extraño. Finalmente, de entre ellos uno, que estúvose a bordo del barco todo el tiempo, borracho acabó, algo que resultábales muy extraño, pues no sabían qué hacer al

respecto»^[36].

Tras quedar satisfecho con este profundo experimento y comprobar que los nativos eran una raza honesta y social de alegres parranderos que no presentaban objeción alguna a una buena farra y disfrutaban felices de sus copas, el viejo comodoro sonrió ampliamente para sus adentros y, mientras se metía una mascada doble de tabaco en la boca, ordenó al maestro Juet que dejara todo debidamente registrado para satisfacción de los filósofos de la naturaleza de la Universidad de Leiden, tras lo que continuó su curso con gran satisfacción. Sin embargo, navegados más de cien kilómetros río arriba, descubrió que el mundo acuoso que lo rodeaba comenzaba a mostrarse menos profundo y más reducido, la corriente más rápida y de agua completamente dulce —un fenómeno en absoluto extraño en la ascensión de un río, pero que confundió prodigiosamente a los honestos neerlandeses—. Se convocó entonces en reunión a nuestros modernos argonautas y, transcurridas seis horas completas de deliberación, alcanzaron una resolución en el instante preciso en que la nave encalló, cuando concluyeron unánimemente que existían escasas posibilidades de alcanzar China en aquella dirección. Un bote, no obstante, fue enviado para explorar el río aún más arriba, el cual a su regreso confirmó lo anticipado, tras lo que se viró por completo la dirección de la nave —no sin dificultad, pues era esta, como todas las de su sexo, especialmente difícil de gobernar— y el osado Hudson, según el relato de mi tatarabuelo, regresó río abajo ¡con una gigantesca mosca detrás de la oreja!

Tras quedar convencido de que había escasas posibilidades de llegar a China a menos que, como un ciego, regresara al lugar donde embarcó y volviera a partir de cero, Hudson recruzó de inmediato el océano rumbo a Holanda, donde fue recibido muy calurosamente por la honorable Compañía de las Indias Orientales, cuyos miembros se mostraron muy alegres de volver a verlo sano y salvo —¡y con su barco!—. A su llegada se celebró un gran encuentro de los principales comerciantes y burgomaestres de Ámsterdam en el que se decidió de forma unánime que, como generosa recompensa por los extraordinarios servicios prestados y el importante descubrimiento realizado, ¡el gran río Mohegan llevaría en adelante su nombre!, y así, llegado el momento presente, continúa llamándose río Hudson.

[33] Ogilby lo denomina fragata. <<

[34] El diario *New York Gazette*, que dirigía John Solomon Lang, era conocido en la época por su fijación con las noticias propias de la marina. (N. del T.). <<

[35] Este río aparece indistintamente como Manhattan, Noordt, Montaigne y Mauritius en el mapa de Ogilby. <<

[36] Diario de Juet, en *Purchas his Pilgrimes*. <<

Capítulo II

Que contiene la descripción de una inmensa Arca que flotó, bajo la protección de san Nicolás, desde Holanda hasta la isla de Gibbet; el descenso desde su interior de extraños Animales; una gran victoria; junto con una descripción de la antigua aldea de Communipaw

Las exquisitas descripciones facilitadas por el gran Hudson y el maestro Juet del territorio que habían descubierto suscitaron algo más que comentarios y especulaciones entre las buenas gentes de Holanda. El Gobierno entregó a una asociación de tratantes llamada Compañía de las Indias Occidentales títulos de privilegio para el comercio exclusivo en el río Hudson, donde esta erigió un centro mayorista que se llamó Fuerte Aurania (Naranja), en la magnífica y hospitalaria ciudad actual de Albany. Sin embargo, me abstendré de profundizar en las varias actividades comerciales y colonizadoras que se llevaron a cabo en este lugar —entre ellas la de *mynheer* Adriaen Block, quien descubrió y dio nombre a la isla de Block, desde entonces famosa por su queso—, y me limitaré a los hechos relacionados con el nacimiento de nuestra conocida ciudad.

Habían transcurrido unos tres o cuatro años desde el regreso del inmortal Hendrick cuando una tripulación de colonizadores neerlandeses honestos, bien intencionados y con el pelo color zanahoria, soltó amarras desde la ciudad de Ámsterdam con destino a la costa americana. Es una pérdida irreparable para la historia y muestra clara de la oscuridad de la época y del lamentable descuido del noble arte de la edición —posteriormente cultivado con gran aplicación por sabios capitanes de barco y apuestos sobrecargos— que una expedición tan interesante e importante en sus resultados se produjera en completo silencio. Estoy de nuevo en deuda con mi tatarabuelo en lo relativo a los escasos datos que puedo aportar con respecto a esta travesía, pues aquel había embarcado otra vez rumbo a nuestro continente con total determinación, decía, de concluir aquí sus días y de concebir una raza de Knickerbockers que llegaran a ser grandes hombres en el Nuevo Mundo.

El barco en el que navegaron estos ilustres aventureros llevaba por nombre *Goede Vrouw* (Buena Mujer), a modo de halago a la esposa del presidente de la Compañía de las Indias Occidentales, reconocida por todo el mundo (excepto por su marido) por ser una dama de carácter singularmente dulce cuando no se encontraba bajo los efectos del alcohol. Era este verdaderamente un navío gallardo, una de las más acreditadas construcciones neerlandesas, realizada por los más hábiles carpinteros navales de Ámsterdam, quienes, bien conocido es, siempre modelan sus embarcaciones a imitación de la bella forma de las mujeres de su país. De este modo, contaba con treinta metros de quilla, treinta metros de manga y treinta metros desde

el extremo del codaste hasta el coronamiento. Como su hermoso modelo, que fue declarada la mayor belleza de Ámsterdam, contaba con una amplia proa, un par de enormes aparejos de gata, un fondo de lo más fiable y, por añadidura, ¡la más prodigiosa popa!

El ingeniero, que era un hombre un tanto religioso, en lugar de decorar el barco con ídolos paganos, tales como Júpiter, Neptuno o Hércules (cuyas impías abominaciones, no me cabe duda, provocan desgracias y los naufragios de muy nobles embarcaciones); el ingeniero, decía, situó de modo loable en la proa una imagen excelente de san Nicolás, adornado con un sombrero bajo de ala ancha, un gigantesco par de calzas flamencas y una pipa que se extendía hasta el extremo del bauprés. Tan elegantemente decorada, la firme embarcación partió flotando de perfil, como un majestuoso ganso, del muelle de la gran ciudad de Ámsterdam, y todas las campanas que no se dedicaban a otros menesteres repicaron tres veces para la feliz ocasión.

Mi tatarabuelo señala que el viaje transcurrió con una facilidad nada habitual; debido a la especial protección del siempre venerado san Nicolás, la *Goede Vrouw* parecía contar con habilidades desconocidas para los navíos normales. De este modo avanzaba igualmente a la deriva como marcha adelante, podía progresar casi a la misma velocidad con el viento de proa como de popa y se manejaba especialmente bien en situación de calma; por lo que, gracias a estas singulares ventajas, logró culminar su travesía en muy escasos meses y echó anclas en la desembocadura del Hudson, ligeramente al este de la isla de Gibbet^[37].

Una vez allí, los viajeros levantaron los ojos y observaron, en lo que en la actualidad es la costa de Jersey, una pequeña aldea india, agradablemente abrigada en una arboleda de olmos de amplia copa, cuyos nativos estaban todos reunidos en la playa y miraban con estúpida admiración a la *Goede Vrouw*. Con el objetivo de alcanzar un acuerdo con ellos se envió de inmediato un bote, el cual, al aproximarse a la orilla, los saludó con una trompeta en los términos más amistosos; pero tan horriblemente perplejos quedaron estos pobres salvajes ante el formidable y grosero sonido del lenguaje neerlandés que todos a la vez pusieron pies en polvorosa, superaron a la carrera las colinas de Bergen y no se detuvieron hasta que se hubieron enterrado de cabeza en las marismas, al otro lado, donde todos sin excepción perecieron tristemente (sus huesos, reunidos y decentemente cubiertos por la Sociedad Tammany del momento^[38], formaron ese singular túmulo funerario llamado Colinas de la Serpiente de Cascabel que se eleva en el centro de las marismas salinas, ligeramente al este del camino elevado de Newark).

Animados por esta victoria inesperada, nuestros valientes héroes pisaron tierra triunfantes, tomaron posesión de esta como conquistadores en nombre de los altos y poderosos señores los Estados Generales de las Provincias Unidas de los Países Bajos y, avanzando sin miedo, tomaron al asalto la aldea de Communipaw —sin encontrar más resistencia que una decena de viejos pieles rojas y algunos niños a los que

torturaron hasta la muerte con una sucesión de palabras en bajo neerlandés—. Al detenerse a observar a su alrededor, quedaron tan extasiados con las maravillas del lugar que poca duda albergaron: el bendito san Nicolás los había guiado hasta allí, al lugar exacto donde debían establecer su colonia. La ductilidad del suelo era magnífica para clavar pilotes; las ciénagas y marismas del entorno ofrecían amplias oportunidades para la construcción de diques y presas; la poca profundidad de las aguas de la costa era especialmente favorable para la construcción de muelles; en pocas palabras: la zona abundaba con los particulares inconvenientes y obstáculos acuáticos necesarios para la fundación de una gran ciudad neerlandesa. Tras realizar su fidedigno informe a la tripulación de la *Goede Vrouw*, determinaron todos y cada uno de ellos que aquel era el punto final predestinado para su travesía. De este modo, descendieron de la *Goede Vrouw* hombres, mujeres y niños en grupos considerables, tal y como hicieron los animales del pasado que viajaban en el arca de Noé, y configuraron un próspero asentamiento, al cual llamaron por su nombre indio: Communipaw.

Puesto que todo el mundo conoce a la perfección Communipaw, podría parecer en cierto modo superfluo que la presente obra abunde en el asentamiento; sin embargo, mis lectores recordarán que, si bien es mi intención principal contribuir a la ilustración de la época presente, también escribo para la posteridad, por lo que he de mostrar consideración hacia el saber y la curiosidad de un buen puñado de siglos aún por llegar, un tiempo en el que quizá, de no ser por esta inestimable historia, la gran Communipaw, como Babilonia, Cartago, Nínive y otras grandes ciudades, podría haber desaparecido por completo, hundida y olvidada en su propio cieno, con sus habitantes convertidos en ostras^[39], e incluso es posible que sus circunstancias sean objeto fértil de erudita controversia y terca investigación entre infatigables historiadores. Permítanme, por tanto, rescatar piadoso del olvido las humildes reliquias de un lugar ¡qué es el huevo del que eclosionó la grandiosa ciudad de Nueva York!

Communipaw no es en la actualidad más que una pequeña aldea, agradablemente ubicada en un entorno rural en esa bella sección de la costa de Jersey que era conocida en las leyendas antiguas con el nombre de Pavonia y ofrece una magnífica perspectiva de la estupenda bahía de Nueva York. Se encuentra apenas a media hora de navegación de esta última, siempre y cuando los vientos sean propicios, e incluso puede observarse con nitidez desde la ciudad. Es más, se trata de un hecho conocido, el cual puedo garantizar por mi propia experiencia, que en una tarde clara y tranquila de verano es posible oír desde las baterías de Nueva York^[40] el escandaloso repique de las risotadas a mandíbula batiente de los negros holandeses de Communipaw, quienes, como la mayor parte de los negros, son famosos por sus capacidades risibles. Sucede esto especialmente las tardes de los domingos, tal y como señala un ingenioso y muy observador filósofo —quien ha realizado grandes descubrimientos en los alrededores de la ciudad—, cuando ríen siempre con más fuerza, algo que nuestro

investigador atribuye al hecho de llevar puestas sus prendas más festivas.

Estos negros, de hecho, al igual que los monjes en las épocas más oscuras, defienden todo el conocimiento del lugar y, al ser infinitamente más intrépidos y más sabios que sus amos, realizan todo el comercio exterior, para lo que emprenden frecuentes viajes a la ciudad en canoas cargadas de ostras, suero de leche y coles. Son grandes astrólogos y predicen los diferentes cambios de la meteorología de forma casi tan precisa como un almanaque; son, asimismo, exquisitos intérpretes de violín de tres cuerdas; mientras que silbando prácticamente igualan los afamados poderes de Orfeo con su lira, pues no hay caballo ni buey en la zona que, con el arado o el carro, mueva una pata hasta oír el bien conocido silbido de su arriero y compañero. Y, cómo no, por su sorprendente habilidad para realizar cuentas con los dedos, son observados con tanta veneración como lo fueron los viejos discípulos de Pitágoras tras ser iniciados en la sagrada tétrada de los números.

En cuanto a los honestos burgueses neerlandeses de Communipaw, como sabios hombres que son y bien fundados filósofos, nunca miran más allá de sus pipas ni se atormentan el cerebro con ningún asunto que escape de su vecindario inmediato, por lo que viven en profundo y envidiable desconocimiento de todas las dificultades, ansiedades y revoluciones de este alocado planeta. Me han llegado incluso a señalar que muchos de ellos realmente creen que Holanda, de la que tanto han oído hablar a través de sus tradiciones, se encuentra situada en algún lugar de Long Island; que Spuyten Duyvil y The Narrows son los dos extremos del mundo; que la región continúa bajo dominación de los altos y poderosos señores y que la ciudad de Nueva York aún porta el nombre de Nieuw Amsterdam. Se reúnen todas las tardes de los sábados en la única taberna de la zona, la cual como distintivo muestra un retrato de trazos un tanto cuadrados del príncipe de Orange, donde fuman una pipa en silencio con el objetivo de fortalecer la convivencia social e invariablemente beben una jarra de sidra por el éxito del almirante Van Tromp, quien imaginan que continúa barriendo el canal de la Mancha con una escoba en lo alto del mástil^[41].

Communipaw, en esencia, es una de las numerosas aldeas en las inmediaciones de esta, la más hermosa de las ciudades, que se han convertido en fortaleza refugio de las costumbres primitivas de nuestros antepasados neerlandeses, donde estas se conservan con devota y escrupulosa rigurosidad. El atuendo de los colonizadores originales es traspasado intacto de padres a hijos: el mismo sombrero de ala ancha, el abrigo de amplios faldones y los calzones abotonados e inflados continúan generación tras generación, así como todavía pueden observarse gigantescas hebillas de pura plata para sostener los calzones en las rodillas, una muestra de lo más galante de los días de los patriarcas de Communipaw. El lenguaje, asimismo, continúa sin alteraciones ni innovaciones bárbaras, y es tan sumamente correcto el maestro de escuela de la aldea en su dialecto que su lectura de un salmo en bajo neerlandés tiene prácticamente el mismo efecto en los nervios que el recuento de ovejas.

Capítulo III

En el que se explica el verdadero arte del comercio, junto con una milagrosa huida de una gran Metrópolis entre la niebla; y de cómo ciertos aventureros partieron de Communipaw en una peligrosa expedición colonizadora

Una vez cumplida, en la amable digresión con la que concluí el capítulo anterior, la obligación filial que la ciudad de Nueva York debe a Communipaw como asentamiento madre, y después de haber ofrecido una imagen fidedigna de este en sus circunstancias actuales, regreso, con un balsámico sentimiento de aprobación, a la historia temprana de nuestra ciudad. Tras verse la tripulación de la *Goede Vrouw* reforzada rápidamente por nuevas importaciones de Holanda, el asentamiento avanzó feliz, incrementando su magnitud y prosperidad. Los indios de la vecindad en poco tiempo se acostumbraron al grosero sonido de la lengua neerlandesa y gradualmente se estableció un intercambio con los recién llegados. Los indios eran muy dados a largas charlas, del mismo modo que los neerlandeses lo eran a prolongados silencios —en este aspecto, por tanto, se amoldaron por completo los unos a los otros—. Los jefes indios realizaban largos discursos sobre el gran toro, el río y el poderoso espíritu, ante lo que los neerlandeses escuchaban con gran atención, fumaban sus pipas y gruñían: «*Yah mynheer*» —una respuesta que dejaba por completo encantados a los pobres salvajes—. Los nativos instruyeron a los nuevos colonos en el mejor arte del secado y el ahumado del tabaco, mientras que estos, por su parte, los emborracharon con verdaderas ginebras de Holanda y después los ilustraron en el arte del comercio.

Rápidamente se inició un dinámico comercio de pieles: los comerciantes neerlandeses eran de una escrupulosa honestidad en sus acuerdos y realizaban sus adquisiciones siempre al peso, para lo que establecieron como invariable medida que la mano de un neerlandés pesaba una libra y dos su pie. Ciertamente es que los simples indios a menudo quedaban sorprendidos por la gran desproporción entre masa y peso, ya que, en cada ocasión que dejaban a un neerlandés colocar un fardo de pieles —nunca lo bastante grande— en un platillo y una mano o un pie en el otro, el platillo de las pieles volaba al aire. ¡Jamás se conoció un bulto de pieles que pesara más de dos libras en el mercado de Communipaw!

Se trata, sin duda, de un hecho peculiar, pero su veracidad me viene transmitida directamente por mi tatarabuelo, quien había alcanzado una relevancia considerable en la colonia al ser promocionado al oficio de maestro de pesas y medidas gracias al tamaño nada habitual de sus pies.

Las posesiones neerlandesas en este rincón del orbe comenzaron entonces a asumir unas perspectivas florecientes, por lo que fueron incluidas bajo el título

general de Nuevos Países Bajos, debido, sin duda, a su gran parecido con los Países Bajos europeos —excepto por el hecho de que los primeros eran accidentados y montañosos y los últimos planos y pantanosos—. En torno a este momento la tranquilidad de los colonizadores neerlandeses, no obstante, estaba destinada a sufrir una interrupción temporal. En 1614, el capitán *sir* Samuel Argal, quien navegaba al servicio de Dale, gobernador de Virginia, visitó los asentamientos neerlandeses del río Hudson y exigió su sometimiento a la corona inglesa y a la soberanía de Virginia. Ante esta arrogante exigencia, puesto que no estaban en condiciones de resistirse, los neerlandeses se plegaron inicialmente, como hombres prudentes y razonables que eran.

No parece que el valiente Argal molestara al asentamiento de Communipaw; más bien al contrario, leo que cuando su embarcación apareció por primera vez en la región, los dignos burgueses se vieron asaltados por tal ataque de pánico que se lanzaron a fumar sus pipas con una sorprendente vehemencia, hasta tal punto que rápidamente levantaron una nube de humo, la cual, al abrazar el bosque y las marismas circundantes, envolvió y ocultó por completo su amada aldea y las hermosas regiones de Pavonia. De este modo, el terrible capitán Argal pasó de largo, sin sospechar en absoluto que un tenaz asentamiento neerlandés de pequeño tamaño permanecía cómodamente abrigado en el barro, cubierto por todo aquel pestilente humo. A modo de conmemoración de tan afortunada salvación, los nobles habitantes han continuado fumando, prácticamente sin descanso, hasta el mismo día de hoy. Este hecho se señala como la causa de la singular niebla que a menudo descansa sobre Communipaw en una tarde de cielos limpios.

Tras la marcha del enemigo, nuestros magnánimos predecesores necesitaron seis meses completos para recuperar el aliento, pues habían quedado excesivamente turbados por la consternación y la presteza de los acontecimientos. Convocaron entonces un consejo de seguridad que trataría, pipa en boca, el estado de la provincia. Tras otros seis meses más de sesuda deliberación, durante la que se pronunciaron cerca de quinientas palabras y se fumó casi tanto tabaco como habría requerido un cierto general contemporáneo en todo un invierno de campaña alcohólica, se determinó equipar un ejército de canoas y enviarlo a un viaje de descubrimiento con el objetivo de encontrar, en caso de existir, una posición más segura y extraordinaria en la que la colonia se viera menos amenazada por enojosas visitas.

Esta peligrosa empresa fue confiada a la dirección de los *mynheers* Oloffte van Kortlandt, Abraham Hardenbroek, Jacobus van Zandt y Winant Ten Broek, cuatro hombres sin duda magníficos, pero de cuya historia previa a la partida de Holanda poco he podido averiguar pese a haber realizado concienzudas investigaciones. No debe causar este hecho gran sorpresa, pues los aventureros, como los profetas, aunque causen gran algarabía en el extranjero, difícilmente disfrutan de mucha celebridad en sus propios países, si bien es innegable que los materiales fruto de la erosión, las inundaciones y el barrido de un país están invariablemente compuestos de los

elementos más ricos del suelo patrio. Y en este sentido no puedo más que subrayar lo conveniente que sería para algunos de nuestros grandes hombres y familias de dudoso origen contar con el privilegio de los héroes de antaño, quienes, siempre que su linaje estaba envuelto en tinieblas, se anunciaban con toda modestia como descendientes de un dios y jamás visitaban una nación extranjera sin narrar algún cuento chino que los situaba como reyes y princesas en su país de origen. Este abuso venial de la verdad, si bien intentado ocasionalmente por algún fingido marqués o barón y otros ilustres extranjeros en nuestra tierra de amable credulidad, ha pasado a ser completamente reprobado en esta época escéptica y realista. Incluso llego a plantearme si será posible aún que una tierna virgen que de forma accidental e inexplicable se vea enriquecida con una criatura pueda defender su honra junto a las chimeneas de los salones y en las tardes de té atribuyendo el suceso a un cisne, una lluvia de oro o un dios de los ríos.

Negado, pues, por completo el beneficio de la mitología y la fábula clásica, habría quedado totalmente desinformado en lo relativo a la biografía de la edad temprana de mis héroes de no ser por el rayo de luz que sus nombres arrojan sobre su origen.

Mediante este sencillo método he logrado reunir ciertos datos relativos a los aventureros en cuestión. Van Kortlandt, por ejemplo, era uno de esos filósofos peripatéticos que para ganarse la vida ponía a prueba a la Providencia y, como Diógenes, disfrutaba de una hacienda gratuita y libre de gravámenes bajo el sol. Vestía habitualmente las prendas propias de su fortuna, curiosamente deshilachado o emperejilado por la mano del tiempo; a modo de sombrero portaba un pedazo envejecido de uno que había adquirido la forma de un pan de azúcar. Hasta tal punto llevaba su desprecio por la adventicia distinción del vestir que, según se dice, los restos de una camisa, con los que cubría su espalda y que bailoteaban como un pañuelo por un agujero de sus calzones, jamás conocieron otra limpieza que no fueran las abundantes duchas del cielo. De esta guisa era habitual verlo tomando el sol al mediodía con una piara de filósofos de la misma secta junto al gran canal de Ámsterdam. Al modo de la nobleza europea, tomó su apellido, Kortlandt (es decir: sin tierra), de sus bienes raíces, que descansaban en algún lugar de Terraincógnota.

Sobre el siguiente de nuestros ilustres personajes, de haber yo contado con el beneficio de la asistencia mitológica cuya necesidad acabo de lamentar, habría realizado una honrosa mención confiriéndole pedigrí tan ilustre como el del héroe más orgulloso de la Antigüedad. Se apellidaba Van Zandt, cuya libre traducción significa «del barro», es decir, que, sin duda alguna, como Triptólemo y Temis, los cíclopes y los titanes, ¡nació de la dama Tierra! Esta suposición se ve ampliamente corroborada por su tamaño, puesto que es bien conocido que toda la progenie de la Madre Tierra contaba con una estatura gigantesca, y Van Zandt, leemos, era un hombre alto y huesudo, por encima del metro ochenta y con una cabeza sorprendentemente dura. Este origen del ilustre Van Zandt no es una pizca más improbable ni repugnante al entendimiento que lo referido y universalmente admitido

de algunos de nuestros mejores —o más bien de nuestros más ricos— hombres, quienes, se nos dice con la mayor gravedad, ¡se hicieron a sí mismos!

Del tercer héroe apenas ha llegado a nuestro tiempo una borrosa descripción que menciona que era un hombrecillo enérgico, obstinado, robusto y afanoso; asimismo, pues iba habitualmente equipado con un viejo par de calzas de ante, recibía el apodo cariñoso de Hardenbroek, es decir: Calzones Duros.

El conjunto de aventureros lo completaba Ten Broek. Es un hecho singular y risible —que de no ser yo un historiador escrupuloso en el registro de la verdad absoluta podría haberme sentido tentado de dejar pasar en total silencio por ser incompatible con la seriedad y la dignidad de mi historia— que este ilustre caballero hubiera recibido también su apodo de la más caprichosa de sus prendas de ropa. De hecho, los calzones parecen haber sido una prenda de lo más importante a ojos de nuestros venerados antepasados, muy probablemente debido a que realmente eran la prenda de ropa de mayor tamaño. El nombre de Ten Broek o Tin Broek se traduce indistintamente como Diez Calzones o Calzones de Hojalata. Los comentaristas germanos se inclinan por la primera opinión y la atribuyen a que habría sido el primero en introducir en el asentamiento la antigua moda neerlandesa de vestir diez pares de calzones. Sin embargo, los más elegantes e ingeniosos expertos en la materia se declaran a favor de Tin, o más bien Thin Broek (Calzones Finos), de lo que infieren que se trataba de un pícaro pobre pero feliz cuyos bombachos no eran los más robustos y que sería el autor original de esa rima popular de verdadera filosofía:

¿Por qué pelear, pues, por riquezas
o cualquier otro juguete resplandeciente?
¡Un corazón alegre y un par de calzones finos
nos llevarán por todo el mundo, mis valientes!

Tal fue la gallarda agrupación que sin miedo partió liderando una poderosa flota de canoas para explorar la región aún desconocida en torno a la desembocadura del Hudson —y sobre cuyas cabezas parecía brillar el sol propicio a su empresa—.

Se encontraban en esa deliciosa estación del año en la que la naturaleza, liberándose de la gélida esclavitud del viejo invierno como una damisela que florece de la tiranía de un sórdido padre gigantón, se lanza sonrojada con diez mil encantos a los brazos de la juvenil primavera. Toda copetuda arboleda y bosquecillo en flor resonaban con las notas del amor nupcial; los propios insectos, mientras libaban el rocío de la mañana que alhajaba la tierna hierba de los prados, levantaban sus voces para unirse al gozoso epitalamio; el brote virginal tímidamente desplegaba sus atributos; y el corazón del hombre se disolvía en ternura. ¡Oh, dulce Teócrito, quién tuviera tu flauta de avena con la que en otro tiempo cantaste las alegres llanuras sicilianas!; ¡oh, delicioso Bión, quién tu pastoral caramillo, con el que tanto se deleitaban los alegres pretendientes de lalésbica isla!; con ellos trataría yo de cantar con suaves rimas bucólicas o despreocupados idilios las bellezas rurales del paisaje.

Sin embargo, al contar únicamente con esta ajada pluma de ganso para aletear en mi vuelo, he de contentarme de buen grado y dejar de lado estas poéticas diversiones de la imaginación para continuar con mi fidedigna narrativa en humilde prosa, consolándome con la idea de que, si bien puede no presentarse con tanta dulzura a la imaginación de mi lector, se insinuará no obstante con virginal modestia, para mejor juicio de este, vestida como está con las castas y sencillas prendas de la verdad.

En la feliz estación de la primavera, pues, partieron estos robustos aventureros en una azarosa expedición que únicamente requeriría de otro Virgilio que la representara para igualar la tan cantada historia de la *Eneida*. Muchas aventuras encontraron y diversos contratiempos hubieron de afrontar en su itinerancia de Communipaw a la Isla de las Ostras, de la Isla de las Ostras a la de Gibbet, de esta a la de los Gobernadores y de la Isla de los Gobernadores, a través del Canal del Suero de Leche (un segundo estrecho de Píloro), hacia Dios sabe dónde, hasta que muy cerca estuvieron de naufragar y perderse para siempre en los tremendos torbellinos de Hell Gate^[42], que en materia de horrores y espantosos peligros harían de Escila y Caribdis risible objeto de absoluto desprecio. A lo largo de toda aquella travesía nuestros héroes se toparon con tantos lestrigones, cíclopes, sirenas e infelices Didos como el piadoso Eneas en su expedición colonizadora.

Finalmente, tras vagar de aquí para allá, se vieron atraídos por los sobresalientes encantos de una vasta isla que descansaba como una gigantesca pechera dividiendo el hermoso seno de la bahía y de la que las numerosas islas por las que habían pasado parecían meros complementos y apéndices. Allí viraron su curso y el viejo Neptuno, que parecía impaciente por contribuir en la elección de un punto de desembarco en el que habría de ser fundada una ciudad que ejercería de baluarte del dios en esta tierra occidental, envió media docena de potentes oleadas que bambolearon las canoas de nuestros viajeros para dejarlas varadas en el mismo punto de la isla en el que en la actualidad se sitúa la deliciosa ciudad de Nueva York.

El nombre original de esta hermosa isla es objeto de controversia y ha sufrido ya una corrección, lo cual es prueba de la triste inestabilidad de las cuestiones sublunares y de las elaboradas perversiones de los ortógrafos modernos. El nombre más habitual entre el vulgo (miembros de la Asamblea y directores de banco, por ejemplo) es Manhattan, el cual se dice que se originó a partir de una costumbre entre los indios squaw de los primeros tiempos del asentamiento, pues estos vestían sombreros de caballero de lana, tal y como sigue sucediendo entre muchas tribus. «De este modo —nos indica un viejo gobernador un tanto bromista que prosperó cerca de un siglo atrás y había visitado a los cerebros de Filadelfia— surgió la denominación de Man-hat-on (hombre-sombrero-puesto), otorgada en primer lugar a los indios y posteriormente a la propia isla». ¡Qué broma más estúpida! (aunque digna para un gobernador).

Entre las descripciones más antiguas que merecen consideración seria se encuentra la contenida en la valiosa historia de las colonias americanas escrita por el

maestro Richard Blome en 1687, donde se la denomina Manhadaes o Manahanent. Tampoco podemos olvidar el excelente librito de ese historiador auténtico, el señor John Josselyn, quien explícitamente la llama Manadaes.

Sin embargo, una autoridad aún más vetusta y en mayor medida merecedora de crédito, habida cuenta de que está acreditada por nuestros venerados antepasados neerlandeses, es la que podemos encontrar en ciertas cartas que todavía conservamos, intercambiadas entre los primeros gobernadores y las autoridades vecinas. En ellas la isla se denomina indistintamente Monhattoes, Munhatos y Manhattoes —una variación sin relevancia ocasionada por los literatos de antaño, quienes mostraban gran desprecio por esos libros de ortografía e investigaciones morfológicas que suponen el único objeto de estudio y ambición de tantos hombres y mujeres versados en letras de los tiempos modernos—. ^[43] Se señala que este nombre derivaría del gran espíritu indio Manetho, quien supuestamente hizo de la isla su residencia favorita por sus encantos sin parangón. Pero la más venerable e indiscutible autoridad con la que contamos, y a la que otorgo incondicional confianza debido a que le confiere un nombre tanto melódico como poético y significativo, es la aportada por el diario anteriormente mencionado del viaje del gran Hudson que redactó el maestro Juet, quien claramente y con total corrección la denomina Manna-hata, es decir, la isla del maná o, en otras palabras, ¡una tierra de la que brotan leche y miel!

Capítulo IV

*Que contiene diversas y muy sensatas razones por las que un hombre no debe escribir a toda prisa; junto con la construcción de Nueva Ámsterdam y la memorable disputa consiguiente de los mynheers
Diez Calzones y Calzones Duros*

Mi bisabuelo materno, Hermanus van Clattercop, cuando trabajó en la construcción de la gran iglesia de piedra de Róterdam que se levanta unos trescientos metros a la izquierda tras girar desde el Boompjes y que fue construida tan adecuadamente que todos los entusiastas cristianos de Róterdam prefieren dormir durante los sermones allí y no en ninguna otra iglesia de la ciudad; mi bisabuelo, decía, cuando trabajó en la construcción de esa famosa iglesia, pidió primero que le trajeran de Delft una caja de pipas largas; posteriormente, después de haber comprado una nueva cajita para escupir y cien libras del mejor virginia, tomó asiento y no hizo más durante tres meses sino fumar del modo más aplicado. Pasó después otros tres meses completos recorriendo a pie y viajando en *trekschuit* desde Róterdam a Ámsterdam —y de allí a Delft, a Haarlem, a Leiden, a La Haya...—, y golpeándose la cabeza y rompiendo la pipa contra toda iglesia de su camino. De nuevo avanzó gradualmente hacia Róterdam hasta que tuvo a plena vista el espacio mismo en el que se erigiría la iglesia. Dedicó entonces otros tres meses a dar una vuelta tras otra a su alrededor para contemplarlo, primero desde un punto de vista y luego desde otro —bien lo llevaban remando alrededor por los canales, bien lo observaba a través de un telescopio desde el otro lado del Mosa, o bien lo miraba desde las alturas, subido a lo alto de uno de esos gigantescos molinos de viento que protegen las puertas de la ciudad—. Las buenas gentes del lugar andaban histéricas de expectación e impaciencia: pese a todo el alboroto causado por mi bisabuelo, ni un indicio de la iglesia podía aún verse; llegaron incluso a temer que jamás se elevaría sobre la tierra, sino que su gran arquitecto terminaría por perecer a causa de tanto trabajar en el gran proyecto que había concebido. Finalmente, después de haber dedicado doce meses completos a fumar, navegar, charlar y pasear, tras haber viajado por toda Holanda e incluso pasado a Francia y a Alemania para echar un vistazo, una vez se hubo fumado quinientas noventa y nueve pipas y trescientas libras del mejor tabaco de Virginia, mi bisabuelo reunió a todo ese grupo de ciudadanos industrioses y sabios que prefieren atender a los asuntos de cualquiera antes que a los suyos y, tras haberse retirado el abrigo y el primer par de calzones, avanzó enérgico y colocó la piedra angular de la iglesia en presencia de toda la multitud, justo al inicio del decimotercer mes.

De manera similar y con el ejemplo de mi noble antepasado nítido en la mente, he procedido a la redacción de esta historia por completo auténtica. Los honestos habitantes de Róterdam sin duda pensaron que mi bisabuelo no estaba haciendo nada que tuviera que ver con su trabajo cuando se dedicaba a tal variedad de labores

preliminares para la construcción de su iglesia; igualmente, muchos de los ingeniosos residentes en esta hermosa ciudad (cuyos intelectos se han visto sumamente estimulados y acelerados por el omnipresente óxido de nitrógeno, al igual que sucedió a Crisipo con el eléboro) supondrán evidentemente que todos los capítulos preliminares acerca del descubrimiento, el poblamiento y el asentamiento final en América eran completamente irrelevantes y superfluos y que el elemento central, la historia de Nueva York, no ha avanzado ni un ápice más que si nunca hubiera tomado la pluma. Jamás erraron tanto en sus conjeturas los hombres de saber; gracias a un trabajo lento y prudente, la iglesia salió de las manos de mi bisabuelo para convertirse en uno de los más suntuosos, gloriosos y hermosos edificios del mundo conocido (excepto por el hecho de que, como en nuestra sobresaliente capital de Washington, se inició en una escala tal que aquellas buenas gentes no pudieron permitirse terminar más que un ala^[44]).

Del mismo modo, pronostico que, si en algún momento soy capaz de concluir esta historia (algo de lo que, a decir verdad, a menudo tengo mis dudas), esta pasará a la posteridad como la obra más completa, fidedigna y crucial que jamás se haya leído — deleite de los eruditos, decoración de las bibliotecas y modelo para todos los futuros historiadores—. Nada genera tal dilatación de la mente como la idea de escribir para la posteridad, y si Ovidio, Herodoto, Polibio o Tácito, tal y como sucedió a Moisés sobre el monte Nebo, hubieran podido observar la ilimitada región sobre la que su descendencia estaba destinada a deambular, se habrían tumbado como el buen israelita para morir satisfechos.

Puedo oír a algunos de mis quisquillosos lectores cuestionar la exactitud de mi planificación, pero no tengo paciencia para estas continuas interrupciones; ¡jamás hubo historiador tan incomodado por dudas, interrogantes y tal tropel de chismosos descontentos! Si continúan molestándome de este modo, nunca seré capaz de alcanzar el final de mi obra. Pido a Apolo y a todo su serrallo de musas que testifiquen que estoy desarrollando la estructura más acreditada y a la moda entre los historiadores modernos y que si mis lectores no consideran de su agrado mi materia ni mis maneras, por Dios santo, que despeñen mi trabajo, tomen una pluma y escriban la historia que les plazca. Por mi parte, estoy cansado de sus incesantes interrupciones y ruego, de una vez y por todas, no encontrar ninguna más.

Tras haber descubierto la isla de Manna-hata, Manhattoes o, como es conocida vulgarmente, Manhattan, tal y como se describió en el capítulo precedente, y una vez que sus descubridores unánimemente la consideraron el lugar más hermoso del mundo conocido en el que construir una ciudad que pudiera sobrepasar a todos los emporios de Europa, regresaron inmediatamente a Communipaw con la agradable noticia. A su llegada, una considerable colonia fue equipada de inmediato y, tras un feliz viaje de media hora, los colonizadores alcanzaron Manna-hata. Puesto que habían adquirido con antelación la tierra a los indios (una acción prácticamente sin antecedentes en los anales de los descubrimientos y las colonizaciones), se

establecieron en el extremo suroeste de la isla y erigieron una resistente fortificación de adobe a la que llamaron Fuerte Ámsterdam. Varias chozas aparecieron rápidamente en torno a este, para cuya protección levantaron una cerca de robustas estacas. Las fronteras originales estuvieron delimitadas por un arroyo que partía del río Este, a lo largo de la actual calle Whitehall, y una pequeña ensenada del río Hudson hasta el campo de bolos conocido como Bowling Green, como si la naturaleza hubiera amablemente diseñado esta cuna en la que se acurrucaría el embrión de esta renombrada ciudad. Los árboles de ambos lados del arroyo fueron cuidadosamente eliminados, tal y como sucedió en el espacio ocupado en la actualidad por el campo de bolos. Se tomaron estas precauciones para proteger el fuerte tanto de ataques francos como de acometidas páfidas de los salvajes vecinos, quienes recorrían en hordas los bosques y ciénagas que se extendían por esos espacios rurales conocidos en la actualidad como Broadway y las calles Wall, William y Pearl.

Apenas se había plantado la colonia cuando, como una exuberante enredadera, enraizó y se desarrolló extraordinariamente, pues parecería que esta isla sumamente favorecida es como un generoso estercolero, donde todo encuentra tierno alimento y rápidamente se eleva al cielo y despliega su grandeza. El próspero estado del asentamiento y el sorprendente avance en el número de viviendas despertó gradualmente a los líderes del profundo letargo en el que habían caído después de construir el fuerte de adobe. Comenzaron a pensar que había llegado el momento de diseñar algún tipo de plan que fijara el crecimiento de la floreciente villa, por lo que, pipa en boca y reunidos en cercanos divanes, en el acto se dispusieron a una profunda deliberación al respecto.

En el mismo inicio del debate apareció una inesperada diferencia de opiniones, la cual menciono con gran pesar, pues constituye el primer altercado interno registrado entre los nuevos colonos. *Mynheer* Ten Broek propuso un ingenioso plan para trocear y entrecruzar la tierra mediante canales, a la manera de las más admiradas ciudades de Holanda; sin embargo, *mynheer* Hardenbroek mostró una oposición diametral a esta idea y sugirió que en su lugar debían establecer dársenas y embarcaderos mediante pilones clavados en el fondo del río, sobre los cuales se construiría la ciudad. De este modo, señaló triunfante, podrían recuperar un considerable espacio de territorio de aquellos inmensos ríos y construir una ciudad que rivalizaría con Ámsterdam, Venecia y cualquier otra población anfibia de Europa. Ante esta propuesta, Ten Broek (Diez Calzones) respondió con la mirada de mayor desprecio que pudo adoptar. Vertió la mayor de las reprobaciones al plan de su antagonista, que consideró ridículo y claramente enfrentado a la naturaleza misma de las cosas, como percibiría todo holandés verdadero. «¿Qué motivo hay —preguntó— para una ciudad sin canales? Sería como un cuerpo sin venas ni arterias y habría de perecer por necesidad de libre circulación del vital fluido». Calzones Duros, por el contrario, respondió con sarcasmo a su rival, cuya estructura corporal mostraba escasa vitalidad

y era más bien huesuda. Subrayó que en lo relativo a la necesaria circulación de la sangre para la existencia, *mynheer* Diez Calzones era la viva contradicción de su propio argumento, pues todos sabían que ni una sola gota de sangre había circulado por ese cuerpo seco en no menos de diez años, pese a lo cual no había nadie más entrometido en toda la colonia. El personalismo en escasas ocasiones cuenta con gran efecto para lograr conversos en los debates, como tampoco he visto nunca a un hombre convencido de su error al ser acusado de deformidad. Este, desde luego, no fue el caso en la cuestión que nos ocupa. Diez Calzones se mostró muy enconado en su respuesta y Calzones Duros, que era un hombrecito robusto que jamás concedía la última palabra, replicó con creciente ímpetu. Diez Calzones poseía la ventaja de una mayor locuacidad, mientras que Calzones Duros estaba dotado de la inestimable cota de malla para las disputas llamada obstinación. Diez Calzones contaba, por tanto, con mayor disposición, pero Calzones Duros, con el mejor asidero, por lo que si bien Diez Calzones generó gran estrépito alrededor de su rival, lo criticó y lo asedió con palabras duras y sensatos argumentos, este resistió con total firmeza hasta el final. Terminaron por separarse, como es usual en todas las discusiones en las que ambas partes tienen razón, sin alcanzar conclusión alguna, y se odiaron enconadamente en adelante, con lo que una desavenencia similar a la de las casas de los señores Capuleto y Montesco ha continuado por siempre incrustada entre las familias de Diez Calzones y Calzones Duros.

No fatigaré a mi lector con estos aburridos hechos; sin embargo, mi obligación como fidedigno historiador me requiere una alta exigencia y, a decir verdad, puesto que estoy abordando el crítico momento en el que nuestra ciudad, como una ramita pequeña, recibió sus primeros envites y torsiones, los cuales contribuyeron a configurar su particular peculiaridad presente por la que es celebrada, todo detalle es poco a la hora de describir sus causas iniciales.

Tras el desafortunado altercado que acabo de mencionar, no encuentro nada más registrado en este sentido que merezca consideración. El consejo, compuesto por las cabezas más abultadas y ancianas de la comunidad, se reunía de forma regular una vez a la semana para valorar esta trascendental cuestión. No obstante, bien quedaron disuadidos por la guerra de palabras que habían presenciado, o bien por su natural aversión al ejercicio de la lengua y el consecuente esfuerzo cerebral, ya que lo cierto es que mantuvieron el más profundo silencio: la cuestión con toda normalidad descansaba sobre la mesa, los miembros fumaban en silencio sus pipas, establecían muy escasas leyes, sin jamás hacer respetar ninguna y, mientras tanto, los asuntos del asentamiento continuaban adelante tal y como a Dios placía.

Puesto que la mayor parte del consejo contaba con escasas habilidades en el misterio de combinar papel y pluma, determinaron muy juiciosamente no complicarse la vida ni la posteridad con voluminosos registros. El secretario, no obstante, levantaba acta de cada reunión con tolerable precisión en un gran papel vitela sujeto con inmensos broches de latón —cuya observación me ha sido muy amablemente

facilitada por mis muy respetados amigos de la familia Goelet^[45], quienes cuentan en la actualidad con esta inestimable reliquia entre sus posesiones—. Un examen detallado, no obstante, no arroja mucha información. Las actas de cada reunión consisten meramente en un par de líneas que indican en neerlandés: «El consejo se reunió hoy y fumó doce pipas sobre las cuestiones de la colonia». Con ello parece inferirse que los primeros colonos no medían el tiempo en horas, sino en pipas, del mismo modo que se continúan midiendo las distancias en Holanda en nuestros días; se trata, sin duda, de una unidad de medida admirable, puesto que una pipa en boca de un verdadero neerlandés no es en absoluto propensa a los accidentes e irregularidades que continuamente dejan a nuestros relojes fuera de servicio.

De este modo fumó, sesteó y meditó el trascendente consejo de Nueva Ámsterdam semana tras semana, mes tras mes y año tras año el modo mejor para desarrollar su pueril asentamiento. Mientras tanto, la villa cuidó de sí misma y como un fiero mocoso que tiene tendencia a corretear a su aire, libre de tortazos, vendas y otras abominaciones con las que nuestras notables niñeras y sabias ancianas mutilan y desfiguran a los hijos del hombre, aumentó tan rápidamente su firmeza y magnitud que antes de que los honestos burgomaestres hubieran decidido un plan de construcción era ya demasiado tarde para ponerlo en marcha, con lo que astutamente decidieron abandonar por completo la cuestión.

Capítulo V

En el que el Autor se muestra muy estúpidamente afligido por nada; junto con diversas Anécdotas sobre la prosperidad de Nueva Ámsterdam y la sabiduría de sus Habitantes; así como la aparición repentina de un Gran Hombre

Penosa y merecedora de toda compasión es la labor del sensible historiador que narra la historia de su lugar de nacimiento. Si la suerte le concede ser el triste registrador de calamidades o crímenes, la afligida página queda empapada con sus lágrimas; ¡mas tampoco puede recordar las épocas más prósperas y dichosas sin un suspiro melancólico ante la reflexión de que ya pasaron para siempre! Desconozco si se trata de un desmesurado amor por la simplicidad de los tiempos pasados o de una cierta ternura del corazón propia del historiador sentimental, pero he de confesar con franqueza que no puedo volver la vista a los días felices de la ciudad que ahora describo sin un profundo abatimiento del ánimo. Con temblorosa mano retiro la cortina del olvido, que cubre los modestos méritos de nuestros venerables antepasados neerlandeses, y al elevarse sus alabadas figuras en mi espacio mental, me humillo ante las portentosas sombras.

Tales son también mis sentimientos cuando visito la mansión familiar de los Knickerbocker y entretengo una hora de soledad en los aposentos del ático, de cuyas paredes penden los retratos de mis antepasados, amortajados en polvo como los cuerpos que representan. ¡Con piadosa reverencia observo los rostros de esos afamados burgueses que me han precedido en la ininterrumpida marcha de la existencia, cuya sangre templada y sobria serpentea por mis venas fluyendo cada vez más lenta en sus débiles conductos hasta que su continua corriente pronto quede detenida para siempre!

Estos, me digo a mí mismo, no son más que frágiles monumentos de los grandes hombres que florecieron en los tiempos de los patriarcas, pero que, ay, muchos años ha se deshicieron en esa tumba ¡hacia la que mis pasos de forma imperceptible e irresistible se apresuran! Mientras paseo por la habitación a oscuras y me dejo arrastrar a tristes cavilaciones, las tenebrosas imágenes que me rodean casi parecen colarse de soslayo de nuevo en la existencia: sus semblantes por un instante quisieran asumir la animación de la vida, ¡sus ojos fingen seguir cada uno de mis movimientos! Transportado por el delirio de la ensoñación, cerca estoy de imaginarme rodeado por las sombras de quienes ya se marcharon, ¡de observarme manteniendo una dulce conversación con los ilustres personajes del pasado! ¡Desafortunado Diedrich, que naciste en un tiempo de degeneración, abandonado a los reveses de la fortuna, extranjero y agotado peregrino en tu tierra natal, bendecido por la ausencia de una esposa llorosa y de una familia de indefensos niños, mas condenado a vagar ignorado

por esas calles atestadas, apartado a codazos por advenedizos extranjeros llegados de esas hermosas moradas donde una vez tus antepasados disfrutaron de soberano imperio! ¡Ay, ay! ¿Quedó entonces el alma neerlandesa extinguida para siempre? ¿Desaparecieron para siempre los días de los patriarcas? ¡Volved, oh, volved dulces horas de simplicidad y calma, alboread de nuevo sobre la deliciosa isla de Mannahata! Resistid conmigo, encomiables lectores, comprended la debilidad de mi naturaleza o bien sentémonos juntos, permitamos fluir plenamente la piedad filial y sollocemos por los recuerdos de nuestros tatarabuelos.

Complacidos de este modo esos sentimientos suscitados de forma irremediable por las felices escenas que estoy describiendo, regreso con mayor compostura a mi historia.

La villa de Nueva Ámsterdam, al ser, como se mencionó anteriormente, abandonada a su propio curso y al cuidado adoptivo de la Providencia, creció tan rápidamente en importancia como si se hubiera visto cargada con una decena de cuévanos repletos de esas sabias leyes habitualmente amontonadas sobre la espalda de las ciudades jóvenes (con el objetivo de hacerlas crecer). La única medida del valioso consejo que aparece registrada fue la de construir una capilla en el interior del fuerte, la cual dedicaron al grandioso y benévolo san Nicolás, quien inmediatamente tomó a la cándida ciudad de Nueva Ámsterdam bajo su peculiar patronazgo y ha sido desde entonces —y devotamente espero que siempre sea— el santo tutelar de esta excelente ciudad. Me informan igualmente de la existencia de un librito legendario que ha sobrevivido de algún modo, escrito en bajo neerlandés, en el cual se indica que la imagen de este reconocido santo, que otrora adornó la proa de la *Goede Vrouw*, fue ubicada en la fachada de la capilla. La leyenda habla igualmente de diversos milagros concedidos por la poderosa pipa que el santo sostenía en la boca —de la que una sola bocanada era soberana cura para la indigestión y, por tanto, de gran importancia en una colonia de tan copiosos comilones—. Sin embargo, pese a una búsqueda de lo más diligente, no he podido sostener en mis manos este librito y, por tanto, mantengo considerables dudas al respecto.

Lo que es cierto sin duda alguna es que desde el momento de la construcción de la capilla, la ciudad se desarrolló con una prosperidad diez veces superior y pronto se convirtió en la metrópolis de numerosos asentamientos y un extenso territorio. La provincia se extendía hacia el norte hasta el Fuerte Aurania (o Naranja), conocido en la actualidad como Albany y situado unos 250 kilómetros río Mohegan (o Hudson) arriba. De hecho, la provincia declaraba ascender hasta el río San Lorenzo; sin bien no se insistía en demasía en esta reivindicación, ya que las regiones más allá del Fuerte Aurania eran completamente salvajes, se relataba la presencia de caníbales y se las conocía como Terra Incógnita. Varias descripciones se realizaron de los pobladores de estas regiones desconocidas; algunas los mostraban como miembros de la raza de los acéfalos, como los descritos por Herodoto, que no tenían cabeza y portaban los ojos en la panza. Otros afirman que pertenecían a esa raza que el padre

Charlevoix indica que solo contaba con una pierna; a lo que añade con gravedad que eran sumamente vivos a la hora de correr. Sin embargo, la descripción más satisfactoria es la que ofrece el reverendo Hans Megapolensis, un misionero de aquellas regiones que, en una carta que se ha conservado hasta nuestros días, declara que son los mohagues o mohawks, una nación, según su descripción, de moralidad muy laxa, si bien asimismo con un peculiar sentido del humor. «Pues —nos indica— si pueden encamarse con la esposa de otro hombre, lo consideran una prueba de ingenio»^[46]. Este excelente caballero aporta asimismo información adicional de gran relevancia sobre esta región de monstruos, puesto que observa que «existen numerosas tortugas en tierra firme, de entre sesenta centímetros y metro y medio de largo, algunas con dos cabezas, sumamente maliciosas y adictas a morder»^[47].

Por el sur la provincia alcanzaba hasta el Fuerte Nasáu, en el río Sur, conocido posteriormente como Delaware; mientras que hacia el este se extendía hasta el río Varshe (o Fresco), conocido posteriormente como Connecticut. En esta frontera se erigió igualmente una imponente fortaleza y casa de comercio, prácticamente en el mismo lugar en el que en la actualidad se sitúa la agradable localidad de Hartford; esta construcción fue denominada Fuerte Goed Hoop (o Buena Esperanza) y tenía una utilidad tanto defensiva como comercial. No obstante, con respecto a este bastión, su valiente guarnición y su leal comandante, no me extenderé por el momento, pues están destinados a generar mucho ruido en esta azarosa y verídica historia.

Así pues, con gran prosperidad incrementó su envergadura la provincia de Nuevos Países Bajos, del mismo modo que la historia temprana de su metrópolis presenta una página limpia, inmaculada de delincuencia y calamidades. Multitud de salvajes con la cara pintada todavía merodeaban por los enmarañados bosques y los generosos pantanales de la hermosa isla de Manna-hata: el cazador aún establecía su rudo escondite de pieles y ramas junto a los arroyos salvajes que atravesaban sigilosos los frescos y sombríos valles, mientras que aquí y allá se podían ver, en algún soleado otero, un grupo de tiendas indias, cuyo humo ascendía sobre los árboles adyacentes y flotaba en la clara extensión del cielo. Los incivilizados inquilinos del bosque continuaban siendo pacíficos vecinos de la ciudad de Nueva Ámsterdam y nuestro dignos antepasados trataban de mejorar su situación en la mayor medida posible facilitándoles —en absoluta muestra de benevolencia— ginebra, ron y abalorios de cristal a cambio de las pieles que estos les ofrecían, pues parecía que los neerlandeses de buen corazón habían establecido una gran amistad con sus salvajes vecinos —gracias a la facilidad con la que se dejaban engañar—. No es que los indios fueran de intelecto deficiente, pues ciertas de sus costumbres daban muestra de gran sagacidad, especialmente la mencionada por Ogilby, quien escribe: «Ante la menor ofensa, el marido abofetea de lo lindo a la esposa, la expulsa de casa y se desposa con otra, hasta tal punto que algunos de ellos tienen una nueva esposa cada año».

Cierto es que el buen entendimiento entre nuestros dignos antecesores y sus salvajes vecinos podía fácilmente sufrir ocasionales interrupciones. Recuerdo haber oído a mi abuela, que era una anciana muy sabia y versada en la historia de estas regiones, contar una larga historia una tarde de invierno acerca de una batalla entre los habitantes de Nueva Ámsterdam y los indios. La batalla era conocida, por motivos que no recuerdo, con el nombre de guerra del Melocotón, y tuvo lugar cerca de un melocotonar, en una cañada oscura y lúgubre cubierta de cedros, robles y amenazantes cicutas. La leyenda de este sangriento enfrentamiento fue durante mucho tiempo materia común entre las niñeras, las ancianas y otros vetustos cronistas del lugar. El sombrío campo de batalla fue conocido a lo largo de varias generaciones por el nombre de valle de los Asesinos; pero el transcurso de los años y el progreso han acabado con la tradición y con el lugar de la batalla, pues lo que fue ese valle regado de sangre es en la actualidad el centro de esta populosa ciudad, conocido como calle Dey^[48].

Durante mucho tiempo el nuevo asentamiento dependió de la madre patria europea para la mayoría de los suministros. Los barcos que navegaban a la búsqueda del paso del noroeste siempre se detenían en Nueva Ámsterdam, donde liberaban nuevos cargamentos de aventureros, así como inauditas cantidades de ginebra, ladrillos, tejas, abalorios de cristal, pan de jengibre y otros elementos básicos, a cambio de lo cual recibían suministros de carne de cerdo y vegetales, mientras que de forma paralela realizaban muy ventajosos negocios con cueros y pieles de oso. Jamás esperaron los simples isleños de los mares del sur con más impaciencia los atrevidos navíos que les facilitaban cargamentos de argollas viejas, clavos y lentes de aumento, de lo que lo hicieron nuestros honestos colonos con respecto a las embarcaciones que les llevaban las comodidades de la madre patria. En este particular se asemejaban a sus respetables aunque simples descendientes, que prefieren depender de Europa para los productos básicos que podrían producir o manufacturar a un coste menor y con más facilidades en su propio país. De este modo he visto yo comportarse a una muy astuta familia que, separada considerablemente de un pozo que requería gran esfuerzo para retirar el agua, pero que se encontraba junto a su vivienda anterior, siempre prefería ir hasta allí a por agua, pese a que un arroyo abundante corría junto a la misma puerta de su nuevo hogar.

Puesto que no es labor de un historiador dedicarse a conjeturar, no me atreveré a señalar durante cuánto tiempo podría haber dirigido la vista la creciente colonia hacia su pariente europea para la obtención de suministros, como un pilluelo regordete y crecido que se aferra al pecho de su madre incluso cuando ya lo visten calzones. Sí que es posible señalar el hecho de que sus habitantes, al verse obligados por repetidas emergencias y las frecuentes decepciones con los suministros foráneos, decidieron cuidar de sí mismos y agudizaron su inventiva, convirtiéndose en un pueblo prácticamente tan inteligente como lo son por lo general aquellos que adquieren sabiduría a través de dolorosas experiencias. Aprendieron, por tanto, a valerse de los

recursos con los que contaban —a hacer uso de la generosidad de la naturaleza donde nada más podían obtener— y así se convirtieron en gentes prodigiosamente ilustradas, bajo el flagelo de la inexorable necesidad, y abrieron gradualmente un ojo detrás de otro como el impostor árabe del cuento a fuerza de bastonazos^[49].

Aun así, no obstante, avanzaban de un punto de conocimiento al siguiente con característica lentitud y prudencia, admitiendo únicamente algunas mejoras e invenciones, e incluso estas eran aceptadas con el celoso recelo que ha distinguido siempre a nuestros respetables propietarios rurales de origen neerlandés, los cuales, con devota obstinación digna de elogio, se adhieren a las costumbres, las modas, los productos elaborados e incluso los mismos utensilios, por inconvenientes que puedan ser, de sus reverenciados antepasados. Fue mucho tiempo después del momento sobre el que escribo cuando descubrieron el sorprendente secreto de que era más económico y ventajoso techar sus casas con tablillas procedentes de los bosques adyacentes que importar tejas desde Holanda con ese mismo fin; y tan lentos fueron en creer que el barro de un país joven podía servir para proporcionar ladrillos dignos de su nombre que incluso muy avanzado el siglo pasado se han continuado importando ladrillos de Holanda para sus más ortodoxos descendientes.

La creciente riqueza y relevancia de Nueva Ámsterdam y sus dominios terminaron por despertar la seria atención de la madre patria, que, al descubrir que contaba con una pujante y opulenta colonia que prometía ofrecer pingües beneficios y escasos problemas, de pronto se preocupó sumamente por su seguridad y comenzó a ofrecerle muestras de su afecto; sucedió de igual modo que ocurre con esas personas que se aseguran de angustiar con su cariño y amorosa amabilidad a sus familiares ricos, quienes podrían vivir mucho mejor sin su asistencia.

Las muestras habituales de protección que ofrecen las madres patria a sus ricas colonias fueron de inmediato puestas en marcha: la primera siempre es enviar mandatarios a los nuevos asentamientos con órdenes de exprimir todos los ingresos posibles que sean estos capaces de ofrecer. De este modo, en el año de nuestro Señor de 1629, *mynheer* Wouter van Twiller fue nombrado gobernador de la provincia de Nieuw Nederlandts, bajo la soberanía de los altos y poderosos señores los Estados Generales de las Provincias Unidas de los Países Bajos y la privilegiada Compañía de las Indias Occidentales.

Este renombrado anciano llegó a Nueva Ámsterdam en el feliz mes de junio, el más dulce de todo el año, cuando el ilustre Apolo parece bailar en el transparente firmamento, cuando el petirrojo, el mirlo, el zorzal y un millar de desenfrenados cantores hacen que los bosques resuenen con amorosas melodías, mientras el decorado y pequeño charlatán goza entre los tréboles de las praderas. Todas estas felices coincidencias persuadieron a las viejas damas de Nueva Ámsterdam, diestras en el difícil arte de prever acontecimientos, de que se trataría de una administración feliz y próspera.

Pero puesto que sería una falta de respeto hacia el primer gobernador de la gran

provincia de Nieuw Nederlandts presentarlo de forma vil al final de un capítulo, cerraré este segundo libro de mi historia para poder abrirle las puertas de la colonia con la mayor de las dignidades al inicio del siguiente.

Fin del libro segundo

LIBRO TERCERO

En el que se relata el dorado mandato de Wouter van Twiller

Capítulo I

En el que se exponen las virtudes sin parangón del afamado Wouter van Twiller, así como su indecible sabiduría en el enfrentamiento legal entre Wandle Schoonhoven y Barent Bleecker y la gran admiración pública que esto le granjeó

El afamado Wouter (o Gualterio) van Twiller descendía de una larga estirpe de burgomaestres neerlandeses que sucesivamente sestearon sus vidas y engordaron sobre el sillón de la magistratura en Róterdam y que se comportaron con tan singular sabiduría y decoro que jamás nadie habló ni oyó hablar de ellos —hecho que, además de ser merecedor de aplauso universal, hubiera de ser objeto de ambición de todos los sabios magistrados y gobernantes—.

Su apellido, Twiller, parece ser fruto de la corrupción del original Twijfler, que en nuestra lengua significa «dubitativo» y que supone una admirable descripción de sus hábitos deliberativos, pues si bien era un hombre encerrado en sí mismo como una ostra y de inclinación tan profundamente reflexiva que apenas si abría la boca excepto para pronunciar monosílabos, jamás fue capaz de decidirse con respecto a ninguna cuestión incierta. Este hecho era por completo justificado por sus defensores, quienes señalaban que siempre concebía todo asunto en una escala tan exhaustiva que no contaba con espacio en la cabeza para darle la vuelta y examinar ambos lados de la cuestión, por lo que permanecía siempre entre dudas, ¡por mera consecuencia de la sorprendente magnitud de sus ideas!

Existen dos formas opuestas mediante las que algunos hombres se granjean atención: una es por hablar sobremanera y pensar poco; la otra por mantenerse en silencio y no pensar en absoluto. Mediante la primera, muchos farsantes superficiales y jactanciosos adquieren la reputación de hombres de fina agudeza; la segunda hace que muchos zoquetes de cráneo vacío —como la lechuza, el más estúpido de los pájaros— terminen por ser galardonados con todos los atributos de la sabiduría por un cierto sector entendido. Esto, por cierto, no es más que un comentario casual que bajo ningún concepto es aplicable al gobernador Van Twiller. Por el contrario, se trataba de un neerlandés muy sabio, puesto que jamás dijo estupidez alguna, y de tan inquebrantable seriedad que nunca se le conoció risa, ni siquiera sonrisa alguna, a lo largo de su prolongada y próspera vida. Ciertamente es, no obstante, que tampoco existió cuestión que se le propusiera —por muy sencilla que esta fuera y sobre la que los vulgares mortales de mente estrecha se decidirían rápidamente a primera vista— ante la que el afamado Wouter no reaccionara con una mirada sumamente misteriosa y ausente, sacudiera su espaciosa cabeza y, tras haber fumado durante cinco minutos con redoblada seriedad, sabiamente señalara que «tenía sus dudas al respecto» —una

actitud que, con el paso del tiempo, le granjeó la imagen de un hombre cuya confianza no era sencillo lograr y a quien difícil era imponer decisión alguna—.

La figura de este distinguido anciano estaba tan equilibradamente formada, con unas proporciones tan nobles, como si hubiera sido moldeada por las manos de algún ingenioso escultor neerlandés como modelo de majestuosidad y grandeza señorial. Medía exactamente un metro y sesenta y cinco centímetros de altura y un metro y sesenta y cinco centímetros de circunferencia. Su cabeza era una esfera perfecta que superaba ampliamente en magnitud a la del gran Pericles (a quien burlonamente apodaban *Schenocephalus*: cabeza de cebolla). De hecho, tan formidables eran sus dimensiones que la propia dama Naturaleza, con todo el ingenio propio de su sexo, debió de quedar desconcertada a la hora de construir un cuello capaz de soportarla, por lo que, sabiamente, rechazó intentarlo y la situó con firmeza sobre la cima de la espina dorsal, justo entre los hombros, donde permaneció tan cómodamente ajustada como un buque de guerra en el lodo del Potomac. Su cuerpo estaba dotado de una forma oblonga, particularmente ancha en la base, algo que la Providencia tuvo la sabiduría de ordenar, al ver que era un hombre de hábitos sedentarios y muy reacio al vano esfuerzo del paseo. Sus piernas, si bien sumamente cortas, eran robustas y proporcionadas al peso que debían sostener, por lo que, cuando se encontraba en pie, ni por asomo tenía el aspecto de un robusto barril de cerveza levantado sobre escuálidas patas. Su rostro, ese infalible espejo del alma, presentaba una amplia extensión por completo inmaculada, libre de las deformaciones de esas arrugas y líneas que desfiguran el rostro humano con lo que denominamos expresión facial. Dos pequeños ojos grises centelleaban débilmente en pleno centro, como dos estrellas de magnitud menor en un brumoso firmamento, mientras que sus mejillas bien alimentadas, que parecían haberse cobrado peaje de todo cuanto entró en su boca, estaban curiosamente moteadas y veteadas de un oscuro color rojo como el de una manzana.

Sus costumbres eran tan regulares como su rostro. Cada día tomaba sus cuatro comidas establecidas, a las que destinaba exactamente una hora a cada una; fumaba y dudaba durante ocho horas y dormía las restantes doce de las veinticuatro. Tal era el afamado Wouter van Twiller: un verdadero filósofo, pues su mente se encontraba siempre elevada por encima o tranquilamente asentada bajo las preocupaciones y confusiones de este mundo. Había morado en nuestro planeta durante años sin sentir la más mínima curiosidad sobre si el Sol giraba en torno a él, o este alrededor del Sol; y había incluso observado durante al menos medio siglo el humo de su pipa enroscarse hacia el techo sin molestar su cabeza ni una sola vez con ninguna de esas numerosas teorías con las que un filósofo habría confundido su cerebro para dictaminar los motivos por los que el vapor se eleva por encima de la atmósfera circundante.

Presidía su consejo con gran pompa y solemnidad. Descansaba en una inmensa silla de sólida madera de roble proveniente del celebrado bosque de La Haya, la cual

había sido fabricada por un experimentado carpintero de Ámsterdam y curiosamente labrada en los brazos y las patas a imitación exacta de gigantescas garras de águila. En lugar de cetro, blandía una larga pipa turca incrustada de jazmín y ámbar que había sido ofrecida a un estatúder de Holanda a la conclusión de un tratado con uno de los estados bárbaros menores. En esta majestuosa silla descansaba y esta magnífica pipa fumaba mientras sacudía la rodilla izquierda en un movimiento constante y fijaba la mirada durante horas sobre un pequeño grabado de Ámsterdam que colgaba en un marco negro sobre la pared opuesta del salón del consejo. Aún más, se ha llegado a decir que cuando cualquier deliberación de extraordinaria profundidad y complejidad estaba sobre la mesa, el afamado Wouter cerraba los ojos por completo hasta dos horas seguidas —para no ser distraído por elementos externos— y, en estas ocasiones, la actividad interna de su mente se manifestaba por ciertos sonidos guturales regulares, los cuales, declaraban sus admiradores, no eran más que el fragor del conflicto desatado entre sus opuestas dudas y opiniones.

Con infinita dificultad he logrado recopilar estas anécdotas biográficas del gran hombre al que estamos considerando. Los datos relativos a su persona son tan difusos y vagos, así como varios de ellos cuestionables en lo relativo a su autenticidad, que he tenido que abandonar la investigación en varios casos y negar la admisión de muchos que habrían tendido a realzar los matices de su retrato.

No obstante, he tratado por todos los medios de delinear por completo la persona y las costumbres del afamado Van Twiller por considerar que no solo fue el primero, sino también el mejor gobernador que jamás presidió esta vetusta y respetable provincia, cuyo mandato fue tan tranquilo y benevolente que no he encontrado en todo él un simple caso en el que un delincuente se viera condenado: un indicador por completo inequívoco de un gobernador clemente y sin comparación posible, excepto por el reinado del ilustre rey Leño^[50], de quien existen indicios que era descendiente en línea directa el afamado Van Twiller.

El mismo inicio del mandato de este excelente magistrado, como fue el caso de Salomón, o por utilizar términos más precisos, el de ese glorioso gobernador de Barataria, se distinguió por un ejemplo de agudeza legal que supuso un halagüeño presagio de una sabia y equitativa administración. La misma mañana posterior a su solemne toma de posesión, y en el momento en el que se aprestaba a disponer en su desayuno de un prodigioso cuenco de barro lleno de leche y harina de maíz, se vio súbitamente interrumpido por la aparición de un tal Wandle Schoonhoven, un muy importante burgués de Nueva Ámsterdam, quien amargamente protestaba de un tal Barent Bleecker, debido a que este último rechazaba fraudulentamente realizar una liquidación de cuentas, consciente de que el mencionado Wandle contaba con un considerable balance a su favor. El gobernador Van Twiller, como ya hemos observado, era un hombre de pocas palabras, así como enemigo mortal de multiplicar textos —y de ser molestado durante el desayuno—. Una vez escuchada con atención la declaración de Wandle Schoonhoven, durante la que pronunció algún gruñido

ocasional al introducirse una paletada de gachas en la boca —ya fuera como muestra de que disfrutaba la comida o de que comprendía lo narrado—, llamó a su alguacil y, tras sacar del bolsillo de sus calzones una navaja inmensa, lo envió a buscar al acusado con el arma a modo de citación y su caja de tabaco a modo de mandato judicial.

Este proceso sumario fue tan efectivo en aquellos días sencillos como la sortija de sello del gran Harún al-Rashid entre los verdaderos creyentes: las dos partes, enfrentadas ante Van Twiller, presentaron un libro de cuentas cada uno, escrito en un lenguaje y caligrafía que habría desconcertado a cualquiera menos a un filólogo germánico o a un erudito descifrador de obeliscos egipcios. El sabio Wouter los tomó de uno y de otro y, después de comparar su peso con las manos y contar con atención las páginas, se sumió de inmediato en una gran incertidumbre y fumó durante media hora sin pronunciar palabra. Finalmente, colocándose un dedo junto a la nariz y cerrando los ojos por un instante, con el aire de un hombre que acaba de atrapar una idea ingeniosa por el rabo, se retiró lentamente la pipa de la boca, expulsó una columna de humo y con maravillosa gravedad y solemnidad pronunció que, tras haber contado atentamente las páginas y sopesado los libros, se colegía que uno era tan grueso y pesado como el otro, por tanto, la decisión final del tribunal era que las cuentas estaban completamente equilibradas, de tal modo que Wandle había de entregar un recibo a Barent y Barent hacer lo propio con Wandle, mientras que las costas procesales serían sufragadas por el alguacil.

La decisión, hecha pública de inmediato, generó un sentimiento generalizado de satisfacción en toda Nueva Ámsterdam, pues sus habitantes percibieron rápidamente que contaban con un muy sabio y equitativo magistrado al mando del Gobierno. Sin embargo, su efecto más celebrado fue que durante el resto de la Administración de Wouter Van Twiller ni un solo pleito volvió a plantearse, al tiempo que la oficina del alguacil sucumbió a tal decadencia que no volvió a conocerse a un granuja de este tipo en la provincia en muchos años. He de insistir especialmente en la relevancia de esta actuación, no solo por considerarla una de las sentencias más sabias y justas en los anales de la historia, bien merecedora de la atención de los magistrados modernos, sino porque se trató de un acontecimiento milagroso en la historia del afamado Wouter: la única vez que se conoce que tomara una decisión en todo el curso de su vida.

Capítulo II

Que contiene ciertos datos sobre el gran Consejo de Nueva Ámsterdam, así como diversos razonamientos filosóficos especialmente pertinentes sobre la conveniencia de la obesidad en los Concejales; junto con otros particulares relativos al estado de la Provincia

Al tratar de los primeros gobernadores de la provincia, he de advertir a mis lectores del peligro de confusión, en lo relativo a dignidad y poder, con esos respetables caballeros que son caprichosamente denominados gobernadores en esta ilustrada república: un conjunto de infelices víctimas de la popularidad que son, de hecho, los más dependientes y dominados seres de toda la comunidad, condenados a soportar los secretos apaleamientos y correcciones de sus propios partidos y el desprecio y las injurias del mundo restante. Están destinados, como los gansos en las vacaciones navideñas, a ser apedreados y tiroteados por todo mequetrefe y vagabundo que exista sobre la tierra. Por el contrario, los gobernadores neerlandeses disfrutaban de esa autoridad irrestricta conferida a todos los mandatarios de colonias y territorios distantes. Eran, en cierto modo, déspotas absolutos en sus pequeños dominios, sobre los que ordenaban, si así gustaban, por encima de la ley y de los textos sagrados, sin necesidad de rendir cuentas más que ante la madre patria, la cual, bien conocido es, se muestra sorprendentemente sorda a toda queja contra sus gobernadores, siempre y cuando estos cumplan con el principal objetivo de su posición: exprimir un buen beneficio pecuniario. Esta advertencia será relevante para evitar que mis lectores acaben sumidos en la duda y la incredulidad cuando, en el curso de esta historia auténtica, se encuentren con la nada habitual circunstancia de un gobernador que actúa con independencia y en total oposición a las opiniones de la multitud.

Para asistir al dubitativo Wouter en la penosa labor legislativa se nombró a una junta de magistrados, cuya posición se situaba inmediatamente por encima de la de la policía. Este poderoso consejo estaba formado por un *schout* o *sheriff*, cuyos poderes combinaban los de un alcalde y un alguacil; cinco *burgermeesters*, equivalentes a concejales; y cinco *schepens*, quienes trabajaban como segundos, aprendices o posavaso de los *burgermeesters*, de igual modo que los asistentes de los concejales funcionan en la actualidad con sus jefes —su función era la de rellenar las pipas de los arrogantes *burgermeesters*, asegurarse de la cercanía de escupideras, recorrer los mercados a la caza de manjares para las cenas de la corporación, así como descargarlos de otros pequeños ejercicios de amabilidad según se les requiriera de forma ocasional—. De igual modo, existía el tácito entendimiento, no impuesto expresamente, de que debían considerarse blanco de las poco acertadas ocurrencias de sus *burgermeesters* y habían de reír a pleno pulmón ante cualquiera de sus bromas,

si bien esta última era una obligación que en escasas ocasiones era llevada a la práctica en aquellos días —al igual que sucede hoy— y fue por un tiempo prohibida debido al trágico fallecimiento de un *schepen* pequeño y gordito que terminó por morir asfixiado en un intento vano por forzar una carcajada ante una de las mejores bromas del *burgermeester* Van Zandt.

A cambio de estos humildes servicios, se les permitía opinar «sí» o «no» en las reuniones del consejo, así como contar con un envidiable privilegio: la dirección de la cocina pública —con lo que generosamente se les autorizaba a comer, beber y fumar en todas esas acogedoras festividades y ejercicios públicos de glotonería que hicieron tan famosos a los antiguos ediles como a sus más modernos sucesores—. El puesto de *schepen*, por tanto, como el de asistente de concejal, era ávidamente codiciado por todo burgués de esa determinada clase que muestra gran entusiasmo por la buena alimentación y una humilde ambición de ser hombre de relevancia a escala pequeña; que se muestra sediento de una autoridad limitada y breve que lo convierta en el terror de los hospicios y las prisiones y le permita gobernar sobre la pobreza más servil, los delitos de los vagabundos, la prostitución más marginal y la falta de honradez provocada por el hambre; que coloca en sus manos el menor pero mortificante azote de la ley y pone a su entera disposición perros de presa como las jaurías de agentes menores de las fuerzas de seguridad y esbirros ¡diez veces más canallas que los acusados a los que dan caza! Mis lectores excusarán este repentino acaloramiento, que reconozco impropio de un serio historiador, mas sufro mortal antipatía hacia perros de presa, esbirros y pequeños grandes hombres.

Los antiguos mandatarios de esta ciudad eran similares a los de nuestros tiempos no menos en forma, tamaño e intelecto que en prerrogativas y privilegios. Los burgomaestres, como nuestros concejales, eran elegidos habitualmente al peso —y no solo por el de su cuerpo, sino también por el de la cabeza—. Es una máxima observada de modo muy práctico en todas las ciudades honestas, clarividentes y ordenadas, que los concejales sean obesos —una decisión esta cuya sabiduría puede ser demostrada con certeza—. Que el cuerpo es, en cierta medida, una imagen del alma o más bien es esta la que se amolda al cuerpo, como el plomo fundido a la escayola que le da forma, es algo en lo que han insistido muchos hombres de ciencia que han hecho de la naturaleza humana su objeto de estudio. De este modo, tal y como un sabio caballero de nuestra ciudad observa: «Existe una relación directa entre el carácter moral de todas las criaturas inteligentes y su constitución física: entre sus costumbres y la estructura de su cuerpo». Así pues, podemos observar que un cuerpo enjuto, austero y diminuto se ve generalmente acompañado de una mente petulante, inquieta y entrometida —bien la mente agota al cuerpo con su continuo movimiento, o bien el cuerpo, incapaz de conceder a la mente suficiente espacio, la mantiene en un perpetuo estado de inquietud, dando vueltas y preocupándose por lo incómodo de su situación—. Por el contrario, una periferia redonda, lustrosa y difícil de manejar se corresponde siempre con una mente, como su continente, tranquila, aletargada y en

calma. Asimismo, podemos siempre observar que nuestros burgueses bien alimentados y robustos son en general muy tenaces en el mantenimiento de la calma y las comodidades, enemigos acérrimos del ruido, las discrepancias y el tumulto —y sin duda nadie mejor para defender la tranquilidad de la ciudadanía que aquellos que con tanto mimo atienden la suya propia—. ¿Quién supo alguna vez de hombres gordos que lideraran un levantamiento, que se reunieran en manada para formar turbulentas turbas? No, no, son los hombres hambrientos y escuálidos los que preocupan continuamente a la sociedad y toman a la comunidad al completo por las solapas.

El divino Platón, cuyas doctrinas no son suficientemente atendidas por los filósofos de la edad moderna, concede a todo hombre tres almas: una, inmortal y racional, acomodada en el cerebro, capaz de controlar y regular el cuerpo; la segunda, compuesta por las pasiones hoscas e irascibles, como las potencias beligerantes levanta campamento en torno al corazón; una tercera, mortal y sensual, desprovista de razón, de propensiones burdas y brutales, estaría encadenada en el vientre para que no pueda molestar a la divina alma con sus hambrientos alaridos. Bien, pues según esta excelente teoría, nada puede ser más claro que el hecho de que el concejal gordo es el que más probablemente contará con una mente ordenada y en buen estado. Su cabeza es como una cámara gigantesca y esférica que contiene una prodigiosa masa de blandos sesos, donde el alma racional descansa cómodamente recostada y abrigada, como entre plumas; asimismo, los ojos, que son las ventanas de este dormitorio, se encuentran habitualmente a medio cerrar para que el sopor no pueda verse molestado por objetos externos. Una mente tan cómodamente albergada y protegida de todo trastorno es evidentemente más probable que realice sus funciones con regularidad y calma. A fuerza de una buena alimentación, asimismo, el alma mortal y maligna que se encuentra confinada en el vientre, y que por sus acalorados rugidos enerva de modo intolerable a la irritable alma de las inmediaciones del corazón —lo que hace a los hombres ariscos y belicosos cuando se encuentran hambrientos—, queda completamente pacificada, silenciada y enterrada, mediante lo cual multitud de cualidades propias de buenas y honestas personas, así como aficiones de noble espíritu —las cuales habían permanecido escondidas—, al asomarse furtivamente por las troneras del corazón y encontrar a este cerbero dormido, se arman de valor, se visten con sus mejores galas y brincan arriba y abajo del diafragma —lo que inclina a sus dueños a la risa, al buen humor y a un millar de amistosas disposiciones hacia sus mortales semejantes—.

Puesto que una junta de magistrados inspirados por este modelo reflexiona muy escasamente, es menos probable que sus miembros difieran y riñan por opiniones dispares —y dado que habitualmente realizan sus actividades tras una copiosa comida, están de forma natural predispuestos a la lenidad y a la indulgencia en la administración de sus obligaciones—. Carlomagno era consciente de esto, por lo que (con una medida lamentable que jamás podré perdonarle) ordenó en sus cartularios

que ningún juez pudiera presidir un tribunal de justicia excepto a primera hora de la mañana, con el estómago vacío. Fue esta una norma que, puedo garantizar, pesó a los pobres acusados de su reino. La más ilustrada y humanitaria generación de los tiempos presentes ha tomado un curso opuesto y, por tanto, ha dispuesto que los ediles sean los hombres mejor alimentados de la comunidad; y así, proporcionándose animadas comilonas con los manjares más grasos de la tierra y atracándose de ostras y tortugas, con los años adquieren la actividad de las primeras y la forma, los andares y la grasa verde de las segundas. La consecuencia de esto es, como acabo de señalar, que estos lujosos banquetes producen tan suave ecuanimidad y reposo del alma, racional e irracional, que sus tramitaciones son notorias por su invariable monotonía, al tiempo que las profundas leyes que promulgan en las siestas, en plenas funciones de la digestión, se permite calladamente que permanezcan como normativas en desuso, jamás aplicadas, en sus momentos de vigilia. En pocas palabras: nuestro razonable burgomaestre de orondo vientre, como un mastín bien alimentado, dormita tranquilo en la entrada a la vivienda, siempre en casa y dispuesto para custodiar su seguridad; mientras que elegir a un candidato enclenque y entrometido para el cargo, como de cuando en cuando sucede, nos dejaría con un galgo al cargo del hogar o con un caballo de carreras para tirar de un carro de bueyes.

Los burgomaestres, pues, como ya he mencionado, eran sabiamente elegidos al peso y los *schepens* o ediles asistentes, eran designados para atender a estos y *ayudarlos a comer*; sin embargo, estos últimos, con el paso del tiempo, cuando habían sido alimentados y engordados hasta alcanzar suficiente masa corporal y adquirir la necesaria modorra cerebral, se convertían en candidatos perfectamente elegibles para los puestos de los burgomaestres, tras haberse abierto camino a bocados hasta esta posición, tal y como un ratón se abre paso hasta hacerse con un cómodo alojamiento en un magnífico, puritano y desnatado queso de Nueva Inglaterra.

Nada podría igualar las profundas deliberaciones que tenían lugar entre el afamado Wouter y estos sus valiosos pares, excepto los ilustrados divanes de algunos de nuestros modernos ayuntamientos. Cómodamente sentados, dedicaban horas a fumar y dormir las cuestiones públicas, sin dedicar una palabra a interrumpir esa perfecta calma tan necesaria para la deliberación profunda, con lo que respetaban al pie de la letra la excelente máxima que el buen gobernador de antaño hizo inscribir en letras de oro en las paredes del salón del consejo:

Stille Seugen eten al den draf op.

Que, traducida para beneficio de las asambleas legislativas contemporáneas, significa:

«La cerda que quieta se queda
toda comida se lleva».

Con las sobrias maneras, por tanto, del afamado Van Twiller y la sabia supervisión de sus burgomaestres, el asentamiento, aún en sus años de niñez, creció vigoroso y rápidamente, emergiendo gradualmente de las ciénagas y los bosques y exhibiendo ese aspecto múltiple de campo y ciudad habitual en las nuevas poblaciones y que puede observarse en la actualidad en la gran ciudad de Washington: esa inmensa metrópolis que muestra tan glorioso aspecto (sobre el papel).

Hileras de viviendas comenzaron a dar una idea de calles, al tiempo que todo espacio desocupado era tomado por el salvaje olor dulzón del estramonio, conocido vulgarmente como higuera hedionda. Entre estos fragantes emparrados, los honestos burgueses, como tantos otros patriarcas del ayer, se sentaban a fumar sus pipas en la abrasadora tarde mientras inhalaban los balsámicos olores que arrastraban los vendavales y escuchaban en silente algazara el cacareo de sus gallinas, los graznidos de sus gansos o los sonoros gruñidos de sus puercos, esa combinación de melodías de corral que puede sin duda caracterizarse de sonido argentado, pues expresa una cierta seguridad en una comercialización beneficiosa.

El espectador moderno que pasee por las atestadas calles de esta populosa ciudad apenas podrá hacerse idea del diferente aspecto que todo objeto presentaba en aquellos tiempos primitivos. El murmullo ajetreado del comercio, el ruido de las parrandas o el traqueteo de los carruajes de lujo eran desconocidos en el pacífico asentamiento de Nueva Ámsterdam. Las ovejas con sus balidos y los juguetones terneros se ejercitaban por la verde cumbre donde hoy sus legítimos sucesores, los haraganes de Broadway, dan sus paseos matutinos; los astutos zorros y el voraz lobo merodeaban por los bosques en el lugar donde hoy se pueden observar las guaridas de Gómez^[51] y su honrada fraternidad de prestamistas; mientras que bandadas de vociferantes gansos graznaban por los campos donde en la actualidad la patriótica taberna de Martling resuena con las riñas de la multitud^[52]. La isla al completo, al menos las áreas que estaban habitadas, floreció como un segundo edén; toda vivienda contaba con su propia huerta de coles, ese vegetal comestible que, de igual forma que prometía cantidades ingentes de chucrut, era emblema del rápido crecimiento y los hábitos ordenados de la juvenil colonia.

Estas son las tranquilizadoras escenas que ofrece un gobierno entrado en carnes. La provincia de Nuevos Países Bajos, carente de riqueza, poseía una dulce tranquilidad que el oro jamás podría pagar. Pareciera, de hecho, que el viejo Saturno hubiera iniciado de nuevo su reino renovando los rayos dorados de la simplicidad primitiva. Pues la Edad de Oro, señala Ovidio, estuvo por completo desprovista de oro y por esa misma razón fue conocida por ese nombre, es decir, la era alegre y afortunada, pues los males producidos por los metales preciosos, tales como la avaricia, la codicia, el robo, la rapiña, la usura, los bancos, el pillaje, las aseguradoras y el catálogo completo de delitos y hurtos eran entonces desconocidos. En la Edad de Hierro existía una gran abundancia de oro y por esto mismo se llamó de ese modo,

debido a los apuros, los sufrimientos, las guerras y los desacuerdos ocasionados por la sed de oro.

Los días afables de Wouter van Twiller, por tanto, pueden ser en verdad considerados la edad dorada de nuestra ciudad. No existían escándalos públicos ni riñas privadas, partidos, sectas ni cismas, como no existían persecuciones, juicios ni castigos, consejeros, abogados, esbirros ni verdugos. Cada cual atendía los limitados quehaceres con los que tuviera la suerte de contar o los ignoraba si le placía sin preguntar la opinión de su vecino. En aquel entonces nadie se implicaba en cuestiones por encima de su comprensión ni metía las narices en los asuntos de otra gente, tampoco ignoraba la corrección de su propia conducta ni trataba de mejorar su posición con el objetivo de tirar por tierra la posición de los demás. En pocas palabras, todo ciudadano respetable comía sin hambre, bebía sin sed y se marchaba puntualmente a la cama cuando el sol se ponía y las gallinas marchaban al gallinero, tuviera sueño o no; todo lo cual, en consonancia con las doctrinas de Malthus, contribuyó de manera destacable al incremento de la población del asentamiento, de tal modo que, según puedo leer, toda esposa diligente de Nueva Ámsterdam ponía su empeño en enriquecer siempre a su marido con al menos un vástago al año, y muy a menudo un par. Estamos, por tanto, ante una superabundancia de bondades que constituyen claramente el verdadero lujo de vivir, pues tal y como señala la apreciada máxima neerlandesa: «Más que suficiente supone un festín». Todo, por tanto, funcionaba exactamente como debía y —en los términos habitualmente utilizados por los historiadores para expresar el bienestar de un país—: «La más profunda *tranquilidad y calma* reinaban a lo largo y ancho de la provincia».

Capítulo III

De cómo la ciudad de Nueva Ámsterdam emergió del barro y se convirtió en un lugar maravillosamente refinado y amable; junto con una descripción de las costumbres de nuestros Tatarabuelos

Múltiples son los gustos y temperamentos de los ilustrados literatos que hojean las páginas de la historia. Algunos habrá cuyos corazones estén rebosantes de la espuma del coraje y cuyos pechos respiren, se hinchen y borboteen con una valentía nunca puesta a prueba, como un barril de sidra nueva o un capitán de milicia recién salido de las manos de su sastre. Esta clase valerosa de lectores no puede satisfacerse más que con sangrientas batallas y horribles enfrentamientos, necesitan continuamente tomar fuertes al asalto, saquear ciudades, sentir la explosión de las minas, avanzar hacia la boca misma de los cañones, recorrer bayoneta en mano toda página y embadurnarse de pólvora y vísceras. Otros, de imaginación menos marcial pero igualmente ardiente y que, además, son algo dados a lo maravilloso, vivirán con asombrosa satisfacción la descripción de prodigios, acontecimientos desconocidos, huidas arriesgadas, difíciles aventuras y todas esas narraciones impresionantes que sencillamente bordean la frontera de lo posible. Un tercer tipo (sin intención de menosprecio) es de un carácter más suave y ojea los registros de tiempos pasados, al igual que hace con las edificantes páginas de una novela, con la mera intención de encontrar relajación e inocente entretenimiento; de este modo, estos lectores disfrutaban especialmente con las traiciones, ejecuciones, raptos de sabinas, ultrajes regios, conflagraciones, asesinatos y todo el abanico de repugnantes crímenes que, como la cayena en la cocina, aportan mordacidad y sabor a los aburridos detalles de la historia. Sin embargo, una cuarta clase, de hábitos más filosóficos, escudriña diligente las avejentadas crónicas de la época para investigar el funcionamiento de la mente humana y observar los cambios graduales en hombres y costumbres efectuados por el avance del conocimiento, las vicisitudes de los acontecimientos o la influencia de situaciones concretas.

Si las tres primeras clases de lectores encuentran escasos los medios para disfrutar del tranquilo mandato de Wouter van Twiller, les ruego que conserven la paciencia por el momento y soporten la tediosa escena de felicidad, prosperidad y paz que mi obligación como fidedigno historiador me fuerza a presentar, y les prometo que, en cuanto me sea posible dar con algo horrible, poco habitual o imposible, puede ser duro, pero haré que les resulte entretenido. Con esta premisa, me giro con gran satisfacción hacia la cuarta clase de lectores, los cuales son los hombres, o, de ser posible, mujeres, más similares a mí: serios, filosóficos y estudiosos, que gozan analizando personalidades, iniciando todo en sus primeras causas y persiguiendo de

este modo a la nación a través de los numerosos laberintos de la innovación y el progreso. Estos lectores estarán ansiosos, pues, como es natural, por asistir a los primeros pasos de la colonia recién nacida y por descubrir la forma de ser y las costumbres prevalecientes entre sus habitantes durante el feliz mandato de Van Twiller, el dubitativo.

Describir en todo detalle los avances graduales, desde la cruda choza de madera hasta la señorial mansión neerlandesa con fachada de ladrillo, ventanas de cristal y tejado de tablillas; desde los enmarañados matorrales hasta el exuberante huerto de coles; y desde el indio al acecho al burgomaestre entrado en carnes, posiblemente sería agotador para mi lector y sin duda muy inoportuno para mí mismo. Baste, pues, decir que los árboles fueron cortados, los tocones retirados y los arbustos eliminados hasta que la nueva ciudad emergió gradualmente de entre marismas e higueras hediondas, tal y como un poderoso hongo crece de un pedazo de madera putrefacta.

El sabio consejo, como se mencionó en un capítulo anterior, fue incapaz de decidirse por ningún plan para la construcción de la ciudad, por lo que las vacas, en un encomiable arranque de patriotismo, asumieron tan peculiar responsabilidad y, al avanzar de pasto en pasto, establecieron entre los arbustos caminos a cuyos lados las buenas gentes construyeron sus casas —una de las causas de los inconexos y peculiares virajes y laberintos que distinguen ciertas calles de Nueva York en nuestros días—.

Algunos —es pertinente señalarlo—, enérgicos partidarios de *mynheer* Diez Calzones (o Ten Broek) e irritados por que no se adoptara su propuesta de excavar canales, alcanzaron una solución intermedia acorde con sus inclinaciones al establecerse en los márgenes de esos arroyos y ensenadas que serpenteaban por varias áreas del espacio desbrozado. A estos en concreto se debe el primer asentamiento en la calle Broad, que originalmente se encontraba junto a un arroyo que provenía de lo que en la actualidad se conoce como Wall Street. La sección más meridional pronto se convirtió en un lugar muy concurrido y poblado, y se erigió con el paso del tiempo en su cabecera una casa con embarcadero^[53] que fue llamada «la cabecera de la navegación interior».

Los discípulos de *mynheer* Calzones Duros, por su parte, no menos innovadores y más aplicados que sus rivales, se ubicaron junto a la orilla del río y se esforzaron con una perseverancia sin parangón en la construcción de pequeños diques y dársenas que son el origen de la multitud de trampas de barro que flanquean la ciudad. A estos diques se dirigían los viejos burgueses, en esas horas en las que la decreciente marea dejaba la playa descubierta, para disfrutar de los fragantes efluvios del fango, el cual consideraban que tenía un olor verdaderamente saludable y les recordaba a los canales de Holanda. A los infatigables esfuerzos y el encomiable ejemplo de este último tipo de planificadores debemos las grandes extensiones de suelo artificial sobre las que se levantan varias de nuestras calles cercanas a ríos y que, si damos crédito a las afirmaciones de varios sabios galenos de la ciudad, fueron de gran

eficacia en la transmisión de la fiebre amarilla.

Las viviendas de las clases altas se construían generalmente con madera, excepto el extremo del aguilón, que era de pequeños ladrillos holandeses negros y amarillos y siempre miraba a la calle, pues nuestros antepasados, como sus descendientes, eran muy dados a la exhibición y conocidos por mostrar lo mejor de sí mismos. La casa estaba siempre dotada de una abundancia de grandes puertas y pequeñas ventanas en todas las plantas, la fecha de su construcción era curiosamente señalada con cifras de hierro en la fachada, mientras que en el extremo del tejado colgaba una temible aunque pequeña veleta destinada a transmitir a la familia un secreto de relevancia: de dónde soplabla el viento. Estas, como las veletas que coronan nuestros campanarios, indicaban a tan diferentes direcciones que cada hombre podía tener un viento propio y se podría pensar que el viejo Eolo había liberado su equipaje de vientos a la deriva, en tropel, para que retozaran por esta ventosa metrópolis (los más leales ciudadanos, no obstante, siempre se guiaban por la veleta situada sobre la casa del gobernador, que era sin duda la más correcta, pues contaba con un sirviente de confianza dedicado cada mañana a escalar al tejado y orientarla hacia el lugar correcto).

En aquellos buenos tiempos de simplicidad y acertada información oficial, el fervor por la limpieza era la principal obligación en la economía doméstica y la prueba universal para un ama de casa capaz —una cuestión que suponía la ambición más elevada de nuestras poco instruidas abuelas—. La puerta principal nunca se abría, excepto por la celebración de matrimonios, funerales, días de Año Nuevo, la festividad de san Nicolás u otra ocasión de envergadura. Estaba ornamentada con un prodigioso llamador de latón, curiosamente forjado bien con la figura de un perro o con la cabeza de un león, y que era bruñido a diario con tan religioso celo que en numerosas ocasiones terminaba desapareciendo por las mismas precauciones asumidas para su conservación. La casa al completo se encontraba constantemente en un estado de inundación bajo la disciplina de las fregonas, las escobas y los cepillos de mano, pues las buenas amas de casa de aquel entonces eran un tipo de animal anfibio que disfrutaba sumamente chapoteando en el agua. Estos hechos llegaban hasta tal punto que un historiador del momento nos indica con total seriedad que muchas de sus conciudadanas llegaron a desarrollar dedos palmeados como los de un pato y que algunas de ellas —poca duda albergaba el historiador—, si hubieran sido estudiadas debidamente, se habría descubierto que tenían la cola de las sirenas (si bien este último punto me temo que sea fruto de un ejercicio de imaginación o, lo que sería peor, una tergiversación deliberada).

El gran salón era el sanctasanctórum de la casa, donde la pasión por la limpieza se satisfacía sin control alguno. A la sagrada estancia no se permitía el acceso de nadie excepto la señora y su criada de confianza, quienes la visitaban con puntualidad semanal con el objetivo de realizar una limpieza exhaustiva y dejar todo debidamente dispuesto —tras tomar siempre la precaución de dejar el calzado en la puerta para entrar, con devoción, en calcetines—. Una vez fregado el suelo, salpicado con fina

arena blanca —que era curiosamente barrida para formar ángulos, curvas y romboides con una escoba—, limpias las ventanas, frotados y pulidos los muebles y colocado un nuevo ramillete de rosas silvestres sobre la chimenea; los postigos de las ventanas volvían a cerrarse para mantener alejadas a las moscas y la habitación quedaba de nuevo clausurada bajo llave hasta que la rueda del tiempo volviera a traer la jornada de limpieza semanal.

En cuanto a la familia, sus miembros siempre entraban por la verja trasera y vivían por lo general en la cocina. De poder ver a una numerosa familia reunida en torno al fuego, imaginaríamos haber sido transportados de regreso a esos días felices de simplicidad primitiva que flotan en nuestra imaginación como visiones doradas. Las chimeneas eran de verdadera relevancia patriarcal, en ellas toda la familia, jóvenes y viejos, amos y sirvientes, blancos y negros, es más, incluso los propios perros y gatos, pertenecían a una comunidad privilegiada y cada uno disfrutaba de su preceptivo derecho a un rincón. Aquí el viejo burgués permanecía en completo silencio, fumando de su pipa, mirando al fuego con los ojos medio cerrados y sin pensar en nada durante horas y horas; la *Goede Vrouw*, en el extremo contrario, se dedicaba diligente a devanar su hilo o a coser calcetas. Los jóvenes se arracimaban en torno al hogar para escuchar sin aliento a alguna vieja bruja negra que era el oráculo de la familia y que, colgada como un cuervo en un rincón de la chimenea, graznaba durante las largas tardes de invierno una sucesión de historias increíbles sobre hechiceras de Nueva Inglaterra, espantosos fantasmas y caballos sin cabeza o relataba encuentros sangrientos y milagrosas huidas de la persecución de los indios.

En aquellos días felices una familia debidamente ordenada siempre se levantaba al amanecer, almorzaba a las once y se marchaba a la cama con la caída del sol. La cena era invariablemente una comida privada, por lo que los gruesos burgueses entrados en años mostraban incuestionables síntomas de desaprobación e incomodidad cuando se veían sorprendidos en esos momentos por la visita de un vecino. Pero si bien nuestros dignos antepasados eran tan singularmente reacios a celebrar cenas, cuidaban sus íntimos vínculos sociales con ocasionales banquetes llamados «tardes de té».

Puesto que esta es la primera presentación de las deliciosas orgías que posteriormente se han puesto tan de moda en esta ciudad, soy consciente de que mis astutos lectores sentirán gran curiosidad por recibir información al respecto. He de lamentar, no obstante, que pocos elementos de estos encuentros lograrán suscitar su admiración. Igualmente, no podré deleitarlos con descripciones de asfixiantes multitudes, brillantes salones, esbeltas plumas, deslumbrantes diamantes ni vestidos de colas infinitas. Tampoco me será posible detallar anécdotas selectas de escándalos propios de estas reuniones, pues en esos tiempos primitivos aquellas gentes sencillas eran demasiado estúpidas, o bien demasiado amables, como para hacerse trizas unas a otras. Asimismo, me veré incapaz de aportar ningún episodio caprichoso apto para el chismorreó —cómo una dama engañó u otra cayó en los brazos de la pasión—, pues

entonces no tenían lugar reuniones de dulces viudas ancianas que se encontraran para robarse el dinero y perder la paciencia en una partida de cartas.

Estas fiestas a la moda se limitaban habitualmente a las clases más altas, la *noblesse*, es decir, quienes tenían sus propias vacas y conducían sus propios carros. Los invitados por lo común se reunían a las tres en punto y se marchaban a las seis, a menos que se encontraran en la estación invernal, en la que los relojes se adelantaban ligeramente para que las damas pudieran regresar a casa antes del anochecer. No he encontrado referencia alguna a que los invitados fueran agasajados con helados, gelatinas o tartas de licor ni obsequiados con almendras húmedas, pasas enmohecidas o naranjas amargas, como sucede tan habitualmente en la presente era de la sofisticación. Nuestros antepasados disfrutaban de viandas más sólidas y sustanciosas. La mesa del té estaba coronada con un gran plato de barro bien dotado de lonchas de tocino frito y requemado, cortado en grandes bocados y ahogado en sopa o salsa. Los invitados, sentados en torno a la cordial mesa y cada uno equipado con un tenedor, mostraban su habilidad al lanzarse a por las piezas más gruesas de tan contundente plato —muy a la manera en que los marinos arponean marsopas en el mar o los indios alancean salmones en los lagos—. En ocasiones la mesa se veía embellecida con inmensos pasteles de manzana o platillos llenos de melocotones y peras en conserva, mas siempre se garantizaba la presencia de enormes fuentes de unas bolas de masa azucarada, fritas en manteca, que eran conocidas como *oly koeks* o *dough nuts* —un tipo de dulce delicioso, si bien apenas conocido en la actualidad en nuestra ciudad, excepto en las genuinas familias neerlandesas, pero que conserva su posición preeminente en las mesitas de té de Albany—.

El té se servía de una majestuosa tetera de porcelana de Delft ornamentada con pinturas de gorditos pastores y pastoras holandeses que atendían a su ganado, mientras por el aire navegaban barcos, casas construidas en las nubes y multitud de otras ingeniosas fantasías neerlandesas. Los galanes se distinguían por su destreza para rellenar estas teteras con el agua de gigantescos hervidores de cobre que habrían hecho sudar con solo mirarlos a los dandis pigmeos de estos días de degeneración. Para edulcorar la bebida, se colocaba un terrón de azúcar junto a cada taza, el cual los invitados mordisqueaban a veces y a veces chupaban con gran decoro. Esto sucedió hasta la introducción de una innovación por parte de una astuta y ahorradora anciana que decidió suspender un gran terrón directamente sobre la mesa del té, con una cuerda colgada del techo, para que este pudiera balancearse de boca en boca —un ingenioso recurso que aún continúa en uso entre algunas familias de Albany, pero que prevalece sin excepción en Communipaw, Bergen, Flatbush y el resto de poblaciones neerlandesas puras—.

En estas primitivas tardes de té predominaba el mayor de los decoros y el comportamiento más digno. Nada de flirteos ni coqueteos; nada de ancianas apostando ni marimachos chismorreando y entrometiéndose en la vida de los jóvenes; nada de satisfechos caballeros entrados en años pavoneándose con el cerebro en el

bolsillo; nada de engreídos jóvenes con diversiones estúpidas y carencia total de cerebro. Por el contrario, las jóvenes damas se sentaban con recato en sus sillas de mimbre y cosían sus propias calcetas de lana, jamás abrían la boca excepto para decir «yah mynheer» o «yah, ya vrouw», ante cualquier pregunta que se les planteara; en definitiva, se comportaban en toda ocasión como damiselas decentes y bien educadas. En cuanto a los caballeros, todos ellos fumaban tranquilos de sus pipas y parecían perdidos en la contemplación de los azulejos azules y blancos con los que estaban decoradas las chimeneas. Junto a estas, diversos pasajes de las Escrituras se representaban con devoción: Tobías y su perro aparecían con gran frecuencia, Amán se balanceaba visiblemente en su horca y Jonás aparecía de lo más resuelto emergiendo de la ballena como Arlequín a través de un aro de fuego.

Los invitados se marchaban sin ruido y sin confusión, pues, por extraño que pueda parecer, las damas y los caballeros se mostraban satisfechos con tomar sus propios abrigos, mantones y sombreros, sin soñar —¡almas cándidas!— con el ingenioso sistema de intercambio establecido en los días modernos, el cual autoriza a los primeros invitados en marcharse a elegir el mejor mantón o sombrero que puedan encontrar (una costumbre que sin duda aparece como consecuencia de nuestras costumbres comerciales). Volvían a casa por sus propios medios, es decir, con los vehículos que la naturaleza les había ofrecido, excepto en el caso de los ricos, quienes se podían permitir una carreta. Los caballeros acompañaban galantes a las bellezas a sus respectivos domicilios y se despedían de ellas con un efusivo golpe en la puerta: un gesto por entonces parte bien establecida del protocolo, ejecutado con total simplicidad y sinceridad de corazón, que no ocasionaba escándalo alguno en su tiempo, como tampoco debería hacerlo en la actualidad, pues si nuestros bisabuelos aprobaban esta costumbre, indicaría una gran carencia de respeto por parte de sus descendientes pronunciar palabra alguna contra ella.

Capítulo IV

Que contiene más detalles sobre la Edad Dorada y lo que significaba ser una refinada Dama o Caballero en los días de Gualterio el Dubitativo

En este dulce periodo de mi historia, cuando la hermosa isla de Manna-hata presentaba una imagen en toda medida equivalente a esas escenas resplandecientes del reinado dorado de Saturno ofrecidas por el viejo Hesíodo, prevalecía una feliz ignorancia y una honesta simplicidad entre sus habitantes, quienes, de ser yo capaz de describirlos, serían escasamente comprendidos en esta edad de la degeneración en la que estoy condenado a escribir. Incluso el sexo femenino, ese consumado innovador contra la tranquilidad, la honestidad y las costumbres canosas de la sociedad, pareció durante un tiempo conducirse con increíble sobriedad y gracia; de hecho, se comportaban las féminas prácticamente como si no hubieran sido enviadas al mundo para preocupar a la humanidad, desconcertar la filosofía y confundir el universo.

Su cabello, libre de las torturas propias de las abominaciones del arte, era escrupulosamente retirado de la frente con fijador y cubierto con un pequeño gorro de percal acolchado que se amoldaba perfectamente a la cabeza. Sus faldas de algodón y lana solían aparecer listadas con una variedad de magníficos tintes capaces de rivalizar con los coloridos vestidos de Iris, si bien he de confesar que estas cortesas prendas eran un tanto cortas, pues apenas alcanzaban por debajo de la rodilla; sin embargo, este hecho quedaba compensado por el número de prendas superpuestas, que generalmente igualaba el de los calzones de los caballeros —y lo que es aún más digno de elogio: todas estaban confeccionadas con sus propias manos; un hecho por el que podemos bien suponer que en absoluto mostraban vanidad—.

Estos eran los días sencillos en los que toda mujer permanecía en casa, leía la Biblia y sus prendas contaban con bolsillos, sí, y estos de un tamaño considerable, confeccionados con retales en muy curiosas formas y ostentosamente cosidos en el exterior. Estos, de hecho, eran receptáculos muy útiles donde toda buena ama de casa guardaba con cuidado aquellos objetos que deseaba tener a mano, lo que significaba a menudo que estaban sorprendentemente atestados. Recuerdo una historia muy habitual en mi niñez que relataba que la señora de Wouter van Twiller, ante la necesidad de vaciar su bolsillo derecho para buscar un cucharón de madera, llenó tres cestas de maíz con lo contenido en este, mientras que el utensilio fue finalmente descubierto en un rincón, entre cosas de poca importancia. Sin embargo, no debemos conceder excesiva fe a estas historias, pues las anécdotas de estos periodos remotos están sujetas a mucha exageración.

Además de estos destacables bolsillos, las damas vestían asimismo tijeras y alfileros que quedaban suspendidos de sus cinturones mediante cintas rojas o, entre

las clases más opulentas y ostentosas, mediante cadenas de latón e incluso de plata: símbolos indudables de amas de casa frugales y laboriosas solteronas. No puedo decir gran cosa en defensa de la brevedad de las faldas, seguramente fueron introducidas con el objetivo de ofrecer a las calcetas —que habitualmente eran de estambre azul con magníficos bordados en rojo— la oportunidad de ser contempladas, si bien también es posible que lo corto de las faldas pretendiera mostrar un tobillo bien formado y un hermoso aunque práctico pie, equilibrado sobre zapatos de piel y de tacón alto adornados con un espléndido broche de plata de gran tamaño. De este modo descubrimos que el bello sexo ha mostrado en todas las épocas la misma disposición a infringir ligeramente las leyes del decoro con el objetivo de revelar una hermosura oculta o gratificar una inocente pasión por la elegancia.

Del bosquejo que acabo de presentar se inferirá que las buenas de nuestras abuelas diferían considerablemente de sus escasamente vestidas descendientes de los días actuales en su idea de una imagen hermosa. Una dama refinada, en aquellos tiempos, se arrastraba bajo más prendas de ropa, incluso en una agradable jornada de verano, de las que cubren a toda una bandada de mujeres en un salón de baile moderno. Sin embargo, no eran menos admiradas por los caballeros a consecuencia de esto. Por el contrario, la grandeza de la pasión de un amante parecía incrementarse en proporción a la magnitud de su objeto amado, como demuestra la descripción de una voluminosa damisela engalanada con una docena de faldas realizada por un poeta neerlandés de la provincia: radiante como un girasol y exuberante como una col bien crecida. Ciertamente es que en aquellos días el corazón de un amante no podía contener más que una mujer, mientras que el de un galán moderno a menudo cuenta con espacio suficiente para acomodar a media docena, lo que me lleva a concluir que bien los corazones de los caballeros han aumentado su tamaño o el cuerpo de las damas se ha reducido (no obstante, esta es una cuestión que habrán de determinar los fisiólogos).

De cualquier modo, también contaban con un secreto encanto estas faldas, algo que sin duda formaba parte de las consideraciones del prudente galán. El armario de una dama era en aquel entonces su única fortuna y la que contaba con un buen repertorio de faldas y calcetas era tan claramente una mujer adinerada como lo es una damisela de Kamchatka con todo un repertorio de pieles de oso o una belleza de Laponia con varias de reno. Las damas, por tanto, mostraban inquietud por exhibir estos poderosos encantos para obtener la mayor de las ventajas, por lo que las mejores habitaciones de una casa, en lugar de estar adornadas con caricaturas de la dama Naturaleza en acuarelas y ganchillo, estaban siempre repletas de prendas de ropa tejidas en casa colgadas por las paredes: las obras de las féminas y sus propiedades (una muestra de admirable ostentación que aún se conserva entre las solteras adineradas de nuestras aldeas neerlandesas).

Así eran las hermosas bellezas de la antigua ciudad de Nueva Ámsterdam, que rivalizaban en la simplicidad primitiva de su comportamiento con las afamadas

damas elegantes a las que tan altaneramente cantaba el gran Homero, quien nos dice que la princesa Nausícaa lavaba la ropa de cama de la familia y la bella Penélope tejía sus propias enaguas.

Cierto es también que los caballeros que participaban en los círculos de la vida festiva en aquellos tiempos se correspondían en la mayoría de los detalles con las hermosas damiselas cuyas sonrisas ansiaban merecer. Innegable es, sin embargo, que sus méritos no lograrían más que una desdeñable impresión en el corazón de una dama moderna: no paseaban en carruajes de dos caballos —ni en paralelo ni en fila—, pues estos chabacanos vehículos todavía no se habían concebido; no se distinguían por sus genialidades en la mesa ni sus consecuentes encuentros con serenos, pues nuestros antepasados eran de una disposición demasiado pacífica para necesitar a esos guardianes de la noche, habida cuenta de que toda la ciudad roncaba a pleno pulmón antes de las nueve de la noche. Tampoco establecían sus solicitudes mediante una elegancia sufragada por sus sastres, pues por entonces esos vaciadores de los bolsillos de la sociedad —y de la tranquilidad de todo joven caballero con aspiraciones— eran desconocidos en Nueva Ámsterdam, donde toda buena ama de casa confeccionaba las prendas de su marido y de la familia e incluso la *goede vrouw* del mismo Van Twiller no consideraba denigrante cortar los bombachos de sarga de su marido.

No significa esto que no hubiera dos o tres jóvenes que manifestaban los primeros indicios de lo que en la actualidad es llamado temeridad. Los había que despreciaban todo trabajo, merodeaban por los amarraderos y los mercados, holgazaneaban al sol, malgastaban el poco dinero que pudieran procurarse a cara o cruz, maldecían, guerreaban, organizaban peleas de gallos y asustaban a los caballos de sus vecinos; resumiendo, que prometían ser asombro, objeto de conversación y animadversión de la ciudad si su moderna carrera no hubiera sido frenada en seco con un látigo por una cuestión de honor.

Muy distinto, no obstante, era el verdadero caballero a la moda de aquellos días: su traje, que servía tanto para la mañana como para la noche, para la calle y el salón, era un abrigo de algodón y lana confeccionado quizá por las hermosas manos de la dueña de sus afectos y galantemente adornado con abundantes botones de latón de considerable tamaño. Una decena de calzones incrementaba las proporciones de su figura, sus zapatos estaban decorados con enormes hebillas de cobre y un sombrero bajo de ala ancha ensombrecía su robusto rostro, mientras su pelo colgaba por la espalda en una cola prodigiosa trenzada con piel de anguila.

Así equipado salía resuelto, pipa en boca, a asediar el inflexible corazón de una hermosa damisela (con una pipa, ojo, buen lector, no con una flauta como la que Acis tocaba con dulzura para alabar a su Galatea, sino una pipa de esmerada fabricación en Delft y dotada de una carga de fragante tabaco). Con ella se lanzaba con determinación hacia la fortaleza y en raras ocasiones no lograba, pasado el tiempo, ahumar al bello enemigo hasta lograr su rendición en los términos más honrosos.

Tal era el feliz reinado de Wouter van Twiller, celebrado en muchas canciones ya olvidadas como la verdadera edad dorada ante la que el resto de eras no son más que monedas de cobre falsas y gastadas. En este delicioso periodo una dulce y sagrada calma reinaba en toda la provincia. Los burgomaestres fumaban sus pipas en paz; en la asentada comodidad de su hogar, su bien enfaldada *vrouw*, tras concluir sus tareas domésticas, se sentaba discretamente en la puerta principal, con los brazos cruzados sobre un mandil de un blanco níveo, sin ser insultada por los irreverentes paseantes ni por niños vagabundos: esos desafortunados golfillos que infestan de tal modo nuestras calles y muestran bajo las rosas de la juventud las espinas de la injusticia. En aquel entonces el amante con diez calzones y la damisela con una docena de faldas se permitían todos los inocentes cariños del amor virtuoso, sin miedo y sin reproches, pues qué tenía la virtud que temer estando defendida por un escudo de buen algodón capaz de igualar al menos a los siete cueros de toro del invencible Áyax.

¡Ay, sumamente feliz época que jamás debiera ser olvidada, cuando todo era mejor de lo que nunca volvió a ser ni será, cuando el canal del Suero de Leche quedaba prácticamente seco con la marea baja, cuando los sábalos del Hudson eran todos salmones y cuando la luna brillaba con una blancura resplandeciente y pura en lugar de con esa luz amarilla y triste que es consecuencia de su disgusto por las abominaciones que cada noche tiene que contemplar en esta degenerada ciudad!

Capítulo V

En el que el lector es conducido a un agradable paseo que concluye de forma muy diferente a como comienza

En el año de nuestro Señor de 1804, en una tarde agradable del suave mes de octubre, salí a dar mi habitual paseo por The Battery, que es a un tiempo orgullo y baluarte de esta antigua e inexpugnable ciudad de Nueva York. Recuerdo bien aquellos días, pues precedieron a ese invierno extraordinariamente frío en el que nuestro sagaz Ayuntamiento, en un brote de filantropía económica, hizo pedazos, gastando para ello varios cientos de dólares, las murallas de madera que le habían costado varios miles, para distribuir los fragmentos podridos, cuyo valor era considerablemente inferior a nada, entre los temblorosos pobres de la ciudad. Jamás, desde la caída de las murallas de Jericó o de las almenas de construcción divina de Troya, ha asistido el mundo a tal demolición, la cual no quedó sin castigo: cinco hombres, once ancianas y diecinueve niños, además de gatos, perros y negros, quedaron ciegos en el intento vano de ahumarse para entrar en calor, gracias a este caritativo sustituto de la leña que produjo también una epidemia de ojos llorosos que se repite desde entonces todos los inviernos particularmente entre quienes se lanzan a quemar maderos podridos, se calientan con la caridad de otros o utilizan chimeneas modernas.

En el año y el mes mencionados, pues, salí a dar mi habitual caminata de meditación en esa misma posición defensiva que, pese a que en la actualidad no ejerce como tal, ofrece el paseo más agradable y permite la perspectiva más encantadora de todo el mundo conocido. El suelo que pisaba tenía el carácter sagrado que le conferían los recuerdos del pasado, y según caminaba lentamente a través de las largas avenidas de álamos —que, como una multitud de escobas de retama clavadas al suelo, ofrecían una sombra triste y lúgubre— mi imaginación superpuso las imágenes de la escena que me rodeaba y lo que esta era en los memorables días de nuestros antepasados. Donde la llamada «casa del Gobierno», que no aloja tal sino las aduanas, eleva orgullosa sus muros de ladrillo y sus pilares de madera, otrora se levantó la achaparrada aunque importante mansión de tejas rojas del afamado Wouter van Twiller^[54]. Junto a esta los poderosos baluartes del Fuerte Ámsterdam miraban con el ceño fruncido a todo enemigo ausente, si bien, como tanto guerrero barbudo y galante capitán de milicia, limitaban sus hazañas marciales a esa mirada retadora. Mas ¡ay!, esas almenas amenazantes fueron mucho tiempo atrás minadas por el paso de los años y, como las murallas de Cartago, no dejaron resto alguno para el inquisidor ojo del anticuario. Los parapetos de adobe mucho ha que fueron nivelados con los alrededores y sus restos convertidos en los verdes pastos y los paseos

arbolados del parque donde el alegre aprendiz saca a pasear su abrigo de los domingos y el esforzado mecánico, aliviado de la suciedad y el trabajo pesado de la semana, vierte su canción de amor semanal en los oídos poco prevenidos de la criada sensiblera. La amplia bahía todavía presenta la misma sábana extensa de agua adornada de islas, salpicada de barcos de pesca y delimitada por orillas de pintoresca belleza. Pero los oscuros bosques que vistieron estas tierras fueron violados por la salvaje mano de la agricultura y sus enmarañados laberintos e impenetrables matorrales han degenerado en numerosísimas huertas y ondeantes campos de cereal. Incluso la isla de los Gobernadores, tiempo ha un sonriente jardín perteneciente a los soberanos de la provincia, está hoy cubierta con baluartes que cercan un gigantesco fortín, de tal modo que esta ínsula antaño pacífica parece hoy un pequeño guerrero combativo con un gran sombrero de tres picos que respira pólvora y desafía al mundo.

Durante un tiempo me dediqué a esta sucesión de pensamientos, a contrastar con sobria tristeza las horas presentes con los benditos años de antaño, lamentar el triste avance del progreso y alabar el celo con el que nuestros valiosos burgueses tratan de conservar los restos del naufragio —las costumbres veneradas, los prejuicios y los errores— de la aplastante marea de la innovación moderna. Pero, poco a poco, mis ideas viraron hacia otra parte y, de forma imperceptible, comencé a disfrutar la belleza que me rodeaba.

Era uno de esos generosos días otoñales que el cielo concede expresamente a la hermosa isla de Manna-hata y sus alrededores: ¡ni una sola nube oscurecía el celeste firmamento; el sol, rodando en glorioso esplendor a lo largo de su etéreo camino, parecía dilatar su honesto rostro holandés en una inusual expresión de benevolencia al tiempo que sonreía su saludo de la tarde a una ciudad que se regocija en visitar con sus más generosos rayos; los mismos vientos parecían contener la respiración en atención muda, por miedo a agitar la serenidad del momento; mientras que el sereno seno de la bahía ofrecía un espejo pulido en el que la naturaleza se observaba y sonreía! El estandarte de nuestra ciudad, que, como un selecto pañuelo, se reserva para los días de gala, pendía inmóvil de su mástil, que configura el mango de una gigantesca mantequera, e incluso las trémulas hojas de los álamos —que como las lenguas del bello sexo en rara ocasión permanecen quietas— dejaron en ese instante de vibrar con la respiración del cielo. Todo parecía someterse al profundo reposo de la naturaleza. Los formidables cañones de dieciocho libras descansaban en el abrazo de las baterías de madera y parecían recuperar energía para luchar las batallas de su país en el próximo 4 de julio; el solitario tambor de la isla de los Gobernadores olvidó alertar a la guarnición; la salva de la noche todavía no había hecho sonar su señal para que las aves de corral honradas y bienintencionadas de la región se marcharan al gallinero; mientras que la flota de canoas ancladas entre la isla de Gibbet y Communipaw dormitaban inclinadas y permitían a las inocentes ostras descansar tranquilas en el suave fango de sus orillas nativas. Mis propios sentimientos

simpatizaban con la contagiosa tranquilidad, y habría sin remedio quedado dormido en uno de esos fragmentos de bancos que nuestros benevolentes ediles han facilitado para beneficio de los gandules convalecientes, de no ser porque la extraordinaria incomodidad del asiento desafiaba todo descanso.

En mitad de este balsámico sopor del alma, llama mi atención una pequeña mancha negra que se asomaba por el horizonte occidental, justo a la espalda del campanario de Bergen; gradualmente esta aumenta y pende sobre las potenciales ciudades de Jersey, Harsimus y Hoboken, que, como tres jinetes, afrontan en paralelo la carrera de la existencia y se empujan unas a otras en el inicio de la competición. La mancha rodea después la larga costa de la antigua Pavonia y eleva su amplia sombra desde los altos asentamientos de Weehawken hasta casi envolver la leprosería y el centro de cuarentena erigido gracias a la sagacidad de nuestra policía (para vergüenza de nuestro comercio). La tiniebla comienza a ascender por la serena bóveda del cielo, nube sobre nube, como sucesivas oleadas, amortaja la esfera diurna, oscurece la amplia superficie y se carga de truenos y relámpagos, de tempestad en su seno. La tierra parece agitada por la confusión de los cielos: el espejo antes calmo se azota en furiosas olas que alcanzan rotas y con huecos murmullos la orilla; las embarcaciones de pesca, que se divertían en la plácida vecindad de la isla de Gibbet, se apresuran espantadas hacia la orilla; el que fuera álamo circunspecto e inflexible se retuerce antes de recibir la despiadada sacudida; precipitados torrentes de lluvia y sonoro granizo inundan los caminos del parque, las puertas se ven atestadas de aprendices, sirvientes y francesitos que elevan pañuelos sobre los sombreros al huir de la tormenta; el hermoso panorama previo presenta ahora una escena de anarquía y salvaje alboroto, como si el viejo caos hubiera reanudado su mandato y arrojara en inmensa confusión los elementos de la naturaleza en conflicto. Figúrese usted mismo, oh, lector, el horrible combate cantado por el viejo Hesíodo entre Júpiter y los titanes; visualice los furiosos ecos de la artillería del cielo, el raudal sobre las cabezas de los gigantescos hijos de la tierra. En resumen, recuerde o imagine todo lo que desde entonces se escribió o cantó sobre tempestades, diluvios y huracanes... y me ahorrará la molestia de tener que describirlo.

Si hui de la furia de la tormenta o permanecí valiente en mi posición como nuestros galantes capitanes de milicia que hacen avanzar a sus soldados en pleno aguacero sin parpadear, es una cuestión que dejo a las conjeturas del lector. Es posible que este quede también ligeramente perplejo al conocer los motivos por los que introduje esta tremenda e inaudita tempestad destinada a interrumpir la serenidad de mi obra. A este respecto, sin coste alguno instruiré al ignorante. La perspectiva del horizonte desde The Battery se ofreció sencillamente para agradar al lector con una descripción correcta de tan celebrado lugar y las regiones adyacentes. Por otra parte, la tormenta se incluyó en parte para dotar de cierto ajeteo y vida a esta tranquila sección de mi trabajo y para evitar que mis lectores somnolientos quedaran en manos de Morfeo, así como para servir como preparativo, o más bien obertura, de los

tiempos tempestuosos que están prestos a ceñirse sobre la pacífica provincia de Nieuw Nederlandts y que penden sobre la amodorrada Administración del afamado Wouter van Twiller. Es así, pues, como el director distribuye todos los violines, las trompas, los timbales y las trompetas de su orquesta y les solicita que produzcan uno de esos horribles y sulfurosos alborotos llamados melodramas; es de este modo como descarga los truenos, los rayos, el humo y el salitre que preparan la aparición de un fantasma o el asesinato de un héroe... Y así procederemos ahora con nuestra historia.

Por muy contrarios que se muestren Platón, Aristóteles, Grocio, Pufendorf, Sidney, Thomas Jefferson o Tom Paine, insisto en que, en lo que a naciones respecta, la vieja máxima que asegura «la honradez es la mejor política» es un error ruinoso y absoluto. Pudo ser cierta en los días honestos en que fue concebida, pero en esta época de degeneración, si una nación pretende basarse únicamente en la justicia de sus acciones, su suerte será parecida a la de un hombre honrado entre ladrones, quien, a menos que cuente con algo más que su honradez, escasas posibilidades tiene de beneficiarse de la compañía. Tal fue al menos el caso del candoroso Gobierno de Nuevos Países Bajos, el cual, como un noble y anciano burgués libre de toda sospecha, se instaló tranquilo en la ciudad de Nueva Ámsterdam como si lo hiciera en un acogedor sillón y cayó en un agradable sueño mientras sus astutos vecinos se aprovechaban y metían mano en sus bolsillos. De este modo, es posible atribuir el inicio de todas las aflicciones de esta gran provincia y de su magnífica metrópolis a la tranquila seguridad, o para ser más exactos, a la inoportuna honradez de su Gobierno. Sin embargo, puesto que me desagrada iniciar una parte importante de mi historia al final de un capítulo, y ya que mis lectores, como yo mismo, deben de andar sin duda excesivamente fatigados con el largo paseo que hemos dado y la tempestad que hemos tenido que soportar, considero oportuno que cerremos el libro, nos fumemos una pipa y, habiendo así refrescado el espíritu, retomemos la lectura en el siguiente capítulo.

Capítulo VI

Que fidedigno describe a las ingeniosas gentes de Connecticut y alrededores; muestra el verdadero significado de la libertad de pensamiento; así como un curioso recurso entre estos enérgicos bárbaros para mantener relaciones de armonía y estimular la multiplicación de la población

Para que mis lectores puedan comprender en su totalidad el alcance de la calamidad que en este mismo momento pende sobre la honesta y confiada provincia de Nieuw Nederlandts y su dubitativo gobernador es necesario que dé cierta cuenta de una horda de extraños bárbaros situados en la frontera oriental.

Sucedió que, muchos años antes del tiempo que estamos tratando, el sabio consejo de ministros de Inglaterra adoptó un cierto credo nacional, un tipo de camino de la fe, o más bien un peaje religioso que dirigía a todo súbdito leal a viajar a Sion (sin olvidar pagar a los *recaudadores* por el camino).

Sin embargo, una determinada clase de inteligentes hombres, muy dados a permitirse opinar a su gusto en todo asunto posible (una propensión extremadamente molesta para los gobiernos libres de Europa), se atrevieron del modo más presuntuoso a pensar por sí mismos en cuestiones de religión, poniendo en práctica lo que consideraban un derecho natural e inextinguible: la libertad de pensamiento.

Y puesto que poseían esa ingeniosa costumbre intelectual de pensar siempre en voz alta, algo que, por así decirlo, cristaliza jactancioso en forma de palabras que siempre galopan hacia los oídos de otra gente, dedujeron de forma natural que su libertad de pensamiento igualmente implicaba libertad de expresión, la cual, complacida a su antojo, pronto condujo al país a una total algarabía y despertó la piadosa indignación de los vigilantes padres de la Iglesia.

Se adoptaron los métodos habituales para recuperar a estas gentes, en concreto aquellos que por entonces se consideraban sumamente eficaces para devolver la oveja descarriada al redil, es decir: fueron convencidos, reprendidos, amenazados, azotados...; línea tras línea, precepto tras precepto, latigazo tras latigazo, un poco por aquí y un mucho por allá, fueron perseguidos sin piedad pero también sin éxito, hasta que finalmente los buenos pastores de la Iglesia, hartos de una terquedad sin parangón, terminaron por aplicar —en el ejercicio de su delicada misericordia— las Sagradas Escrituras y literalmente «apilaron brasas encendidas sobre sus cabezas».

Sin embargo, nada podía someter el invencible espíritu de independencia que siempre había distinguido a esta singular raza de personas, así que, en lugar de someterse a tan horrible tiranía, todos y cada uno de ellos embarcaron rumbo a las selvas de América, donde podrían disfrutar tranquilamente el inestimable lujo del uso de la palabra. En cuanto pusieron pie en esta locuaz tierra, como si el clima del

Nuevo Mundo les hubiera transmitido una enfermedad, levantaron todos sus voces a una y durante todo un año mantuvieron tan alegre clamor que, según leemos, asustaron a todo pájaro y animal del entorno, que huyeron despavoridos, mientras que a ciertos peces que abundaban en la costa se les hinchó tanto la cabeza que desde ese momento se los conoce como peces globo.

De esta sencilla circunstancia, por poco relevante que pueda parecer, se originó ese famoso privilegio del que tan sonoramente se jacta todo este país y que se ejerce de forma tan elocuente en periódicos, panfletos, encuentros públicos, comités de taberna y deliberaciones del Congreso; un privilegio que establece el derecho a hablar sin ideas y sin información, a tergiversar las cuestiones de interés público, censurar toda medida política, calumniar a los personajes importantes y destruir a los que no lo son; en resumen, la gran joya de nuestro país, la *libertad de expresión*, o como se la denomina de modo más vulgar: *labia*.

Los simples aborígenes de la zona inicialmente observaron a esas gentes extrañas con absoluta estupefacción, pero al descubrir que manejaban armas inofensivas —si bien ruidosas— y eran una raza de hombres activos, ingeniosos y bienhumorados, se comportaron de modo amistoso y sociable y les pusieron por nombre Yanokies, que en la lengua de Mais-Tchusaeg (o Massachusetts) significa «hombres callados» —un apelativo bromista que posteriormente se acortó en el familiar epíteto yanquis que mantienen hasta la actualidad—.

Cierto es, y mi exactitud como historiador no permitirá pasar sobre ello en silencio, que el celo de estas buenas gentes por mantener intactos sus derechos y privilegios las hizo caer durante un tiempo en errores que son más fáciles de perdonar que de defender. Tras un aprendizaje continuo en la escuela de la persecución, les correspondía demostrar que habían adquirido gran competencia en este arte. Por consiguiente, dedicaron sus horas de asueto a desterrar, azotar o ahorcar a diversos papistas, cuáqueros y anabaptistas herejes que se atrevieron a abusar de la *libertad de pensamiento*, la cual demostraron a las claras que significaba, evidentemente, que cualquier hombre podía pensar como le placiera en cuestiones de religión... *siempre y cuando pensara bien*, pues de otra forma estaría dando pie a detestables herejías. Y puesto que ellos (la mayoría) estaban completamente convencidos de que *solo ellos* pensaban correctamente, era evidente que quienquiera que pensara de otra forma, estaría pensando mal, y quienquiera que pensara mal y se obcecara tozudamente en no ser convencido y convertido, estaba violando de modo flagrante la inestimable libertad de conciencia, era un miembro infeccioso y corrupto del cuerpo social y merecía que lo mandaran a tomar viento y lo arrojaran a las llamas.

En este momento les puedo garantizar que serán muy numerosos los lectores dispuestos a levantar las manos y los ojos con esa indignación moral con la que siempre contemplamos las faltas y errores de nuestros vecinos, muchos se aprestarán a señalar a estas gentes bien intencionadas pero equivocadas por infligir a otros los agravios que ellos mismos sufrieron, por dejarse llevar por la idea absurda de que es

posible convencer a la mente mediante la abrasión del cuerpo y por establecer la doctrina de la caridad y la paciencia mediante la intolerante persecución. Mas ¡calma, mis muy críticos señores!, ¿acaso no estamos en estos mismos momentos, en esta misma ilustrada nación, actuando con los mismos principios en nuestras controversias políticas? ¿Acaso no nos liberamos apenas unos años ha de los grilletes de un imperio que con crueldad nos negaba el privilegio de gobernarnos nosotros mismos y del uso en plena libertad de ese inestimable apéndice que es la lengua? ¿Y acaso no estamos en estos mismos días esforzándonos cuanto podemos en tiranizar las opiniones, amarrar las lenguas o arruinar la fortuna los unos de los otros? ¿Qué son nuestras grandes sociedades políticas sino meras inquisiciones; nuestros comités de taberna sino pequeños tribunales de denuncia; nuestros periódicos sino meros cadalsos y picotas donde desafortunados individuos son apedreados con huevos podridos; y nuestro Consejo de Nombramientos^[55] sino un gran auto de fe donde cada año se sacrifica a los acusados de herejías políticas?

¿Dónde, pues, radica la diferencia de principios entre nuestras medidas y aquellas de las gentes sobre las que estamos tratando y que ustedes se muestran tan prestos a condenar? Ninguna existe, la diferencia es meramente circunstancial. Así, nosotros *denunciamos* en lugar de desterrar; *difamamos* en lugar de flagelar; *destituimos* en lugar de ahorcar; y donde ellos condenaban a la hoguera *in propria personae*, nosotros emplumamos o *quemamos en efigie*. Es esta persecución política, pues, de un modo u otro, la gran salvaguardia de nuestras libertades y una prueba indisputable de que este es *un país libre*.

Sin embargo, a pesar del ferviente celo con el que se sostuvo esta guerra santa contra toda la raza de infieles, no encontramos que la población de esta nueva colonia se viera en modo alguno limitada por esto; muy al contrario, se multiplicaron hasta un punto increíble para cualquier persona que no esté familiarizada con la maravillosa fecundidad de este creciente país.

Este sorprendente incremento de la población puede ser parcialmente atribuido a una costumbre peculiar propia de estas gentes y que muy posiblemente tomaron de la antigua república de Esparta, en la que leemos que las jóvenes damas, bien por ser muy juguetonas y masculinas, o bien, como muchas heroínas modernas, muy dadas a entrometerse en cuestiones que no pertenecen a su sexo, solían con frecuencia entablar batalla con los hombres en combates de lucha y otros ejercicios atléticos propios del gimnasio. La costumbre a la que aludo era conocida vulgarmente con el nombre de *envoltorio*^[56]; un rito supersticioso celebrado por los jóvenes de ambos sexos con el que habitualmente concluían sus festividades y que era defendido con religiosa severidad por la sección más intolerante y vulgar de la comunidad. Esta ceremonia era asimismo, en aquellos tiempos primitivos, considerada preliminar indispensable para el matrimonio, por lo que el cortejo comenzaba donde normalmente concluye el nuestro —mediante lo cual adquirirían antes del matrimonio esa cercanía íntima con las mejores características del otro que los filósofos señalan

como elemento básico para una feliz unión—. Así pues, muy temprano mostraron estas gentes taimadas e ingeniosas una astucia para alcanzar acuerdos que los ha distinguido desde entonces, así como una estricta adherencia a la vieja expresión «dar gato por liebre».

A esta sagaz costumbre, por tanto, atribuyo principalmente el crecimiento sin parangón de la tribu yanokie o yanqui, pues es un hecho cierto, debidamente acreditado por los registros legales y parroquiales, que allá donde permanecía en funcionamiento la práctica del envoltorio nacían cada año un número sorprendente de fieros chiquillos sin licencia legal ni aprobación del clero (es verdaderamente sorprendente que el sabio Malthus haya ignorado por completo este hecho singular en su tratado sobre la población). No obstante, la irregularidad de su nacimiento no actuó en modo alguno en descrédito suyo. Por el contrario, se desarrollaron hasta conformar una raza endurecida, huesuda y esbelta de ilegítimos balleneros, leñadores, pescadores y buhoneros, así como de corpulentas casquivanas alimentadas con maíz, y con sus esfuerzos conjuntos contribuyeron de modo destacable a la población de esas conocidas regiones llamadas Nantucket, Piscataway y Cabo Cod.

Capítulo VII

De cómo estos singulares bárbaros resultaron ser sonados invasores; cómo construyeron castillos en el aire y trataron de iniciar a los neerlandeses en el misterio del envoltorio

En el capítulo precedente, mi honesto lectorzuelo, le he ofrecido una descripción fidedigna e imparcial de los orígenes de esa singular raza de personas que habitaban las regiones situadas al este de Nieuw Nederlandts; sin embargo, aún he de mencionar ciertos hábitos peculiares que los hacían especialmente molestos para nuestros siempre venerados antepasados neerlandeses.

De estos, el más destacado era una determinada tendencia al excursionismo con la que, como a los hijos de Ismael, parece haberlos agraciado el cielo y que continuamente los aguijonea para cambiar de ubicación su residencia, de tal modo que un agricultor yanqui está en constante estado de migración: *se demora* ocasionalmente aquí y allá, desbroza la tierra para que la disfruten otras gentes y construye viviendas que otros habitarán; con lo que en cierto modo podemos considerarlos los árabes errantes de América.

Su primer pensamiento al llegar a la edad adulta es el de *asentarse* en el mundo —que significa ni más ni menos que comenzar su deambular—. Con este fin toma como esposa a alguna elegante soltera del campo, es decir, una moza de mejillas encarnadas y pechos abundantes que pase ante él bien engalanada con cintas rojas, abalorios de cristal, combinación a imitación del caparazón de una tortuga, vestido blanco largo y zapatos de cuero los domingos, y que asimismo cuente con especial destreza en los misterios de la elaboración de dulces de manzana y pasteles de verduras y de calabaza.

Habiéndose equipado de este modo como un verdadero buhonero con un pesado saco con el que entretejer sus hombros a lo largo del camino de la vida, emprende literalmente la peregrinación. Su familia al completo, los muebles de su hogar y los utensilios agrícolas son encaramados a un carro cubierto; sus prendas de ropa y las de su mujer se empaquetan en un barril; y, una vez listo, se echa el hacha al hombro, toma su bastón, empieza a silbar el «Yankee doodle» y se lanza a caminar por los bosques tan seguro de la protección de la providencia y tan tranquilamente confiado en sus propios recursos como cualquier otro patriarca de antaño cuando se adentraba en un país extraño de gentiles. Ya perdido en plena naturaleza, se construye una cabaña de madera, limpia un espacio para sembrar maíz y patatas y, con la Providencia sonriendo a sus labores, pronto se ve rodeado por una acogedora granja y una decena de golfillos de cabellos de oro, quienes, por su tamaño, parecen haber brotado al unísono de la misma tierra, como una cosecha de hongos venenosos.

Sin embargo, no forma parte de la naturaleza de este, el más infatigable especulador, permanecer satisfecho con ningún estado de comodidad sublunar: *el progreso* es su pasión favorita y, una vez mejoradas sus tierras, su siguiente ocupación es la de dotarse de una mansión digna de ser la residencia de un terrateniente. Un gigantesco palacio de tablones de pino brota inmediatamente en pleno bosque, con el tamaño propio de una iglesia y equipado con ventanas de todas las dimensiones, pero tan inseguro y endeble al mismo tiempo que cada ráfaga de aire parece una sacudida de fiebre.

Para cuando la parte exterior de este poderoso castillo en el aire está concluida, bien el capital o el empeño de nuestro aventurero se han extinguido, por lo que apenas logra concluir una habitación donde la familia al completo se hacina —mientras el resto de la casa queda dedicada a secar calabazas o a almacenar zanahorias y patatas, y su decoración la conforman imaginativas guirnaldas de melocotones marchitos y manzanas secas—. Al permanecer sin pintar el exterior, adquiere un venerable tono negro con el tiempo; al armario familiar se le solicitan sombreros viejos, enaguas y calzones para taponar las ventanas rotas, mientras que los cuatro vientos del cielo mantienen perpetuos silbidos y aullidos en este palacio aéreo, donde saltan y bailan tan rebeldes como antaño en la cueva del viejo Eolo.

La humilde cabaña de madera donde años atrás morara esta *familia del progreso*, bien abrigada entre sus estrechas pero cómodas paredes, se mantiene firme en ignominioso contraste, degradada a vaqueriza o pocilga, en una escena que por fuerza ha de recordar una fábula —que sorprendentemente nadie ha escrito— en la que un caracol con aspiraciones abandona su humilde habitación, la cual rellena de modo más que respetable, para colarse en el caparazón vacío de una langosta (donde sin duda habría residido con gran estilo y esplendor, para envidia y odio de los esforzados caracoles del vecindario, si no hubiera muerto accidentalmente de frío en un rincón de su estupenda mansión).

Una vez asentado por completo y, utilizando sus propias palabras, «como Dios manda», uno imaginaría que nuestro hombre comenzaría a disfrutar de las comodidades de su situación, se dedicaría a leer el periódico, a charlar de política, a ignorar su trabajo y a atender a los asuntos de la nación como buen y patriótico ciudadano; sin embargo, es en este momento cuando su carácter díscolo comienza de nuevo a operar. Pronto se cansa de un lugar donde no existe ya más espacio para el progreso: vende su granja —castillo en el aire y ventanas con enaguas incluidas—, vuelve a cargar el carro, se cuelga el hacha al hombro, se sitúa en cabeza de toda la familia y se lanza en busca de nuevas tierras, de vuelta a cortar árboles, de vuelta a preparar campos de maíz, de vuelta a construir un palacio de tablillas y de vuelta a vender y seguir camino.

Estas eran las gentes de Connecticut que limitaban con la frontera este de Nieuw Nederlandts y mi lector podrá con facilidad imaginar lo molesta que esta tribu vecina de hombres desenfadados pero inquietos debió de ser para nuestros tranquilos

progenitores. Si no es capaz, le preguntaré si ha conocido a alguna de nuestras familias neerlandesas metódicas, bien organizadas y antediluvianas a las que al cielo plugo afligir con la vecindad de una casa de huéspedes francesa. El honrado y viejo burgués no puede fumarse su pipa de la tarde en el banco situado delante de su puerta, pues se ve perseguido por el arañar de violines, las conversaciones de mujeres y los llantos de los niños; no puede dormir por la noche a causa de las horribles melodías de algún aficionado que decide entonar una serenata a la luna y muestra su horrible habilidad de ejecución al tocar demisemicorcheas *in altissimo* en el clarinete, el oboe o algún otro instrumento de suave voz; como tampoco puede dejar la puerta de la calle abierta, pues su hogar acaba profanado por la indeseable visita de una tropa de canes ¡que en ocasiones llevan sus odiosos estragos hasta el mismo sanctasanctórum: el salón!

Si mis lectores han asistido alguna vez a los sufrimientos de una familia de este tipo, se podrán formar una idea de lo angustiados que nuestros dignos antepasados se sentían a causa de sus locuaces vecinos de Connecticut.

Cuadrillas de estos intrusos, leemos, penetraron en los asentamientos de Nuevos Países Bajos y causaron consternación en localidades enteras con su locuacidad sin par y su intolerable curiosidad: dos hábitos horribles desconocidos hasta la fecha en aquellas tierras o solo conocidos por ser aborrecidos, pues nuestros antepasados destacaban como hombres de verdadera taciturnidad espartana que jamás sabían —ni les importaban lo más mínimo— de los asuntos que no fueran los suyos propios. Muchas atrocidades se cometían en los caminos, donde varios burgueses por completo inocentes fueron detenidos y torturados de tal modo con preguntas y suposiciones que fue todo un milagro que escaparan con los cinco sentidos intactos.

De igual modo, estos intrusos generaron importantes envidias por sus intromisiones y éxitos con el bello sexo, puesto que al ser una raza de granujas de lengua agradable, creíble y enérgica, pronto sedujeron a las simples damiselas y se hicieron con sus afectos, negándoselos estas a sus honestos aunque aburridos galanes neerlandeses. Entre otras costumbres deleznables que trataron de introducir entre ellos se encuentra la del envoltorio, que las chicas de Nuevos Países Bajos, con esa entusiasta pasión por la novedad y las modas extranjeras connatural a su sexo, parecían muy decididas a seguir, si bien sus madres, más experimentadas en la vida y mejores conocedoras de los hombres y de sus costumbres, desaprobaban con firmeza tan extravagantes innovaciones.

Pero lo que principalmente indispuso a nuestros antepasados con aquellas extrañas gentes fue una injustificable libertad que estos últimos se tomaban ocasionalmente: penetrar en hordas en los territorios de Nuevos Países Bajos y establecerse, sin permiso ni licencia, para *hacer progresar* la tierra del modo que antes se señaló. Este maleducado modo de tomar posesión de *nuevas tierras* era conocido técnicamente como *invasión*, de donde se deriva el apelativo *invasores*, un nombre odioso a oídos de todo gran terrateniente y que se concede a todos esos

emprendedores personajes que se hacen con la tierra primero y tratan después de hacer valer su propiedad.

Todos estos motivos de queja, y muchos otros que sin descanso se acumulaban, confluyeron para formar esa portentosa nube negra que, tal y como señalé en un capítulo anterior, se abalanzaba lentamente sobre la tranquila provincia de Nuevos Países Bajos. El pacífico consejo de Van Twiller, no obstante, como se observará en el siguiente, los resistió con una magnanimidad que redundaba en su inmortal honra: mediante resistencia pasiva se habituó a esta creciente suma de agravios del mismo modo que la sabia anciana de Éfeso que, a fuerza de cargar con un becerro desde el momento de su nacimiento, continuó acarreándolo sin dificultad cuando se hubo convertido en buey.

Capítulo VIII

De cómo el Fuerte Goed Hoop fue ferozmente asediado; cómo el afamado Wouter se sumió en una profunda duda y cómo acabó por evaporarse (Van Twiller)

Llegado este punto, mis lectores seguro percibirán con claridad la dureza de la empresa que he asumido: recopilar y cotejar con penosa minuciosidad las crónicas de épocas pasadas, cuyos acontecimientos prácticamente contravienen la capacidad de investigación; desenterrar de la historia un espacio parecido a Herculano, que ha yacido durante siglos bajo los despojos del tiempo, prácticamente olvidado; sacar a la luz los fragmentos deslavazados de los hechos y tratar de situarlos en escrupuloso orden para restaurarlos a su forma y sus vinculaciones originales; arrastrar cuando es preciso el personaje de un héroe prácticamente olvidado como si de una mutilada estatua se tratara; y descifrar una inscripción medio borrada o hallar un manuscrito enmohecido que, tras dificultoso estudio, apenas compensa el esfuerzo del examen.

En casos como este, en qué gran medida depende el lector de la honradez y la probidad de su autor, a riesgo de que, como un astuto anticuario, bien abuse de espurias invenciones de su imaginación y las presente como preciosas reliquias del pasado, o bien vista los desmembrados fragmentos con adornos tan falsos que difícilmente pueda alcanzarse a distinguir la verdad de la ficción que la envuelve. Es este un motivo de queja que en más de una ocasión he tenido que lamentar, en el curso de mis agotadoras investigaciones de las obras de mis compañeros historiadores, quienes han ocultado y distorsionado de forma extraña los hechos relativos a este país —y especialmente en lo tocante a la gran provincia de Nuevos Países Bajos—, como bien percibirá todo aquel que se tome la molestia de comparar sus románticas efusiones ataviadas con rimbombantes baratijas de fábula con esta excelente obrita de historia —que será universalmente reconocida por su austera simplicidad y su infalible certeza—.

He sufrido más disgustos de este tipo en las secciones de mi historia que tratan de las actividades en la frontera oriental que en ninguna otra, a consecuencia de la multitud de historiadores que han infestado aquellas regiones y no han mostrado en sus obras piedad alguna hacia las honestas gentes de Nuevos Países Bajos. Descuella entre estos el señor Benjamin Trumbull, quien declara arrogante que «los neerlandeses fueron siempre meros intrusos». Bien, pues ante esto no ofreceré más respuesta que continuar con el relato ininterrumpido de mi historia, que contiene no solo pruebas de que los neerlandeses tenían título de propiedad de los hermosos valles del Connecticut y que, por tanto, fueron desposeídos injustamente, sino también que han sido escandalosamente maltratados desde entonces por las

tergiversaciones de los hábiles historiadores de Nueva Inglaterra. Pero en todo ello me guiaré por un espíritu de verdad e imparcialidad, así como por la mayor de las consideraciones hacia mi fama inmortal —pues no deshonraré mi trabajo de forma consciente con una simple falsedad, tergiversación o prejuicio aunque estos pudieran recuperar para nuestros antepasados la región entera de Nueva Inglaterra—.

Fue en un periodo temprano de la provincia, con antelación a la llegada del afamado Wouter, cuando el consejo de Nieuw Nederlandts adquirió las tierras del entorno del río Connecticut y erigió, para su supervisión y protección, un puesto fortificado a orillas del río que se denominó Fuerte Goed Hoop y se ubicó junto a la bella ciudad actual de Hartford. El mando de esta importante posición, junto con el rango, el título y el nombramiento de comisario, se confirió al gallardo Jacobus van Curlet (algunos historiadores lo llaman Van Curlis), un soldado de lo más resolutivo, de ese tipo de agresivos militares tan numerosos en los días de desfile y famosos por comerse cuanto matan. Tenía un aspecto de lo más marcial, y habría sido un hombre sumamente alto si sus piernas hubieran guardado proporción con su cuerpo, mas al ser este último largo y las anteriores sorprendentemente cortas, ofrecía la apariencia desmañada de un tronco de hombre alto montado sobre las piernas de uno bajo. Compensaba esta constitución peculiar lanzando sus piernas a tal distancia al desfilar que uno habría jurado que vestía unas botas idénticas a las de siete leguas del afamado ogro, pero también levantaba los pies a tal altura en toda gran ocasión militar que sus soldados, a menudo alarmados, temían que el hombrecillo acabara pisándose a sí mismo.

Sin embargo, a pesar de la construcción de este fuerte y de la designación de este inquietante hombrecillo como comandante, los intrépidos yanquis continuaron con esas atrevidas intromisiones que he esbozado en el capítulo anterior y, abusando del carácter de profunda y flemática tranquilidad que el consejo de Wouter van Twiller pronto adquirió, osaron audaces adentrarse en los territorios de Nieuw Nederlandts e *invadir* la misma jurisdicción del Fuerte Goed Hoop.

Al contemplar este agravio, Van Curlet, de largo pecho, procedió como corresponde a un rápido y valiente oficial. Inmediatamente protestó ante estas injustificables usurpaciones en bajo neerlandés —para inspirar aún más terror— y envió *ipso facto* una copia de la protesta a la sede gubernamental de Nueva Ámsterdam, junto con una larga y encarnizada descripción de las agresiones del enemigo. Una vez hecho esto, ordenó a sus hombres que mantuvieran el ánimo, cerró el acceso al fuerte, se fumó tres pipas y marchó a la cama a esperar el resultado de sus actuaciones con una tranquilidad resoluta e intrépida que animó sobremanera a sus adeptos y, sin duda, sumió en amarga consternación y espanto los corazones del enemigo.

Sucedía, no obstante, que por estas fechas el afamado Wouter van Twiller, cargado de años, honores y cenas del consejo, había alcanzado ese periodo de la vida y de sus facultades que, según el gran Gulliver, permiten a un hombre el acceso a la

antigua orden de los struldbrugs. Dedicaba su tiempo a fumar su pipa turca, rodeado por una colección de sabios igualmente ilustrados y prácticamente tan venerables como él —quienes, por su silencio, su seriedad, su sabiduría y su cauta aversión a alcanzar ninguna conclusión en materia alguna, solo son igualados por ciertos profundos consejos locales que he conocido en mis días—. Tras leer la protesta del gallardo Jacobus Van Curlet, por tanto, su excelencia se sumió de súbito en una de las elucubraciones más complejas que jamás hubo de encontrar; su espaciosa cabeza rodó gradualmente hacia su pecho^[57], cerró los ojos e inclinó el oído hacia un lado, como escuchando con gran atención la discusión que se producía en su estómago —el cual todos cuantos lo conocieron declaran ser el inmenso tribunal o salón del consejo de sus pensamientos, que configuraría lo que la Cámara de Representantes supone para el Senado—. Un sonido inarticulado, sumamente parecido a un ronquido, escapaba en ocasiones de su cuerpo; sin embargo, nunca se pudo conocer la naturaleza de esta reflexión interna, pues jamás articuló palabra al respecto a hombre, mujer ni niño. Mientras tanto, la protesta de Van Curlet descansaba en calma sobre la mesa, donde sirvió para encender las pipas de los venerables sabios reunidos en consejo, quienes con la gran humareda que causaron oscurecieron al gallardo Jacobus, su protesta y su poderoso Fuerte Goed Hoop, que quedaron pronto olvidados, tal y como sucede con toda cuestión de emergencia que queda obnubilada por los discursos y las resoluciones de una sesión actual del Congreso.

Existen ciertos momentos de urgencia en los que los profundos legisladores y sabios consejos deliberativos entorpecen por completo el avance de una nación, ocasiones en las que una pizca de decisión descabellada vale más que un kilo de sabias dudas y cautas discusiones. Tal, al menos, fue el caso en esta situación, pues al tiempo que el afamado Wouter van Twiller batallaba a diario con sus dudas y su resolución se debilitaba más y más en la trifulca, el enemigo avanzaba sin descanso en sus territorios y llegó a protagonizar una formidable aparición en la vecindad del Fuerte Goed Hoop. Allí fundaron la valerosa localidad de Pyquag, posteriormente conocida como Wethersfield, un lugar que, si otorgamos crédito a las afirmaciones del digno historiador John Josselyn, «se cubrió de mala fama a causa de las brujas que allí habitaban». Llegaron a ser tan atrevidos estos hombres de Pyquag que extendieron esas plantaciones de cebollas por las que es famosa la localidad^[58] hasta las mismas puertas de la guarnición del Fuerte Goed Hoop (hasta el punto de que los honrados neerlandeses no podían mirar aquellas tierras sin lágrimas en los ojos).

Esta injusticia digna de llanto fue recibida con la debida indignación por el gallardo Jacobus van Curlet. Realmente tembló con la sorprendente violencia de su cólera y el fortalecimiento de su coraje, que parecían ser más turbulentos al manifestarse debido a la longitud del cuerpo en el que se agitaban. Procedió de inmediato a reforzar su reducto, elevar sus parapetos, profundizar el foso y fortificar su posición con una hilera doble de picas. Tras estas osadas precauciones, con ejemplar intrepidez, envió a un nuevo mensajero con terroríficas advertencias sobre

su peligrosa situación. Jamás el héroe moderno que se inmortalizó en la segunda Guerra Sabina mostró mayor valor en el arte de la escritura de cartas o se distinguió de modo más glorioso sobre el papel que el heroico Van Curlet.

El mensajero elegido para portar tan alarmantes noticias fue un hombrecito grueso, considerado el menos sujeto a desgaste o a perecer por desnutrición en el viaje. Para asegurar su prontitud, fue montado en el más veloz caballo de tiro de la guarnición, muy destacado por la longitud de sus miembros, la fortaleza de sus huesos y la firmeza de su trote, y de tal altura que el pequeño mensajero se vio obligado a trepar a su montura agarrándose a la cola y las ancas. Tan extraordinaria velocidad alcanzó que arribaron al Fuerte Ámsterdam en poco menos de un mes, si bien la distancia era de doscientas pipas, algo menos en kilómetros.

La extraordinaria aparición de este portentoso desconocido podría haber causado gran confusión en la ciudad de Nueva Ámsterdam, de no ser porque las buenas gentes de la localidad solo se ocupaban de sus cuestiones domésticas. Con un porte que transmitía gran prisa y gravedad de sus asuntos, y mientras fumaba una pequeña pipa de viaje, avanzó por los caminos embarrados de la metrópolis con ondulante paso y arrollando toda una hornada de tortitas de barro que los pequeños neerlandesitos preparaban en el camino —un tipo de pastelería por la que los niños de esta ciudad han sido siempre famosos—. Al llegar a la casa del gobernador, descendió de su corcel con gran turbación, despertó al portero de canos cabellos —el viejo Skaats, que como su descendiente directo y fiel representante, el venerable pregonero de nuestro juzgado, cabecaba en su puesto de trabajo— y llamó a la puerta del salón del consejo, lo que sorprendió a sus miembros sesteando un plan para construir un mercado.

En ese mismo instante, un suave gruñido, o quizá un profundo ronquido, brotó de la silla del gobernador; al mismo tiempo un hilo de humo se observó escapar de sus labios mientras que una leve nube ascendía desde su pipa. El consejo, por supuesto, supuso que se encontraba sumido en un profundo sueño por el bien de la comunidad, por lo que, siguiendo la costumbre establecida para todos estos casos, los presentes siguieron reflexionando en silencio para no perturbar su tranquilidad. Entonces, de pronto, la puerta se abrió de par en par y el pequeño mensajero apareció despatarrado en la sala, medio inmovilizado por unas botas altas que le alcanzaban las ingles y que había tomado por el bien de la expedición. En la mano derecha portaba las inquietantes noticias y con la izquierda sostenía con firmeza la cintura de sus calzones, que lo habían traicionado, desafortunadamente, al esforzarse por descender del caballo. Cojeó resuelto hasta el gobernador y, con más prisa que perspicuidad, pronunció su mensaje. No obstante, por suerte sus malas noticias llegaron demasiado tarde como para alterar la serenidad del más tranquilo de los gobernantes. Su venerable excelencia acababa de espirar su último aliento de aire y humo: sus pulmones y su pipa se habían agotado al mismo tiempo, mientras que su pacífica alma, como habría dicho el mismo Homero, había escapado con el último hilo que se

enroscó hacia el cielo desde su pipa. Sin rodeos: el afamado Wouter van Twiller, conocido como Gualterio el Dubitativo, quien tan a menudo había reposado entre sus contemporáneos, descansaba ya con sus antepasados, y Wilhelmus Kieft gobernaría en su lugar.

Fin del libro tercero

LIBRO CUARTO

Que contiene las Crónicas del mandato de Guillermo el Irascible

Capítulo I

Que muestra las taimadas y ladinas estratagemas de esos Filibusteros, los Editores, y de sus fieles Escuderos, los Libreros. Describe asimismo los conocimientos universales de Guillermo el Irascible y cómo un hombre puede aprender hasta convertirse en un ser completamente inútil

Si alguna vez he tenido a mis lectores por completo cogidos por las solapas, es en este momento. Aquí tenemos una temible fortaleza en situación de máxima necesidad, a un valiente comandante frente a un riesgo inminente y a una legión de implacables enemigos que los asedian por todos los flancos. El lector más sensible se prepara para dejarse llevar por sus simpatías y lamentar el sufrimiento de los valientes; el lector filosófico se dispone a poner en marcha sus principios más sagrados y a medir con frialdad las dimensiones y determinar las proporciones de las grandes acciones, al modo de un anticuario que mide una pirámide con una regla de medio metro; mientras que el mero lector por diversión augura entretenerse, tras las monótonas páginas en las que ha dormitado, con asesinatos, violaciones, estragos, incendios y el resto de gloriosos incidentes que dan brillo a la victoria y embellecen el triunfo del conquistador.

De este modo, todo lector debe seguir avanzando; no puede aguardar, si tiene la más mínima chispa de curiosidad en su temperamento, para pasar a la siguiente página. Una vez entre mis garras, ¿qué me impide permitirme una ligera recreación y variar la pesada tarea de la narrativa para sofocar a mis lectores con un aluvión de sobrias reflexiones sobre esto y lo otro, para sacar a relucir algunas de mis ideas más apreciadas o para hablar un poco sobre mí mismo? Ante cualquiera de estas opciones el lector tendrá que seguir leyendo con detenimiento o bien abandonar el libro de una vez y permanecer en completa ignorancia de las sorprendentes acciones e importantes acontecimientos que aparecerán en adelante...

Revelaré a mis lectores un gran secreto literario: los escritores experimentados que desean inculcar determinados principios, ya sea en materia de religión, política o moral, a menudo recurren a este subterfugio: ilustran sus doctrinas favoritas mediante ficciones placenteras sobre hechos probados y al mezclar la verdad histórica y la sutil especulación, la incauta mayoría nunca percibe el popurrí, sino que, con la boca abierta en esa carrera en pos de una historia interesante, a menudo se traga las opiniones más heterodoxas, las teorías más ridículas y las herejías más abominables. Este es el caso concreto de los diligentes abogados de la filosofía moderna, por lo que muchos de sus lectores honestos y confiados que devoran sus trabajos con la idea de adquirir conocimientos sólidos, no deberían sorprenderse si, para utilizar una cita religiosa, descubren «su vientre lleno de viento del este».

Este mismo recurso es asimismo un artificio literario mediante el que una verdad cruda, como un paciente y laborioso caballo de carga, es obligada a portar a la espalda un par de alforjas de pícaras conjeturas. De este modo se incrementan los libros, las plumas siguen trabajando y el negocio florece, pues si todo escritor fuera obligado a contar meramente lo que sabe, pronto se acabarían los grandes libros y el cuento de Pulgarcito sería considerado una obra gigantesca. Un hombre podría entonces portar toda su biblioteca en el bolsillo y el gremio al completo de los editores, los impresores, los encuadernadores y los libreros pasarían hambre juntos; sin embargo, al permitir al escritor contar todo cuanto piensa —y lo que no piensa—, escribir sobre todo cuanto conoce —o desconoce—, conjeturar, dudar, discutir consigo mismo, reírse con su lector y de este (esto último lo hacemos los escritores nueve de cada diez veces... tapándonos la boca), dejarse llevar por hipótesis, introducir rayas — — — y notas al pie (1, 2, 3, 4) y un millar de otros vicios inocentes; todo esto, decía, contribuye maravillosamente a rellenar páginas en los libros, así como los bolsillos de los libreros y los estómagos hambrientos de los autores; contribuye al entretenimiento e ilustración del lector y redundará en la gloria, el crecimiento y el beneficio del gremio.

Habiendo, pues, de este modo descrito a mis lectores todo el arte y los misterios de la producción de libros, nada más tienen que hacer que coger la pluma, tomar asiento y escribir un libro ustedes mismos. Mientras tanto, por mi parte procederé con mi historia sin reclamar ninguno de los privilegios mencionados anteriormente.

Wilhelmus Kieft, quien en 1634 ascendió al *sillón gubernatorio* (por utilizar un apelativo favorito, si bien torpe, de los modernos amantes de la fraseología), era en forma, aspecto y carácter el mismo opuesto de Wouter van Twiller, su afamado predecesor. Era de muy respetable ascendencia, pues su padre fue inspector de molinos de viento en la vetusta ciudad de Zaandam, y nuestro héroe, leemos, realizó investigaciones muy curiosas acerca de la naturaleza y el funcionamiento de estas máquinas en su más tierna infancia, motivo por el que posteriormente llegó a ser un gobernador tan ingenioso. Su nombre, de acuerdo con los expertos en etimología más originales, era fruto de la corrupción de *Kyver*, es decir, «combatiente» o «reñidor», reflejo de la disposición hereditaria de su familia, la cual durante cerca de dos siglos había mantenido la ventosa ciudad de Zaandam en ascuas y había concebido más tártaros y viragos que otras diez familias juntas —y así, con tanta firmeza heredó Wilhelmus Kieft las dotes de su familia que, cuando apenas llevaba un año al mando de su Gobierno, era universalmente conocido con el apodo de Guillermo el Irascible—.

Se trataba de un pequeño caballero anciano de carácter brusco e irritable que se había secado y marchitado en parte por el proceso natural del paso de los años y en parte por la fogosidad de su acalorado temperamento, que echaba chispas como si tuviera una vela de juncos encendida en el pecho que constantemente lo incitaba a las más osadas salidas, altercados y contratiempos. He oído comentar a un profundo y

filosófico juez de la naturaleza humana que si una mujer acumula grasa al envejecer, la continuidad de su vida se convierte en precaria, sin embargo, si por suerte su cuerpo se seca, vivirá para siempre. Tal era el caso con Guillermo el Irascible, quien en la misma medida en que su cuerpo se iba volviendo enjuto, endurecía su ánimo. Era un pequeño neerlandés como los que podemos ver de cuando en cuando cojeando animosos por las calles de nuestra ciudad con un abrigo de amplios faldones adornado con botones casi tan grandes como el escudo de Áyax —que tan destacado aparece en la obra del gran Homero—, un sombrero de tres picos pasado de moda colocado en la coronilla y un bastón que le alcanza hasta la barbilla. Su rostro era amplio, pero sus rasgos, afilados, con la nariz vuelta hacia el cielo en un bucle de lo más malhumorado; sus mejillas, como la región de Tierra del Fuego, estaban abrasadas en un rojo oscuro, sin duda como consecuencia de la vecindad de dos fieros ojillos grises, a través de los cuales su tórrida alma brillaba tan encendida como el sol del trópico a través de un par de lupas. Las comisuras de su boca estaban curiosamente modeladas con la forma de una mueca de preocupación, en absoluto similares a la arrugada probóscide de un irritable perro carlino. En pocas palabras: era uno de los hombrecillos más arbitrarios, agitados y feos que jamás montó en cólera por nada en concreto.

Tales eran las dotes personales de Guillermo el Irascible, no obstante; fueron los grandes méritos de su intelecto los que lo elevaron a la dignidad y el poder. En su juventud había pasado con gran éxito por una celebrada academia de La Haya conocida por producir titulados perfectamente acabados con una celeridad inigualable —excepción hecha por algunas de nuestras universidades estadounidenses, que parecen fabricar licenciados con alguna máquina moderna—. En tan valorada academia combatió con mucha inteligencia en las fronteras de varias de las ciencias y logró tan valerosa incursión en las lenguas muertas que pudo hacer prisionera a una multitud de sustantivos griegos y verbos latinos, junto con diversos refranes y apotegmas de lo más sucinto, los cuales sacaba a desfilar continuamente en conversaciones y escritos con tanta vanagloria como desplegaría un general triunfante a propósito del botín de guerra obtenido en los países que hubiera asolado. Logró asimismo confundirse considerablemente con la lógica, en la cual avanzó hasta tal punto que alcanzó una intimidad muy estrecha, de nombre al menos, con toda la familia de silogismos y dilemas. Sin embargo, el elemento por el que más se valoraba a sí mismo era por el conocimiento de la metafísica, por la cual, habiéndose aventurado en una ocasión con excesiva profundidad, muy cerca estuvo de acabar asfixiado en un cenagal de conocimientos ininteligibles —un espantoso peligro de cuyos efectos nunca se recuperó por completo—. En otras palabras, como muchos otros profundos entrometidos en esta ciencia abstrusa y desconcertante, confundió hasta tal punto su cerebro con especulaciones abstractas que no era capaz de comprender, y con distinciones artificiales que no era capaz de concebir, que nunca pudo pensar con claridad sobre materia alguna, por sencilla que esta fuera, por cuanto

le restó de vida. Este hecho, he de confesar, supuso en cierta medida una desgracia, pues nunca entablaba discusión alguna, actividad con la que disfrutaba sumamente, sin que tanto él como la materia en cuestión acabaran rápidamente envueltos, entre deducciones lógicas y jerga metafísica, en una niebla de contradicciones y perplejidad, tras lo que se sumía en un feroz arrebató contra su adversario por no quedar convencido de inmediato.

En el conocimiento, como en la natación, quien de modo más ostentoso luce y se debate en la superficie, produce más ruido y logra levantar más líquida admiración y atención, al contrario que el esforzado buscador de perlas, quien se sumerge en las profundidades a la caza del tesoro. Los «conocimientos universales» de Wilhelmus Kieft eran objeto de gran admiración y asombro entre sus compatriotas; paseaba por La Haya con tal vanagloria como muestra un ilustrado bonzo en Pekín que ha logrado dominar la mitad de los caracteres del alfabeto chino. En pocas palabras, era considerado unánimemente ¡un *genio universal*! He conocido a muchos genios universales en mis días, pero si les soy sincero, nunca encontré a uno que valiera más que su peso en paja en lo que a las cuestiones de la vida cotidiana se refiere; en lo tocante a los propósitos del gobierno, un mínimo buen criterio y simple sentido común valen más que todo el chispeante genio que jamás escribió poesía o inventó teorías.

Por extraño que pueda parecer, por tanto, los *conocimientos universales* del ilustre Wilhelmus se interponían en gran modo en su camino; de haber sido un hombrecillo menos instruido, es posible que hubiera sido un gobernador mucho mejor. Gustaba en exceso de poner a prueba experimentos filosóficos y políticos, y tras haberse colmado la cabeza con retales de antiguas repúblicas, oligarquías, aristocracias y monarquías, junto con las leyes de Solón, Licurgo y Carondas, el Estado imaginario de Platón, el *Digesto* de Justiniano y otro millar de fragmentos de venerable antigüedad, se empecinaba siempre en poner en práctica uno u otro, por lo que entre una medida contradictoria y la siguiente, enmarañó el Gobierno de la pequeña provincia de Nieuw Nederlandts con más nudos durante su administración de los que habrían sido capaces de desatar media docena de sucesores.

En cuanto este animado hombrecillo llegó por un soplo de la fortuna a la sede gubernamental, convocó a su consejo y pronunció un discurso muy animado sobre los asuntos de la provincia. Como todo el mundo es consciente de la gloriosa ocasión para azotar a sus enemigos de la que goza un gobernador, un presidente o incluso un emperador en sus discursos, mensajes y comunicados —donde toda palabra está de su lado—, nadie dudará que el muy orgulloso Wilhelmus Kieft no dejó pasar tan favorable oportunidad de mostrar esa valentía discursiva común a todo legislador capaz. Antes de comenzar, según quedó registrado, sacó del bolsillo un pañuelo de algodón rojo y se sonó la nariz del modo más estruendoso, tal y como determina el comportamiento habitual de los grandes oradores. Entiendo que en general esto cumple la función de una corneta que reclama la atención de la audiencia; sin

embargo, en el caso de Guillermo el Irascible, se trataba de un alarde con carácter más clásico, pues había leído acerca del singular recurso utilizado por el famoso demagogo Cayo Graco, quien en sus arengas al populacho romano modulaba su entonación mediante una flauta o diapasón oratorios, «lo cual —afirmaba el astuto Wilhelmus— entiendo que no era ni más ni menos que un modo elegante y figurativo de decir que comenzaba sonándose la nariz».

Una vez interpretada esta sinfonía preparatoria, pasó a manifestar la escasa consideración que a sí mismo se confería debido a su carencia de talento, su absoluta falta de valía para el honor que le había sido conferido y su humillante incapacidad para cumplir con las importantes obligaciones de su nueva ocupación; es decir, manifestó una valoración tan despreciable de sí mismo que muchos sencillos ciudadanos allí presentes, ignorantes de que aquello, por supuesto, eran meras palabras utilizadas habitualmente en estas ocasiones, se sintieron especialmente incómodos e incluso se encolerizaron por el hecho de que aceptara un cargo para cuyo desempeño era tan conscientemente incapaz.

Procedió entonces de modo muy clásico, profundamente erudito y en absoluto pertinente a describir pomposamente todos los gobiernos de la antigua Grecia y las guerras de Roma y Cartago, junto con el ascenso y caída de multitud de extraños imperios, sobre los que la asamblea en absoluto conocía más que sus bisnietos aún por nacer. Así pues, tras convencer a la audiencia, al modo de los ilustrados oradores, de que era un hombre de muchas palabras y gran erudición, se decidió finalmente a afrontar la sección menos importante de su discurso: la situación de la provincia. Nada más lanzarse a ello, lo asaltó una horrible furia contra los yanquis, a quienes comparó con los galos que asolaron Roma y con los godos y vándalos que invadieron las más bellas llanuras de Europa; tampoco olvidó mencionar, en términos del más absoluto oprobio, la insolencia con la que habían invadido los territorios de Nuevos Países Bajos y la audacia incomparable con la que habían comenzado a erigir la localidad de Nueva Plymouth y a plantar los campos de cebollas de Wethersfield bajo las mismas murallas, o más bien baterías de adobe, del Fuerte Goed Hoop.

Tras haber tan astutamente alcanzado el clímax de su historia de terror, asumió una mirada de satisfacción y declaró, con un gesto de consciente relevancia, que había tomado medidas para poner punto y final a estas usurpaciones: se había visto obligado a recurrir a una terrible maquinaria de guerra recientemente inventada, espantosa en sus efectos pero autorizada por la fatal situación de necesidad. Resumiendo, había decidido vencer a los yanquis ¡mediante proclamas!

Con este propósito, había preparado un tremendo instrumento de este tipo en el que ordenaba, exigía e imponía a los mencionados intrusos abandonar, partir y retirarse inmediatamente de los distritos, regiones y territorios citados so pena de castigo, confiscación y sanción para tal caso previstos, etc., etc. Esta proclama, aseguró, exterminaría inmediatamente al enemigo de la faz de la tierra, ante lo que comprometió su valía como gobernador a que en un plazo de dos meses tras su

promulgación no quedaría piedra sobre piedra en ninguno de los asentamientos que habían erigido.

Concluido el discurso, el consejo guardó silencio por un tiempo —si ensimismados sus miembros de admiración hacia la brillantez de su propuesta o adormilados por lo prolijo de su arenga, los documentos del momento no lo mencionan—. Suficiente será decir que terminaron por ofrecer un gruñido conjunto de aquiescencia, el texto fue promulgado con la debida ceremonia y el gran sello de la provincia —del tamaño de una torta de harina—, adherido con una ancha cinta roja. El gobernador Kieft, una vez aireada de este modo su indignación, se sintió aliviado en gran medida, suspendió el consejo *sine die*, se colocó el sombrero de tres picos y sus calzones de pana y, montado en un alto y huesudo corcel, trotó hasta su residencia campestre, que estaba situada en una agradable y remota laguna conocida hoy como calle Dutch, pero más habitualmente llamada Vida de Perros.

Aquí, como el bueno de Numa, descansaba de los esfuerzos legislativos y recibía lecciones de buen gobierno, si bien no de la ninfa Egeria, sino de la querida esposa de su corazón, que pertenecía a esa peculiar clase de mujeres enviadas a la tierra poco después del diluvio como castigo por los pecados de la humanidad y conocidas habitualmente como astutas féminas. De hecho, mis responsabilidades como historiador me obligan a dar a conocer una circunstancia que fue un gran secreto en su tiempo y, por tanto no fue objeto de escándalo en las tardes de té de Nueva Ámsterdam, sino que, como sucede con muchos otros grandes secretos, la verdad se ha filtrado gota a gota a lo largo de los años. Lo cierto es que el gran Guillermo el Irascible, pese a ser uno de los hombrecillos más poderosos que holló la tierra, se vio sometido en casa a un tipo de gobierno nunca descrito por Aristóteles ni por Platón; es decir, un gobierno cuya naturaleza es pura tiranía y que se conoce familiarmente como gobierno de las enaguas: un ejercicio del poder que, si bien sobremanera habitual en estos días contemporáneos, era muy inusual antaño si juzgamos por los comentarios vertidos en torno a la economía doméstica del honesto Sócrates, el único caso de la Antigüedad que ha quedado registrado.

El gran Kieft, no obstante, se defendía de las burlas y el sarcasmo de sus insistentes amigos —siempre dispuestos a mofarse de un hombre con debilidades de este tipo— alegando que aquel era un gobierno de su propia elección al que se sometía por decisión propia, pues tal y como señalaba una profunda máxima que había encontrado en un autor de la Antigüedad: «Quien aspira a *gobernar*, debe en primer lugar aprender a *obedecer*».

Capítulo II

En el que quedan registrados los sabios Proyectos de un Gobernante de Genio universal; el arte de Batallar mediante Proclamas; y cómo el valiente Jacobus van Curlet llegó a verse vilmente deshonrado en el Fuerte Goed Hoop

Jamás se concibió una medida más integral, diligente o —lo que es aún mejor— más frugal, que esta de derrotar a los yanquis mediante proclamas. Tal recurso, de envergadura tan humana, considerada y pacífica, contaba con nueve de diez posibilidades a favor de su éxito; pero, claro, existía asimismo una posibilidad entre diez de que no fuera así, ¡y el funesto destino decidió que esa única opción resultara triunfante! El documento era perfecto en todas sus partes, bien construido, bien escrito, bien sellado y bien promulgado; lo único que restaba para asegurar su efectividad era que los yanquis quedaran boquiabiertos y atemorizados. Sin embargo, estos, en abierta provocación, lo trataron con el más absoluto de los desprecios, lo utilizaron para un propósito indecoroso —que es preferible no mencionar— y de este modo encontró la primera proclama bélica su bochornoso final (un destino que, según me informan fuentes respetables, se ha repetido con demasiadas de sus sucesoras).

Mucho tiempo transcurrió antes de que Wilhelmus Kieft pudiera convencerse, gracias a los esfuerzos conjuntos de todos sus consejeros, de que su medida de guerra no había logrado efecto alguno. De hecho, el bueno de Wilhelmus estallaba de cólera cada vez que alguien se atrevía a cuestionar su eficacia y juraba que, si bien su funcionamiento era lento, una vez que comenzara a surtir efecto, rápidamente purgaría la tierra de aquellos rapaces intrusos. No obstante, el tiempo, que pone a prueba todos los experimentos filosóficos y políticos, terminó por convencer al gran Kieft de que su proclama había fracasado y de que, a pesar de que había aguardado cerca de cuatro años —en un estado de constante irritación—, sus anhelos estaban más lejos que nunca de verse satisfechos. Sus implacables adversarios del este comenzaron a ser cada vez más problemáticos en sus intromisiones y fundaron la floreciente colonia de Hartford en las mismas faldas del Fuerte Goed Hoop. Llegaron incluso a iniciar la construcción del bello asentamiento de Nueva Haven (también llamado Colinas Rojas) en los dominios de los altos y poderosos señores, mientras que los campos de cebollas de Pyquag seguían siendo un continuo dolor de cabeza —y llorar de ojos— para la guarnición de Van Curlet. Tras asumir, pues, la ineficacia de su medida, el sabio Kieft, como muchos valorados galenos, culpó no al medicamento, sino a la cantidad administrada, por lo que resueltamente decidió doblar la dosis.

En el año 1638, por tanto, el cuarto de su mandato, fulminó a los yanquis con una segunda proclama de un metal más pesado que la anterior: estaba escrita con estruendosas y larguísimas oraciones entre cuyas palabras ninguna contaba con

menos de cinco sílabas. El documento, de hecho, era algo parecido a un embargo, pues prohibía cualquier tipo de relación comercial y de vínculo entre todos y cada uno de los mencionados intrusos yanquis y la señalada posición fortificada de Goed Hoop, mientras que de forma simultánea ordenaba, exigía y recomendaba a todos sus fieles, leales y amados ciudadanos que no les proporcionaran suministro alguno de ginebra, pan de jengibre ni chucrut, que tampoco adquirieran sus caballos de paseo, sus tristes cerdos, su licor de manzana, su ron yanqui, su sidra, sus golosinas de manzana, sus cebollas de Wethersfield ni sus tazones de madera, sino que los dejaran morir de hambre hasta que terminaran por desaparecer de la faz de la tierra^[59].

Siguió otra pausa de doce meses —durante la cual la última proclama recibió la misma atención y experimentó la misma suerte que la primera—, a cuya finalización el gallardo Jacobus van Curlet envió su mensaje anual con su habitual asignación de quejas y súplicas. Si el intervalo regular de un año que separaba la llegada de los distintos mensajeros de Van Curlet estaba ocasionado por la sistemática regularidad de sus movimientos o por la inmensa distancia entre su emplazamiento y la sede gubernamental es cuestión incierta. Hay quienes lo han atribuido a la lentitud de sus mensajeros, quienes, como se señaló anteriormente, eran elegidos entre los más pequeños y regordetes de la guarnición, pues eran quienes se verían menos sujetos a desgaste en el camino, si bien, como hombrecillos entrados en carnes —con facilidad para quedarse sin aire, por tanto—, recorrían habitualmente veinticinco kilómetros al día y luego se tumbaban a descansar una semana completa. Todo esto, no obstante, no son más que conjeturas; personalmente opino que podría ser resultado de la máxima que acompaña a este valioso país desde épocas inmemoriales y que siempre ha influido en toda actividad de carácter gubernamental: no hacer nada con prisa.

El gallardo Jacobus van Curlet alegaba respetuoso en sus misivas que habían transcurrido ya varios años desde su primera petición a su difunta excelencia el afamado Wouter van Twiller, un intervalo en el que su guarnición se había visto reducida en cerca de una octava parte debido a la muerte de dos de sus más osados y corpulentos soldados, quienes se habían indigestado con un salmón más grande de la cuenta pescado en el río Varshe. Señalaba asimismo que el enemigo persistía en sus incursiones haciendo caso omiso del fuerte y de sus habitantes, ocupando y formando asentamientos a todo su alrededor, por lo que en poco tiempo podría encontrarse rodeado y bloqueado por el enemigo, por completo a su merced.

Sin embargo, entre los más espantosos motivos de protesta se encuentra el siguiente, que ha sobrevivido hasta nuestros días y que puede servir para mostrar los empecinados atropellos de estos salvajes intrusos: «Entre tanto, los de Hartford no solo las tierras de Connecticut usurpáronlas y tomáronlas con perversión y contra las leyes de las naciones, sino que la nuestra nación menoscabáronla al sembrar las suyas tierras compradas y desbrozadas, que además sembráronlas de maíz por la noche, esas tierras que los neerlandeses desbrozasen y pensaban sembrar, y también a los sirvientes de la alta y poderosa honorable compañía que estaban trabajando en las

tierras de su señor golpeáronlos y expulsáronlos de sus tierras con bastones y palos de arados de hostil manera, dejándolos lisiados, y entre ellos, hiciéronle a Aver lo Diiching^[60] con un palo un agujero en la testa, ¡y la sangre corríale muy fuerte por el su cuerpo!».

Pero lo que es aún más atroz:

«Esos los de Hartford un cerdo vendiéronlo que pertenecíale a la honrada compañía con la excusa de que habíase comido la su hierba, cuando no tienen ningún derecho de herencia. Pidiéronle por el cerdo cinco chelines a los comisionados por los daños, a lo que los comisionados negáronse porque ningún cerdo (como dicen los hombres) puede abusar de la tierra del su dueño»^[61].

La recepción de tan triste comunicado encendió a toda la comunidad; había algo en él que conectaba con la torpe comprensión y punzaba los obtusos sentimientos incluso del poderoso vulgo, que generalmente requiere una patada en el trasero para despertar su adormilada dignidad. He visto a mis queridos conciudadanos de pensamiento profundo soportar sin un murmullo un millar de infracciones básicas de sus derechos únicamente porque no eran de percepción obvia para sus sentidos, mas en el momento en el que el desafortunado Pierce falleció en nuestras costas, todo el cuerpo político se sumió en la agitación^[62]. De igual modo, los ilustrados neerlandeses habían reaccionado a las intrusiones de sus vecinos del este con escasa consideración y habían dejado a su gobernador de valiente pluma asumir los recios envites de la guerra solo con papel y tinta, pero en este momento todo individuo sintió su cabeza abierta en la herida testuz de Diiching, así como la triste fortuna de su querido conciudadano, el cerdo, que había sido apresado, trasladado y vendido en cautividad, lo que despertó un gruñido de simpatía desde lo más hondo de sus pechos.

El gobernador y el consejo, incitados por los clamores de la multitud, se dispusieron fervorosamente, ya sí, a discutir el mejor modo de actuación. Las proclamas habían terminado por caer en un temporal desprestigio; algunos optaban por enviar a los yanquis un pago, al modo en que se realizan ofertas económicas a los pequeños gobiernos bárbaros o los indios hacen sacrificios al diablo. Otros preferían realizar una oferta de compra; sin embargo, encontraron fuerte oposición, pues significaría reconocer sus derechos sobre la tierra que se habían apropiado. Se propuso una variedad de medidas, como es habitual en estos casos, que posteriormente fueron debatidas y abandonadas, y el consejo tuvo finalmente que adoptar las acciones que, por ser las más habituales y obvias, habían sido deliberadamente pasadas por alto —pues nuestros sorprendentemente sagaces políticos están siempre mirando a través de telescopios que les permiten observar los objetos que se encuentran a mucha distancia y son inalcanzables, pero que les incapacitan para ver las cosas que tienen a su alcance y son obvias para todo hombre sencillo que se conforma con mirar con sus propios ojos, los que el cielo le ha facilitado—. El pensante consejo, como he señalado, en su persecución de fuegos fatuos, por accidente se topó con la medida precisa que andaba buscando: reunir un

batallón y enviarlo para aliviar y reforzar la guarnición. Esta medida fue puesta en tan rápida ejecución que en menos de doce meses la expedición al completo —formada por un sargento y doce hombres— estaba lista para partir, para lo que en primer lugar se sometió a revista en la plaza pública, conocida en la actualidad como Bowling Green. Sin embargo, en ese preciso momento la comunidad entera quedó consternada por la repentina aparición del gallardo Jacobus van Curlet, quien llegó a paso lento a la ciudad a la cabeza de su tropa de zarrapastrosos con la triste noticia de su derrota y la captura del imponente Fuerte Goed Hoop por los feroces yanquis.

El destino de esta importante fortaleza es un aviso soberbio para todos los comandantes militares. No fue tomada al asalto ni cayó derrotada por el hambre; no hubo cañón ni mina que abriera una brecha en sus muros, ningún polvorín saltó por los aires a causa de un disparo, tampoco se demolió el cuartel ni quedó destruida la guarnición por el estallido de las bombas. De hecho, el lugar fue tomado mediante una táctica tan singular como efectiva, una estrategia que jamás puede fracasar cuando la oportunidad se brinda para su puesta en práctica. Con alivio añadido, en defensa del honor de nuestros ilustres antepasados, que la estratagema utilizada, pese a que impidió la vigilancia, deja la valentía del intrépido Van Curlet y de su guarnición totalmente libre de todo reproche.

Parece ser que los habilidosos yanquis, una vez observados los hábitos de la guarnición, esperaron una oportunidad favorable y en silencio se introdujeron en el fuerte, en torno al mediodía de una sofocante jornada, cuando sus vigilantes defensores, después de haberse empanzado con una succulenta comida y fumado sus pipas, estaban todos roncando del modo más escandaloso en sus puestos, sin poder ni en sueños imaginar tan desastrosos hechos. Los enemigos, del modo más inhumano, tomaron a Jacobus van Curlet y a sus robustos secuaces por la misma trenza, los acompañaron a la puerta del fuerte y los despacharon con severidad, con una patada en la grupa, tal y como Carlos XII de Suecia despachó los pesados traseros de los rusos tras la batalla de Narva —si bien tuvieron el detalle de dar dos patadas a Van Curlet como señal de distinción—.

Se fijó una sólida guarnición de inmediato en el fuerte, compuesta por veinte anchos yanquis de puños duros, adornados con cebollas de Wethersfield en los sombreros a modo de escarapelas y plumas; largas escopetas oxidadas a modo de mosquetes; gachas, pescado, cerdo y melaza como provisiones; y una gigantesca calabaza colocada sobre una vara a modo de estandarte (el gorro frigio todavía no se había puesto de moda).

Capítulo III

Que muestra la temible cólera de Guillermo el Irascible y el gran pesar de los habitantes de Nueva Ámsterdam debido a los sucesos del Fuerte Goed Hoop; así como el modo en que Guillermo el Irascible fortificó la ciudad con un Trompetista, el Mástil de una bandera y un Molino de viento; junto con las hazañas de Stoffel Brinkerhoff

Incapaz es el lenguaje de describir la prodigiosa furia en la que se sumió el irascible Wilhelmus Kieft al recibir tan irritantes noticias. Durante tres largas horas la cólera del hombrecillo fue excesiva para expresarla con palabras, o más bien las palabras eran excesivas para su tamaño, por lo que a punto estuvo de asfixiarse con al menos una decena de maldiciones neerlandesas prolongadísimas, deformadas y con multitud de aristas que se abalanzaron al mismo tiempo por su garganta. Un par de fuertes golpes en la espalda lograron, afortunadamente, evitar el atragantamiento —y permitieron la liberación de una fanega o dos de enormes execraciones, ninguna menor que «*dunder and blixum!*»—. Fue sumamente sorprendente para todos los presentes observar la capacidad de un cuerpo tan pequeño de albergar, sin estallar, tan inmensa acumulación de palabras. Descargada la primera andanada, Kieft continuó durante tres jornadas completas su incesante tiroteo, anatematizando a los yanquis —hombres, mujeres y niños, en cuerpo y en alma— y calificándolos de *dieven, schobbejaken, deugenieten, twist-zoekeren, loozen-schalken, blaes-kaeken, kakken-bedden* y un millar de otros apelativos que, afortunadamente para la posteridad, la historia no menciona en detalle. Finalmente juró que no tendría nada más que ver con una tropa usurpadora, alocada, inquisidora, adivinadora, canjeadora, comedora de calabazas, embadurnada en melaza, rompetablillas, aguasidras, montacaballos y buhonera de caprichitos; podían quedarse en el Fuerte Goed Hoop y pudrirse antes de que él se ensuciara las manos para intentar expulsarlos. Y, como prueba de ello, ordenó a las tropas recién reclutadas que se dirigieran de inmediato a sus cuarteles de invierno, si bien todavía no habían alcanzado siquiera el pleno verano. El gobernador Kieft mantuvo su palabra con firmeza y sus adversarios con igual firmeza mantuvieron el fuerte, y de este modo el glorioso río Connecticut y todos los alegres valles por los que transcurre —junto con los salmones, los sábalos y otros peces de sus aguas— quedaron en manos de los victoriosos yanquis, a quienes siguen perteneciendo hasta el mismo día de hoy (¡y que les aproveche!).

La ciudad de Nueva Ámsterdam se vio sumida en un gran abatimiento a causa de tan tristes acontecimientos. El nombre de los yanquis se convirtió en algo tan terrible entre nuestros buenos antepasados como lo fue el de los galos entre los antiguos romanos, y todas las sabias esposas de la provincia —que no habían leído las

sugerencias de la señorita Hamilton en materia de educación^[63]— lo utilizaron como tormento con el que asustar a sus revoltosos mocosos y conseguir que las obedecieran.

Los ojos de toda la provincia estaban vueltos hacia el gobernador, exigían saber qué haría este para la protección del bien común en aquellos momentos de oscuridad y peligro. Una gran aprensión prevalecía entre la sección más reflexiva de la comunidad, en concreto entre las ancianas, que temían que los terribles hombres de Connecticut, no contentos con la conquista del Fuerte Goed Hoop, continuaran su marcha hacia Nueva Ámsterdam y la tomaran al asalto. Y puesto que estas mujeres habían obtenido mediante la esposa del gobernador —que, como ya se ha señalado, era quien «llevaba los calzones»— una considerable influencia en los asuntos públicos y mantenían la provincia bajo el gobierno de las enaguas, se determinó la toma de medidas para la efectiva fortificación de la ciudad.

Sucedió que en este tiempo residía en Nueva Ámsterdam un tal Antony van Corlear^[64], un alegre y orondo trompetista neerlandés de agradable y carnoso rostro, famoso por su capacidad pulmonar y sus enormes patillas, y quien, según señala la historia, podía soplar con tal potencia su instrumento como para producir el efecto en todos cuantos lo oían de diez mil gaitas de sonido nasal de lo más animadas. A este fue a quien seleccionó el ilustre Kieft como el mejor dotado de entre todos para defender Nueva Ámsterdam y guarnecer el fuerte, pues sin duda su instrumento sería tan efectivo y ofensivo en la batalla como el del paladín Astolfo o el más clásico cuerno de Alecto. Habría placido sobremanera a mi corazón ver al gobernador chasquear los dedos y bailotear encantado mientras su enérgico trompetista se pavoneaba de un lado a otro de las murallas haciendo sonar sin miedo su trompeta en las mismas narices del mundo, al modo en que el editor más valiente insulta osado a todo principado y Gobierno... del otro lado del Atlántico.

No contento con haber robustecido de tal modo el fuerte, Van Twiller incrementó asimismo sus defensas al dotarlo de una formidable batería de cañones cuáqueros^[65], elevar un estupendo mástil en el centro que sobresalía por encima de toda la ciudad y construir un gran molino de viento en uno de los bastiones. Este último supuso sin duda una cierta novedad en el arte de la fortificación, pues, como ya se ha señalado, Wilhelmus Kieft destacaba por sus innovaciones y experimentos (la tradición afirma que era muy dado a las invenciones mecánicas, como ejemplifica su construcción de un asador que giraba gracias al humo de las brasas, carros que se colocaban delante de los caballos y, especialmente, molinos de viento, ingenios por los que adquirió una singular predilección en su localidad natal de Zaandam).

Todos estos antojos científicos del pequeño gobernador fueron aclamados con euforia por sus partidarios como pruebas de su genio universal, si bien no faltaron los habituales protestones malintencionados que lo acusaron de utilizar su mente para objetivos frívolos y dedicar un tiempo a esas parrillas y molinos que bien podría haber sido destinado a las más importantes preocupaciones de la provincia. Es más,

llegaron a insinuar en una o dos ocasiones que los experimentos le habían hecho perder la cabeza y que realmente creía poder manejar su Gobierno como los molinos: ¡por la mera acción del viento! Tal es la intolerancia y el cariz de las difamaciones a las que nuestros iluminados mandatarios se ven siempre sometidos.

A pesar de todas las medidas aplicadas por Guillermo el Irascible para situar la ciudad en posición defensiva, los habitantes continuaron sometidos a un considerable estado de abatimiento y alarma. Sin embargo, la fortuna —que parece siempre cuidadosa, en el instante más preciso, de lanzar un cable al que pueda asirse la esperanza de que la famélica criatura continuará viva— hizo en este momento que la provincia viera sus armas coronadas con éxito en otra región, lo que logró animar los decaídos corazones de los tristes neerlandeses. De no ser así, quién sabe adónde los habrían llevado los excesos de su aflicción, pues «la aflicción —señala el profundo historiador de los siete paladines de la cristiandad— es la compañera de la desesperación, y esta ¡la alcahueta de la infame muerte!».

Entre las numerosas incursiones de los saqueadores de Connecticut, que durante un tiempo habían ocasionado tan grandes tribulaciones, debiera haber mencionado especialmente un asentamiento realizado en la sección oriental de Long Island, un lugar que, por la particular excelencia de su marisco, era conocido como bahía de las Ostras. El asentamiento suponía un ataque a la provincia en una zona especialmente sensible, lo que ocasionó gran agitación en Nueva Ámsterdam.

Es un hecho indiscutible, bien conocido por nuestros hábiles fisiólogos, que el camino más seguro para los afectos es a través de la garganta —argumento justificado por los mismos principios que ya se citaron en los razonamientos sobre los concejales obesos—. Este hecho no es en absoluto desconocido para el conjunto de la sociedad y, por tanto, observamos que la forma más segura de obtener el favor de la mayoría es alimentarla debidamente, así como que un hombre nunca está más dispuesto a halagar, complacer y servir a otro que cuando se alimenta a cuenta de este —motivo por el que nuestros ciudadanos adinerados, habituados a ofrecer frecuentes cenas, cuentan con tal abundancia de amigos sinceros y fieles—. Por este mismo principio es por lo que nuestros sabios líderes políticos se aseguran el afecto de sus partidarios agraciándolos copiosamente con panes y peces y atrapan los sufragios de la aduladora multitud invitándola a festines bovinos. He conocido a muchos hombres de esta misma ciudad que han adquirido considerable importancia social y han usurpado una gran parte de la buena voluntad de sus ilustrados conciudadanos cuando el único elogio que se les podía ofrecer era que «dan buenas cenas y tienen un vino excelente».

Así pues, visto que el corazón y el estómago son aliados tan estrechos, se deduce de modo concluyente que lo que afecta al uno ha de influir de igual modo al otro. Hecho igualmente incontrovertible es que de todas las ofrendas al estómago ninguna es más agradable que el testáceo animal marino denominado por los naturalistas *ostrea*, pero conocido por el vulgar apelativo de *ostra*. Y tan gran reverencia hacia

ella han mostrado siempre mis glotones conciudadanos que se le dedicaron templos, en tiempos inmemoriales, en toda vía, callejón y avenida de esta bien nutrida ciudad. No era, por tanto, de esperar que la toma de la bahía de las Ostras, un lugar en el que abundaba su manjar favorito, fuera tolerada por los habitantes de Nueva Ámsterdam. Un envite a su honor, podrían haberlo perdonado, incluso la masacre de unos cuantos ciudadanos pudiera haberse pasado por alto en silencio, mas un ultraje que afectara a las alacenas de la gran ciudad de Nueva Ámsterdam y amenazara los estómagos de sus corpulentos burgomaestres era demasiado serio para no generar represalias. El consejo al completo se mostró unánime en su veredicto: los intrusos debían ser expulsados inmediatamente de la bahía de las Ostras y su vecindad por medio de las armas, para lo que se envió un destacamento al mando de un tal Stoffel Brinkerhoff o Brinkerhoofd (es decir, Stoffel el Rompecabezas), quien recibía su nombre por ser un hombre de hechos consumados, famoso en todo el territorio de Nieuw Nederlandts por sus habilidades con la pica, y que por su tamaño bien habría podido rivalizar con Colbrand, ese famoso gigante danés que pereció a manos del menudo Guy de Warwick.

Stoffel Brinkerhoff era hombre de escasas palabras pero de rápida respuesta —uno de esos militares directos que avanzan siempre rectos y cumplen las órdenes sin hacer alarde de ello—. No demostró una extraordinaria velocidad de movimientos, sino que avanzó sin detenerse a través de Nínive, Babilonia, Jericó, Patchogue y la poderosa localidad de Quogue —así como por otras afamadas ciudades de otro tiempo que por algún inexplicable ejercicio de brujería de los yanquis habían sido curiosamente trasplantadas a Long Island—, hasta que llegó a las inmediaciones de la bahía de las Ostras.

Una vez allí, se hubo de enfrentar con una tumultuosa partida de valientes guerreros que iban encabezados ni más ni menos que por ¡Preserved Fish, Habakuk Nutter, Return Strong, Zerubbabel Fisk, Jonathan Doolittle y Determined Cock! El valiente Stoffel realmente creyó al oír nombrar a sus rivales que habían liberado a todo el Parlamento de Praise-God Barebone para desconcertarlo^[66]. No obstante, al descubrir que tan formidable conjunto estaba sencillamente compuesto por el «comité de investigación» del asentamiento, que no contaba con más armas que la lengua y cuyo cometido no era más que el de combatir en el campo de batalla de los argumentos, consiguió hacerlos volar en desbandada con escasa dificultad y hacer pedazos su asentamiento. Sin detenerse a redactar la descripción de su victoria en el acto —y permitir así que el enemigo se le escapara de las manos cuando trataba de asegurarse los laureles—, como habría hecho un general más experimentado, el valiente Stoffel no pensó en nada más que en concluir su empresa y expulsar totalmente a los yanquis de la isla. Acometió esta dura empresa de modo muy similar a como acostumbraba a manejar a sus bueyes, pues mientras los yanquis corrían ante él, se sostuvo los calzones y avanzó directo tras ellos, y los habría arrojado indefectiblemente al mar si estos no hubieran rogado clemencia y aceptado el pago de

tributos.

La noticia de este logro supuso una oportuna restauración del ánimo para los ciudadanos de Nueva Ámsterdam. Para complacerlos aún en mayor medida, el gobernador decidió sorprenderlos con uno de esos fantásticos espectáculos propios de la Antigüedad, cuyo recuerdo había quedado firmemente anclado en su memoria desde sus días de escolar en La Haya. Se decretó, por tanto, una gran celebración en honor de Stoffel Brinkerhoff, quien realizó su entrada triunfal en la ciudad montado en un caballo de Narragansett^[67]. Cinco calabazas, que como las águilas romanas habían servido de estandartes al enemigo, desfilaban ante él; diez carros cargados de ostras, quinientas fanegas de cebollas de Wethersfield, cien quintales de bacalao, dos toneles de melaza y otros muchos tesoros lo seguían como botín de guerra y tributos de los yanquis; mientras que tres sonados falsificadores de billetes de Manhattan^[68] avanzaban detenidos para celebrar el triunfo del héroe. Animaba la procesión la música marcial de la trompeta de Antony van Corlear, el paladín, acompañado por una selecta banda de niños y negros que tocaban los instrumentos nacionales, todos ellos fabricados con huesos y almejas. Los ciudadanos devoraron el botín con auténtico regocijo y todo hombre rindió tributo al conquistador emborrachándose con ron de Nueva Inglaterra, al tiempo que el sabio Wilhelmus Kieft, al recordar en un súbito ataque de entusiasmo y generosidad la antigua costumbre de honrar a los generales victoriosos con estatuas públicas, firmó un refinado decreto mediante el que se permitía ¡pintar el rostro del intrépido Stoffel en el rótulo de cualquier taberna!

Capítulo IV

Que contiene reflexiones filosóficas sobre la insensatez de la felicidad en tiempos de prosperidad; diversos problemas en las Fronteras meridionales; cómo Guillermo el Irascible, con sus amplios conocimientos, bien pudo haber arruinado la provincia con una palabra Cabalística; junto con las secretas expediciones de Jan Jansen Alpenden y su sorprendente recompensa

Si pudiéramos tan solo mirar de soslayo la cuenta de la dama Fortuna en la que, como una notable patrona, anota regularmente las deudas y los activos de la humanidad, descubriríamos que en general el bien y el mal se encuentran prácticamente equilibrados en este mundo, y que pese a que durante un buen tiempo podamos disfrutar de una etapa de prosperidad, terminará por llegar el día en el que hayamos tristemente de ajustar la cuenta. La Fortuna, de hecho, es una arpía pestilente, así como una acreedora por completo ineludible, pues aunque pueda conceder a sus preferidos profusos créditos y colmarlos de favores, más pronto o más tarde presentará sus atrasos con el rigor de un experimentado publicano y borrará la cuenta con las lágrimas de estos. «Pues —señala el bueno de Boecio en su *Consolación de la filosofía*— no existe hombre que pueda retenerla a su antojo, y dado que su marcha es tan terriblemente lamentada, ¿qué son sus favores sino seguros pronósticos de los venideros apuros y calamidades?».

Nada excita más mi desprecio hacia la estupidez y la carencia de reflexión de mis congéneres que observarlos regocijarse y complacerse en la seguridad y la confianza en sí mismos en épocas de prosperidad. Para el hombre sabio, bendecido por la luz de la razón, son esos los momentos precisos de angustia y temor, pues consciente es de que, tal y como establece el funcionamiento de la vida, la felicidad es a lo sumo pasajera y cuanto más alto se eleva el hombre por el caprichoso aliento de la fortuna, más profunda será su proporcionada sima; mientras que aquel que se ve superado por la calamidad tiene menor posibilidad de encontrar nuevos desastres, como el hombre en la base de una montaña corre escaso riesgo de romperse el cuello al caer desde la cima.

Esta es la esencia misma de la verdadera sabiduría, que consiste en saber cuándo debemos sentirnos desdichados y que fue descubierta prácticamente al mismo tiempo que este inestimable secreto: «todo es vanidad y aflicción de espíritu», una máxima que hace a los hombres sabios ser los más infelices de la especie humana y señala como infalible muestra de genialidad la aflicción sin motivo (pues cualquier hombre puede entristecerse en épocas desgraciadas, pero solo el filósofo es capaz de descubrir motivos para la lamentación en el instante preciso de la prosperidad).

En consonancia con el principio que acabo de exponer, encontramos que la

colonia de Nuevos Países Bajos, que durante el mandato del afamado Van Twiller había florecido con tan alarmante y fatal serenidad, paga ahora por su anterior bienestar y salda la enorme deuda de bienes que contrajo. Los enemigos la hostigan desde diversos ángulos, la ciudad de Nueva Ámsterdam, todavía en sus años de infancia, se mantiene en constante estado de alerta, mientras que su valiente comandante, el pequeño Guillermo el Irascible, responde a la vulgar aunque elocuente expresión «un hombre metido en un buen lío».

Mientras por un lado se encuentra muy ocupado repeliendo a sus encarnizados enemigos, los yanquis, de pronto lo vemos perturbado en otra región y por otros agresores. Una colonia errante de suecos, al mando de Peter Minnewits y bajo juramento de lealtad a esa temible virago, Cristina, reina de Suecia, se había asentado y erigido un fuerte en el río Sur (o Delaware), parte del territorio reclamado por el Gobierno de Nuevos Países Bajos. La historia nada dice de los detalles de su llegada ni de sus pretensiones reales en materia territorial, algo que debemos lamentar profundamente, pues esta misma colonia de suecos en adelante afectará muy sustancialmente no solo los intereses de los neerlandeses, ¡sino del mundo entero!

Del modo que fuera, pues, esta colonia vagabunda de suecos tomó posesión de la región —este detalle sí lo conocemos— en 1638, y estableció un fuerte, tras lo que Minnewits, en consonancia con los displicentes hábitos de sus contemporáneos, se declaró gobernador de todo el territorio adyacente, que tomaría el nombre de provincia de Nueva Suecia. En cuanto estos hechos llegaron a oídos del colérico Wilhelmus, este, como un verdadero líder enérgico, manifestó inmediatamente una violenta furia y, convocado su consejo, maldijo a los suecos en los términos más rotundos en el que fue el discurso más prolongado oído jamás en la colonia desde la memorable disputa entre Diez Calzones y Calzones Duros. Una vez desahogadas las primeras ebulliciones de su indignación, recurrió a su medida favorita, la proclama, y despachó el documento, bien calentito, en el primer año de su mandato. En este informaba a Peter Minnewits de que todo el territorio fronterizo con el río Sur era, desde tiempos inmemoriales, propiedad de los colonos neerlandeses, quienes lo habían «plagado de fuertes y regado con su sangre».

Esta última expresión sanguinaria podría transmitir la idea de una guerra encarnizada, un prolijo derramamiento de sangre; sin embargo, nos tranquiliza la información que indica que se trató de una mera refriega en la que en torno a media docena de neerlandeses murieron a manos de los indios en sus benévolos intentos por establecer una colonia y fomentar la civilización. No obstante, como podremos observar, Wilhelmus Kieft, si bien un hombre de tamaño muy reducido, se deleitaba con las expresiones grandiosas y era muy dado a esa loable figura retórica —habitualmente cultivada por los pequeños grandes hombres— llamada hipérbole (una figura que ha demostrado ser de gran utilidad para muchos de los de su clase y que ha contribuido a engrandecer a vanidosos aunque timoratos mandatarios). Imposible me resulta evitar observar, dadas las circunstancias, cuánto debe mi amado país a esta

figura retórica de la hipérbole, capaz de permitir a ciertos de sus personajes más destacados —estadistas, oradores, advenedizos y religiosos—, a fuerza de grandes palabras, infladas oraciones y vacuas doctrinas, mantenerse a flote en la superficie de la sociedad, como quien no sabe nadar conserva la cabeza fuera del agua gracias a una vejiga inflada.

La proclama contra Minnewits concluía ordenando al autoproclamado gobernador y a su panda de aventureros suecos que abandonaran inmediatamente la región so pena de gran desagrado e inevitable venganza por parte del poderoso Gobierno de Nieuw Nederlandts. Esta «tajante medida», no obstante, no parece haber logrado más efecto que sus predecesoras arrojadas contra los yanquis: los suecos se aferraron con determinación al territorio del que habían tomado posesión, por lo que la cuestión por el momento se mantuvo *in statu quo*.

Que Wilhelmus Kieft transigiera con esta insolente obstinación de los suecos parecería incompatible con su valeroso temperamento; sin embargo, descubrimos que por este tiempo el hombrecillo se encontraba con las manos llenas y una molestia u otra lo mantenían permanentemente ocupado.

Existe una cierta clase de activos legisladores que, por su astuta gestión, contribuyen siempre a sostener un centenar de hierros sobre el yunque, los cuales requieren todos inmediata atención. Estos mandatarios, por consiguiente, se encuentran siempre sobrepasados por ocupaciones y recursos temporales con los que remendar el bienestar público y las cuestiones de la nación, de tal modo que terminan por lograr horadar nueve agujeros donde cosen uno y acaban taponando las grietas con lo primero que encuentran a mano —como los mencionados yanquis que introducen ropa vieja en las ventanas rotas—. A esta clase de estadistas pertenecía Guillermo el Irascible, y si hubiera recibido capacidades equiparables a su celo, o si su celo se hubiera visto disciplinado por una cierta prudencia, poca duda cabe de que se habría erigido como el mayor estadista de su tamaño de toda la historia, excepción hecha del afamado gobernador de la isla de Barataria.

El gran defecto de las políticas de Wilhelmus Kieft era que, si bien no existía hombre más dispuesto a dar un paso al frente ante una emergencia, estaba tan decidido a defender el erario público que terminaba soportando que el enemigo le abriera la cabeza; en otras palabras, cualquier precaución en medida de seguridad pública que adoptara era concebida con tal determinación de conseguirla a bajo coste que de forma inevitable terminaba por ser completamente inútil. Todo esto era consecuencia remota de su esmerada educación en La Haya, donde tras haber adquirido ciertas ideas, se convirtió en un gran examinador de índices que se asomaba continuamente a los libros sin jamás estudiar ninguna cuestión en detalle, por lo que únicamente la espuma de todo tipo de autores fermentaba en su pericráneo. En algunas de estas investigaciones de los títulos de los libros, el desafortunado Kieft se topó con un gran *término cabalístico* de carácter político, el cual, con la habitual presteza, incorporó inmediatamente a su gran programa de gobierno, para irreparable

daño y delirio de la honesta provincia de Nieuw Nederlandts, así como eterna desorientación de todo mandatario de tipo experimental.

En vano he escudriñado la teúrgia de los caldeos, la Cábala de los judíos, la nigromancia de los árabes, la magia de los persas, el abracadabra de los ingleses, la brujería de los yanquis y el ou-ou-ou de los indios para descubrir dónde fue que encontró nuestro pequeño hombre esta terrible palabra. Ni siquiera el *Séfer Ietzirá*, ese conocido texto cabalístico atribuido al patriarca Abraham, ni las páginas del *Zohar*, que contienen los misterios de la cábala registrados por el sabio rabino Simeón Bar Yochai, han aportado luz alguna a mis investigaciones. Tampoco me he visto mínimamente recompensado en mis esforzadas investigaciones del *Shem-hamphorah* de Benjamín, el judío errante, si bien este permitió a Davidus Elm realizar un viaje de diez días en solo veinticuatro horas. De igual modo, no puedo percibir la más mínima afinidad en el Tetragrámaton, el sagrado nombre de cuatro letras, el término más profundo de la Cábala hebrea, un misterio sublime, inefable e incomunicable cuyas letras Yod-He-Vau-He, usurpadas por los paganos, constituyeron su gran Jao o Jove. Por resumir, en todas mis investigaciones cabalísticas, teúrgicas, nigrománticas, mágicas y astrológicas, desde la Tetraktys de Pitágoras a los recónditos trabajos de Breslaw y *Madame* d'Aulnoy, no he descubierto el más mínimo vestigio del origen de esta palabra, como tampoco he hallado un término con suficiente potencia como para contrarrestarla.

Para evitar mantener a mi lector en suspense, le haré saber que la palabra que tan mágicamente se hizo con la atención de Guillermo el Irascible y que en caracteres góticos tiene un aspecto especialmente oscuro y ominoso, al ser traducida a nuestra lengua no resulta ser otra que *ahorro*, un término talismánico que por su constante uso y frecuentes menciones ha dejado de parecer formidable a nuestros ojos, pero que cuenta con una potencia terrible en los misterios de la nigromancia.

Al ser pronunciada en una asamblea nacional, esta palabra tiene el efecto inmediato de blindar los corazones, obnubilar el intelecto, estirar los cordones de los monederos y abotonar los bolsillos de los calzones de nuestros filosóficos legisladores. Sus efectos en la región ocular no son menos sorprendentes. Produce una contracción de la retina, un oscurecimiento de la lente cristalina, viscosidad en el humor vítreo y la inflamación del acuoso, así como un endurecimiento de la túnica esclerótica y convexidad de la córnea, hasta tal punto que el órgano de visión pierde su fortaleza y perspicuidad y el desafortunado paciente queda *miope* o, en palabras más llanas, *cegato*, capaz únicamente de percibir el volumen de gasto inmediato sin poder mirar más allá y considerarlo en relación con el objeto último que se persigue. «De tal modo —citando las palabras del elocuente Burke— que una espina en su nariz es de mayor magnitud que un roble a quinientos metros de distancia». Tales son sus efectos inmediatos, sin embargo, sus resultados son aún más sorprendentes. Por su mágica influencia los navíos de línea se reducen a fragatas, las fragatas a balandras y las balandras a cañoneros a remo. Como la indefensa flota de Eneas por órdenes de

la protectora Venus se transmutó en ninfas marinas y se protegió sumergiéndose, así la poderosa armada de este país, mediante la cabalística palabra *ahorro*, ¡se convierte en un pequeño bote y se protege en la represa de un molino!

Esta potentísima palabra, que funcionó como piedra de toque en la política de Kieft, explica por sí sola todo el sistema de proclamas, protestas, amenazas vacuas, molinos de viento, trompetistas y batallas de papel desarrollado por Guillermo el Irascible, y podemos observar su aplicación en el armamento con el que se equipó en 1642 en un arrebató de furia. Consistía este en dos balandras y *treinta* hombres, al mando de *mynheer* Jan Jansen Alpenden, almirante de la flota y comandante en jefe de las fuerzas navales. Esta formidable expedición, que únicamente puede ser comparada con algunos de los audaces cruceros de nuestra recién nacida marina de guerra que patrullan la bahía y el estrecho, estaba destinada a expulsar a los oriundos de Maryland del río Schuylkill, del cual se habían apoderado poco antes y que era reclamado como parte de la provincia de Nuevos Países Bajos, pues parece que en este tiempo nuestra joven colonia gozaba de ese envidiable estado tan anhelado por las naciones ambiciosas, es decir, el Gobierno contaba con una gran extensión de territorio, parte del cual disfrutaba, pero que en su mayor parte tenía que pelear continuamente.

El almirante Jan Jansen Alpenden era un hombre de gran valor y capacidad y en modo alguno se desalentó por el carácter del enemigo, que era representado como una raza de hombres gigantescos y cargados de pólvora que vivían de comer tortitas y panceta, bebían julepe de menta y ponche de brandi y eran sumos expertos en boxeo, mordeduras, extorsiones, emplumaduras y toda una variedad de gestas atléticas que habían aprendido de sus primos hermanos y prototipos, los habitantes de Virginia, a quienes siempre se han parecido considerablemente. Pese a estas alarmantes representaciones, el almirante se adentró en el Schuylkill con su flota sin inmutarse lo más mínimo y llegó sin desastre previo ni oposición a su lugar de destino.

Una vez allí, atacó a sus enemigos con un vigoroso discurso en bajo neerlandés —el cual le había introducido en el bolsillo con antelación el precavido Kieft—, tras lo que educadamente comenzó a llamarlos pandilla de perezosos, gamberros, bebedores, advenedizos mulatos, organizadores de peleas de gallos, carreras de caballos, tráfico de esclavos, tardes de taberna y domingos irreligiosos, y concluyó ordenándoles que evacuaran la zona inmediatamente, a lo que estos respondieron del modo más lacónico y en perfecto inglés (algo muy natural para los suecos): «Antes te veremos morir...».

Aquella fue una respuesta que no habían previsto Jan Jansen Alpenden ni Wilhelmus Kieft, por lo que al verse completamente incapaz de responder a tan terrible desaire con la hostilidad adecuada, concluyó, como todo buen almirante de una expedición inglesa moderna, que lo mejor sería regresar a casa e informar de la situación. Así pues, navegó de vuelta a Nueva Ámsterdam, donde fue recibido con grandes honores y considerado un ejemplo para todo buen comandante, pues había

logrado concluir una muy peligrosa empresa con escaso gasto para la hacienda pública ¡y sin que el Estado perdiera ni un solo hombre! Fue designado de forma unánime libertador de la nación (un término aplicado libremente a todos los grandes hombres); sus dos balandras, cumplida ya su misión, fueron amarradas (o puestas en dique seco) en una ensenada conocida como la dársena de Albany, donde tranquilamente se dejaron pudrir en el barro; mientras que para inmortalizar el nombre del héroe, erigieron, por suscripción pública, un magnífico monumento de tablillas en la cima de la colina Flatten-barrack^[69], el cual permaneció en pie tres años completos, tras lo que cayó hecho pedazos y se utilizó su madera para alimentar las chimeneas.

Capítulo V

De cómo Guillermo el Irascible enriqueció la Provincia con una multitud de leyes inútiles y se convirtió en el Patrón de los Abogados y Cobradores de Deudas; cómo se comprometió a rescatar a los ciudadanos de un penoso mal y cerca estuvo de morir ahogado en el intento; cómo los ciudadanos pasaron a ser excesivamente ilustrados e infelices siguiendo sus instrucciones; junto con otras cuestiones diversas que una lectura atenta permitirá descubrir

Entre los muchos fragmentos de eminente sabiduría que han flotado por el río del tiempo desde la venerable Antigüedad y han recogido cuidadosamente estas humildes pero esforzadas criaturas que deambulan por las orillas de la literatura, encontramos la siguiente sabia normativa de Carondas, el legislador de Locri: ansioso por proteger las antiguas leyes del Estado de las adiciones y mejoras de los profundos «miembros rurales» o entrometidos aspirantes a la popularidad, ordenó que quien fuera que propusiera una ley habría de hacerlo con un dogal al cuello, de tal modo que si su propuesta era rechazada, sería colgado y ahí concluiría todo problema.

Esta conveniente disposición logró tal efecto que en más de doscientos años solo se incluyó una alteración sin importancia en el código penal (y el gremio al completo de los abogados acabó muriendo de hambre por falta de trabajo). La consecuencia de todo esto fue que los habitantes de Locri, al quedar desprotegidos por una carga aplastante de excelentes leyes y no contar con la defensa de un reputado ejército de picapleitos y agentes de policía, vivieron en muy amorosa compañía y fueron un pueblo tan feliz que apenas oímos hablar de él a lo largo de toda la historia de Grecia —pues es bien conocido que únicamente las naciones desafortunadas, pendencieras y temerarias logran hacer ruido en este mundo—.

Bien habría hecho Guillermo el Irascible si felizmente se hubiera topado en el curso de sus «universales investigaciones» con esta precaución del bueno de Carondas. Por el contrario, creyó que la verdadera obligación de un legislador era multiplicar las leyes para, de este modo, asegurar las propiedades y la integridad física y moral de las personas, al rodearlas, por así decirlo, de verdaderas trampas para humanos y plagar incluso el dulce y remoto camino de la vida privada de setos vivos, de modo que apenas podía girarse un hombre sin riesgo de toparse con alguna de estas irritantes protecciones. Así, Kieft se dedicó a producir sin descanso leyes triviales para cada insignificante delito que se producía, hasta que llegó un momento en el que fueron excesivas para su memorización y permanecieron como las de ciertos legisladores modernos, supuestamente en desuso pero revividas ocasionalmente para la opresión de un individuo o para dar caza a ignorantes infractores.

Comenzaron a aparecer, por tanto, juzgados dedicados a delitos menores, en los que la ley era administrada con una sabiduría e imparcialidad muy cercana a la de los augustos tribunales de hoy, en los que todo se compra y se vende. El demandante se veía por lo general favorecido, pues ejercía de cliente y generaba ingresos en el negocio; los delitos de los ricos se recibían con un discreto gesto de complicidad —por temor a herir los sentimientos de sus amigos—; mas nunca se podrá acusar al gremio de vigilantes burgomaestres de permitir que los crímenes escaparan indemnes bajo los vergonzosos harapos de la pobreza.

En torno a estos días podemos fechar la primera introducción de la pena capital. Fue entonces cuando se erigió un magnífico patíbulo junto a las aguas, aproximadamente donde en la actualidad se localizan las escaleras del Whitehall, ligeramente al este de The Battery. Justo a su lado se instaló otra horca de un tipo extraño, desmañado e incomparable de la que se enorgullecía no poco el ingenioso Wilhelmus Kieft, pues era un castigo por completo de su invención.

Por su elevada altura no se podía considerar ni un ápice inferior a la de Amán, tan afamada en la historia bíblica; pero el asombro del artificio era que el delincuente, en lugar de, en consonancia con la venerable tradición, ser suspendido por el cuello, era sostenido por la cintura y permanecía toda una hora en el aire, colgado y desparrado entre el cielo y la tierra —para infinita diversión e indudable edificación de la multitud de respetables ciudadanos que habitualmente asistía a exhibiciones de este tipo—.

Increíbles eran las carcajadas del pequeño gobernador al contemplar a los bellacos y tenaces mendigos bailotear de este modo, aferrados por las nalgas, y realizar jocosas piruetas en el aire. Tenía un millar de bromas y alegres ideas con las que saludar tan excelsos acontecimientos. Lo denominaba su caballito de tortura, su tiro al pichón, su ejercicio de altas ambiciones, su despatorre, su halcón celestial, su espantapájaros y, finalmente, su volatizado, un ingenioso apelativo que, pese a estar originalmente limitado a los ilustres personajes que habían subido al cielo de esta extraña manera, desde entonces es aplicable a todos los candidatos a elevación legal. Este castigo, asimismo, si podemos conceder crédito a las afirmaciones de ciertos sabios expertos en etimología, supuso la primera pista para un tipo de arnés o correa con el que nuestros antepasados comenzaron a sostener sus múltiples calzones y que en los últimos años se ha recuperado y continúa en boga en la actualidad. El ingenio todavía porta el nombre del objeto al que debe su origen, por lo que generalmente se le conoce como horquillas, si bien me informan que en ocasiones se denomina vulgarmente tirantes.

Tales fueron las admirables mejoras de Wilhelmus Kieft en materia de normativa penal —no fue su código civil objeto de menor asombro, y mucho lamento que los límites de mi trabajo no sean suficientes para extenderme en ambos con la prolijidad que merecen—. Baste decir, pues, que en poco tiempo la bendición de innumerables leyes fue notoriamente evidente. Pronto se consideró necesario contar con un cierto

tipo de hombres que pudieran explicarlas y frustrarlas, por lo que diversos picapleitos hicieron aparición —cuya protección pronto logró el enfrentamiento de toda la comunidad—.

De ninguna de las maneras es mi intención que mis lectores entiendan en todo esto comentario derogatorio alguno hacia la profesión de la ley ni hacia sus dignos miembros. Bien consciente soy de que tenemos en esta antigua ciudad una incontable multitud de valiosos caballeros que se han dedicado a tan honorable tarea no por el sórdido amor al obscuro lucro ni el egoísta anhelo de fama, sino por motivos dignos de alabanza como son un ferviente celo por la correcta administración de la justicia y una generosa y desinteresada devoción por los intereses de sus conciudadanos. Antes arrojaría a las llamas esta fiel pluma y cerraría el corcho de mi botella de tinta para siempre (que es el peor castigo que un autor con la cabeza poblada de alimañas puede infligirse) que atentar ni siquiera mínimamente contra la dignidad de esta clase de ciudadanos de verdadera benevolencia. Muy al contrario, únicamente aludo a esta tropa de sirvientes bellacos que en estos días del demonio se han tornado tan numerosos; que infestan los faldones de la profesión como hicieron los cobardes caballeros de Cornualles con la honorable orden de caballería; que, bajo sus auspicios, causan estragos en la sociedad; que medran mediante triquiñuelas, excentricidades y nimiedades, y, como las sabandijas, enjambran con más facilidad donde más corrupción existe.

Nada despierta con más celeridad las pasiones malintencionadas como la facilidad de la gratificación. Los tribunales no estarían constantemente atestados de pleitos nimios, irritantes y escandalosos si no fuera por las manadas de pedantes abogados que los infestan. Estos manipulan las pasiones de las clases más bajas e ignorantes, quienes, como si la pobreza no fuera suficiente desgracia en sí misma, siempre están dispuestas a incrementarla con las amarguras de los litigios. Son a la ley lo que los curanderos a la medicina, que incrementan los males con el objetivo de beneficiarse con la cura y retrasan esta con la intención de aumentar sus honorarios. Donde uno adelgaza el cuerpo, el otro lo hace con el bolsillo, y así puede también observarse que el paciente que ha estado en manos de un curandero está siempre coqueteando con las drogas y envenenándose con remedios infalibles, mientras que el hombre ignorante que ha jugueteado con la ley bajo los auspicios de uno de estos empíricos, andará siempre enredando con sus vecinos y empobreciéndose con sucesivos pleitos.

Mis lectores me disculparán esta digresión a la que me he dejado llevar de modo inconsciente, pero no puedo evitar ofrecer una descripción fría y sin prejuicios de una abominación en exceso extendida en esta excelente ciudad y que tiene efectos que desafortunadamente conozco, pues cerca estuve de arruinarme por un pleito que de forma injusta se sentenció en mi contra y mi ruina fue completa con otro decidido a mi favor.

Es una irreparable pérdida para la posteridad que de las innumerables leyes

promulgadas por Guillermo el Irascible —las cuales sin duda componían un código que podría haber competido con los de Solón, Licurgo o Sancho Panza— pocas nos hayan llegado hasta el día de hoy. Entre ellas la más importante es una enmarcada en un momento desafortunado con la que prohibió la práctica universal del consumo de tabaco. Kieft demostró matemáticamente que fumar no solo supone un impuesto gravoso al bolsillo público, sino también un increíble consumo de tiempo, un repugnante aliento de la holgazanería y, por supuesto, una plaga mortal para la moral de los ciudadanos. ¡Desafortunado Kieft!, si hubiera vivido en esta era ilustrada y amante de las calumnias y hubiera intentado subvertir la inestimable libertad de prensa, no se habría enfrentado más de cerca con la sensibilidad de la multitud.

El populacho se levantó en una agitación tan violenta como la gravedad característica de su comportamiento le permitió: una muchedumbre de facciosos ciudadanos llegó incluso a mostrar la fuerza de voluntad necesaria para reunirse en torno a la vivienda del pequeño gobernador, donde se instalaron con total determinación, como un ejército que asedia una fortaleza, y comenzaron todos y cada uno de ellos a fumar con una perseverancia tan enérgica que claramente mostró que su intención era ¡apestarlo con un terrorífico tabaco de la peor calidad hasta alcanzar un acuerdo! Ya estaba la imponente mansión del gobernador rodeada de espesas nubes y el poderoso hombrecillo prácticamente asfixiado en su reducto, cuando recordó que no existía en la historia registro alguno de ningún gran hombre de la Antigüedad que hubiera perecido de forma tan innoble (el caso de Plinio el Viejo sería el único con algún parecido), por lo que decidió tratar de alcanzar un acuerdo y transigir con la multitud a condición de que le perdonaran la vida apagando inmediatamente sus pipas.

El resultado del armisticio fue que, si bien se continuó permitiendo fumar, Kieft abolió las hermosas pipas largas que predominaban en los días de Wouter van Twiller —muestra de tranquilidad y sobriedad de comportamiento— y en su lugar se introdujeron pequeñas pipas más exigentes, de cinco centímetros de largo, las cuales en opinión de Kieft podían mantenerse en un extremo de la boca o sostenerse en la cinta del sombrero sin suponer estorbo para ningún quehacer. ¡Pero atención, oh, lector, a las deplorables consecuencias! El humo de estas viles pipas, al ascender continuamente en forma de nube hacia la nariz, penetraba por esta y ofuscaba el cerebelo, secaba toda la agradable humedad del cerebro y hacía a los fumadores tan inestables e irascibles como su afamado pequeño gobernador; es más, estos pasaron de ser gentes robustas y agradables a convertirse, como nuestros honestos agricultores neerlandeses de hoy, que fuman en pipas cortas, en una raza de hombres de rostro escuálido, ahumado, seco y curtido.

De hecho, tal y como señala el observador historiador del manuscrito Stuyvesant, bajo la Administración de Wilhelmus Kieft la disposición de los habitantes de Nueva Ámsterdam experimentó un cambio fundamental por el que se convirtieron en seres entrometidos y facciosos. Los continuos enojos en los que se sumía el pequeño

gobernador por las agresiones en sus fronteras, junto con su desafortunada propensión a los experimentos y a las innovaciones, supusieron que mantuviera al consejo en continuo estado de inquietud; y puesto que el consejo es para la población en su conjunto lo que la levadura para la hornada, la comunidad entera se sumió en estado de agitación; y dado que los ciudadanos en conjunto son para la ciudad lo que la mente es para el cuerpo, el desagradable alboroto en el que se encontraban afectó del modo más desastroso a Nueva Ámsterdam, hasta el punto de que en alguno de sus ataques de consternación y perplejidad se engendraron varias de las calles más abominables, torcidas y deformadas de la ciudad, lo cual explica los motivos por los que esta metrópolis se encuentra desfigurada.

Pero lo peor de todo ello fue que, precisamente en torno a estas fechas, la multitud —a partir de ese momento conocida como el pueblo soberano— comenzó, al igual que la borrica de Balaam, a mostrarse más cultivada que su jinete y a mostrar un extraño deseo de gobernarse por sí misma. Este fue otro de los efectos de la «sabiduría universal» de Guillermo el Irascible. En alguna de sus molestas investigaciones entre las ruinas de la Antigüedad quedó admirado por la institución de las asambleas públicas de los lacedemonios, en las que discutían cuestiones de naturaleza general e interesante, así como por las escuelas de los filósofos, donde se entablaban profundas discusiones en materia de política y moral, donde las barbas ancianas aprendían los rudimentos de la sabiduría y se enseñaba a los jóvenes a convertirse en pequeños hombrecillos antes de ser niños. «No hay nada —pronunció el genial Kieft al cerrar el libro—, no hay nada más esencial para el buen manejo de un país que la educación del pueblo; la base de un buen gobierno debe recaer en la inteligencia pública». Ahora bien, si esto era en sí cierto, la fortuna siempre caprichosa con Guillermo el Irascible hacía que cuando pensaba de forma acertada, sin dudarlo se pusiera manos a la obra de modo equivocado. En el caso que nos ocupa, este apenas pudo comer ni dormir hasta que no hubo iniciado alborotadas sociedades de debate entre los sencillos ciudadanos de Nueva Ámsterdam. Era lo único que faltaba para completar su confusión. Los honestos burgueses neerlandeses, si bien poco dados a la argumentación o a los enfrentamientos verbales, por el simple hecho de reunirse con frecuencia, aturridos con contundentes bebidas, obnubilado el cerebro con humo de tabaco y expuestos a las arengas de media docena de profetas, pronto se convirtieron en seres excesivamente sabios y —como sucede siempre que la multitud es ilustrada en términos políticos— especialmente descontentos. Descubrieron, con una sorprendente celeridad en su discernimiento, el terrible error que habían cometido al considerarse los seres más felices de la creación y quedaron por fortuna convencidos de que, pese a todas las circunstancias que evidenciaban lo contrario, ¡eran gentes muy infelices, ilusas y, por tanto, frustradas!

En escaso tiempo, los más entrometidos de toda Nueva Ámsterdam se reunieron en sabias agrupaciones de descontentos políticos que se convocaban a diario para refunfuñar a propósito de las cuestiones públicas y para sentirse desdichados; se

apiñaban en estas tristes asambleas con la misma impaciencia con la que los fanáticos han abandonado en todas las épocas los caminos más suaves y pacíficos de la religión para arremolinarse en las ceremonias vocingleras más intransigentes. Los humanos somos de forma natural tendentes al descontento y avariciosos perseguimos oportunidades imaginarias para lamentarnos; como patanes monjes nos apaleamos la espalda y parecemos obtener gran satisfacción en la música de nuestros propios gemidos. No se trata aquí de realizar una afirmación por gusto de paradojas, la experiencia diaria nos muestra la verdad de estas sabias observaciones. Se aproxima a lo absurdo ofrecer consuelo o pensar en elevar el ánimo de un hombre que gruñe a propósito de calamidades que no existen más que en su cabeza, pero nada es más fácil que hacerlo miserable aun cuando more en la cumbre de la felicidad (de igual modo que es un trabajo hercúleo elevar a un hombre a la cima de un chapitel y hasta un niño podría hacerlo caer una vez arriba).

En las sabias asambleas que he señalado, el lector filosófico percibirá de inmediato el apenas visible germen de esas convocatorias ilustradísimas denominadas encuentros populares que son tan habituales en nuestros días. A estas recurrieron todos esos holgazanes y «caballeros de baja cuna» que como harapos bailan sobre la espalda de la sociedad y están siempre prestos a dejarse llevar por el viento de cualquier doctrina. Los zapateros abandonaron sus puestos y se apresuraron a dar lecciones de política económica; los herreros abandonaron sus talleres y dejaron apagarse las fraguas mientras a fuerza de rugidos avivaban el fuego de la disensión; incluso los sastres, pese a ser los jirones y remiendos, los retales de la humanidad, se olvidaron de sus metros para atender a las medidas gubernamentales. Solo faltaba media docena de periódicos y editores patrióticos para completar esta iluminación pública y levantar a toda la provincia en tumulto.

No puedo olvidar mencionar que estos encuentros populares se realizaban siempre en una destacada taberna, pues los negocios de este tipo se han mostrado siempre como los más agradables viveros de políticos, siempre dotados de esos magníficos torrentes que fortalecen y sostienen la disensión. Sabemos que los antiguos germanos gozaban de un admirable modo de tratar cualquier cuestión de relevancia: primero deliberaban al respecto borrachos y después la reconsideraban sobrios. Las más astutas multitudes de este continente, a las que les disgusta pensar de dos modos distintos sobre una misma materia, se deciden y actúan bajo los efectos del alcohol, gracias al cual desaparece un mundo de fría y tediosa especulación y, puesto que es reconocido universalmente que cuando un hombre está borracho ve *doble*, se colige del modo más concluyente que lo hace dos veces mejor que sus sobrios conciudadanos.

Capítulo VI

Que demuestra la gran importancia de las diferencias entre partidos, junto con la dolorosa confusión en la que se vio sumido Guillermo el Irascible por haber ilustrado a la multitud

Pese a todo, durante cierto tiempo, los nobles políticos de Nueva Ámsterdam, que habían concebido la sublime idea de salvar a la nación, quedaron sumamente perplejos por las disensiones y la extraña contradicción de opiniones entre sí mismos, algo que a menudo los arrojaba a la más caótica confusión, todo por la simple carencia de distinción entre partidos. Es un hecho bien conocido por nuestros experimentados políticos que tan necesario es clasificar y dotar de nomenclatura diferenciadora en política como en las ciencias físicas. De este modo las distintas órdenes de patriotas, con sus modos de reproducción y cruce, sus afinidades y disimilitudes pueden adecuadamente diferenciarse y reconocerse. Así han aparecido en diversas regiones del planeta las denominaciones genéricas de güelfos y gibelinos, caballeros y cabezas redondas, ancho extremistas y estrecho extremistas, liberales y conservadores, aristócratas y demócratas, republicanos y jacobinos, federalistas y antifederalistas, junto con un cierto partido mestizo denominado Quid^[70] que parece haber sido engendrado entre las dos últimas agrupaciones mencionadas, tal y como una mula es fruto del cruce entre un caballo y un asno —y que, como esta, parece incapaz de procrear y es solo útil para los trabajos más modestos y esforzados, condenada a sufrir sucesivamente la carga de padre y madre y de recibir palizas pese a todos sus esfuerzos—.

El importante beneficio que deviene del establecimiento de estas distinciones es obvio. ¿Cuántos patriotas enérgicos y trabajadores existen cuyo conocimiento queda delimitado por el vocabulario político y que, si no estuvieran de este modo distribuidos en partidos, jamás sabrían lo que desean ni qué pensar sobre una cuestión en concreto, y que al seguir los dictados de su propio sentido común podrían alcanzar esa unanimidad de la comunidad que tan claramente se ha demostrado, gracias a numerosos escritores excelentes, fatal para el bienestar de una república? A menudo he visto a un bienintencionado héroe de la guerra de Independencia confundido del modo más terrible en el momento de establecer su opinión a propósito de ciertos hombres y medidas —con gran riesgo de terminar pensando bien— hasta que de pronto resuelve sus dudas al recurrir a la vieja piedra angular de los liberales y los conservadores, quienes, si bien presentan una afinidad tan estrecha con los partidos actuales como las robustas estatuas de Gog y Magog para los venerables concejales londinenses, que devoran tortugas bajo sus auspicios en Guildhall, son utilizados en toda ocasión por el pueblo soberano como un par de lentes que les permitieran

milagrosamente ver más allá de sus propias narices y distinguir un halcón de una garza ¡y la mano izquierda de la derecha!

Bien dejaron registradas las Escrituras: «El buey conoce a su dueño y el asno su pesebre»; pues cuando el pueblo soberano está enjaezado y debidamente uncido, es delicioso observar con qué orden y armonía trota, avanza por el lodazal a las órdenes de sus jinetes y arrastra el vil carro de estiércol de la disensión. ¿Cuántos patriotas miembros del Congreso he conocido, lealmente dispuestos a adherirse a su partido en la dicha y en la adversidad, pero que a menudo, por mera ignorancia o el dictado de la conciencia y el sentido común, habrían caído del lado de sus adversarios y habrían defendido el enfoque contrario de la cuestión si los partidos no hubieran sido designados con tan genéricos nombres?

Las sabias gentes de Nueva Ámsterdam, por tanto, después de soportar durante un tiempo el mal de la confusión, finalmente, como buenos neerlandeses honrados que eran, se establecieron discretamente en dos partidos distintos, conocidos con los nombres de cabezas cuadradas y calzones vacíos: el primero implicaba que el designado era deficiente en esa redondez del pericráneo que era considerada muestra de verdadero genio, mientras que el segundo, que estaba desprovisto de verdadero coraje, o *que no tenía lo que hay que tener*, como más tarde se calificó técnicamente. ¡Y desafío a todos los políticos de esta gran ciudad a que me demuestren si algún partido actual se ha dividido por cuestiones más importantes y fundamentales!

Estos nombres, para ser por completo sinceros —rechazo escribir nada que no lo sea—, no eran mero fruto de caprichos o accidentes, como lo fueron los de Diez Calzones y Calzones Duros antaño, sino que tenían su origen en recónditas y científicas deducciones de ciertos filósofos neerlandeses. En pocas palabras, eran los dogmas o principios elementales de esos ingeniosos sistemas defendidos posteriormente en los tratados fisiognómicos de Lavater, quien con toda seriedad mide el intelecto en la longitud de una nariz o lo detecta agazapado en la curvatura de un labio o el arco de una ceja; la craneología del doctor Gall, quien ha descubierto dónde levantan campamento y establecen sus baluartes las virtudes y los vicios, las pasiones y los hábitos, entre las protuberancias del cráneo, y demuestra que una vituperada cabeza deforme es en realidad el cráneo de un genio; la *linea fascialis* del doctor Petrus Camper, profesor de anatomía en la Universidad de Ámsterdam, quien establece todo comportamiento por la posición relativa del maxilar superior e inferior y demuestra correctas las antiguas ideas de que la lechuza es el animal más sabio y de que una cara de torta es un indicador infalible de talento y un verdadero modelo de belleza; y, finalmente, la nalgología del profesor Trasstienddenn, quien enseña la sorprendente e íntima vinculación entre la base de la espalda y la base del intelecto —una doctrina apoyada por los experimentos pedagógicos de todas las épocas, los cuales han demostrado que el trabajo duro sobre la parte posterior es de una eficacia magnífica para mejorar la percepción de los estudiantes y que el modo más expedito de transmitir conocimiento a la cabeza es ¡introducirlo a golpes por las nalgas!—.

Así pues, la sección ilustrada de los habitantes de Nieuw Nederlandts, cómodamente dividida en partidos, se puso a trabajar a brazo partido para defender la riqueza común mediante reuniones en tabernas separadas y fumándose los unos a los otros a la cara con implacable animosidad, lo que devino en gran sostén para el estado y los emolumentos de los taberneros. Algunos, de hecho, los más entusiastas, llegaron más allá y comenzaron a escupirse unos a otros numerosos términos de lo más duros y escandalosas palabritas propias de la lengua neerlandesa; todo partidario creía religiosamente servir a su nación cuando salpicaba de saliva la imagen pública o menguaba los bolsillos de un adversario político. Sin embargo, por mucho que entre ellos pudieran disentir, ambos partidos se mostraban de acuerdo en una cuestión: poner reparos y condenar toda medida adoptada por el Gobierno, fuera esta positiva o negativa, pues, habida cuenta de que el gobernador era por su posición independiente de ellos, su elección no obedecía a sus gustos y no se había decantado a favor de una de las facciones, ninguna de ellas estaba interesada en su éxito ni en la prosperidad de la región mientras estuviera bajo su Administración.

«¡Desdichado Wilhelmus Kieft!», clama el sabio historiador del manuscrito Stuyvesant, condenado aquel a lidiar con enemigos demasiado astutos para ser arrinconados y a mandar sobre gentes demasiado espabiladas para ser gobernadas. Todas sus expediciones contra enemigos quedaban frustradas y malogradas, al tiempo que todas sus medidas para la seguridad pública eran recibidas con oposición por su pueblo. Si proponía constituir una tropa eficiente para la defensa propia, la multitud —es decir, esos vagabundos miembros de la comunidad que nada tienen que perder— inmediatamente daba la voz de alarma y vociferaba que sus intereses estaban en peligro, que un ejército permanente no era más que una legión de polillas alimentada con los bolsillos de la sociedad, una barra de acero en manos del Gobierno, y que una Administración con una fuerza militar a sus órdenes inevitablemente terminaría por caer en el despotismo. En caso de que, como solía suceder con tanta frecuencia, retrasara los preparativos hasta el momento mismo de urgencia, para entonces reunir a toda prisa a un puñado de vagabundos indisciplinados, la medida era recibida con protestas por ser débil e inadecuada, por frivolizar con la dignidad y la seguridad de los ciudadanos, así como por desperdiciar la hacienda pública en empresas por completo incapaces. En caso de recurrir a la ahorrativa medida de la proclama, los yanquis respondían con carcajadas, y, si la apuntalaba con embargos, estos eran incumplidos y torpedeados por sus propios ciudadanos. Tomara la orientación que tomara, se veía asediado y distraído por las peticiones de «numerosas y respetables asambleas» —compuestas en realidad por media docena de despreciables políticos de taberna—, las cuales no solo leía, sino, lo que es peor, a todas prestaba atención. La consecuencia era que, por este incesante cambio de medidas, ninguna era debidamente puesta a prueba y, al prestar oídos a los clamores de la multitud y tratar de hacer cuanto le pedían, en realidad nada ponía en marcha.

No supondremos, sin embargo, que asumía todos estos memorandos e

interferencias con buen talante, pues tal idea sería injusta con su espíritu valiente; muy al contrario, jamás recibió consejo alguno en toda su vida sin antes manifestar su ira al consejero. Pero he observado que los apasionados hombrecillos, como los botes pequeños con largas velas, son los más sencillos de atribular y virar de dirección, tal y como demuestra el gobernador Kieft, quien, pese a contar con un temperamento abrasivo como un rábano pasado, así como con una mente perpetuamente sometida a tornados y torbellinos, siempre sucedía que se dejaba llevar por el último consejo que atravesara sus oídos. Afortunado fue, no obstante, de que su poder no dependiera de la resbaladiza multitud y de que por entonces el pueblo no poseyera el importante privilegio de designar a su representante máximo. El populacho, eso sí, comportándose como una verdadera turba, hizo cuanto fue posible para asistirlo en las cuestiones públicas: lo fastidió sin descanso y lo provocó con arengas y peticiones, para después frustrar su animado espíritu con quejas y memorandos como una panda de jinetes de domingo que manejaran las riendas de un desgraciado jamelgo, de tal modo que es posible afirmar que Wilhelmus Kieft se mantuvo bien en constante preocupación o bien al galope a lo largo de toda su administración.

Capítulo VII

Que contiene diversas descripciones espantosas de las Guerras Fronterizas y las flagrantes atrocidades cometidas por los invasores de Connecticut; junto con el auge del gran Consejo Anfictiónico en el este y el declive de Guillermo el Irascible

Entre los muchos peligros y contratiempos que amenazan a este su esforzado historiador, existe uno que, pese a mi inenarrable delicadeza y mi ilimitada buena voluntad hacia todos mis congéneres, no tengo esperanza de evitar. Al examinar con mano curiosa pero corazón piadoso los restos putrefactos del ayer, puedo correr una suerte similar a la del valiente Sansón, quien al lidiar con el cadáver de un león atrajo a un enjambre de abejas que le rodearon la cabeza. Así pues, soy consciente de que al detallar las múltiples fechorías de la tribu yanokie o yanqui, existen nueve sobre diez posibilidades de ofender la malsana sensibilidad de algunos de sus descendientes de actitud menos razonable, quienes sin duda saldrán disparados y elevarán tal zumbido en torno a mi pobre testa que necesitaría el duro cuero de un Aquiles o un Orlando furioso para protegerme de sus aguijones. De ser este el caso, lamentaría sincera y profundamente no mi mala suerte al provocar agravios, sino la obcecada perversidad de esta malintencionada y cruel época, por ofenderse con cualquier cosa que pudiera yo decir. Mis honrados, buenos e irascibles señores, ¿cómo por todos los santos puedo evitarlo si sus bisabuelos se comportaron de modo vil con mis bisabuelos? Mucho me aflige, de corazón, y preferiría un millar de veces que su conducta hubiera sido mil veces mejor. Pero, puesto que estoy dejando por escrito los sagrados acontecimientos de la historia, no reduciré ni un ápice la honesta verdad ni aunque tenga la certeza de que la tirada completa de mi trabajo terminará siendo adquirida y quemada por el vil verdugo de Connecticut. Y permítanme decirles, mis estimados señores, que este es uno de los grandes propósitos por los que nosotros, los historiadores imparciales, fuimos enviados al mundo: para reparar los males y hacer caer el peso de la justicia sobre las cabezas de los culpables. De este modo, si bien una nación puede agraviar a sus vecinos con impunidad temporal, llegará un momento en el que aparecerá un historiador que les castigue las costillas a modo de restitución. Así sus antepasados, se lo puedo garantizar, poco podían concebir cuando pateaban y abofeteaban a la noble provincia de Nieuw Nederlandts —para desesperación de su desafortunado pequeño gobernador— que un historiador como yo podría aparecer para darles a ellos el mismo tratamiento, ¡y con intereses! ¡Ay, Dios!, si solo hablar de ello me hace hervir la sangre y me siento tan tentado como si estuviera sentado a la mesa ¡de hacer picadillo a toda una hueste de vuestros antepasados en la próxima página! Sin embargo, por el generoso afecto que siento

hacia sus descendientes, me contengo, y confío en que cuando perciban el modo tan absoluto en el que los tengo en mi poder y cómo, con solo una floritura de mi pluma, podría dejar a todo hijo de su madre huérfano de abuelos, no serán capaces de aplaudir lo suficiente mi sinceridad y magnanimidad. Volvamos, pues, con la acostumbrada calma e imparcialidad, al curso de mi historia.

Afirmaron los hombres ilustres de la Antigüedad, familiarizados íntimamente con estas cuestiones, que a las puertas del palacio de Júpiter descansaban dos inmensos toneles, uno repleto de bendiciones y el otro de desgracias. Pues pareciera que el último hubiera dispuesto de una espita que hubiese quedado abierta para inundar la desafortunada provincia de Nieuw Nederlandts. Entre otras causas de irritación, las incesantes irrupciones y saqueos de sus vecinos orientales a través de sus fronteras echaban continuamente leña al fuego al temperamento de naturaleza inflamable de Guillermo el Irascible. Muchas descripciones de estas actividades pueden encontrarse todavía en los documentos de días pasados, pues los comandantes de los puestos fronterizos eran especialmente cuidadosos a la hora de demostrar su vigilancia y celo marcial en competición por ver quién redactaba los más frecuentes y voluminosos boletines de protesta, del mismo modo que nuestro fiel sirviente aparece continuamente con quejas en el salón a propósito de las nimias riñas y faltas que se producen en la cocina.

Todos estos valientes chismes eran recibidos con gran ira por el apasionado pequeño gobernador y sus súbditos, quienes estaban tan dispuestos a oír y se mostraban tan crédulos con estas fábulas fronterizas como lo están mis estimados conciudadanos al deglutir las divertidas noticias con las que se llenan a diario nuestros periódicos relativas a agresiones británicas en alta mar, secuestros a manos francesas en tierra firme e infracciones españolas en la *tierra prometida* de Luisiana—todo lo cual demuestra lo que con antelación se afirmó, que nuestras ilustradas gentes disfrutaban con las desdichas—.

Lejos de mi intención está, no obstante, insinuar que nuestros valiosos antepasados se dejaran llevar por alertas sin fundamento; muy al contrario, a diario sufrían una repetición de crueles injusticias, cualquiera de ellas razón suficiente —al considerar los estándares de dignidad y honor nacional— para sumir al universo entero en un estado de confusión y hostilidad.

De entre esta multitud de amargos agravios con presencia documental seleccionaré algunos de los más atroces y dejaré que mi lector juzgue si nuestros progenitores no contaban con justificación suficiente para reaccionar con muy gallarda cólera.

24 de junio de 1641. ¡Quienesquiera de Hartford tomaron un puerco del *vlact* o ejido y encerráronlo por mero rencor u otro prejuicio, haciéndolo padecer hambre en la porqueriza!

26 de julio. Los susodichos ingleses otra vez sacáronle los sus puercos a la compañía del *vlavt* de Sicojoke y lleváronselos a Hartford peleando todos los días con reproches, golpes, también a las personas, y todas las desgracias capaces de imaginar.

20 de mayo de 1642. Los ingleses de Hartford soltáronlo violentamente un caballo de la honrosa

compañía que estabase atado en el ejido o *vlact*.

9 de mayo de 1643. Los caballos de la compañía que pastaban en las tierras de la compañía fuéronse llevados a Connecticut o Hartford, y al pastor animadamente golpeáronle con hachas y palos.

16 de mayo. Otra vez vendieronlo un puerco joven perteneciente a la compañía cuyos cerdos pastaban en las tierras de la compañía^[71].

¡Oh, altos poderes, cuánta indignación causaban todos y cada uno de estos ultrajes al filosófico Kieft! Una carta tras otra, una protesta tras otra, una proclama tras otra —en mal latín^[72], peor inglés y repugnante bajo neerlandés—, se enviaron a los inexorables yanquis en un tiempo en el que jamás conocieron jornada de descanso las veinticuatro letras del alfabeto, que eran —excepción hecha de su paladín, el enérgico trompetista Van Corlear— el único destacamento militar permanente que tenía a su mando el gallardo Guillermo. Tampoco Antony el trompetista iba a la zaga a su patrón en su fiero celo, sino que, como fiel paladín y custodio de la seguridad pública, con la llegada de toda nueva noticia hacía sonar su trompeta desde las murallas con las más desastrosas notas, lo que llevaba a los ciudadanos a sumirse en los más violentos sobresaltos e interrumpía su descanso en todo momento y estación —algo que le granjeó una muy alta estima, así como los favores económicos y mimos de los ciudadanos, tal y como sucede con los editores más pendencieros por unos servicios de similar importancia—.

Las incursiones por el este comenzaron entonces a tomar un cariz más oscuro que nunca, pues, tal y como se ha señalado, hasta entonces la provincia había sido incomodada principalmente por sus vecinos inmediatos, las gentes de Connecticut, especialmente de Hartford, localidad que, si juzgamos por nuestra crónicas más antiguas, era el baluarte de estos tenaces intrusos, de donde partían sus osadas incursiones que llevaban el terror y la devastación a los graneros, los gallineros y las pocilgas de nuestros venerados antepasados.

Sin embargo, en torno al año de 1643 las gentes de las regiones orientales que poblaban las colonias de Massachusetts, Connecticut, Nueva Plymouth y Nueva Haven, se reunieron en un vibrante cónclave y, tras muchos días de desorden y confusión, como una colmena política de abejas en el momento de enjambrar, terminaron por conformarse en una formidable confederación denominada Colonias Unidas de Nueva Inglaterra. Mediante esta unión se comprometían a defenderse unos a otros ante cualquier peligro y amenaza, así como a cooperar en todo tipo de medida ofensiva y defensiva contra los salvajes que los rodeaban, entre los cuales sin duda incluían a nuestros venerados antepasados de Manhattoes. Para dotar de mayor fortaleza y funcionalidad a esta confederación, se celebraría una asamblea general o gran consejo anual, compuesto por representantes de cada una de las provincias.

Al recibir noticias de esta poderosa unión, el fogoso Wilhelmus quedó sumido en gran consternación y, por primera vez en toda su vida, se olvidó de montar en cólera al conocer tan inoportuna información —algo que, tal y como señala un venerable historiador de la época, no pasó en absoluto inadvertido a los sabios políticos de

Nueva Ámsterdam—. Lo cierto es que, al volver la vista hacia todo cuanto había leído en La Haya relativo a ligas y uniones, descubrió que se encontraba ante una imitación fiel del famoso consejo anfictionico mediante el que los estados de Grecia lograron alcanzar inmenso poder y supremacía, una idea que hizo temblar a su corazón, temeroso de la seguridad de su imperio de Manhattoes.

Insistió rotundamente en que el único objetivo de esta confederación era expulsar a los neerlandeses de sus justos dominios, y siempre se sumía en grandes ataques de cólera cuando alguien se atrevía a dudar de la probabilidad de su conjetura. No creo, para serles sincero, que sus sospechas fueran completamente injustificadas, pues en el primer encuentro anual del gran consejo, que tuvo lugar en Boston (a la que el gobernador Kieft denominaba la Delfos de esta liga de verdadero carácter clásico), se presentaron fuertes protestas contra los neerlandeses, a quienes acusaban de realizar en sus intercambios con los indios un tráfico de «armas, pólvora y proyectiles: un comercio detestable y perjudicial para los colonizadores». No es que algunos de los comerciantes de Connecticut no tomaran parte asimismo en este «detestable tráfico», sino que siempre vendían a los indios tan viles armas que estas explotaban en la primera descarga —por lo que consecuentemente no herían más que a estos salvajes paganos—.

El auge de esta poderosa confederación supuso un golpe mortal a la gloria de Guillermo el Irascible, quien, desde ese mismo día, según señalaron muchos, nunca volvió a mantener la cabeza alta, sino que siempre se mostró cabizbajo. Su mandato posterior, por tanto, ofrece escaso alimento a la pluma del historiador: encontramos al gran consejo con un incremento continuo de su poder y amenazando con aplastar a la poderosa aunque indefensa provincia de Nieuw Nederlandts, mientras que Wilhelmus Kieft proseguía lanzando sin descanso sus proclamas y protestas, como un tenaz capitán de pequeño tamaño que dispara infinitos cañonazos y pedreros para abrir brecha y dispersar un ataque por mar, mas ¡ay!, no logra más efecto que si hubiera disparado cargas de fogeo.

El último documento registrado de este sabio, filosófico, pero desafortunado hombrecillo es una larga carta al consejo de los anfictiones, en la que con toda la amargura de su alma embiste contra las gentes de Nueva Haven (o Colinas Rojas) por su descortés desprecio de la protesta que les envió por invadir la provincia de sus altos y poderosos señores. De esta carta, todo un modelo de destreza epistolar, cargado de concisos apotegmas y figuras clásicas, mis limitaciones me permiten únicamente extraer el siguiente pasaje oscuro: «Con toda certeza, cuando a los habitantes de Nueva Hartford oímoslos quejarse de nosotros, nos parece estar escuchando al lobo de Esopo protestar del cordero o la advertencia del joven que gritábale a su madre cuando esta reprendía a sus vecinos: “Oh, madre, insúltala, no sea que ella asuma esa práctica contra ti primero”. Sin embargo, advertidos por intercambios precedentes, recibimos la respuesta de Nueva Haven que esperábamos: *el águila siempre desprecia el vuelo del escarabajo*; no obstante, indomables

persistiremos en la defensa de nuestro justo derecho mediante las armas precisas y los más rectos medios, así como esperamos sin vacilar ejecutar las órdenes expresas de nuestros superiores». Y para demostrar que esta última oración no era meramente una amenaza vacua, concluyó su carta protestando intrépido contra el consejo en su conjunto como una turba de *invasores* e intrusos, habida cuenta de que celebraban su encuentro en Nueva Haven (o Colinas Rojas), localidad que Kieft consideraba parte de la provincia de Nuevos Países Bajos.

Así concluyen las autenticadas crónicas del mandato de Guillermo el Irascible, pues en adelante, entre los problemas y la confusión de los tiempos, parece haber sido completamente ignorado y haber escapado para siempre entre los dedos de la escrupulosa historia. De hecho, por algún motivo u otro que no logro adivinar, parece haberse producido un acuerdo entre los historiadores para hundir su nombre en el olvido, tras el cual todos y cada uno de ellos se abstuvieron de señalar incluso sus proezas; y pese a que yo haya frustrado a los bellacos en tan nefaria conspiración, me pregunto seriamente si ninguno de sus partidarios no mostrará la voluntad de levantarse y cuestionar la autenticidad de algunos de los datos bien establecidos e incontrovertibles que he registrado en mi obra. Pero que se atrevan por su cuenta y riesgo, pues si atrapo a cualquier calumnioso incendiario que contradiga una palabra de esta inmaculada historia o robe a mis héroes la más mínima pizca de ese renombre que tan gloriosamente merecieron, que me maten si no le vacío todo mi tintero encima aunque iguale en tamaño al sabio Gargantúa, quien, según la fidedigna crónica de sus milagrosos logros, pesaba siete mil quintales.

Me ha supuesto gran ansiedad que tal oscuridad pueda pender sobre los últimos días del ilustre Kieft, pues era un gran hombrecillo merecedor de reconocimiento; estamos ante el primer potentado que introdujo en esta tierra el arte del combate por proclamas y la defensa nacional mediante trompetistas y molinos de viento: un modo de guerra ahorrativo y humanitario recuperado posteriormente con grandes vítores y que promete, si pudiera aplicarse por completo, prevenir grandes problemas y derroches pecuniarios, así como evitar muchos más baños de sangre que el descubrimiento de la pólvora o la invención de los torpedos.

Cierto es que algunos de los primeros poetas de la provincia, muy numerosos en Nieuw Nederlandts, se aprovecharon de la misteriosa desaparición de Guillermo el Irascible para fabular que, como Rómulo, se trasladó a los cielos y forma una muy brillante estrellita en algún lugar de la pinza izquierda de Cáncer; mientras que otros, igualmente fantasiosos, declaran que experimentó una suerte similar a la del buen rey Arturo, quien, según nos aseguran los antiguos bardos, fue llevado a las deliciosas moradas del edén, donde todavía habita, en prístino valor y fortaleza, y regresará en buena hora a rescatar a la vieja Inglaterra de las manos de los miserables, frívolos y pedantes consejos de ministros, así como para restaurar la valentía, el honor y la inmaculada probidad que prevalecían en los gloriosos días de la Mesa Redonda^[73].

Estas no son más que agradables fantasías, no obstante, las enmarañadas visiones

de esos sinvergüenzas, los poetas, a quienes espero que mi juicioso lector no conceda ninguna credibilidad. Me niego a atribuir crédito alguno a la afirmación de un antiguo y más bien apócrifo historiador que asegura que el ingenioso Wilhelmus fue aniquilado por el derrumbe de uno de sus molinos de viento; como tampoco a ese autor posterior que afirma que cayó víctima de un experimento filosófico que había intentado comprobar durante años sin éxito: según este, habría sufrido la desgracia de romperse el cuello al precipitarse desde la ventana del desván del ayuntamiento en un intento fallido por lograr que los halcones comieran de su mano.

La descripción más probable de los hechos —y a la que me inclino a dar mi confianza absoluta— forma parte de una tradición muy oscura, la cual señala que con los constantes problemas en sus fronteras, los incesantes planes y proyectos que se revolvían en su propio pericráneo —los memorandos, peticiones, protestas y sabios consejos de diversas respetables asambleas del pueblo soberano, junto con la obstinada disposición de su consejo, empeñado en disentir en todo punto y opinar incorrectamente a propósito de cualquier cuestión—, todo esto, decía, giraba sin descanso y mantenía su mente como un horno, hasta que acabó tan quemado como la pipa de una familia neerlandesa que ha pasado por tres generaciones de grandes fumadores. De este modo el colérico pero magnánimo Guillermo el Irascible sufrió una suerte de combustión animal y se consumió como una pequeña vela, hasta tal punto que, cuando la triste muerte finalmente lo apagó, ¡apenas quedaba suficiente de él que enterrar!

Fin del libro cuarto

LIBRO QUINTO

Que contiene la primera parte del mandato de Pieter Stuyvesant y sus dificultades con el Consejo Anfictiónico

Capítulo I

En el que se muestra que la muerte de un gran hombre no conlleva tan inconsolable pesar; y cómo Pieter Stuyvesant adquirió gran fama gracias a la insólita solidez de su cabeza

Para el filósofo profundo, como un servidor, capaz de observar con claridad cuestiones en las que las gentes comunes apenas alcanzan a penetrar, no hay hecho más simple y manifiesto: la muerte de un gran hombre es cuestión de muy escasa relevancia. Por muy elevados que nos consideremos y por mucho que podamos excitar el aplauso vacío de la multitud, la verdad es que la mayor parte de nosotros en realidad ocupamos un espacio extremadamente pequeño en el mundo, así como es igualmente cierto que incluso ese pequeño espacio es rápidamente ocupado cuando lo dejamos vacío. «¿Qué importancia tiene —se preguntaba el elegante Plinio— que los individuos aparezcan o se marchen? El mundo es un teatro cuyas escenas y actores están en continuo cambio». Nunca habló filósofo alguno con mayor claridad, por lo que me pregunto cómo una afirmación tan inteligente se pudo pronunciar tantos siglos atrás sin que la humanidad la haya aprendido de memoria. Un sabio sigue las huellas de otro; un héroe desciende de su triunfante cuadriga para dejar sitio al héroe que lo prosigue; mientras que del más orgulloso monarca apenas se dice: «Reposó junto a sus antepasados y su sucesor reinó en su lugar».

Al mundo, para sernos por completo sinceros, poco le importan estas pérdidas, y si fuera dejado a su aire pronto se olvidaría de llorarlas; y si bien una nación a menudo se ha visto figuradamente ahogada en sollozos por la muerte de un gran hombre, existen nueve de diez posibilidades de que ninguna lágrima individual se haya vertido por el triste acontecimiento —excepto las de la pesarosa pluma de algún escritor hambriento—. Son el historiador, el biógrafo y el poeta quienes portan la carga completa del dolor, quienes —¡infelices lacayos!—, como los enterradores de Inglaterra, asumen el principal papel de dolientes, quienes hinchan el pecho de una nación con suspiros que jamás liberó y la inundan con lágrimas que jamás soñó verter. Así, cuando el patriótico escritor llora y brama, en prosa, en verso libre y en rima, y recopila las lágrimas de pesar público en un libro, como si de un vaso lacrimatorio se tratara, es más que probable que sus conciudadanos estén comiendo y bebiendo, tocando el violín y danzando, tan por completo ignorantes de las amargas lamentaciones realizadas en su nombre como lo son esos hombres de paja, John Doe y Richard Roe, de los demandantes para los que generosamente se comprometen en ocasiones a ser sus garantes^[74].

El héroe más glorioso y digno de aclamación que jamás afligió a una nación podría haber caído en el olvido entre los restos de su propio sepulcro si no le hubiera

tomado aprecio algún amable historiador que benévolo transmitió su nombre a la posteridad; y por mucho que el valiente Wilhelmus Kieft se preocupara, se afanara y se confundiera mientras tenía los destinos de toda una colonia en sus manos, me pregunto con toda seriedad si no estará en deuda con esta historia auténtica en lo relativo a su futura fama.

Su marcha no ocasionó convulsión alguna en la ciudad de Nueva Ámsterdam ni en su vecindad: no tembló la tierra, tampoco abandonó la noche ninguna estrella; los cielos no se amortajaron de negro, como voluntariosos tratarán de persuadirnos los poetas con motivo de la desafortunada muerte de un héroe; las piedras (vagabundas de marmóreo corazón) no se deshicieron en lágrimas; como tampoco inclinaron los árboles sus copas en silente pesar; y en cuanto al sol, se marchó a la cama esa noche, como siempre, y mostró un rostro alegre cuando despertó, como hizo en todo momento el mismo día de ese mes de cualquier año, tanto anterior como posterior. Las buenas gentes de Nueva Ámsterdam, sin excepción, declararon que había sido un pequeño gobernador siempre muy ocupado, activo y afanoso; que fue «el padre de toda la región»; que era «la más noble obra de Dios»; que «fue un hombre, después de todo, como el que nunca volveremos a conocer otro»; a lo que se suma todo un abanico de expresiones corteses y afectuosas que se pronuncian habitualmente a la muerte de todos los grandes hombres. Dichas estas palabras, se fumaron sus pipas, no volvieron a pensar en él y Pieter Stuyvesant lo sucedió en el cargo.

Pieter Stuyvesant fue el último y, como el afamado Wouter van Twiller, fue también el mejor de nuestros antiguos gobernadores neerlandeses. Wouter había sobrepasado a todos cuantos lo precedieron, mientras que Pieter, o Piet, como cariñosamente lo llamaban los viejos burgueses neerlandeses, siempre prestos a reducir los nombres, jamás se vio igualado por ningún sucesor. Era, de hecho, el hombre mejor dispuesto por la naturaleza para salvar la desesperada fortuna de su amada provincia, si no hubieran las Moiras —Cloto, Láquesis y Átropos, las más poderosas, intachables e implacables de todas las solteronas inmortales de la Antigüedad— destinado esta a una inextricable confusión.

Decir sencillamente que fue un héroe sería tratarlo con incomparable injusticia, pues configuraba en realidad una combinación de héroes, ya que era de constitución robusta aunque huesuda como Áyax Telamonio, tan famoso por su habilidad para apalear a los pequeños troyanos, y contaba con un par de hombros romos por los que Hércules habría dado su piel (me refiero a su piel de león) cuando se propuso liberar al viejo Atlas de su carga. Asimismo, tal y como Plutarco describe a Coriolano, no solo era terrible por la fuerza de su brazo, sino también por la de su voz, que sonaba como si brotara de un barril; y como el mismo guerrero mostraba un soberano desprecio por el pueblo soberano, así como una apariencia férrea suficiente en sí misma para hacer que las vísceras de sus adversarios se revolvieran de terror y aflicción. Toda esta excelencia marcial en su aspecto exterior se veía impulsada indescriptiblemente por una ventaja accidental, con la que estoy seguro de que

Homero ni Virgilio agraciaron a ninguno de sus héroes, pues vale tanto como las irrelevantes cicatrices y heridas de la *Ilíada* y la *Eneida*, sumadas a las de la *Farsalia* de Lucano. Esta no era más que una temible pata de palo, el único premio que había obtenido en las valientes batallas por el bien de su país, pero de la cual estaba tan orgulloso que a menudo se le oyó declarar que la valoraba más que al resto de sus miembros juntos; de hecho, tanto la estimaba que hizo que la adornaran y embellecieran con elementos de plata, lo que causó que se señalara en diversas historias y leyendas que la suya era una pierna de plata^[75].

Como ese colérico guerrero, Aquiles, era dado a súbitos ataques de ira, los cuales a menudo eran un tanto desagradables para sus validos y sirvientes, cuya agudeza tenía tendencia a elevar a la manera de su ilustre imitador, Pedro el Grande, ungiéndoles los hombros con su bastón.

Sin embargo, la similitud por la que más estima le confiero era la que mantenía en muchos aspectos con el famoso Carlomagno. Si bien no he logrado hallar documentos que atestigüen que hubiera leído a Platón, Aristóteles, Hobbes, Bacon, Algernon Sidney o Tom Paine, en ocasiones manifestaba una astucia y una sagacidad en sus medidas que difícilmente se esperarían de un hombre que no supiera griego y nunca hubiera estudiado a los sabios de la Antigüedad. Ciertamente es, y con pena queda aquí registrado, que mostraba una poco razonable aversión a los experimentos y se enorgullecía de gobernar su provincia del modo más sencillo, pese a lo cual logró conservarla en mejor orden de lo que lo hiciera el erudito Kieft, pese a que este contaba con todos los filósofos antiguos y modernos para asistirlo y confundirlo. He de reconocer asimismo que impulsó apenas unas pocas leyes, pero cierto es que se ocupó de que estas fueran aplicadas de modo inflexible e imparcial —y no dudo que la justicia en su conjunto estuvo tan bien administrada como si se hubieran aprobado tomos y tomos de sabias normas y estatutos cada año que a diario se habrían ignorado y olvidado—.

Era, de hecho, el mismo reverso de sus predecesores, pues no se mostraba inerte ni tranquilo como Gualterio el Dubitativo, ni inquieto y nervioso como Guillermo el Irascible, sino que era un hombre, o más bien un gobernador, de mente tan extraordinariamente activa y decisiva que jamás buscó ni aceptó el consejo de otros, confió únicamente en su cabeza, como hacían los héroes de ayer en sus armas, para avanzar entre toda dificultad y peligro. La sencilla verdad era que no carecía de ningún requisito para ser un perfecto estadista más que el de pensar siempre de forma correcta, pues nadie podrá negar que en toda ocasión actuó en consonancia con sus ideas, y si carecía de exactitud, lo compensaba con su perseverancia. ¡Una cualidad excelente esta!, pues es sin duda más digno de un gobernante ser perseverante y consistente en el error que vacilante y contradictorio al tratar de hacer lo correcto. Esto es por completo cierto y generosamente hago pública esta máxima para beneficio de todo legislador, tanto grande como pequeño, que ondea al viento sin saber qué camino tomar: un gobernante que actúa conforme a su propia voluntad sin

duda quedará satisfecho consigo mismo, mientras que aquel que busca complacer los deseos y antojos de otros, corre un gran riesgo de no satisfacer a nadie. El reloj que queda quieto y señala resolute en una dirección con total seguridad estará en lo cierto dos veces en las veinticuatro horas, cuando otros pueden funcionar sin descanso y no abandonar jamás su perpetuo error.

Tan magnánima virtud no escapó a la perspicacia de las buenas gentes de Nieuw Nederlandts, muy al contrario, tan elevada opinión guardaban de la mente independiente y el vigoroso intelecto de su nuevo gobernador que unánimemente lo denominaron Hard-koppig Piet, o Pedro el Testarudo, ¡un gran halago a su entendimiento!

Si de todo lo dicho hasta ahora no infiere, estimado lector, que Pieter Stuyvesant era un gobernador duro, robusto, valiente, curtido, brioso, correoso, osado, enérgico, obstinado y heroico, es usted bastante zoquete a la hora de extraer conclusiones.

Este excelente gobernador, cuya personalidad acabo de tratar de esbozar de modo sumario, comenzó su administración el 29 de mayo de 1647, un día extraordinariamente tormentoso y distinguido en todos los almanaques del momento que han llegado hasta nosotros con el nombre de «viernes ventoso». Puesto que era muy celoso de su solemnidad personal y oficial, fue investido en el cargo con gran pompa, para lo que se preservaba con mimo el magnífico sillón de roble del afamado Wouter van Twiller, de igual modo que el sillón y la piedra de Scone, en Escocia, se reservaban para la coronación de los monarcas caledonianos.

No debo omitir mencionar que el tempestuoso estado de los elementos, junto con el hecho de que aquel fuera el desafortunado día de la semana denominado «día de patíbulo», no dejó de suscitar muy graves especulaciones y diversos temores muy razonables entre los habitantes de más edad y sabiduría, mientras que varias integrantes del bello sexo, reputadas por sus notables habilidades en la ciencia y el misterio de la astrología y la adivinación, declararon abiertamente que aquellos eran horribles presagios de una desastrosa administración; un hecho que terminó lamentablemente por verificarse y que demuestra, más allá de toda discusión, la sabiduría de prestar atención a esas indicaciones preternaturales —ofrecidas por los sueños y las visiones, el vuelo de las aves, la caída de meteoritos y el cacareo de los gansos— a las que los sabios y gobernantes de la Antigüedad concedían tan juiciosa confianza, así como a esas estrellas fugaces, eclipses de luna, aullidos de perros y llamaradas de velas cuidadosamente anotadas e interpretadas por las viejas sibilas proféticas de nuestros tiempos, quienes en mi humilde opinión son las legítimas dueñas y custodias de la antigua ciencia de la adivinación. Lo que no arroja duda es que el gobernador Stuyvesant tomó el bastón de mando en un periodo turbulento en el que los enemigos se apiñaban amenazantes en las fronteras, en el que la anarquía y la más porfiada oposición reinaban rampantes dentro de estas, y en el que la autoridad de los altos y poderosos señores los Estados Generales —si bien cimentada en los amplios cuartos traseros de la inocente estupidez, sustentada en el ahorro y defendida

con discursos, protestas, proclamas, banderas, trompetistas y molinos de viento—vaciló, osciló, se tambaleó, y finalmente se postró en el barro a causa de los invasores británicos de un modo muy similar al que nuestras majestuosas, estupendas, pero raquíticas torres de tablillas caerán un día u otro sobre nuestras cabezas a causa de un brusco soplo de viento.

Capítulo II

Que muestra cómo Pedro el Testarudo hubo de sacudirse ratas y telas de araña al incorporarse a su cargo; así como el peligroso error que cometió en sus negociaciones con los Anficiones

Los primerísimos movimientos del gran Pieter al tomar las riendas gubernamentales mostraron la magnanimidad de su espíritu, si bien ocasionaron no poca sorpresa e incomodidad entre las gentes de Manhattoes. Al descubrirse constantemente interrumpido por la oposición e incordiado por las sabias recomendaciones de su consejo privado, cuyos miembros habían adquirido durante el mandato precedente el irrazonable hábito de pensar por sí mismos y expresarse en voz alta, decidió detener de inmediato tan penosa abominación. Apenas, por tanto, había accedido al cargo, cuando despidió de un puntapié a todos esos entrometidos que componían el faccioso consejo de Guillermo el Irascible, los cuales fueron sustituidos por consejeros escogidos entre esas respetables familias de peso y sueño que florecieron y dormitaron en el tranquilo mandato de Gualterio el Dubitativo. A todos ellos los dotó de abundantes pipas de gran longitud y los agasajó con frecuentes cenas oficiales, recomendándoles que fumaran, comieran y durmieran por el bien de la nación, mientras él asumía la carga del gobierno en sus propios hombros (una decisión ante la que todos pronunciaron un caluroso gruñido de asentimiento).

No se detuvo aquí, sino que arrasó con las ingeniosas invenciones y costumbres de su sabio predecesor: demolió sus mástiles y molinos de viento, que como poderosos gigantes custodiaban las murallas de Nueva Ámsterdam; mandó al *duivel* baterías completas de cañones cuáqueros; arrancó de raíz su moderna horca, en la que viles vagabundos eran suspendidos de los calzones, y, en pocas palabras, puso patas arriba todo el sistema filosófico, económico y eólico del inmortal sabio de Zaandam.

Las honestas gentes de Nueva Ámsterdam comenzaron entonces a temer por la suerte de su inigualable paladín, Antony el trompetista, quien se había hecho de modo prodigioso con el favor de las mujeres gracias a sus barbas y a su trompeta. A este convocó Pedro el Testarudo a su presencia y, mirándolo un instante de la cabeza a los pies con una expresión que habría paralizado a todo aquel que no fuera músico de metales, dijo: «Le ruego me aclare: ¿Quién es usted y a qué se dedica?». «Caballero —respondió el otro en modo alguno consternado—, por nombre, soy Antony van Corlear; por parentesco, soy hijo de mi madre; por profesión, paladín y guarnición de esta gran ciudad de Nueva Ámsterdam». «Mucho dudo —afirmó Pieter Stuyvesant— que no sea usted algún vil y bribón buhonero. ¿Cómo adquirió tan sumos honores y elevación?». «Feliz caballero —contestó el trompetista—, como muchos otros grandes hombres antes que yo, sencillamente por hacer sonar mi propia trompeta».

«¿Ah, sí? —se sorprendió el gobernador—, pues permítame disfrutar de su arte». En ese momento Van Corlear se llevó el instrumento a los labios e hizo sonar una descarga con tan tremenda energía, tan delicioso trémolo y tan triunfante cadencia que habría sido suficiente para que a todo aquel situado a un kilómetro de distancia el corazón le diera un vuelco. Al igual que un corcel habituado a la guerra que pace en una tranquila llanura y por casualidad oye los compases de la música marcial, levanta las orejas, relincha, pateo y se emociona con el sonido, asimismo el alma heroica del poderoso Pieter se alegró al oír el estruendo de la trompeta, pues con razón se podría decir de él lo que la historia señala del famoso san Jorge de Inglaterra: «No había nada en este mundo que regocijara su corazón en mayor medida que oír el placentero sonido de la guerra y ver a los soldados blandir sus aceradas armas». Lanzó, pues, una mirada más amable al robusto Van Corlear y, al percibir que se encontraba ante un alegre hombrecillo entrado en carnes, de lengua astuta, pero de gran discreción e incalculable capacidad pulmonar, inmediatamente decidió concederle un sorprendente favor: lo liberó de su molesta obligación de guarnecer, defender y alarmar a la ciudad y lo conservó a su lado como su valido mayor, mensajero de confianza y leal escudero. En lugar de alterar a toda la ciudad con sus notas anunciadoras de catástrofes, recibió instrucciones de soplar su trompeta para deleitar al gobernador durante sus ágapes como hacían los juglares de antaño en los gloriosos días de la caballería, mientras que en toda ocasión pública alegraría los oídos de los presentes con belicosas melodías —con lo que mantendría vivo simultáneamente un espíritu noble y marcial—.

Muchas otras modificaciones y reformas, tanto para beneficio como para perjuicio de la provincia, realizó el gobernador, las cuales no cuento con tiempo suficiente para describir en detalle. Baste decir que pronto logró que la provincia al completo sintiera que él era su gobernante y que trataría al pueblo soberano con tan tiránica severidad que de buena gana todos mantuvieron la boca cerrada, permanecieron en casa y atendieron a sus quehaceres, hasta el punto de que cayeron prácticamente en el olvido las riñas y las distinciones entre partidos, lo que llevó a muchos prósperos taberneros a la ruina absoluta por falta de ingresos.

De hecho, el crítico estado de las cuestiones públicas en aquel momento exigía la más atenta vigilancia y diligencia. El formidable consejo de los anfictiones, que tantas tribulaciones había causado al desafortunado Kieft, continuó aumentando sus fuerzas y amenazaba con integrar en su unión a todos los principados y potencias del este. En el mismo año siguiente a la toma de poder del gobernador Stuyvesant, una gran delegación partió de la ciudad de Providence (famosa por sus polvorientas calles y sus hermosas mujeres) en nombre de la poderosa plantación de Rhode Island con el objetivo de solicitar su admisión en la liga.

De aquella solicitud ha llegado hasta nuestros días la siguiente cita de esta asamblea de personajes ilustres^[76]:

El señor Will Cottington y el capitán Partridg de Rhode Island presentaron por escrito la siguiente solicitud a los comisionados:

Nuestra propuesta fromal en nonbre de Rhude Iland es que nusotros los ileños de Rhude Iland podamos ser rexcatados en combinación con todas las coloñas unidas de Nueva Inglaterra en una frime y prepetua liga de amistad y croncordia ofensiva y defensiva de mutuo consejo y apollo en toda ocasión justa por nuestra siguridad mutua y bien estar, etc.

Will Cottington
Alicxsander Partridg

Confieso que solo mirar este horrible documento me hizo tembloroso temer por la seguridad de mi amada provincia. El nombre de Alejandro, por mal escrito que pudiera estar, ha sido en toda época belicoso y, aunque su fiereza en cierta medida queda suavizada al vincularse con el tierno apellido Partridge^[77], mantiene, como sucede con el color escarlata, un excesivo parecido con el sonido de una trompeta. Por el estilo de la carta, no obstante, y la militar ignorancia de la ortografía demostrada por el noble capitán Alicxsander Partridg al escribir su propio nombre, podemos entender que este poderoso hombre de la isla de Rhode (¡o Rodas!), como un segundo Áyax, era de poderosas armas, soberbio en el campo de batalla, pero en otros aspectos (no se entienda menosprecio en mis palabras) tan zopenco como si hubiera sido educado entre los sabios de Tracia, quienes —nos asegura Aristóteles del modo más calumnioso— no sabían contar más allá del número cuatro.

Sin embargo, fuera cual fuera la amenazadora orientación de esta famosa confederación, Pieter Stuyvesant no era un hombre que pudiera permanecer en estado de incertidumbre e impreciso temor; nada le placía más que encontrarse con el peligro cara a cara y prenderlo por las barbas. Decidido, por tanto, a poner fin a todas las mezquinas incursiones en sus fronteras, escribió dos o tres categóricas misivas al gran consejo, las cuales, si bien no redactadas en un pobre latín ni agraciadas por los tropos retóricos sobre lobos, corderos y escarabajos voladores, tuvieron más efecto que todas las elaboradas epístolas, protestas y proclamas de su sabio predecesor en conjunto. Como consecuencia de tan urgentes proposiciones, el sabio consejo de los anfictiones aceptó negociar un acuerdo final para la justa valoración de las reivindicaciones y la delimitación de las fronteras con el objetivo de firmar entre las dos potencias una paz perpetua y serena. Con este propósito envió el gobernador Stuyvesant a dos embajadores que negociarían con los comisionados del gran consejo de la liga, tras lo que se firmó del modo más solemne un tratado en Hartford. Al recibir noticias de este acontecimiento, la comunidad entera de Nueva Ámsterdam liberó un aullido de júbilo. La trompeta del robusto Van Corlear sonó durante todo el día con alegre estruendo desde las murallas del Fuerte Ámsterdam, mientras que durante la noche la ciudad quedó magníficamente iluminada con doscientas cincuenta velas de sebo y un barril de brea que ardieron ante la vivienda del gobernador para celebrar el esperanzador futuro de las cuestiones públicas.

Entiendo que en este momento mi respetable aunque simple lector estará, como el magnífico Pieter, felicitándose con la sensación de que sus sentimientos no se

volverán a ver afectados por dolorosos acontecimientos como el robo de caballos, la apertura de cabezas, la incautación de puercos y los demás elementos del abanico de desgarradoras crueldades propias de estas ignominiosas guerras fronterizas. Pero si mi lector se dejara llevar por tales expectativas, no sería más que una nueva prueba, entre las muchas que ya ha ofrecido a lo largo de esta obra, de su completa ignorancia de las cuestiones de Estado. Este lamentable desconocimiento por su parte me obliga a dedicarme a una muy profunda disertación sobre la que llamaré su atención en el siguiente capítulo, en el que demostraré que Pieter Stuyvesant ya había cometido un gran error en términos políticos y que al firmar la paz comprometió sensiblemente la tranquilidad de la provincia.

Capítulo III

Que contiene diversas especulaciones filosóficas a propósito de la guerra y las negociaciones y demuestra que un tratado de paz supone un gran mal para toda nación

Defendía el poeta didáctico Lucrecio que la guerra era el estado original del hombre, a quien describía como un salvaje animal de rapiña en su estado primitivo, en perpetua situación de hostilidad con su propia especie, pero cuyo feroz espíritu se veía amansado y mejorado por la sociedad. La misma opinión ha mostrado el sabio Hobbes, si bien no carecemos de una multitud de sabios filósofos que la admitan y la defiendan.

Por mi parte, estimo en gran medida estas valiosas especulaciones tan elogiosas de la naturaleza humana y que tan ingeniosamente calculadas están para convertir en bestias tanto al escritor como al lector; sin embargo, a este respecto me inclino a asumir la proposición por la mitad, pues creo con el viejo Horacio^[78] que pese a que la guerra pudo haber sido originalmente el pasatiempo favorito y la dedicación más diligente de nuestros progenitores, al igual que sucede con muchas otras excelentes costumbres, lejos de verse debilitada, se ha visto cultivada y consolidada por el refinamiento y la civilización, por lo que aumenta su magnitud en proporción exacta según nos acercamos al estado de perfección, que es el *non plus ultra* de la filosofía moderna.

El primer conflicto entre hombre y hombre fue el mero ejercicio de la fuerza física, sin asistencia de armas auxiliares; el brazo era su escudo, el puño su maza y una cabeza abierta la catástrofe de la disputa. La pugna de la fuerza por sí sola se vio sucedida por la más áspera de las piedras y los palos, y la guerra asumió un aspecto sanguinario. Según la humanidad avanzaba en su refinamiento, al incrementarse sus facultades y la exquisitez de sus sensibilidades, rápidamente adquirió ingenio y experiencia en el arte de asesinar a sus congéneres. Inventó un millar de artilugios para la defensa y el ataque: el yelmo, la coraza y el escudo, la espada, la flecha y la jabalina, lo preparaban para eludir la herida así como para lanzar el golpe. Alentado todavía por la brillante y filantrópica carrera de la invención, agranda y fortalece sus capacidades de defensa y daño: el ariete, el escorpión, la ballesta y la catapulta otorgan horror y sublimidad a la guerra, magnifican su gloria al incrementar su devastación. Aún insaciable, si bien armado con maquinaria que parecía alcanzar los límites de la invención destructiva y ofrecer una capacidad lesiva comparable incluso a los deseos de revancha, debe realizar nuevas investigaciones de los diabólicos misterios bélicos. Con furioso celo penetra en las entrañas de la tierra, se esfuerza entre metales venenosos y mortales sales: el sublime descubrimiento de la pólvora

ilumina el mundo. ¡Y finalmente el espantoso arte de la lucha mediante proclamas parece dotar al demonio de la guerra de ubicuidad y omnipotencia!

¡Por todos los dioses, qué grandeza! Todo esto muestra ciertamente las capacidades de la mente y expresa ese divino regalo de la razón que nos distingue de los animales, nuestros inferiores. Los bárbaros sin instrucción se contentan con la fuerza bruta que la Providencia les ha asignado. El rabioso toro embiste con sus cuernos, tal y como hicieron sus progenitores antes que él; el león, el leopardo y el tigre buscan satisfacer su sanguinaria furia solo con sus garras y colmillos; e incluso la sutil serpiente arroja el mismo veneno y utiliza los mismos ardides que sus antepasados previos al diluvio. Únicamente el hombre, bendecido con la mente creativa, avanza de descubrimiento en descubrimiento, amplía y multiplica su capacidad de destrucción, ¡se arroga las tremendas armas de las propias deidades y hace que la creación lo asista para asesinar al gusano de su hermano!

En la misma proporción en que el arte de la guerra ha incrementado sus mejoras, ha avanzado la maestría en la preservación de la paz. No obstante, puesto que ya he sido muy prolijo con escaso propósito en la primera parte de este capítulo de verdadero carácter filosófico, no fatigaré a mi paciente pero poco instruido lector trazando la historia del arte de hacer la paz. Baste decir, como hemos hallado en esta era de maravillas e invenciones, que la proclama es la maquinaria más formidable para la guerra, y de igual modo hemos descubierto el no menos ingenioso medio para mantener la paz gracias a la negociación perpetua.

Un tratado o, para expresarnos más correctamente, una negociación no es, por tanto, según la interpretación que le conceden nuestros experimentados estadistas —versados en estas cuestiones—, un intento por acomodar diferencias, establecer derechos y garantizar un equilibrado intercambio de buenos oficios, sino una competición en materia de habilidades entre dos potencias para discernir cuál de ambas puede superar a la otra y engañarla. Es una empresa sutil obtener mediante maniobras pacíficas y las triquiñuelas propias de los consejos gubernamentales esas ventajas que de otro modo una nación habría tenido que pelear mediante la fuerza de las armas. El funcionamiento es el mismo que el de un concienzudo salteador que se reforma y se convierte en un excelente ciudadano digno de elogio al contentarse con engañar a su vecino para tomar posesión de esa propiedad que anteriormente habría hecho suya mediante la mera violencia.

De hecho, el único tiempo en el que se puede decir de dos naciones que se encuentran en un estado de perfecta concordia es cuando una negociación se encuentra abierta y está pendiente la firma de un tratado. Es entonces —pues no existen condiciones suscritas, cadenas que limiten la voluntad ni límites específicos que despierten esa insaciable envidia por los derechos ajenos implantada en nuestra naturaleza—, ya que ambas partes esperan alguna ventaja de la otra, cuando las dos naciones son más corteses y amistosas la una con la otra, como dos granujas en plena negociación. Sus ministros se profesan en esos momentos la más alta estimación

mutua, intercambian cartas de amor, pronuncian hermosos discursos y se dejan llevar por todos esos pequeños flirteos, coqueterías y cariños diplomáticos que tan maravillosamente hacen brotar el buen humor de las respectivas naciones. De este modo, se puede afirmar la paradoja de que no existe un entendimiento mejor entre dos naciones que cuando existe un ligero malentendido, ¡y mientras no alcanzan ningún acuerdo gozan del mejor de los acuerdos del mundo!

Puesto que soy de todos los hombres del planeta, especialmente entre los historiadores, el más sincero y modesto, ni por un segundo reclamaré el mérito de haber realizado este descubrimiento político. De hecho, fue puesto en práctica de modo secreto mucho tiempo ha por ciertos consejos de ministros muy ilustrados y es, junto con muchas otras notables teorías, copiado en secreto del libro de los lugares comunes del ilustre caballero que fue miembro del Congreso y disfrutó de la ilimitada confianza de los responsables de cada departamento. A este principio es posible atribuir la maravillosa inventiva mostrada en los últimos años a la hora de prolongar e interrumpir negociaciones. De aquí proviene asimismo la astuta medida de nombrar embajador a algún polemista político versado en dilaciones, sofismas y tergiversaciones y diestro en el arte de la argumentación incomprensible —o también a algún torpe estadista cuyos estúpidos errores e interpretaciones equivocadas puedan ser pretexto para rechazar la ratificación de sus acuerdos—. Y de igual modo sucede con el más destacado recurso, tan popular en nuestro Gobierno, de enviar a los embajadores por parejas. Entre estos, al tener una voluntad propia que satisfacer, una personalidad que demostrar e intereses que promocionar, es tan posible buscar unanimidad y acuerdo como lo es entre dos amantes con una querida, dos perros con un hueso o dos pillos desnudos con un solo par de calzones. Estos desacuerdos alimentan continuamente los retrasos y obstáculos, a consecuencia de los cuales la negociación avanza a las mil maravillas —habida cuenta de que no existe perspectiva de que pueda concluirse—. Nada se pierde con estos retrasos y obstáculos más que *tiempo*, y en una negociación, en consonancia con la teoría expuesta anteriormente, todo el tiempo perdido es en realidad tiempo ganado. ¡Cuánta deliciosa paradoja abunda en el misterio moderno de la economía política!

Todo esto que he señalado hasta ahora es tan evidentemente cierto que casi me sonroja ocupar a mis lectores abundando en cuestiones que en muchas ocasiones habrán desestimado por obvias. Pero la idea hacia la que más sinceramente desearía dirigir su atención es la siguiente: si bien una negociación es la más armónica de todas las actividades internacionales, un tratado de paz es un terrible mal político y una de las más productivas fuentes de conflicto.

En muy escasas ocasiones he visto en mis días un ejemplo de contrato especial entre individuos que no generara envidias, discusiones y a menudo categóricas rupturas entre los firmantes, como tampoco conozco ningún tratado entre dos naciones que no las mantenga perpetuamente en terrenos pantanosos. Cuántos dignos vecinos de las zonas rurales he conocido que, después de vivir en paz y concordia

durante años, se han visto sumidos en un estado de desconfianza, quejumbre y animosidad por algún infausto acuerdo relativo a vallados, cursos de agua o ganado perdido. Y cuántas bienintencionadas naciones, que de otro modo habrían mostrado la más amistosa de las disposiciones la una hacia la otra, han acabado enfrentadas por los incumplimientos o las diferencias de interpretación de algún acuerdo que en mala hora firmaron con la intención de afianzar su amistad.

En el mejor de los casos, los tratados son acatados mientras la salvaguarda de los intereses propios requiera su cumplimiento, por tanto prácticamente vinculan en exclusiva a la parte más débil o, en otras palabras, no son en absoluto vinculantes. Ninguna nación declarará gratuitamente la guerra a otra si no tiene nada que ganar con ello y, por tanto, no es necesario ningún tratado para reprimir su violencia; y en caso de que tenga algo que ganar, muy cuestionable me parece, por lo que he podido observar de la recta conducta de las naciones, que ningún tratado sea lo bastante fuerte como para que una espada no lo traspase. Es más, apostarí a diez a una a que es el propio tratado el elemento al que recurrir para encontrar un pretexto para las hostilidades.

De este modo, sabiamente concluyo que si bien es la mejor de las medidas políticas para una nación mantener una negociación constante con sus vecinos, la cumbre absoluta de la locura es dejarse embaucar con la firma de un tratado, pues de este provienen los incumplimientos y las infracciones, después las protestas, luego los altercados, más tarde las represalias, entonces las recriminaciones y finalmente la guerra abierta. En pocas palabras, las negociaciones, como el cortejo, son un tiempo de dulces palabras, corteses discursos, tiernas miradas y entrañables caricias, pero la ceremonia del matrimonio es la señal para el inicio de las hostilidades. Y así termina este muy abstruso aunque instructivo capítulo.

Capítulo IV

De cómo Pieter Stuyvesant quedó terriblemente defraudado con sus adversarios los Intrusos; así como su actuación al respecto

Si mi esmerado lector, cuya percepción —apenas existe una posibilidad entre cien de lo contrario— es tan obtusa como la de un escarabajo, no quedó en cierto modo confundido en el ejercicio racional de mi anterior capítulo, sin duda percibirá a simple vista que el gran Pieter, al firmar un tratado con sus vecinos del este, incurrió en un muy notable error de heterodoxia política. A este desafortunado acuerdo se puede atribuir con justicia todo un aluvión de pequeños incumplimientos, altercados, negociaciones y discusiones que se produjeron posteriormente entre el irreprochable Stuyvesant y el malintencionado consejo de los anfictiones —en relación a los cuales, con la justicia imparcial de un historiador, declaro que fue este último el responsable en todos los casos—. No obstante, estos sucesos no alteraron lo más mínimo la habitual serenidad de los sanos y sólidos burgueses de Manna-hata (también llamada Manhattoes, aunque vulgarmente conocida como Manhattan). Sin embargo, los ultrajes eran tan viles y lamentables por su naturaleza y sus efectos que un serio historiador como yo, que lamenta las horas dedicadas a cualquier ocupación inferior a la narración de la caída de los imperios y las revoluciones planetarias, los consideraría indignos de aparecer en sus sagradas páginas.

El lector deberá dar por sentado —pues me niego a conceder a sus detalles ese tiempo que las arrugas de mi frente y el temblor de mi mano me aseguran que es inestimable— que mientras el gran Pieter estaba ocupado en los formidables y sangrientos combates que en breve enumeraré, se produjo una continua serie de pequeñas, sucias, hipócritas y nimias riñas, escaramuzas, trifulcas e intromisiones en la frontera este, causadas todas ellas por los conocidos invasores de Connecticut. Como ese ejemplo de caballero, el sabio y valeroso don Quijote, dejaré estas disputas menores para algún futuro historiador que ejerza de Sancho Panza, mientras que yo reservaré mis habilidades y mi pluma para logros de mayor solemnidad.

El gran Pieter concluyó con la firma del tratado que sus esfuerzos habían llegado a su fin en la frontera oriental y que nada más le restaba por hacer que dedicarse a la prosperidad de su querida Manhattoes. Si bien se trataba de un hombre de gran modestia, no podía evitar jactarse de haber cerrado al fin el templo de Jano y que, si todos los gobernantes fueran como una persona que no era necesario nombrar, jamás volvería a abrirse. Sin embargo, el júbilo del noble gobernador se vio rápidamente contradicho, pues apenas se había firmado el tratado, apenas había secado la tinta sobre el papel, cuando el astuto y descortés consejo de la liga buscó un nuevo pretexto para reavivar la llama de la discordia. En el año 1651, con una infame osadía

que me revuelve las tripas con solo escribirla, acusaron al immaculado Pedro —alma de la honradez y corazón de acero— de que mediante diversos regalos y promesas había osado incitar en secreto a los indios narrohigansett (o narragansett), mohaque y pequot a que atacaran por sorpresa y masacraran los asentamientos ingleses. De este modo, el malicioso consejo señalaba: «Los indios a muchos cientos de millas a la redonda parecían haber bebido mucho de un embriagador licor en o de Monhatoes contra los ingleses, que habíanles procurado el bien tanto en aspectos corporales como espirituales». Para apoyar esta injusta acusación interrogaron a varios indios, quienes juraron todos la veracidad de los hechos tan enérgicamente como si hubieran sido cristianos carreteros. Y para estar más seguros de la sinceridad de sus declaraciones, el sabio consejo hizo con antelación a todo hijo de su madre beber de todo corazón, en consonancia con el viejo proverbio: *in vino veritas*.

Si bien desciendo de una familia que sufrió graves daños a manos de los despreciables yanquis en su tiempo —mi tatarabuelo sufrió el robo de un yugo de bueyes y de su mejor caballo y acabó con un par de ojos morados y la nariz sangrando en una de estas guerras fronterizas; mientras que mi abuelo fue secuestrado cuando de niño cuidaba unos cerdos y recibió una severa paliza a manos de un orondo maestro de escuela de Connecticut—, podría haber ignorado todos estos agravios en un ejercicio de perdón y olvido. Podría incluso haber excusado que le rompieran la cabeza a Aver lo Diiching, que expulsaran a patadas al valiente Van Curlet y a su harapiento regimiento, que secuestraran a todo cerdo viviente y despoblaran todo gallinero sobre la faz de la tierra con total impunidad; pero este inmoral y cruel ataque sin par contra uno de los más gallardos e irreprochables héroes de los tiempos modernos es demasiado incluso para mí y ha colmado, con una simple gota, la paciencia del historiador y la contención de este neerlandés.

¡Ay, lectores, era falso! ¡Les juro que era falso! Si conservan el más mínimo respeto por mi palabra, si la perpetua e incuestionable defensa de la verdad que hasta ahora he demostrado en esta obra tiene su debida influencia en ustedes, no concederán credibilidad ninguna a esta difamación, pues juro ante ustedes por mi honor y mi fama inmortal que el gallardo Pieter Stuyvesant no era solo inocente en esta hedionda conspiración, sino que habría entregado su brazo izquierdo —o incluso su pata de palo— para que se consumiera entre lentas y eternas llamas antes de intentar destruir a sus enemigos de un modo que no fuera la guerra abierta y generosa. ¡Malditos sean por siempre esos villanos exploradores que conspiraron para mancillar su honrado nombre con una acusación tal!

Pieter Stuyvesant, pese a que quizá nunca oyó hablar de un caballero andante, poseía el verdadero corazón de la caballería que siempre latió en la Mesa Redonda del rey Arturo. Estaba dotado de un espíritu de innata valentía y de una noble y generosa determinación tamizada en sus ásperos modales, que realmente eran ejemplos innegables de una mente heroica. Era, cierto es, un héroe de la caballería brotado de la mano de la naturaleza de un único brochazo, y si bien esta no se había

molestado en pulir y refinar su obra, destacaba como verdadera muestra milagrosa de sus capacidades.

Pero para no caer en el uso de metáforas (un defecto de la escritura histórica del que especialmente rehúyo): el gran Pieter poseía en sumo grado las siete famosas virtudes nobles de la caballería, las cuales, habida cuenta de que nunca consultó libro alguno para disciplinar y cultivar su mente, creo sin duda que debieron de ser almacenadas en un rincón de su corazón por la misma dama Naturaleza, donde florecieron, entre sus rasgos menos pulidos, como un millar de flores salvajes que brotan y se elevan con una exuberancia inusitada entre pertinaces rocas. Tal era la mente de Pedro el Testarudo, y si mi admiración por esta ha llevado mi estilo en esta ocasión más allá de la sobria gravedad que caracteriza la laboriosa redacción de los acontecimientos históricos, puedo argumentar en mi defensa que, si bien soy un neerlandés pequeño y canoso que ha alcanzado prácticamente el final del camino de la vida, todavía conservo cierta porción de ese fuego celestial que brilla en los ojos de la juventud cuando esta contempla las virtudes y los logros de los ilustres personajes de la antigüedad. Bendito, tres y nueve veces bendito sea el bueno de san Nicolás por haberme permitido escapar de la influencia de esa heladora apatía que en demasiadas ocasiones congela las simpatías de la edad, que como un grosero fantasma mora en la entrada al corazón, desde donde rechaza todo sentimiento afable y paraliza toda muestra espontánea de entusiasmo.

Así pues, en cuanto este deshonesto ataque a su honor alcanzó los oídos de Pieter Stuyvesant, respondió de un modo que habría redundado en su honor, incluso si hubiera estudiado durante años en la biblioteca del mismísimo don Quijote. Inmediatamente envió a su valiente trompetista y escudero, Antony van Corlear, con órdenes de cabalgar día y noche a modo de heraldo hasta el consejo anfictiónico, para reprocharle en términos de noble indignación haber prestado oídos a las calumnias de los salvajes infieles contra el carácter de un soldado caballero y cristiano, así como para declarar que, en lo relativo a la traicionera y cruel conjura de la que se le acusaba, ¡quienquiera que afirmara que esta era cierta, mentía como un bellaco! Y para demostrar todo lo anterior, desafiaba al presidente del consejo y a todos sus pares —o a quien estos quisieran, por ejemplo su poderoso adalid, el capitán Alicxsander Partridg, ese gigantesco hombre de la isla de Rodas (o Rhode)— a enfrentarse en duelo, en el que confiaría la defensa de su inocencia a la habilidad de su brazo.

Presentada la protesta con la debida ceremonia, Antony van Corlear hizo sonar su trompeta a modo de desafío frente al consejo al completo y terminó con un agudo y terrorífico timbre nasal en las mismas barbas del capitán Partridg, quien a punto estuvo de salirse de su propio pellejo del susto. Una vez hecho esto, Van Corlear subió a una alta yegua flamenca —la que siempre montaba— y trotó feliz hacia Manhattoes, para lo que atravesó Hartford, Pyquag, Middletown y el resto de localidades fronterizas haciendo bramar su trompeta como el mismísimo diablo, de

modo que los dulces valles y orillas del Connecticut resonaron con la belicosa melodía (también se detuvo ocasionalmente a comer pasteles de calabaza, bailar en fiestas rurales y envolverse con las hermosas mozas de aquellas regiones, a las que placía sumamente con su conmovedor instrumento).

Sin embargo, el gran consejo, compuesto por amables caballeros, no tenía intención de batirse en duelo con un héroe tan feroz como el robusto Pieter; al contrario, enviaron una respuesta poblada de los términos más dóciles, suaves y provocadores, en la que aseguraban que su responsabilidad quedaba demostrada, para total satisfacción del consejo, por el testimonio de varios indios sabios y respetables. El texto concluía con este párrafo verdaderamente amistoso:

A su segura negación de la conjura con los bárbaros poco peso concedémosle a la vista de tales testimonios, por lo que aún requerímosle y trataremos de obtener la debida satisfacción y seguridad, mientras continuamos siendo, caballero, suyos en rectitud, etc, etc.

Soy consciente de que los hechos recién señalados han quedado registrados de modo distinto por ciertos historiadores del este y de otros lugares, quienes parecen haber heredado la enconada enemistad de sus antepasados hacia el bravo Pieter (¡pues que bien les haga esta herencia!). Estos invasores de la literatura, a los que contemplo con soberano desprecio como meros parcheadores de vulgares prejuicios y fabulosas leyendas, declaran que Pieter Stuyvesant solicitó que los cargos que se le imputaban fueran investigados por comisionados elegidos para este fin, y que, cuando se designó a los comisionados, se negó a someterse a sus preguntas. Esto es en parte cierto: ofreció del modo más galante, toda vez que su desafío a duelo fue recibido con oídos sordos, someter su conducta a la recta inspección de un tribunal de honor. No obstante, esperaba que este fuera una augusta corte compuesta de atentos caballeros, los gobernadores y la nobleza de las plantaciones confederadas y de la provincia de Nuevos Países Bajos, lo cual le permitiría ser juzgado por sus pares de un modo acorde con su rango y su dignidad. Y, sin embargo —¡y que me maten si esto es falso!—, enviaron a Manhattoes a dos hambrientos picapleitos mal encarados montados en caballos de Narragansett, con alforjas bajo sus traseros y carteras verdes bajo el brazo, como si anduvieran de los tribunales de un país a los del otro en busca de algún litigio.

El caballeresco Pieter, en la medida en que le fue posible, hizo caso omiso a estos taimados granujas, quienes con celo profesional se dedicaron a husmear y analizar el entorno a la caza de pruebas *ex parte*, para lo que molestaron y confundieron a varios indios sencillos y a una anciana con sus interrogatorios hasta que acabaron por contradecirse y a abjurar del modo más terrible (tal y como sucede cada día en nuestros tribunales de justicia). Así, una vez cumplido su cometido hasta quedar satisfechos, regresaron al gran consejo con sus carteras y alforjas llenas de los más canallescicos rumores, historias apócrifas y escandalosas herejías que jamás se oyeron. Al gran Pedro no le importó ni un mal comino todo esto, pero les garantizo que si

hubieran intentado hacerle la misma jugada a Guillermo el Irascible, los habría compensado con una voltereta aérea en su moderno patíbulo.

El gran consejo del este celebró una reunión de lo más solemne al regreso de sus enviados, y tras meditar un largo tiempo la situación de la cuestión, cerca estuvo de suspenderse la sesión sin lograr alcanzar ningún acuerdo. Sin embargo, en tan crítico momento, uno de esos personajes pequeños, entrometidos e infatigables que siempre tratan de hacerse con una imagen patriótica agitando el fuelle del partidismo hasta que todo el horno político se encuentra al rojo vivo y arrojando chispas; alguien con la suficiente astucia como para saber que no existe mejor oportunidad para subirse a la chepa de la gente que cuando están en pleno alboroto y atienden a los asuntos de cualquiera menos a los suyos; este aspirante a diablillo faccioso, en resumen, al que consideraban un gran político porque había logrado un asiento en el consejo calumniando a todos sus oponentes; este, decía, consideró que aquella era una oportunidad magnífica para dar un paso que le garantizara popularidad entre sus electores, que vivían en las fronteras de Nieuw Nederlandts y eran los mejores cazadores furtivos de la cristiandad, a excepción de la aristocracia de las fronteras escocesas^[79]. Como un segundo Pedro el Ermitaño, por tanto, dio un paso al frente y predicó la necesidad de una cruzada contra Pieter Stuyvesant y su amada ciudad.

Realizó un discurso de tres días de duración —en consonancia con la antigua costumbre de la región— en el que representó a los neerlandeses como una raza de impíos herejes que no creían en la brujería ni en las supremas virtudes de las herraduras; que dejaron su país con fines lucrativos, no como ellos, que lo hicieron para disfrutar de *libertad de pensamiento*; y que, en pocas palabras, eran una raza de meros caníbales antropófagos, pues jamás comían bacalao los sábados, devoraban la carne de cerdo sin melaza y mostraban el mayor desprecio hacia las calabazas.

El discurso logró el efecto deseado, pues el consejo, despertado por el ujier, se frotó los párpados y declaró que era justa medida política declarar de inmediato la guerra a estos poco cristianos anticalabacistas. Sin embargo, era necesario que el pueblo en su conjunto se preparara primero para esta medida, y con este objetivo los argumentos del pequeño orador se predicaron desde el púlpito durante varios domingos consecutivos y se encomendaron de corazón a la consideración de todo buen cristiano que profesara —y practicara— la doctrina de la mansedumbre, la caridad y el perdón de los agravios. Se trata de la primera ocasión en que oímos retumbar el *tambor eclesiástico* para el reclutamiento político en nuestro país, y se mostró tan eficaz que desde entonces ha sido llamado a prestar sus servicios con frecuencia a todo lo largo de nuestra unión. A menudo bajo la túnica clerical podemos encontrar escondido a un taimado político cuyo exterior es todo religión y su interior, rencor político. Las cuestiones espirituales y temporales se entremezclan de modo extraño, como venenos y antídotos en los anaqueles de los boticarios, y en lugar de devotos sermones, las sencillas gentes religiosas se encuentran a menudo con panfletos políticos que les son introducidos por la garganta etiquetados con un devoto

texto de las Escrituras.

Capítulo V

De cómo los habitantes de Nueva Ámsterdam se hicieron diestros con las armas; la terrible catástrofe sufrida por un poderoso ejército; junto con las medidas de Pieter Stuyvesant para fortificar la Ciudad; y cómo fue el fundador original de The Battery

Pese a que el gran consejo, como ya se ha señalado, se mostró sorprendentemente discreto en sus actuaciones relativas a Nuevos Países Bajos y las llevó a cabo con un silencio y un misterio cercanos al modo en el que el sabio consejo de ministros británico realiza una de sus malhadadas *expediciones secretas*, el siempre atento Pieter recibía en todo momento información precisa y completa de ellas, tal y como sucede con la corte de Francia en las notables empresas que he mencionado. Debidamente informado, se dispuso a trabajar en consonancia para frustrar las maquinaciones de sus implacables enemigos.

Sé que muchos censurarán la precipitación del resuelto gobernador de antaño y lo acusarán de apresurarse al invertir en la fortificación de la ciudad sin tener certeza de que esta fuera necesaria, como habría sucedido si hubiera esperado prudente hasta que el enemigo estuviera a las puertas. Sin embargo, estos deben recordar que Pieter Stuyvesant no contaba con el beneficio de la comprensión de los misterios modernos de la política y se mostraba extrañamente insistente con ciertas máximas obsoletas de la vieja escuela; entre ellas se encontraba su firme creencia en que para que la región fuera respetada en el exterior era necesario que resultara formidable en el interior, así como que una nación debe basar su confianza en la futura paz y seguridad más en sus propias fuerzas que en la justicia o en la buena voluntad de sus vecinos. Procedió, por tanto, a situar con toda diligencia la provincia y la metrópolis en una fuerte posición defensiva.

Entre los escasos inventos ingeniosos que aún sobrevivían de los días de Guillermo el Irascible, estaban esos inexpugnables baluartes de la seguridad pública: la normativa de las milicias, la cual obligaba a sus habitantes a presentarse dos veces al año con el equipamiento militar... que a Dios pluguiera. Los buenos neerlandeses se situaban a las órdenes de muy valientes sastres y sombrereros, los cuales, si bien en situaciones normales eran los más sumisos y cobardes hombrecillos del mundo, se mostraban magníficos en los desfiles y en los consejos de guerra, cuando llevaban sombreros de tres picos en la cabeza y espadas al costado. Al mando de estos guerreros intermitentes, las valientes milicias lograron una pericia maravillosa en los misterios de la pólvora. Eran adiestradas para mirar a la derecha, girar a la izquierda, retirar el seguro de armas descargadas sin pestañear, torcer en una esquina sin causar grandes alborotos ni desbandadas, así como para marchar, lloviera o tronara, desde un

extremo de la ciudad al otro sin inmutarse; hasta que, llegado un punto, alcanzaban tal coraje que disparaban munición de fogeo sin siquiera girar la cabeza, eran capaces de asistir a la descarga de la mayor de las armas de artillería sin taparse los oídos ni sumirse en excesiva confusión y llegaban incluso a superar los riesgos y la fatiga de un desfile en un día de verano ¡sin ver sus filas excesivamente reducidas por las deserciones!

Cierto es que la personalidad de unas gentes tan verdaderamente pacíficas era tan poco dada a la guerra que durante los intervalos entre las jornadas de entrenamiento procuraban olvidar toda la formación militar que habían recibido, con lo que cuando reaparecían en el desfile apenas distinguían en el mosquete la culata de la boca e invariablemente confundían el hombro derecho con el izquierdo (un error que, no obstante, fue rápidamente solucionado al pintarles astutamente con tiza el brazo izquierdo). Pero fueran cuales fueran sus meteduras de pata y torpezas, el sagaz Kieft las consideraba de poca relevancia, ya que, como muy juiciosamente comentaba, una sola campaña sería mejor instrucción que un centenar de desfiles, pues si bien dos tercios de ellos podían ser carne de cañón, los del tercio restante que no salieran corriendo se convertirían en los veteranos más experimentados.

El gran Stuyvesant no mostraba veneración particular por los ingeniosos experimentos e instituciones de su sabio predecesor y miraba con especial desprecio el sistema de milicias, al que a menudo se le oyó referirse en broma —pues era en ocasiones dado a las bromas— como el cabo suelto del gobernador Kieft. Sin embargo, puesto que la situación del momento requería atención urgente, se vio obligado a valerse de los medios de defensa de los que disponía, por lo que consecuentemente decretó una inspección general y el desfile de las milicias. Pero ¡ay Marte y Belona, ay todos vosotros, dioses de la guerra, tanto grandes como pequeños, qué resultado produjo! Ahí aparecieron hombres sin oficiales y oficiales sin hombres; largas escopetas y trabucos cortos; mosquetes de todo tipo y tamaño, algunos sin bayonetas, otros sin llave de mecha, otros sin culata, y muchos sin llave, culata ni cañón. Cartucheras a un costado y cruzadas al pecho, polvorines, espadas, hachas, machetes, palancas y palos de escoba, todos se mezclaban en absoluta confusión como en algunos de nuestros ejércitos continentales al inicio de la guerra de Independencia.

El tenaz Pieter observó a este harapiento regimiento de tan triste aspecto como un hombre miraría al demonio, si bien, pues conocía como hombre sabio que lo que tenía que hacer era conseguir lo mejor de tan nefasta disposición, decidió comenzar a preparar a sus héroes. Tras ejercitarlos en el manejo de las armas una y otra vez, ordenó a los pífanos que marcaran un ritmo rápido y los puso a recorrer Nueva Ámsterdam con sus pesadas botas de un extremo a otro y de regreso, por las calles y los campos adyacentes, hasta que, se lo garantizo, les dolieron las cortas piernas y sus grasas volvieron a sudar. Pero esto no fue todo, el espíritu marcial del viejo gobernador se incendió con la enérgica música de los flautines y decidió intentar

mostrar la valía de sus tropas y darles a probar algo de la dureza de la guerra armada. Con este fin, los hizo levantar campamento al caer las sombras de la tarde en una cima antiguamente conocida como colina de Bunker, a cierta distancia de la ciudad, con la intención de iniciarlos en la disciplina del campamento y de retomar al día siguiente los esfuerzos y peligros del campo de batalla. Sin embargo, sucedió que aquella noche cayó un gran aguacero que descendió en torrentes sobre el campamento y el portentoso ejército de largos faldones se deshizo extrañamente entre las aguas, por lo que, cuando el viejo Febo apareció para arrojar sus rayos matinales, a excepción de Pieter Stuyvesant y de su trompetista Van Corlear, apenas si se pudo encontrar a alguno de los que componían la multitud que acampó allí la noche anterior.

Esta horrible disolución de su ejército habría horrorizado a un comandante con menos entrega que Pieter Stuyvesant; no obstante, este lo consideró una cuestión de escasa importancia, si bien desde ese momento contempló el sistema de milicias con un desprecio diez veces mayor y procuró dotarse de una buena guarnición de hombres debidamente seleccionados, a los que mantenía a sueldo y de los que presumía que al menos poseían una cualidad indispensable para los soldados: eran *indisolubles*.

La siguiente ocupación del precavido Stuyvesant fue fortalecer y fortificar Nueva Ámsterdam. Con este objetivo elevó una barrera sustancial que cruzaba la isla de lado a lado con un recorrido ¡de casi un kilómetro!; una obra de lo más destacado y sin comparación posible —en opinión de sus habitantes— con la Gran Muralla de China, la que erigieron los romanos en Gran Bretaña para impedir las incursiones de los escoceses o el muro de latón que el doctor Fausto propuso construir en torno a Alemania con la ayuda del demonio.

Los materiales con los que se construyó este muro son descritos de varios modos; sin embargo, tomando en consideración la mayoría de los documentos, me inclino a creer que se trató de una cerca de estacas de la mejor madera de pino, destinada a proteger la ciudad no solo de una repentina invasión de enemigos extranjeros, sino también de las incursiones de los indios del entorno.

Algunas tradiciones, cierto es, han atribuido la construcción de esta muralla a un periodo posterior, pero están completamente equivocadas, pues un memorando del manuscrito Stuyvesant, fechado aproximadamente a mediados del mandato del gobernador, menciona este muro en concreto como una obra muy robusta y curiosa, admiración de todos los salvajes de la vecindad. Asimismo menciona los alarmantes acontecimientos acaecidos cuando una manada de vacas descarriadas atravesó la muralla durante una oscura noche, lo cual sumió en un gran pánico a toda la comunidad de Nueva Ámsterdam, tal y como sucediera con los romanos con la repentina irrupción de los galos o con los valientes ciudadanos de Filadelfia, durante la guerra, por la llegada de una flota de barriles vacíos que avanzaban por el río Delaware^[80].

Sin embargo, la vigilancia del gobernador se demostró de forma más específica con la fortificación adicional que elevó en el exterior del Fuerte Ámsterdam para proteger el litoral. He logrado determinar gracias a la más esforzada y minuciosa investigación que la fortificación no se erigió siguiendo la metodología de Evrard de Bar-le-Duc —ese primer inventor de todo el sistema—, la planificación del neerlandés Marollois, el método francés diseñado por Antoine de Ville, el flamenco de Simón de Brujas, el polaco de Adam de Treitach ni el italiano de Sardi.

No siguió ninguno de los tres sistemas de Pagan, los tres de Vauban, los tres de Scheiter, los tres de Coehoorn (ese ilustre neerlandés que adaptó todas sus ideas a la defensa de territorios bajos y pantanosos) ni a los ciento sesenta métodos descritos por el boloñés Francesco di Marchi.

La fortificación no consistía en un polígono inscrito en un círculo, como proponía Alain Manesson Mallet; tampoco en cuatro largas baterías, en consonancia con el costoso sistema de Blondel; ni en la *fortification à rebours* de Donato Rosetti; ni la *caponnière couverte* del ingenioso St. Julien; como tampoco en polígonos irregulares y numerosas casamatas, tal y como recomendaba Antoine d'Herbert, quien sirvió a las órdenes del duque de Wirtemberg, abuelo de la segunda mujer y primera reina de Jerónimo Bonaparte (también conocido como Jero Calzonazos).

No fue dotado de baluartes diseñados a imagen del modelo original de Žižka, el bohemio; de los utilizados por Ahmed Pachá en Otranto en 1480; ni de los recomendados por Sanmicheli de Verona; como tampoco de aquellos de forma triangular de Specklin, el ingeniero germano de Estrasburgo; ni de los famosos baluartes de madera erigidos posteriormente en esta famosa ciudad y cuya destrucción se mencionó en un capítulo anterior. De hecho, el gobernador Stuyvesant, como el celebrado Montalembert, sentía un desprecio total por los baluartes, si bien no sustituyó como aquel un *tenaille angulaire des polygones à ailerons*.

No hizo uso de *martellos* como los que se levantan ahora en Quebec; tampoco construyó mástiles ni molinos de viento como hizo su ilustre predecesor de Zaandam; ni empleó torres circulares almenadas ni baterías con dos niveles de artillería pesada y un tercero de cañones móviles en la cima, como las que en la actualidad se construyen para la defensa de esta inerme ciudad.

Mis lectores quizá se sorprendan de que de entre tantos sistemas el gobernador Stuyvesant no encontrara ninguno de su agrado; esto puede explicarse en cierta medida por el simple hecho de que muchos de ellos fueron por desgracia inventados mucho tiempo después de su gobierno; en cuanto al resto, los desconocía como al hijo que nunca nació ni nacerá. En verdad, es más que probable que si todos ellos se le hubieran presentado en abanico, con otros tantos más en la propuesta, la misma peculiaridad intelectual que le granjeó el sobrenombre de Hard-koppig Piet lo hubiera llevado a continuar con sus propios planes de modo preferente. En pocas palabras, no aplicó ningún sistema pasado, presente ni por venir; se negaba a imitar a sus predecesores —de los que nunca había oído hablar—, a sus contemporáneos —a los

que no conocía— y a sus sucesores aún por nacer, sobre quienes, para ser sinceros, no pensó en toda su vida. Su magnífica y espaciosa mente estaba convencida de que el método más simple es habitualmente el más eficiente y sin duda el más expeditivo, por lo que fortificó la costa con un formidable parapeto de adobe, fuertemente recubierto, al modo de los hornos neerlandeses habituales por entonces, con almeas.

Estos amenazadores baluartes, con el paso del tiempo, se vieron agradablemente invadidos por una verde alfombra de hierba y tréboles, y sus altos terraplenes quedaron bajo la sombra de sicomoros de amplia copa, entre cuyo follaje los pajarillos se entretenían haciendo el aire resonar con sus alegres cantos. Los viejos burgueses se dirigían allí por las tardes a fumar sus pipas, a la sombra de sus ramas, para contemplar el dorado sol hundirse gradualmente por el oeste como emblema de ese calma final hacia el que avanzaban inexorablemente, mientras que los jóvenes y las damiselas de la ciudad daban muchos paseos bajo la luz de la luna entre estos espacios predilectos, observando los rayos argentados de la casta Cintia temblar a lo largo de la calma cuenca de la bahía o iluminar la blanca vela de una barca e intercambiando sus honestas promesas de constante afecto. Tal fue el origen del famoso paseo, The Battery, que, si bien en apariencia estaba destinado a los propósitos de la guerra, ha sido consagrado a los dulces encantos de la paz: paseo favorito de la edad madura, saludable espacio para el débil inválido, descanso dominical del comerciante cubierto de polvo, escenario de muchas travesuras infantiles, lugar de encuentro de numerosas citas secretas, comodidad del ciudadano, ornamento de Nueva York y orgullo de la encantadora isla de Manna-hata.

Capítulo VI

De cómo los habitantes de la región del este se vieron de pronto afligidos por un diabólico mal; junto con sus juiciosas medidas para su posterior extirpación

Habiendo, pues, dispuesto medidas para la seguridad temporal de Nueva Ámsterdam y tras haberla dejado preparada para cualquier sorpresa repentina, el gallardo Pieter tomó una considerable pizca de rapé y, chascando los dedos, desafió al gran consejo de los anfictiones y a su paladín, el valiente Alicxsander Partridg. Es imposible saber, no obstante, cuál podría haber sido el resultado de esta acción si el gran consejo no se hubiera visto sumido de pronto en una profunda confusión y una disensión tan tremenda entre sus miembros como la que antaño se desató en el campo de combate de los pendencieros guerreros griegos.

El poderoso consejo de la liga, como mostré en el capítulo anterior, había anunciado su determinación hostil, por lo que la poderosa colonia de Nueva Haven, la enérgica localidad de Pyquag —también conocida como Wethersfield, famosa por sus cebollas y sus brujas— y el gran núcleo comercial de Hartford, junto con el resto de temibles poblaciones de la frontera, se encontraban ya en un estado de sumo alboroto, preparando sus escopetas y llamando al combate, pues anticipaban fáciles conquistas e ingentes botines de guerra de las pequeñas y orondas aldeas neerlandesas. Sin embargo, este alegre alboroto pronto se vio silenciado por la actitud de la colonia de Massachusetts. Sorprendida por el gallardo espíritu del osado Pieter y convencida de la franqueza propia de los caballeros y la heroica cordialidad de su defensa, se negó a considerarlo culpable de la infame acusación que tan injustamente se había hecho caer sobre sus hombros. Con una generosidad por la que la considero merecedora de inmortal honor, la colonia declaró que ninguna decisión del gran consejo de la liga obligaría a la corte general de Massachusetts a sumarse a la ofensiva bélica, pues este tribunal la consideraba injusta^[81].

Este rechazo provocó inmediatamente serias dificultades y disputas entre la colonia de Massachusetts y la combinación de las colonias restantes, y habría sin duda producido la disolución de la confederación si el gran consejo de los anfictiones, consciente de que no podía actuar de forma independiente y mutilado por la pérdida de un miembro tan importante como Massachusetts, no se hubiera plegado momentáneamente a abandonar sus hostiles maquinaciones contra Manhattoes. Tales son la sorprendente energía y el poder de tan notables confederaciones, compuestas por varias partes enérgicas, voluntariosas y discordantes, apenas vinculadas por un endeble Gobierno general. Así con todo, las belicosas localidades de Connecticut no tenían motivo alguno para lamentar esta frustración de su ardor guerrero, pues por mi fe que aunque las capacidades combinadas de la liga podrían haber terminado por ser

excesivas para los robustos guerreros de Manhattoes, hasta que esto sucediera el leonino Pieter y sus mirmidones habrían asfixiado a los obstinados héroes de Pyquag con sus propias cebollas y habrían dado al resto de pequeñas localidades de la frontera tal azotaina que les garantizo que no habrían tenido valor para invadir las tierras o los gallineros de un neoneerlandés en no menos de cien años.

De hecho, existía más de una causa que desviaba la atención de las buenas gentes del este de sus hostiles propósitos, pues justo en aquel momento se vieron horriblemente asediados por las incursiones del príncipe de las tinieblas, a varios de cuyos vasallos lograron detectar escondidos entre sus tropas y fueron debidamente pasados por la parrilla, al igual que sucedió con numerosísimos espías y peligrosos enemigos. Para no continuar utilizando parábolas: leemos que en aquel momento la desafortunada «región del este» se encontraba sumamente confundida y asediada por multitud de brujas descarriadas que utilizaban extraños artefactos para cautivar y angustiar a la población. Y si bien diversas leyes muy juiciosas y sangrientas se habían aprobado contra toda «solemne relación o acuerdo con el demonio mediante conjuros o actividades similares»^[82], los oscuros delitos de la brujería continuaban incrementándose a una velocidad alarmante que estaría más allá de lo concebible si no fuera por el hecho de que las acciones estaban suficientemente acreditadas como para siquiera dudarlo un instante.

Particularmente digno de admiración es que estas terribles artes, que durante tanto tiempo han desconcertado las trabajosas investigaciones y los abstrusos estudios de filósofos, astrólogos, alquimistas, teúrgos y otros sabios, se limitaban fundamentalmente a las más ignorantes, decrépitas, feas y abominables ancianas de la comunidad, las cuales apenas tenían más cerebro que las escobas a cuyos lomos montaban. Cómo adquirieron su infernal educación —bien fuera de los trabajos de los antiguos teúrgos, la demonología de los egipcios, la bellomancia o adivinación mediante flechas de los escitas, la espectrología de los germanos, la magia de los persas, los encantamientos de los lapones o los archivos de la oscuras y misteriosa caverna de Domdaniel— es una cuestión cargada de multitud de sabias conjeturas, debido especialmente a que la mayoría de ellas ignoraban por completo los ocultos misterios del alfabeto.

Una vez se hacen sonar las alarmas, la población, que disfruta sobremanera con las situaciones de pánico, poco necesita para encontrar pruebas que las sostengan: menciónese solamente la fiebre amarilla y de forma inmediata todo dolor de cabeza, indigestión y segregación anormal de bilis es atribuida a la terrible epidemia. De igual modo, en las circunstancias a las que nos referimos, todo aquel que se veía afectado por un cólico o por lumbago, estaba sin duda embrujado, ¡y pobre de la desafortunada anciana que residiera en las inmediaciones! En modo alguno era posible que tan clamorosa abominación pasara mucho tiempo desapercibida, por lo que pronto atrajo la fiera indignación de la sección más sobria y reflexiva de la comunidad —especialmente de aquellos que otrora demostraron tan activa

benevolencia en la conversión de cuáqueros y anabaptistas—. El gran consejo de los anfictiones se opuso resuelta y públicamente a tan mortal y peligroso pecado, tras lo que tuvo lugar un minucioso examen de todas aquellas viles brujas que eran fácilmente detectadas por diabólicas manchas purpúreas en la piel, la cercanía de gatos negros, sus escobas y la circunstancia de ser capaces únicamente de verter tres lágrimas, todas ellas por el ojo izquierdo.

Es increíble el número de delitos de este tipo descubiertos, «sobre los cuales, todos y cada uno —señala el profundo y reverendo Cotton Mather, en esa excelente obra, la *Historia de Nueva Inglaterra*—, tenemos pruebas tan evidentes que ningún hombre razonable de toda esta región se atrevió jamás a cuestionarlas, y *sería poco razonable hacerlo en cualquier otra*»^[83].

De hecho, ese verdadero y juicioso historiador, John Josselyn, nos ofrece datos incuestionables al respecto. «No existe nadie —observa— que no defienda que en esta región hay demasiadas brujas: brujas de pronunciado vientre y otras que realizan muchas apariciones extrañas, si creemos los informes que hablan de una chalupa en el mar gobernada por mujeres y de un barco con un gran caballo rojo situado en el palo mayor, de una embarcación que estaba en una pequeña ensenada del este y desapareció de pronto...».

El número de delincuentes y de sus mágicas herramientas, sin embargo, no era más sorprendente que su diabólica obcecación. Si bien exhortadas del modo más solemne, persuasivo y afectuoso a declararse culpables y arder por el bien de la religión y el entretenimiento de los presentes, insistían del modo más pertinaz en declarar su inocencia. Tan increíble obstinación era en sí misma merecedora de castigo inmediato y prueba suficiente —si es que estas fueran necesarias— de que habían alcanzado un pacto con el diablo, que es la esencia de la perversidad. No obstante, sus jueces eran justos y compasivos, decididos a no castigar a nadie que no fuera declarado culpable por los más serios testimonios; no es que necesitaran prueba alguna para satisfacer sus ideas, pues, como verdaderos jueces experimentados, estaban completamente decididos de antemano y convencidos de la culpabilidad de las prisioneras antes de proceder a juzgarlas; sin embargo, algo era necesario para convencer a la comunidad en su conjunto, para aplacar a esos fisgones entrometidos que serían los siguientes en ser juzgados; en resumen, había que satisfacer al mundo. Ay, el mundo —¡el mundo!—, ¡todo el mundo sabe el mundo de problemas que el mundo ocasiona continuamente! Los dignos jueces, por tanto, como yo mismo en esta, la más auténtica, minuciosa y satisfactoria de todas las historias, se veían obligados a cribar, detectar y hacer tan evidentes como la luz del día cuestiones que desde un principio eran completamente meridianas y estaban firmemente decididas en sus propios pericráneos; así pues, se puede decir con certeza que las brujas eran quemadas para satisfacer al populacho de aquellos tiempos, ¡pero eran juzgadas para satisfacción del mundo entero que vendría después!

Al descubrir, pues, que con estas endurecidas delincuentes no eran de utilidad la

exhortación, la sensata razón ni la amistosa súplica, recurrieron a los argumentos más insistentes de la tortura, tras lo cual, y por fin arrancada por completo la verdad de sus obstinados labios, las condenaban a pasar a la parrilla debido a los atroces delitos confesados. Las había incluso que llevaban su perversidad hasta tal punto que expiraban a causa de las torturas y reclamaban su inocencia hasta el final; sin embargo, estas eran consideradas por completo poseídas y dominadas por el demonio, por lo que los piadosos mirones solo lamentaban que no hubieran vivido un poco más y hubieran llegado a perecer en la hoguera.

En la ciudad de Éfeso, leemos, la peste fue expulsada mediante la lapidación de un harapiento y anciano mendigo al que Apolonio señaló como el espíritu malvado que la provocó y que, de hecho, demostró ser un demonio al convertirse en un perro zarrapastroso. De igual manera y con medidas de similar sagacidad se logró frenar en seco este creciente problema. Las brujas fueron todas quemadas, desaparecieron o sufrieron un ataque de pánico y en poco tiempo no quedó ni una vieja fea en toda Nueva Inglaterra —lo que es, sin duda, una razón por la que todas sus jóvenes mujeres son tan hermosas—. Las gentes honestas que habían sufrido sus encantamientos se recuperaron gradualmente, excepto aquellos que se habían visto afligidos por contracciones nerviosas y dolores, que, no obstante, asumieron el aspecto menos alarmante del reumatismo, la ciática y el lumbago, con lo que las buenas gentes de Nueva Inglaterra abandonaron el estudio de las ciencias ocultas y dirigieron su atención al más beneficioso abracadabra del mercado, y pronto se convirtieron en expertos en el arte prestidigitador de arañar unos peniques. Aún sucede, sin embargo, que una pizca de la antigua levadura se puede observar, incluso en nuestros días, en su personalidad: aparecen brujas de forma ocasional entre ellos vestidas como médicos, advenedizos o religiosos. En conjunto, las gentes de Nueva Inglaterra muestran una perspicacia, una sabiduría y una profundidad de pensamiento que recuerda en gran medida a la brujería, tal y como queda probado por el hecho de que siempre que del cielo caen rocas lunares, la mayor parte de ellas aparecen ciertamente en Nueva Inglaterra^[84].

Capítulo VII

Que narra el ascenso y el reconocimiento de un valiente comandante y muestra cómo un hombre, al igual que una vejiga, puede inflarse para alcanzar grandeza e importancia por mero efecto del aire

Al referirse a estos tiempos tempestuosos, la desconocida pluma del manuscrito Stuyvesant se lanza a un vehemente aparte en honor del bueno de san Nicolás, a cuya protección atribuye por completo las extrañas disensiones que brotaron en el consejo de los anfictiones, así como la espantosa brujería que campaba a sus anchas en la región oriental —hechos estos que frustraron temporalmente las hostiles maquinaciones contra los neerlandeses y preservaron del inminente peligro y la mortífera guerra a su ciudad protegida, Nueva Ámsterdam—. La oscura y plomiza superstición cubría los hermosos valles del este; las agradables orillas del Connecticut ya no resonaban con la música de la felicidad rústica; horribles fantasmas y portentosas apariciones se observaban en el cielo; escurridizos espectros rondaban todo arroyo salvaje e inhóspita cañada; extrañas voces producidas por formas invisibles se oían en desiertos espacios; y por ello las ciudades fronterizas estaban tan ocupadas en detectar y castigar a las sabias ancianas que habían producido estas alarmantes apariciones que durante un tiempo la provincia de Nuevos Países Bajos y sus habitantes quedaron por completo olvidados.

El gran Pieter, por tanto, al descubrir que no sería inmediatamente detenido por sus vecinos del este, dirigió sus esfuerzos —con la vigilancia digna de elogio que siempre lo distinguió— a detener los insultos de los suecos. Recordará mi atento lector que estos granujas filibusteros habían comenzado a mostrarse muy problemáticos al final del último periodo del mandato de Guillermo el Irascible, tras hacer caso omiso de las proclamas del valiente y pequeño gobernador ¡y desconcertar por completo al intrépido Jan Jansen Alpenden!

Pieter Stuyvesant, no obstante, tal y como se ha mostrado, era un gobernador de costumbres e inclinaciones distintas, por lo que sin más preámbulos dio órdenes inmediatas de crear un cuerpo de guardia que se apostara en la frontera sur a las órdenes del general de brigada Jacobus von Poffenburgh. Este ilustre combatiente había alcanzado gran relevancia durante el mandato de Wilhelmus Kieft y, si los historiadores están en lo cierto, ejercía de lugarteniente del gallardo Van Curlet cuando este y su harapiento regimiento fueron inhumanamente expulsados a patadas por los yanquis del Fuerte Buena Esperanza. Como consecuencia de haber participado en tan «memorable ocasión», y por haber recibido más daños en ciertas honorables partes —que no mencionaremos— que sus compañeros, fue desde entonces considerado un héroe que había «participado de la vida militar». Cierto es

que disfrutó de la ilimitada confianza y amistad de Guillermo el Irascible, quien pasaba horas con él escuchando absorto sus explosivas historias de sorprendentes victorias —que jamás ganó— y horribles batallas —de las que huyó—. Llegó incluso en una ocasión a oírse en boca del gobernador que si este hubiera vivido en la Antigüedad podría haber reclamado con todo derecho la armadura de Aquiles, pues no era meramente como Áyax, un fanfarrón guerrero de grandes capacidades, sino imagen de un segundo Ulises, es decir, de muy valiente y prolijo discurso; todo lo cual, habida cuenta de que nadie en Nueva Ámsterdam sabía lo más mínimo de los antiguos héroes mencionados, jamás fue desmentido.

El honesto Sócrates, recordado por su carácter de hombre dominado, observó metafóricamente que el cielo había infundido en ciertos hombres a su nacimiento una porción de oro intelectual; en otros, de plata; mientras que los había que se vieron generosamente dotados de hierro y latón. A este último tipo pertenecía sin duda el gran general Von Poffenburgh, y a la vista de los grandes alardes que realizaba continuamente, me inclino a pensar que la dama Naturaleza, que en ocasiones se muestra parcial, lo había bendecido con suficiente cantidad de esos valiosos materiales como habría sido precisa para equipar a una decena de jefazos militares normales. Pero lo que es más digno de admiración es que lograra transmitir tan viles metales a Wilhelmus Kieft, quien no era un gran juez a la hora de distinguir monedas falsas del oro verdadero. La consecuencia fue que, tras la renuncia de Jacobus van Curlet, quien perdido el Fuerte Goed Hoop se retiró al modo de los generales jubilados a vivir a la sombra de sus laureles, el poderoso *capitán de latón* fue ascendido a su puesto. Lo ocupó con gran boato, presentándose siempre como «comandante en jefe de los ejércitos de Nuevos Países Bajos», si bien, a decir verdad, los ejércitos (o más bien ejército) estaban compuestos por un puñado de granujas robapollos y vuelcabotellas a medio uniformar.

Tal era el carácter del guerrero señalado por Pieter Stuyvesant para defender su frontera sur, y no dejará de interesar a mi lector un rápido repaso a su aspecto exterior. No muy alto, aunque de gran envergadura, su tamaño no procedía tanto de la acumulación de grasa como de su inflación: estaba completamente hinchado por el concepto que de sí tenía, hasta el punto de asemejarse a uno de esos voluminosos odres de viento que el viejo Eolo, en un increíble arranque de generosidad, entregó a Ulises, aquel guerrero errante.

Sus ropajes concordaban con su personalidad, pues tenía casi tanto cobre y latón por fuera como la naturaleza había almacenado por dentro: su abrigo estaba cruzado, recruzado y salpicado de galones de cobre, así como envuelto en torno al pecho con una faja carmesí del tamaño y la textura de una red de pesca, sin duda para evitar que su valiente corazón terminara por atravesar las costillas. Profusamente empolvados se encontraban su cabello y sus patillas, entre los cuales brillaba su vigoroso rostro como una fiera hoguera, mientras que su magnánima alma parecía lista para saltar desde un par de grandes ojos brillantes que se proyectaban como los de una langosta.

Le prometo, digno lector, si la información que de este magnífico general disponemos es cierta, que daría la mitad de mi fortuna (que en este momento no es suficiente para pagar la cuenta de mi alojamiento) por haberlo visto equipado de la cabeza a los pies con su uniforme militar: botas hasta las rodillas, faja hasta la barbilla, cuello hasta las orejas, patillas hasta la boca, coronado por un sombrero de tres picos que le ensombrecía el rostro y ceñido por un cinturón de cuero de veinticinco centímetros de ancho del que colgaba un bracamarte de una longitud que no osaré especificar.

Así equipado se paseaba con un aspecto tan implacable como el afamado More de More Hall cuando airado se lanzaba, armado hasta los dientes, a acabar con el dragón de Wantley:

De haberlo con este atuendo visto,
lo feroz e inmenso que aparentaba;
habría pensado que de frente estaba
ante algún tipo de puercoespín egipcio.

Gatos, perros y demás asustaba,
toda vaca, toda jaca y gorrino
por miedo huían, al creer que estaban
frente a algún estrafalario erizo^[85].

Pese a las considerables dotes y sobresalientes cualidades de este afamado general, he de confesar que no era exactamente el tipo de hombre que el osado Pedro el Testarudo habría elegido para comandar sus tropas, si bien es cierto que en aquellos días en la provincia no abundaban los grandes personajes militares —como sí que sucede en la actualidad, pues Cincinatos pueblan toda aldea, disponen para el combate coles en lugar de soldados y se señalan en el campo de maíz, que no en el de batalla, donde han abandonado los esfuerzos de la guerra por las artes más útiles pero desprovistas de gloria de la paz y han mezclado de tal modo los laureles con el olivo que es posible tener a un general por posadero, a un coronel por conductor de diligencia y ver a un valiente «capitán de voluntarios» herrar a los caballos—. Tampoco tenía el gran Stuyvesant la posibilidad de elegir, como los modernos gobernantes, entre una banda leal de editores de periódicos, pues no se realiza mención alguna en las historias del momento a este tipo de mercenarios a sueldo del Gobierno, como trompetistas, paladines o escoltas. El temible general Von Poffenburgh fue, por tanto, situado al mando de las tropas recién reclutadas, principalmente porque no existía quien pudiera competir por el puesto, y en parte porque habría supuesto una ruptura de la tradición militar haber situado a un oficial más joven por encima de este —una injusticia ante la que el gran Pieter habría preferido morir antes de cometer—.

Nada más recibir este osadísimo capitán de latón órdenes de marchar, se dispuso indomable a conducir a su ejército hasta la frontera sur a través de tierras salvajes e inhumanos desiertos, por insuperables montañas, a través de ríos infranqueables e

impenetrables bosques; sometiendo en su avance un vasto espacio de tierra deshabitada y derrocando, desconcertando y logrando una increíble matanza de ciertas hostiles huestes de saltamontes, sapos y hormigas que se habían reunido para impedir su progresión —un logro sin parangón en las páginas de la historia, excepto por la famosa retirada del viejo Jenofonte y sus diez mil—. Una vez logrado esto, erigió en el río Sur (o Delaware) un irreductible reducto llamado Fuerte Casimir en honor al par de calzones de color azufre favoritos del gobernador. Puesto que este fuerte dará pie a acontecimientos muy importantes e interesantes, vale la pena señalar que posteriormente fue conocido como Nieuw Amstel y es la semilla original de la floreciente ciudad actual de New Castle (Castillo Nuevo), un apelativo erróneamente sustituido en ocasiones por *No Castle* (Sin Castillo), debido a que no hay ni hubo jamás castillo ni nada parecido en el lugar.

Los suecos no asistieron sumisos a este movimiento amenazador de los neerlandeses; muy al contrario, Jan Printz, en aquel momento gobernador de Nueva Suecia, redactó una enérgica protesta contra lo que denominó una usurpación de su jurisdicción. Sin embargo, el valiente Von Poffenburgh estaba muy versado en la naturaleza de las proclamas y protestas tras su servicio a las órdenes de Guillermo el Irascible como para desalentarse por tal guerra de papel. Concluida la edificación de su fortaleza, habría alegrado el corazón de cualquiera observar la magnitud hasta la que se infló el comandante. Salía y entraba del fuerte dando grandes zancadas una decena de veces al día, para supervisarla por delante y por detrás, de este lado y del otro. Después se vestía con el uniforme completo y se pavoneaba caminando de frente y de espaldas, durante horas, sobre su pequeña muralla, como un vanidoso palomo sobre su palomar. En pocas palabras, a menos que mi lector haya observado con ojo curioso al insignificante comandante de un pequeño puesto militar hincharse con la pomposidad del nuevo uniforme y la vanidad derivada de mandar sobre un puñado de desarraigados, pierdo la esperanza de lograr ofrecerles una idea adecuada de la prodigiosa solemnidad del general Von Poffenburgh.

El encantador *Romance de Perceforest* narra que un joven recién armado caballero por Alejandro Magno se lanzó, incapaz de contenerse, a un bosque cercano y atacó los árboles con tal ímpetu que la corte al completo quedó convencida de que aquel era el caballero más poderoso y valiente sobre la faz de la tierra. De igual modo, el gran general Von Poffenburgh daba salida a esa gallarda rabia de su interior, que como los gases se puede acumular del modo más rebelde en el estómago de los nuevos soldados y llevarlos a disputas a puñetazos que acaben con cabezas abiertas. En esos momentos, cuando Von Poffenburgh sentía su espíritu marcial hincharse en su interior, con total prudencia se dirigía a los campos de alrededor y, jalando su fiel sable de dos codos flamencos completos de longitud, comenzaba a dar golpes a diestro y siniestro de lo más animado: decapitaba pelotones enteros de coles, talaba falanges completas de girasoles, a los que llamaba suecos gigantes, y si por casualidad daba con una honesta colonia de panzudas calabazas tomando tranquilas el

sol: «Ah, villanos yanquis —rugía—, ¡por fin os tengo a mi merced!», y con estas palabras y un barrido de su espada abría el pecho en dos a los desgraciados vegetales. Tras causar tan bélicos estragos, su cólera en cierto modo aplacada, regresaba a su guarnición convencido plenamente de que era un milagro absoluto de valentía militar.

La siguiente ambición del general Von Poffenburgh era ser considerado un general capaz de imponer estricta disciplina. Consciente de que la disciplina es el alma de toda empresa militar, la reforzaba con la más rigurosa precisión: obligaba a todo hombre a desfilarse con los pies hacia afuera y la cabeza alta y ordenaba hasta el grosor de las arrugas de todo aquel que llevaba camisa.

Tras encontrar un día en el curso de su devota investigación de la Biblia (pues ni el beato Eneas podría superarlo en religiosidad) la historia de Absalón y su triste final, el general ordenó en mala hora cortar el pelo tanto de los oficiales como de los soldados de toda la guarnición^[86]. Sucedió, sin embargo, que entre sus oficiales se encontraba un tal Kildermeester, un robusto veterano que había cultivado a lo largo de toda su larga vida una tosca mata de pelo no muy distinta de la melena de un perro terranova, culminada con una desmesurada trenza similar al mango de una sartén y apretada con tanta fuerza que los ojos y la boca permanecían normalmente abiertos y las cejas le escalaban hasta la cima de la frente. Se entenderá fácilmente que el propietario de tan cuidado apéndice se resistiera con firmeza a una orden general de esquilarlo. El propio Sansón no habría considerado su cabellera más sagrada, por lo que al oír Kildermeester el mandato, descargó una tempestad de antiguas blasfemias militares cargadas de rayos y centellas: juró que le rompería el cuello a cualquiera que intentara inmiscuirse entre él y su más estimado apéndice, la apretó más fuerte que nunca y la paseó por la guarnición tan orgulloso como si fuera la cola de un cocodrilo.

La trenza con piel de anguila del bueno de Kildermeester se convirtió inmediatamente en una cuestión de la mayor relevancia. El comandante en jefe era un oficial demasiado ilustrado como para no percibir que la disciplina de la guarnición, la subordinación y el buen orden de los ejércitos de Nieuw Nederlandts, la consiguiente seguridad de toda la provincia y en última instancia la dignidad y prosperidad de los altos y poderosos señores los Estados Generales, pero, por encima de todo ello, la dignidad del gran general Von Poffenburgh, exigían imperiosamente cercenar esa terca melena. Por tanto, Von Poffenburgh determinó patrióticamente que el viejo Kildermeester debía asumir en público la retirada de sus glorias en presencia de toda la guarnición. El anciano, por su parte, mostró igual determinación en la defensa de su cabello, ante lo que el general, como corresponde a un gran hombre, se mostró muy exasperado y el oficial fue arrestado y juzgado en consejo de guerra por amotinamiento, desertión y el habitual galimatías de delitos del código militar, tras una orden de detención que concluía: «a saber, por llevar una melena trenzada con piel de anguila de un metro de largo contraria a la normativa». Llegó después la lectura de los cargos, la acusación, la defensa y la condena, por lo que toda la

provincia se sumió en un estado de agitación por tan desafortunada trenza. Como es bien conocido, el comandante de un puesto fronterizo lejano cuenta con la capacidad de actuar fundamentalmente a su antojo, por lo que poca duda cabe de que el veterano habría acabado colgado, o fusilado al menos, si a causa del mero disgusto y de la humillación no hubiera tenido la suerte de enfermarse por unas fiebres mediante las que del modo más vil desertó de todo cargo militar terrenal con sus queridos rizos intactos. Eso sí, mantuvo su resuelta obstinación hasta el último minuto, cuando ordenó que lo llevaran a la tumba con la trenza colgando a través de un agujero del ataúd.

Esta belicosa cuestión granjeó al general gran fama como excelente defensor de la disciplina, pero se insinúa que desde entonces quedó sometido a pesadillas y horribles visitas nocturnas, cuando el canoso espectro del viejo Kildermeester montaba guardia junto a su cama, tieso como una bomba de agua y su enorme trenza recta como la palanca.

Fin del libro quinto

LIBRO SEXTO

Que contiene la segunda parte del mandato de Pedro el Testarudo y sus gallardos
logros en el Delaware

Capítulo I

En el que se presenta un retrato bélico del Gran Pieter; así como la animada fiesta que celebró el general Von Poffenburgh, por la que recibió más golpes que halagos

Hasta el momento, venerable y atento lector, he mostrado la administración del valiente Stuyvesant bajo la suave luz de luna de la paz, o más bien la adusta tranquilidad de los imponentes preparativos, pero ahora los tambores de guerra retumban, la metálica trompeta libera con estrépito sus aterradoras notas y el mero entrechocar de hostiles armas verbaliza temibles profecías que anuncian futuras dificultades. El gallardo guerrero se incorpora de su cómodo reposo, de las doradas escenas y la voluptuosa calma en las que en el dulce y «melódico tiempo de paz» buscó solaz tras tantos esfuerzos. Se acabó aquello de tejer hermosas guirnaldas para la frente de su dama reclinado en el cómodo regazo de la ninfa; se acabó aquello de adornar con flores su brillante espada, como tampoco canta en madrigales su alma enferma de amores en los perezosos y prolongados días de verano. Devuelto a la hombría, desdeña la amorosa flauta, retira de su fornida espalda la túnica de la paz y viste sus regalados miembros con panoplia de acero. Sobre su oscuro ceño, donde hasta entonces aleteaba el mirto, donde lascivas rosas transpiraban un leve amor, levanta el brillante yelmo y la espigada pluma; toma el reluciente escudo y agita la pesada lanza; o monta con ansioso orgullo su osado corcel y jarde por gloriosas hazañas caballerescas!

Pero ¡calma, estimado lector! No es mi intención llevarlo a imaginar que un *preux chevalier* ceñido de modo tan horrible en hierro existiera en la ciudad de Nueva Ámsterdam. Esto no es más que el grandilocuente y ampuloso modo en el que los escritores heroicos hablamos siempre de la guerra, concediéndole de esta forma un aspecto noble e imponente al equipar a nuestros guerreros con broqueles, yelmos y lanzas, junto con todo un abanico de estrafalarias y obsoletas armas cuyo aspecto posiblemente jamás conocieron, del mismo modo en que un ingenioso escultor viste a un general moderno o a un almirante con los avíos de un César o un Alejandro. La sencilla verdad de toda esta floritura estilística es esta: el valiente Pieter Stuyvesant de pronto consideró necesario limpiar su leal espada que tanto tiempo había pasado oxidándose en su vaina y prepararse para someterse a los duros trabajos de la guerra con los que su osada alma tanto disfrutaba.

Creo verlo en este momento en mi imaginación —o más bien observo su magnífico retrato, que todavía cuelga en la mansión familiar de los Stuyvesant— engalanado con todos los horrores de un verdadero general neerlandés. Su gabán militar azul magníficamente decorado con una portentosa sucesión de grandes

botones metálicos que se elevan desde la cintura hasta la barbilla. Los voluminosos faldones de este levantados en los extremos y galantemente separados a la espalda para mostrar el asiento de un suntuoso par de calzones bombachos color azufre (un estilo de lo más elegante y que aún prevalece entre los guerreros de nuestros días en conformidad con la costumbre de los héroes de la Antigüedad, quienes despreciaban defender la retaguardia). Su rostro se mostraba sumamente terrorífico y belicoso gracias a los bigotes negros; el cabello caía orgulloso a cada lado en rígidos mechones sobre las orejas y descendía en una fina trenza bajo la cintura; un brillante collar de cuero sostenía la barbilla y un pequeño aunque temible sombrero de tres picos se inclinaba con aire galante pero osado sobre el ojo izquierdo. Tal era el porte caballeresco de Pedro el Testarudo, quien cuando súbitamente se cuadraba, plantado con firmeza sobre su sólido soporte, su pata de palo incrustada de plata ligeramente adelantada para fortalecer su posición; su brazo derecho en jarras, la mano izquierda sobre el extremo de la empuñadura de latón de su espada; la cabeza orientada enérgica hacia la derecha con el atroz y endurecido fruncimiento de ceño que tanto gustaba de mostrar, ofrecía en conjunto una de las figuras más imponentes, de mirada dura y soldadesca que jamás se pavonearon sobre un lienzo.

Pero procedamos ahora a analizar las causas de tan belicosos preparativos. El despliegue invasor de los suecos en el río Sur o Delaware quedó debidamente registrado en las crónicas del mandato de Guillermo el Irascible. Estos avances fueron resistidos con esa heroica magnanimidad que es la piedra angular —o, según Aristóteles, la mano izquierda— del verdadero coraje, mas se repitieron y agravaron con la mayor de las crueldades.

Los suecos, que eran de ese tipo de taimados pretendientes a la cristiandad que leen la Biblia del revés siempre que interfiere con sus intereses, invertían la máxima sagrada y cuando su prójimo asumía su primer golpe en una mejilla, generalmente lo abofeteaban también en la otra, independientemente de que este se la hubiera ofrecido o no. Sus repetidas agresiones se encontraban entre las numerosas fuentes de aflicción que se conjuraban para mantener la irritable sensibilidad de Wilhelmus Kieft en un continuo estado colérico, y solo debido a la desafortunada circunstancia de que siempre tenía un centenar de quehaceres simultáneos, no se cobró este la despiadada venganza que sus agresiones merecían. Sin embargo, ahora habían de vérselas con un líder de personalidad muy diferente, y en cuanto fueron responsables de una acción traidora, la honrada sangre de Stuyvesant comenzó a hervir negando toda permisividad previa.

Printz, el gobernador de la provincia de Nueva Suecia, bien por muerte o por despido —este hecho todavía presenta ciertas incertidumbres—, fue sucedido por Jan Risingh, un gigantesco sueco que, si no hubiera sido más bien patizambo y de pies planos, habría podido servir como modelo para un Sansón o un Hércules. No era menos rapaz que voluminoso y tan astuto como rapaz, hasta el punto de que, de hecho, poca duda existe de que, si hubiera vivido unos cuatro o cinco siglos antes,

habría sido uno de esos malvados gigantes que tanto disfrutaban echándose al bolsillo a angustiadas damiselas cuando estas salían a dar un paseo, para luego encerrarlas en castillos encantados sin un mísero baño, sábanas limpias ni ninguna otra comodidad. A consecuencia de este inhumano comportamiento, estos seres se granjearon la enemistad de la caballería y todo guerrero verdadero, leal y galante recibió instrucciones de atacar y dar muerte a todo bellaco que pudiera encontrar con una estatura cercana a los dos metros, lo que sin duda es el motivo por el que la raza de hombres altos está prácticamente extinta y las generaciones de épocas posteriores son de tan reducido tamaño.

Nada más tomar posesión de su cargo, el gobernador Risingh dirigió la vista hacia el importante puesto defensivo del Fuerte Casimir y resolvió decidido incluirlo entre sus posesiones. Lo único que quedaba por valorar era el modo de llevar a cabo su empresa, y en lo tocante a esta cuestión, tengo que hacerle justicia y señalar que mostró una compasión escasamente habitual entre los líderes y que jamás he visto igualar en los tiempos modernos, excepto entre los ingleses en su gloriosa aventura en Copenhague^[87]. Decidido a evitar un derramamiento de sangre y el sufrimiento de la guerra abierta, con total benevolencia rechazó toda estrategia de declarada hostilidad, evitó sitiar la fortaleza y recurrió a los menos gloriosos pero más clementes recursos de la traición.

So pretexto, por tanto, de realizar una visita amistosa, de buena vecindad, al general Von Poffenburgh en su nueva ocupación en el Fuerte Casimir, realizó los preparativos necesarios, navegó con toda ceremonia río Delaware arriba, desplegó su bandera con la más ceremoniosa etiqueta y honró la fortaleza con una salva real antes de echar anclas. El inusual sonido despertó a un veterano centinela neerlandés que estaba debidamente sesteando en su posición y que tras dedicar unos buenos diez minutos a golpear el sílex y frotarlo con el extremo de su harapiento sombrero de tres picos sin resultado alguno, logró responder al saludo descargando su arma oxidada gracias a las brasas de una pipa que tomó prestada de uno de sus compañeros. El saludo en realidad debiera haber sido respondido por los cañones del fuerte, si estos no hubieran estado por desgracia fuera de servicio y el polvorín carente de munición —una situación a la que se han visto sometidos los fuertes en todas las épocas y que era todavía más excusable en la situación presente, puesto que el Fuerte Casimir solo había sido erigido unos dos años antes y el general Von Poffenburgh, su poderoso comandante, había estado completamente dedicado a cuestiones de mucha mayor relevancia personal—.

Risingh, muy satisfecho con tan cortés respuesta a su saludo, ofreció una segunda salva al fuerte, pues conocía perfectamente a su magnífico y pomposo comandante, quien disfrutaba sobremedida con estos pequeños ceremoniales, que consideraba digno homenaje a su grandeza. Descendió entonces Risingh a tierra con gran pompa, atendido por un séquito de treinta hombres —una comitiva prodigiosa y jactanciosa para un gobernador menor de un asentamiento nimio en aquellos días de primitiva

simplicidad—, que conformaban en conjunto un ejército como el que generalmente engrandece y avanza a la espalda de nuestros comandantes de frontera en la actualidad.

El volumen de visitantes, de hecho, podría haber levantado sospechas si la mente del gran Von Poffenburgh no hubiera estado tan totalmente absorta con una idea de sí mismo que lo abarcaba todo y no dejaba espacio para ninguna otra posibilidad. De hecho, consideró que la participación de la comitiva de Risingh era un cumplido a su persona —tan capaces son los grandes hombres de colocarse entre sí mismos y el sol y eclipsar de este modo la verdad con su propia sombra—.

Podrá el lector imaginar fácilmente lo halagado que se sintió el general Von Poffenburgh con una visita de tan augusto personaje. De hecho, su única preocupación era cómo recibirlo de un modo que lo mostrara en todo su esplendor y produjera la mejor de las impresiones. Se convocó inmediatamente la presencia de la guardia principal, entre cuyos soldados se distribuyeron por igual las armas y las prendas militares (de las que la guarnición poseía media docena de uniformes completos). Un tipo alto y delgado apareció con un abrigo destinado a un hombre pequeño, por lo que los faldones escasamente superaban la cintura, los botones quedaban entre los hombros y las mangas a medio camino de las muñecas, lo que hacía que sus manos parecieran un par de palas gigantes, al tiempo que el abrigo, pequeño para abrocharlo por delante, se ataba con lazadas de un par de jarreteras de estambre rojo. Otro llevaba un viejo sombrero de tres picos colocado en la coronilla y decorado con un puñado de plumas de gallo; un tercero, un par de polainas enmohecidas que colgaban alrededor de sus talones; mientras que un cuarto, un pequeño troyano de piernas cortas y torpes, vestía un gigantesco par de los calzones desechados por el general, los cuales se sostenía con una mano mientras agarraba con la otra su arma. El resto estaban equipados de un modo similar, excepto tres granujas desgarrados que no tenían camisa y solo un par y medio de calzones entre los tres, por lo que fueron enviados a las mazmorras para mantenerlos fuera de la vista de los recién llegados. Nada demuestra más el talento de un comandante prudente que solucionar cuestiones como esta de la mejor forma posible; por esta razón es por la que nuestros puestos fronterizos de la actualidad (el del Niágara en particular) muestran sus mejores uniformes sobre la espalda del centinela que está a la vista de los viajeros.

Con sus hombres tan galantemente dispuestos —aquellos que carecían de mosquetes con picos y palas a los hombros y todos con los faldones de la camisa dentro de los calzones y las botas bien altas—, el general Von Poffenburgh tomó primero un generoso trago de espumosa cerveza —una práctica invariable en toda gran ocasión, al modo del magnánimo More de More Hall^[88]—. Una vez refrescado, se situó en cabeza de su ejército, ordenó que se colocaran las tablas de pino que servían de puente levadizo y salió de su castillo como un poderoso gigante que acabara de refrescarse con vino. Mas cuando los dos héroes se encontraron, comenzó

una escena de bélico desfile y caballeresca cortesía de imposible descripción. Risingh, quien, como antes insinué, era un político taimado y astuto que había encanecido muy tempranamente a consecuencia de su escasa honestidad, percibió inmediatamente la pasión por el mando del gran Von Poffenburgh y le consintió todas sus valerosas fantasías.

De este modo, sus destacamentos se situaron uno enfrente del otro, se llevaron las armas al hombro y presentaron armas, se saludaron en posición de firmes y en movimiento; redoblaron los tambores, trinaron las flautas y ondearon las banderas; giraron a la izquierda y giraron a la derecha y de nuevo media vuelta a la derecha; avanzaron de frente, de espaldas y de modo escalonado. Marcharon y contramarcharon, la división al completo, por regimiento y por batallones, por compañías, por pelotón y por filas; a paso rápido, a paso lento y sin paso alguno, pues una vez realizados todos los movimientos de dos grandes ejércitos, incluidas las dieciocho maniobras de Dundas (que, al no haber sido inventadas aún, debieron de anticiparlas por intuición o inspiración), tras agotar todo cuanto pudieron recordar o imaginar de las tácticas militares, incluidos numerosos movimientos extraños e irregulares como jamás se vieron ni se verán —excepto entre algunos de nuestros reclutas más jóvenes—, los dos grandes comandantes y sus respectivas tropas terminaron por detenerse en seco, agotados completamente por los esfuerzos de la guerra. Jamás dos valientes capitanes de milicia ni dos héroes dramáticos con botas hasta las rodillas en los afamados dramas de Pizarro, Pulgarcito^[89] o cualquier otra tragedia heroica y bélica formaron a sus mirmidones ladrones de ovejas, con aspecto de ahorcados, patizambos y lentos, con más gloria y orgullo propio.

Terminados estos cumplidos militares, el general Von Poffenburgh escoltó a su ilustre visitante con gran ceremonia al interior del fuerte, lo asistió para superar las fortificaciones, le enseñó los hornabeques —simples y coronados—, las lunetas y otros varios tipos de fortificación —o más bien los lugares donde podrían elevarse estos y donde lo harían si esa era su voluntad, con lo que demostraba que aquel era un lugar con «grandes perspectivas», y si bien todavía apenas un pequeño reducto, evidentemente se trataba de una gran fortificación... en potencia—. Realizado este repaso, dispuso a toda la guarnición en armas, que se ejercitó y se sometió a revista y concluyó ordenando que los tres detenidos fueran sacados de su agujero, llevados a las alabardas y debidamente azotados para diversión de su invitado, así como para convencerlo de sus exigencias disciplinarias.

No hay error más peligroso para un comandante que el de dar a conocer la fortaleza o, como sucede en este caso, la debilidad de su guarnición, algo que será ejemplificado antes de alcanzar el final de la presente historia, que de este modo porta sus lecciones morales como un ganso asado su relleno, en el mismo centro. El taimado Risingh, mientras fingía quedar anonadado por las capacidades del gran Von Poffenburgh, tomaba nota en silencio de la incompetencia de su guarnición, la cual señaló a sus fieles soldados, que se hicieron guiños unos a otros y soltaron las

carcajadas más escandalosas... para sus adentros.

Concluida la inspección, la revista de tropas y la azotaina, los militares pasaron a la mesa, pues, entre sus otras destacadas características, el general era adicto en gran medida a las comilonas —o más bien jaranas— en las que una cena de campaña dejaba más *muertos* en el tablero de los que jamás consiguió en todo el curso de su carrera militar. Han llegado hasta nosotros numerosos documentos relativos a estas victorias sin derramamiento de sangre: la provincia entera quedó boquiabierta en una ocasión al regreso de una de sus campañas, según señala un documento que establece que, si bien como el capitán Bobadil solo tenía veinte hombres que lo apoyaran, en el corto espacio de seis meses había conquistado y aniquilado por completo sesenta bueyes, noventa cerdos, cien ovejas, diez mil coles, mil fanegas de patatas, ciento cincuenta barriles de cerveza, dos mil setecientas treinta y cinco pipas, setenta y ocho libras de azúcar y cuarenta barras de hierro, junto con multitud de pequeñas piezas de embutido, caza menor, aves y hortalizas. Sin duda se trata de un logro sin parangón desde los días de Pantagruel y su insaciable ejército, prueba de que solo era necesario dejar al gran general Von Poffenburgh y a su guarnición a sus anchas en territorio enemigo y en poco tiempo provocarían una hambruna y matarían por inanición a toda la población.

Así pues, en cuanto el general recibió la primera información sobre la visita del gobernador Risingh, ordenó que se preparara una gran cena y en secreto envió a un destacamento de sus veteranos más experimentados a robar en todos los gallineros del vecindario y a someter a tributo las porquerizas —un servicio al que estaban habituados y al que se entregaban con tan increíble celo y rapidez que la mesa del comedor de la guarnición crujía bajo el peso de su botín de guerra—.

Desearía de todo corazón que mis lectores pudieran ver al valiente Von Poffenburgh presidiendo la mesa del banquete, pues era una imagen digna de admirar: allí estaba, sentado en la mayor de sus glorias, rodeado por sus soldados —como ese famoso aficionado al vino, Alejandro, cuyas sedientas virtudes imitaba el general de modo experto—, narrando sorprendentes historias de sus peligrosas aventuras y sus heroicos logros, ante lo cual, si bien todo su auditorio sabía que eran las más incontinentes y escandalosas falacias, todos desorbitaban los ojos admirados y producían incesantes interjecciones de sorpresa. Asimismo, en cuanto el general pronunciaba cualquier expresión que tuviera la más remota semejanza con una broma, el robusto Risingh liberaba su fornido puño contra la mesa haciendo tintinear toda copa, se lanzaba hacia atrás en la silla y, con gigantescas carcajadas, juraba entre maldiciones que aquella era la mejor broma que había escuchado en toda su vida. Así, todo fue parranda, jarana y juerga en el Fuerte Casimir, y con tanta animación se entregó a la botella el gran Von Poffenburgh que en menos de cuatro escasas horas logró —tanto él como toda su guarnición, que diligentemente emulaba las hazañas de su líder— quedar por completo borracho a fuerza de canciones, copas vacías y brindis patrióticos, ninguno de ellos menos voluminoso que un cerdo galés de pedigrí

o un alegato en los tribunales.

En cuanto la situación llegó a este punto, el astuto Risingh y sus suecos, que taimadamente habían permanecido sobrios, se abalanzaron sobre sus anfitriones, los ataron de pies y manos y tomaron posesión formal del fuerte y de todas sus dependencias en nombre de la reina Cristina de Suecia, tras lo que obligaron a realizar un juramento de fidelidad a todos los soldados neerlandeses que lograron pronunciar palabra. Hecho esto, Risingh puso la fortificación en orden, situó al mando a su discreto y vigilante amigo Suen Scutz, un sueco alto, curtido y gran bebedor de agua, y marchó acompañado por aquella guarnición verdaderamente amistosa y su poderoso comandante, quien al recuperar la consciencia gracias a una buena paliza mostraba un curioso parecido con un pez empachado de agua o un abotagado monstruo marino atrapado en tierra firme.

El desplazamiento de la guarnición se produjo para evitar la transmisión de la noticia a Nueva Ámsterdam, pues si bien el taimado Risingh se regocijaba por el éxito de su estratagema, temía la venganza del sólido Pieter Stuyvesant, cuyo nombre transmitía tanto temor en el vecindario como antaño el del imbatible Skanderbeg entre sus viles enemigos turcos.

Capítulo II

Que muestra cómo se esclarecen de forma extraña profundos secretos; junto con la reacción de Pedro el Testarudo cuando supo de la desgracia que aconteció al general Von Poffenburgh

Quienquiera que fuera el que señaló en primer lugar que la murmuración —también conocida como habladurías— es propia del bello sexo, era toda una lechuza en términos de perspicacia. Es cierto que esta muestra ciertas cualidades femeninas a un nivel sorprendente, particularmente esa ansiedad por ocuparse de los asuntos de otros, lo que la mantiene en persecución continua de secretos y callejeando para comunicarlos. Todo lo que suceda de modo abierto, en el mismo rostro del mundo, apenas lo registra de modo pasajero, pero siempre que una actividad se produce en un rincón y trata de quedar oscurecida por el misterio, entonces esta deidad corre desesperada intentando descubrir de qué se trata y disfruta del modo más malicioso y femenino al divulgarlo a los cuatro vientos. Es esta verdadera propensión femenina la que la induce continuamente a espiar en los armarios de los príncipes, a escuchar por las cerraduras de las salas del Senado y a escudriñar a través de resquicios y grietas cuando nuestro valioso Congreso se oculta tras puertas cerradas y delibera la idoneidad de una decena de medios excelentes para arruinar la nación. Es este hecho el que la hace tan aborrecible a ojos de todo estadista precavido y enigmático comandante, por ser un gran escollo para las negociaciones privadas y las expediciones secretas que tan a menudo revela por medios e instrumentos que únicamente pudo concebir un cerebro de mujer.

Tal fue el caso del ataque al Fuerte Casimir. Sin duda el taimado Risingh imaginaba que al capturar a la guarnición evitaría durante un buen tiempo que los sucesos llegaran a oídos del gallardo Stuyvesant; sin embargo, su hazaña se hizo conocida por todos cuando menos lo esperaba y por uno de los últimos sujetos que Risingh pudiera sospechar que pertenecía a la tropa de trompetistas de la indiscreta deidad.

Era este un tal Dirk Schuiler (un apellido que podríamos traducir por Acechante), algo parecido a un parásito de la guarnición, que parecía no pertenecer a nadie y en cierto modo haberse declarado proscrito a sí mismo. Era uno de estos cosmopolitas vagabundos que gandulean por el mundo como si no tuvieran derechos ni responsabilidades con este y que infestan la periferia de la sociedad a modo de cazadores furtivos o intrusos. Toda guarnición y aldea rural tiene uno o más chivos expiatorios de este tipo, cuyas vidas son un cierto enigma, cuya existencia no muestra propósito alguno, que aparecen de Dios sabrá dónde, viven Dios sabrá cómo y no parecen estar hechos para más propósito terrenal que para mantener viva la antigua y

honorable orden de la holgazanería. Este filósofo errante tenía pretendidamente cierta sangre india en sus venas, algo que se manifestaba por una cierta complexión indígena, pero especialmente por sus inclinaciones y costumbres. Era un tipo alto y delgado, rápido de pies y de lengua audaz. Aparecía habitualmente equipado con un traje medio indio dotado de cinturón, mallas y mocasines. El cabello le colgaba en mechones lisos y oscuros sobre las orejas, una característica más para su porte de gandul. Afirma un viejo dicho que los mestizos son medio civilizados, medio salvajes y medio malvados —se añade una tercera mitad explícitamente para su uso personal—. Es por similares razones, y posiblemente con igual certeza, que los campesinos de Kentucky son denominados medio hombres, medio caballos y medio caimanes por los colonizadores del Misisipi y son observados por consiguiente con igual nivel de respeto y repugnancia.

La precedente descripción podría haber sido considerada por la guarnición perfectamente aplicable a Dirk Schuiler, a quien apodaban cariñosamente Galgenbrok o Dirk el Tirantes. Lo cierto es que parecía no deber lealtad a nadie; enemigo acérrimo del trabajo, sobre el que defendía la más terrible opinión, ganduleaba por el fuerte pendiente de la suerte para subsistir: se emborrachaba siempre que conseguía alcohol y robaba todo cuanto cayera en sus manos. Día sí y día no recibía de seguro una buena tunda en las costillas por alguna de sus fechorías, si bien, puesto que no suponía fractura ósea alguna, apenas le concedía importancia y no vacilaba en repetir el agravio siempre que se presentaba otra oportunidad. A veces, a causa de alguna flagrante bellaquería, huía de la guarnición y se ausentaba hasta cuatro semanas, que pasaba escondido en los bosques y pantanales con una larga escopeta al hombro para emboscar alguna pieza de caza o acurrucado en el extremo de una laguna durante horas a la espera de un pez, en una posición que recordaba a la de esos famosos pájaros conocidos por hurgar en el barro. Cuando pensaba que sus tropelías habían sido olvidadas o perdonadas, volvía a colarse en el fuerte con un fardo de pieles o un montón de pollos que tal vez hubiera robado. Estos los intercambiaba por alcohol, con el cual, bien empapado su cuerpo, se tumbaba al sol y disfrutaba de la lujosa indolencia de ese filósofo canallesco, Diógenes. Era el terror de todas las granjas de la región, en las que realizaba temibles incursiones, y en ocasiones hacía aparición de pronto en la guarnición al alba con todo el vecindario pisándole los talones, como un zorro ladrón y sinvergüenza que es detectado merodeando y se ve perseguido hasta su madriguera. Tal era este Dirk Schuiler, y por la total indiferencia que mostraba hacia el mundo y sus quehaceres, así como por su verdadero estoicismo y taciturnidad india, nadie podría haber soñado que sería él quien revelaría la traición de Risingh.

Mientras estaba en marcha la juerga que se demostró tan dañina para el osado Von Poffenburgh y su vigilante guarnición, Dirk merodeaba de sala en sala, como si fuera un vagabundo privilegiado o un perro de caza ya sin utilidad a quien nadie percibe. Sin embargo, pese a ser un hombre de pocas palabras, al igual que nuestros taciturnos vecinos tenía los ojos y los oídos siempre abiertos, y en el curso de su ronda oyó por

casualidad lo que tramaban los suecos. Dirk inmediatamente concibió cómo podía sacar provecho a la situación. Se manejó como el perfecto neutral, es decir, sacó tajada de todo cuanto se puso a su alcance, robó a las dos partes, se colocó el sombrero de tres picos ribeteado en cobre del poderoso Von Poffenburgh en la cabeza, se metió un par de botas de montar de Risingh bajo el brazo y salió por piernas justo antes del desorden y el desenlace de la jarana en la guarnición.

Al encontrarse completamente desplazado de su guarida en aquella zona, dirigió su huida hacia su localidad natal, Nueva Ámsterdam, de donde anteriormente se había visto obligado a huir de modo precipitado como consecuencia de un desafortunado negocio —en pocas palabras, por haber sido sorprendido en el acto robando ovejas—. Tras caminar muchos días por los bosques, superar ciénagas, vadear arroyos, cruzar a nado ríos y toparse con multitud de dificultades que habrían acabado con la vida de cualquier otro, menos de un indio, un verdadero rústico o el mismo diablo, finalmente llegó medio muerto de hambre y flaco como una comadreja malnutrida a Communipaw, donde robó una canoa y remó hasta Nueva Ámsterdam. Nada más pisar tierra firme, se dirigió hasta el gobernador Stuyvesant y, pronunciando más palabras que en toda su vida anterior, describió los desastrosos acontecimientos.

Al recibir estas tristes noticias, el valiente Pedro se incorporó de la silla —tal y como hizo el resuelto rey Arturo en la «feliz Carleile» al conocer las descortesías fechorías del «oscuro barón»—, sin pronunciar palabra arrojó la pipa que estaba fumando al fondo de la chimenea, se introdujo un prodigioso puñado de tabaco negro en la mejilla izquierda, se recolocó los calzones y comenzó a pasear de un lado a otro de la habitación canturreando una horrible cancioncilla del noroeste, como era habitual en él cuando estaba encolerizado. Sin embargo, como he mostrado anteriormente, no era un hombre que descargara su rabia en fanfarronadas vanas. Su primera medida, una vez que remitió el ataque de cólera, fue cojear escalera arriba hasta un inmenso cofre que le servía de arsenal, del que sacó ese traje militar descrito en el capítulo precedente. Con tan portentoso atuendo se vistió, como Aquiles con la armadura de Vulcano, sin romper jamás el más espantoso silencio, mientras fruncía el ceño y resoplaba entre los dientes apretados. Equipado apresuradamente, entró como un trueno en el salón como un segundo Magog, jaló su fiel espada de encima de la chimenea, donde esta descansaba habitualmente suspendida, pero antes de ceñírsela en la cintura, la desenvainó y, al avanzar sus ojos por la oxidada hoja, una triste sonrisa apareció en su acerado rostro. Era la primera sonrisa que había asomado a su semblante en cinco largas semanas, mas todo aquel que la observó vaticinó que ¡pronto se desataría el conflicto en la provincia!

Así armado de cabeza a los pies, con la horripilante guerra pintada en todo rasgo, su muy alto sombrero en insólita inclinación desafiante, se situó en posición de alerta y envió a Antony van Corlear aquí y allá, a un lado y a otro, a través de las fangosas calles y retorcidos callejones de la ciudad, para convocar con el sonido de su

trompeta a sus fieles compañeros y reunirlos en inmediato consejo. Hecho esto, con el objetivo de acelerar los preparativos —en consonancia con las costumbres de quienes están acuciados por la prisa— se mantuvo en un continuo ajeteo, sentándose en una silla y en otra, asomando la cabeza por todas las ventanas y cojeando escalera arriba y abajo con su pata de palo en tan ajetreado e incesante movimiento que, según informa un auténtico historiador del momento, el traqueteo continuo no se diferenciaba en gran medida de la música de un tonelero que reparara un barril de harina.

Una citación tan imperiosa, proveniente además de un hombre del tipo del gobernador, no era para tomarla por insignificante: los sabios llegaron de inmediato al salón del consejo, al que entró el gallardo Stuyvesant del modo más marcial y tomó su silla como un nuevo Carlomagno entre sus paladines. Los consejeros tomaron asiento con la más absoluta tranquilidad y, mientras encendían sus largas pipas, observaron con serena compostura a su excelencia y su uniforme, pues, como corresponde a todo buen consejero, no perdían los nervios con facilidad ni eran dados a la sorpresa. El gobernador, sin darles tiempo para recuperarse de un asombro que no sentían, se dirigió a ellos con una arenga corta pero emotiva.

Siento sobremanera no contar con las ventajas de Tito Livio, Tucídides, Plutarco y otros de mis predecesores, a quienes proporcionaban, tengo entendido, los discursos de los grandes emperadores, generales y oradores, debidamente taquigrafiados por los más fieles estenógrafos de la época, por lo que podían del modo más magnífico enriquecer sus historias y deleitar a sus lectores con sublimes compases de elocuencia. Al no contar con esta ayuda, no tengo modo de elucidar cuál fue el tenor del discurso del gobernador Stuyvesant; si con la timidez de una doncella insinuó a su público «la guerra se atisba en el horizonte»; si manifestó que sería necesario recurrir a un «inútil ejercicio para ver quién puede herir en mayor medida al rival»; o utilizó cualquier otra delicada construcción lingüística mediante la que la cuestión odiosa de la guerra es manipulada tan meticulosamente y con tanto pudor por los estadistas modernos —al modo en que un caballero del cuerpo de voluntarios maneja sus sucias armas cargadas de pólvora con guantes para evitar ensuciarse los delicados dedos—.

Puedo atreverme a señalar, no obstante, por las características de la personalidad de Pieter Stuyvesant, que no envolvió su escabroso asunto en sedas, armiños u otros enfermizos fraudes de la lengua, sino que se pronunció directamente, como un hombre valiente y enérgico que rechaza ocultarse tras de las palabras de esos riesgos que está dispuesto a afrontar del modo más resuelto. Lo que sabemos con certeza es que concluyó el discurso anunciando su determinación de liderar a las tropas en persona y expulsar a esos buhoneros suecos del cuartel que habían usurpado en Fuerte Casimir. Ante esta digna resolución, los consejeros que estaban despiertos ofrecieron su habitual gesto de conformidad, mientras que los restantes, que habían caído dormidos en torno a la mitad de la arenga (siguiendo su «habitual costumbre de la tarde»), no presentaron la más mínima objeción.

Desde ese momento, la hermosa ciudad de Nueva Ámsterdam se sumió en un prodigioso ajetreo preparatorio para la guerra. Grupos de reclutamiento marcharon de un lado a otro arrastrando sus largos estandartes por el barro —que al igual que en nuestros días cubría benévolo las calles para beneficio de esas desafortunadas criaturas cuyos pies se ven mortificados por los callos—. Así invitaron y apelaron animadamente a todos los don nadies, renegados y zarrapastrosos de Manhattoes y su entorno que tuvieran ambición suficiente de lograr una moneda al día —fama inmortal incluida por el mismo precio—, para alistarse en la causa de la gloria. De este modo, espero que perciban que nuestros héroes bélicos que avanzan a la espalda de los conquistadores son generalmente de esa ilustre clase de caballeros tan buenos candidatos para el ejército como para la prisión, para las alabardas y la horca, para quienes la dama Fortuna lanza al aire los dados que deciden si abandonarán el mundo por la espada o el dogal —y cuyas muertes deben, en todos los casos, ejercer de noble ejemplo para sus compatriotas—.

Sin embargo, pese a toda esta invitación y búsqueda marcial, las filas del honor apenas se vieron incrementadas, pues muy aversos eran los pacíficos burgueses de Nueva Ámsterdam a alistarse en disputas ajenas, así como a alejarse de ese hogar que aunaba todos sus ideales mundanos. Al observar esto, el gran Pieter, cuyo noble corazón ardía en llamas por iniciar la guerra y cobrarse su dulce venganza, determinó no esperar más a la lenta asistencia de tan regordetes ciudadanos, sino reunir a sus alegres hombres del Hudson, quienes, criados entre bosques y bestias salvajes, como nuestros terratenientes de Kentucky, nada disfrutaban más que una aventura desesperada y una peligrosa expedición en tierras desconocidas. Decidido esto, ordenó a su fiel escudero Antony van Corlear que preparara su galera oficial y la tuviera debidamente abastecida, tras lo que asistió a los servicios religiosos en la gran iglesia de san Nicolás como un verdadero y pío gobernador, y finalmente ordenó de modo autoritario a su consejo que tuviera a la caballería de Manhattoes en formación y lista a su regreso y marchó a su viaje de reclutamiento aguas arriba del río Hudson.

Capítulo III

Que describe el viaje de Pieter Stuyvesant por el curso del Hudson, así como las maravillas y los encantos de tan afamado río

Las suaves brisas del sur se deslizaban plácidas por el hermoso rostro de la naturaleza, atemperando el asfixiante calor del verano en una amable y fecunda calidez, cuando el milagro de la determinación y la virtud caballeresca, el intrépido Pieter Stuyvesant, desplegó sus velas al viento y partió de la hermosa isla de Manna-hata. La galera en la que embarcó viajaba suntuosamente adornada con pendones y gallardetes de magníficos colores que aleteaban alegres al viento o dejaban caer sus extremos en el seno de la corriente. La proa y la popa de esta majestuosa embarcación aparecían hermosamente adornadas al más excepcional estilo neerlandés, con figuras desnudas de pequeños cupidos regordetes con pelucas sobre la cabeza y las manos cargadas de guirnaldas de flores como las que jamás se encontrarán en ningún libro de botánica, pues eran especies sin par que florecían en la Edad de Oro y ya no existen, a menos que sea en la imaginación de los ingeniosos escultores de la madera y los manchalienzos.

Tan peculiarmente decorada, en un estilo propio del poderoso potentado de Manhattoes, emprendió la galera de Pieter Stuyvesant viaje en el seno del señorial Hudson, el cual al empujar sus amplias olas hacia el océano parecía detenerse un momento e hincharse de orgullo, como consciente de la ilustre carga que sostenía.

Mas créanme, señores, muy distinta era la escena que se ofrecía a la contemplación de la tripulación de la que pueda ser observada en estos días de degeneración. Una majestuosidad salvaje reinaba en las orillas de este poderoso río, pues la mano del agricultor todavía no se había precipitado sobre los oscuros bosques para domesticar las características del paisaje, como tampoco se había abierto paso en la profunda y terrible soledad de los siglos la navegación frecuente del comercio. Aquí y allá podía observarse una vulgar tienda india colgada entre los riscos de las montañas, con su enroscada columna de humo ascendiendo en la transparente atmósfera, pero tan elevada era su ubicación que los chillidos de los niños salvajes que brincaban en los márgenes de las mareantes alturas llegaban tan débiles a los oídos como sucede con el canto de la alondra perdida en la bóveda celeste del cielo. De cuando en cuando, desde la sobresaliente cima de algún precipicio rocoso, el venado salvaje se asomaba tímido al espléndido espectáculo que avanzaba por el río, tras lo que, sacudiendo su enramada cornamenta al cielo, se internaba de un salto entre los matorrales del bosque.

Estas escenas atravesó el imponente velero de Pieter Stuyvesant. Bordeó las bases de las rocosas elevaciones de Jersey, que se alzan como eternas murallas para

alcanzar los cielos desde las olas y que fueron erigidas, si tomamos la tradición en consideración, mucho tiempo ha por el poderoso espíritu Manetho para proteger su morada favorita de los profanos ojos de los mortales. Surcaron después alegres la amplia superficie del conocido como mar de Tappan, cuyas espaciosas orillas presentan una amplia variedad de deliciosos paisajes: por aquí el llamativo promontorio coronado de poblados árboles que avanzaban hacia el río, por allí la suave ladera cubierta de bosque que se extendía desde la orilla en rica exuberancia y culminaba en el crudo precipicio de la meseta; mientras que a lo lejos una ondeante línea de rocosas cumbres lanzaba su gigantesca sombra sobre las aguas. Atravesaron más tarde un modesto intervalo que se abría entre estos estupendos paisajes, pero al mismo tiempo se retiraba como buscando protección en el abrazo de las montañas vecinas, y mostraba un paraíso rural cargado de hermosas bellezas pastorales; el alto pasto de terciopelo, el soto poblado de arbustos, el cantarín arroyuelo arrastrándose sobre el fresco y vivo verdor y en cuyas orillas se situaba alguna aldea india o, tal vez, la burda cabaña de un cazador solitario.

Los diferentes momentos del día en movimiento parecían ofrecer, con astuta magia, un encanto distinto al paisaje. En un instante el jovial sol se asomaba glorioso desde el este iluminando las cumbres de las colinas orientales y salpicando la panorámica con un millar de joyas de rocío, mientras que en la orilla del río se observaban pesadas masas de niebla que, como bandidos de la noche, sorprendidas por la aparición del astro iniciaban una lenta retirada rodando con huraña renuencia montaña arriba. En esos minutos todo era brillo, vida y felicidad: la atmósfera parecía de una indescriptible pureza y transparencia, los pájaros se entregaban a un desenfreno de madrigales y la fresca brisa soplaba alborozada a la embarcación impulsándola en su camino. Pero cuando el sol se sumergía en una oleada de gloria por el oeste y envolvía cielo y tierra con un millar de magníficos tintes, entonces todo era calma, silencio y esplendor. La vela que antes se hinchaba orgullosa, colgaba inerte contra el mástil, mientras el simple marino, con los brazos cruzados se apoyaba contra ese velo, perdido en las involuntarias ensoñaciones que la sobria grandeza de la naturaleza ofrece a los más rudimentarios de sus hijos. El amplio seno del Hudson era como un imperturbable espejo que reflejaba el dorado esplendor del cielo, excepto cuando en ocasiones una canoa hecha de la corteza de un árbol flotaba por su superficie cargada de pintados salvajes cuyas alegres plumas brillaban luminosas si por azar un último rayo del sol poniente relucía sobre ellas desde las montañas del oeste.

Sin embargo, cuando la encantada hora del crepúsculo distribuía sus mágicas neblinas a su alrededor, el rostro de la naturaleza asumía un millar de fugitivos encantos que al valioso corazón que busca disfrutar de los gloriosos trabajos de su hacedor cautivan sin palabras. La suave luz turbia del momento solo servía para tinter con ilusorios colores las tamizadas características de la escena. El ojo engañado pero maravillado trataba en vano de discernir en las amplias nubes de sombra la línea que

separaba la tierra del agua o distinguir los objetos apagados que parecían sumirse en el caos. Entonces la animada imaginación suplía la debilidad de la visión produciendo con trabajosa habilidad una mágica creación propia. Bajo su plástico encanto las rocas desnudas fruncían el ceño sobre la extensión líquida a imagen de elevadas torres y castillos preparados para el ataque, los árboles asumían la terrorífica forma de corpulentos gigantes y las inaccesibles cumbres de las montañas parecían pobladas por un millar de seres hechos de sombra.

Alcanzado ese punto, estallaban en las orillas los sonidos de una innumerable variedad de insectos que poblaban el aire con un extraño mas no estridente concierto, mientras cada cierto tiempo se podía percibir el triste plañido del chotacabras que, encaramado a algún árbol solitario, agotaba el oído de la noche con sus incesantes quejas. La mente, acallada en una melancolía encantada por el solemne misterio de su entorno, escuchaba en pensativo silencio con la intención de percibir y distinguir cada eco que resonaba vago desde la orilla, sorprendida de cuando en cuando quizá por el grito de algún salvaje rezagado o por el aterrador aullido de algún vil lobo que avanzaba sigiloso en su ronda nocturna.

Así, felizmente, continuaron su camino hasta adentrarse en esos horribles desfiladeros denominados Highlands o Tierras Altas, donde parecería que los gigantescos titanes antaño combatieron su impía guerra contra el cielo apilando precipicio sobre precipicio y arrojando colosales rocas en absoluto desorden. Pero, en realidad, muy diferente es la historia de estas montañas coronadas de nubes. En los días antiguos, antes de que el Hudson vertiera sus aguas desde los lagos, formaban una vasta prisión entre cuyas rocosas paredes el omnipotente Manetho confinó a los espíritus rebeldes que denostaban su mando. Aquí, amarrados por adamantinas cadenas, atrapados por afilados pinos o aplastados bajo pesadas rocas, gimieron durante siglos. Finalmente, el señorial Hudson, en su irresistible carrera hacia el océano, abrió de par en par su prisión haciendo retumbar triunfante sus olas a través de las extraordinarias ruinas.

Sin embargo, aún hoy, todavía muchos de ellos merodean por sus antiguas moradas, lo cual sería la causa, según venerables leyendas, de los ecos que en estas horribles soledades resuenan y que no son más que sus enfurecidos clamores cuando un sonido interrumpe la profundidad de su reposo. Pero si los elementos se ven agitados por la tempestad, cuando soplan con fuerza los vientos y braman los truenos, horribles son los gritos y los aullidos de estos agitados espíritus, que hacen las montañas retumbar con sus espantosas protestas, pues se dice que en esos momentos creen que el gran Manetho regresa una vez más a sumirlos en tenebrosas cavernas y renovar su intolerable cautiverio.

No obstante, todas estas hermosas y gloriosas escenas no afectaban al gallardo Stuyvesant; nada ocupaba su activa mente sino pensamientos sobre la inminente guerra y la orgullosa anticipación de sus aguerridas hazañas armadas. Tampoco perturbaban la mente vacía de su honesta tripulación románticas especulaciones de

este tipo. El piloto, al timón, fumaba tranquilamente su pipa sin pensar en nada pasado, presente ni por venir; aquellos de sus compañeros que no estaban roncando afanosamente bajo las escotillas, escuchaban boquiabiertos a Antony van Corlear, quien, sentado en el cabestrante, les relataba la maravillosa historia de la miríada de luciérnagas que brillaban como joyas y lentejuelas en el oscuro manto de la noche. Estas, según la tradición, eran originalmente una raza de apestosas viejas sempiternas que poblaban aquellas regiones antes de lo que el hombre puede recordar, pertenecían a esa abominada raza denominada enfáticamente arpías, las cuales, por sus innumerables pecados contra los hijos del hombre y para servir de horrible advertencia al bello sexo, fueron condenadas a infestar la tierra transformadas en esos amenazantes y terribles insectos, por lo que sufrirían el tormento interno de ese fuego que antes portaban en su corazón y expulsaban mediante palabras, pero que su condena las obligó a soportar para siempre... ¡en la cola!

Y ahora pasaré a describir un hecho sobre cuya veracidad entiendo que mis lectores no mostrarán la menor duda, mas si así es, invitados están a no creer ni una sola palabra de toda esta historia, pues nada de lo que contiene es más cierto. Es pertinente saber que la nariz de Antony el trompetista era de un tamaño de lo más saludable y se pavoneaba descarada desde su rostro como una montaña de Golconda, pues estaba suntuosamente engalanada de rubíes y otras piedras preciosas: los verdaderos atributos de un rey de la fraternidad que el alegre Baco concede a todos los que empuñan el codo efusivamente con un jarro en la mano. Sucedió entonces que una mañana luminosa, a primera hora, tras haberse lavado el robusto rostro, estaba el bueno de Antony inclinado sobre la borda de la galera contemplándose en las cristalinas aguas. Justo en ese momento, el ilustre sol, abriéndose paso en todo su esplendor desde detrás de uno de los altos peñascos de las Highlands, lanzó uno de sus más potentes rayos sobre la refulgente nariz del trompetista, cuyo reflejo salió disparado, hirviente, directo al agua ¡y acabó con la vida de un portentoso esturión que se relajaba junto a la embarcación! Este gigantesco monstruo, elevado con infinito esfuerzo a cubierta, supuso un lujoso banquete para toda la tripulación, que consideró que tenía un sabor excelente, excepto alrededor de la herida, donde sabía ligeramente a azufre. Se trata, hasta donde me consta, de la primera ocasión en la que los cristianos comieron esturión en aquellas regiones^[90].

Cuando se transmitió este sorprendente milagro a Pieter Stuyvesant y se le dio a probar el desconocido pescado, este quedó, como muy bien se puede suponer, sumamente maravillado, y a modo de conmemoración otorgó el nombre de Antony's Nose, «la nariz de Antony», a un sólido promontorio de la zona que en adelante sería conocido de este modo.

Pero, un momento, quizá me estoy despistando. De seguir así, si trato de acompañar al bueno de Pieter Stuyvesant en este viaje, jamás alcanzaré el fin, pues nunca hubo una travesía tan colmada de maravillosos incidentes, como tampoco un río tan dotado de sobresalientes bellezas, merecedoras de ser descritas una por una.

Incluso ahora tengo en la punta de mi pluma el relato de cómo la tripulación quedó horriblemente atemorizada al ser conducida a la orilla, más allá de las Highlands, por una banda de alegres diablos jaraneros que retozaban y brincaban en una roca plana que se proyectaba hacia el río y que se conoce aún en nuestros días como Duivel's Dans-Kamer. ¡Pero no! No te corresponde a ti, Diedrich Knickerbocker, holgazanear de este modo en tu histórica expedición.

Recuerda que mientras te dedicas con la afable locuacidad que te concede tu edad a estas hermosas escenas que tan agradables son en tus recuerdos de juventud, así como a los encantos de un millar de historias legendarias que sedujeron el sencillo oído de tu infancia, recuerda que estás frivolisando con ese efímero tiempo que debiera ser dedicado a cuestiones más elevadas. ¿Acaso al tiempo —¡el despiadado tiempo!— no le tiembla la mano al mostrarte su reloj de arena prácticamente agotada? Apresúrate, pues, a continuar con tu afanosa labor, no sea que los últimos granos de sílice se precipiten antes de que concluyas tu famosa historia de Manhattoes.

Dejemos, por tanto, al intrépido Pedro, su osada galera y a su leal tripulación en manos del bendito san Nicolás, que sin duda los favorecerá en su viaje, mientras esperamos su regreso en la gran ciudad de Nueva Ámsterdam.

Capítulo IV

Que describe el poderoso ejército que se reunió en la ciudad de Nueva Ámsterdam; junto con la entrevista entre Pedro el Testarudo y el general Von Poffenburgh; así como los sentimientos de Stuyvesant hacia los grandes hombres tocados por la mala suerte

Mientras del modo descrito el emprendedor Pieter se deslizaba con facilidad por las aguas del señorial Hudson y levantaba en armas a todos los pequeños flemáticos asentamientos neerlandeses situados a sus orillas, un gran y poderoso conjunto de guerreros se congregaba en la ciudad de Nueva Ámsterdam. A este respecto, ese inestimable fragmento del pasado, el manuscrito Stuyvesant, muestra una atención mayor de la habitual, gracias a lo cual me es posible describir la ilustre hueste que acampó frente al fuerte, en la plaza pública denominada en la actualidad Bowling Green.

En mitad de esta se levantaba la tienda de los guerreros de Manhattoes, quienes al ser residentes en la metrópolis conformaban la escolta del gobernador. El liderazgo de este grupo correspondía al valiente Stoffel Brinkerhoff, quien otrora adquiriera tan inmortal fama en la bahía de las Ostras. Su estandarte era un poderoso castor *rampante* sobre un fondo naranja, el blasón de la provincia, que denotaba la tenaz laboriosidad y el origen anfibio de los valientes neerlandeses^[91].

Junto a estos, a su derecha, se encontraban los vasallos del famoso *mynheer* Michael Pauw^[92], quien dominaba las hermosas regiones de la antigua Pavonia y las lejanas tierras del sur hasta las colinas de Navesink^[93], y era asimismo dueño de la isla de Gibbet. Su estandarte lo portaba su fiel escudero, Cornelius van Vorst, y estaba configurado por una gigantesca ostra *yacente* sobre un fondo verdemar, que era el emblema de armas de su metrópolis favorita: Communipaw. Llevó consigo al campamento un robusto conjunto de guerreros fuertemente armados, vestidos todos ellos con diez pares de calzones de sarga y el rostro ensombrecido por la amplia ala de sus sombreros de piel de castor, en cuyas cintas portaban pequeñas pipas. Estos eran los hombres que vegetaban en el fango a lo largo de las costas de Pavonia, hombres de la genuina raza de los zanahorios, cuya leyenda asegura que nacieron de ostras.

A cierta distancia acampaba la tribu de guerreros que provenían de la vecindad de Hell Gate. Estos estaban bajo el mando de los Suydam y los Van Dam, incontinentes blasfemos como su apellido indica^[94]. Eran hombres de aspecto terrible, vestidos con gabardinas de amplios faldones tejidas con una tela de curiosos y llamativos colores, a la cual denominaban rayos y truenos. Su estandarte eran tres libélulas al vuelo sobre

un fondo de llamas.

Justo a su lado se encontraba la tienda de los soldados de las fronteras pantanosas de Wael Bogtig^[95] y las regiones del entorno. Estos mostraban un aspecto avinagrado, pues sobrevivían a base de manzanas ácidas salvajes, que abundaban en la zona. Fueron los primeros fundadores de esa honorable orden de caballería llamada Gandules de Flymarket y, si la tradición es cierta, fueron también quienes introdujeron ese famoso paso de baile llamado doble dificultad. Se encontraban bajo el mando del intrépido Jacobus Varra Vanger y contaban también con una alegre banda de barqueros de Brooklyn que realizaron un valiente concierto soplando sus caracolas.

Evitaré continuar con esta precisa descripción que proseguiría dando cuenta de los guerreros de Bloemen Dael, Weehawken, Hoboken y muchos otros lugares bien conocidos en los manuales de historia y las canciones populares, pues en este momento el sonido de los compases marciales alarma a las gentes de Nueva Ámsterdam, que los perciben más allá de las murallas de la ciudad. Sin embargo, esta inquietud en breve se sosegó, pues, ay, en mitad de una amplia nube de polvo reconocieron los calzones color azufre y la espléndida pata de plata de Pieter Stuyvesant, que brillaban con los rayos del sol. Lo vieron acercarse a la cabeza de un formidable ejército que había reclutado a lo largo de las orillas del Hudson. En este punto el excelente pero anónimo escritor del manuscrito Stuyvesant se lanza a una valiente y gloriosa descripción de las tropas en su desfile por la puerta principal de la ciudad, situada en la cabecera de la actual calle Wall.

Abriendo la comitiva aparecieron los Van Bummel, que habitan las agradables fronteras del Bronx. Eran estos hombres achaparrados y regordetes que portaban calzones excesivamente largos y son conocidos por sus logros en zonas pantanosas (fueron los inventores de las gachas de leche y maíz). Justo a su espalda marchaban los Van Vloten de las montañas de Catskill, terribles bebedores de sidra y consumados fanfarrones tras ingerirla. Después aparecieron los famosos Van Pelt de Esopus, diestros jinetes, montados sobre corceles de largas crines de la raza de la zona; eran estos hábiles cazadores de visones y ratas almizcleras, y de ellos proviene la palabra *peltry* utilizada en nuestra lengua para denominar un conjunto de pieles. A su espalda avanzaban los Van Nest de Kinderhook, valientes ladrones de nidos de pájaro, tal y como su nombre indica^[96]; a estos debemos, si nuestras fuentes son fiables, la invención de los pasteles de alforfón. Los seguían los Van Groll de Antony's Nose, que portaban su alcohol en tarros redondos y pequeños ya que no podían beber de sus cantimploras debido al poco habitual tamaño de sus narices. Después los Gardenier de Hudson y su entorno, distinguidos por gloriosas hazañas como el robo de las plantaciones de sandías, la caza del conejo ahumándolo en su madriguera y otras similares, así como por ser grandes amantes de los rabos de cerdo a la brasa; son estos los antepasados del conocido congresista del mismo apellido. Detrás venían los Van Hoesen de Sing Sing, grandes coristas y músicos de

guimbarda; estos marchaban de dos en dos entonando la famosa canción de san Nicolás^[97]. Tras estos, los Counhoven de Sleepy Hollow^[98], quienes dieron a luz a una alegre raza de taberneros, los primeros en descubrir el mágico arte de convertir un cuarto de vino en una botella de pinta. A su espalda, los Van Courtlandt, que residían en las salvajes orillas del río Croton y eran importantes cazadores de patos salvajes muy afamados por su habilidad con el arco. Después aparecieron los Bunschoten de Nyack y Kakiat, los primeros en dar patadas con la izquierda, eran gallardos exploradores y cazadores de mapaches a la luz de la luna. Detrás de estos, los Van Winkle de Harlem, potentes chupadores de huevos y afamados por sus carreras de caballos y por lanzarse a la carrera por decenas a las tabernas; fueron los primeros en guiñar con los dos ojos al mismo tiempo^[99]. En última posición aparecieron los Knickerbocker de la gran localidad de Schaghticoke, donde las gentes colocan piedras sobre las casas cuando sopla viento para evitar que salgan volando. Este apellido, señalan algunos, provendría de *knicker*, «sacudir», y *beker*, «copa», lo que indicaría que eran buenos borrachines de antaño. Lo cierto es que deriva de *knicker*, «cabecear», y *boeken*, «libros», lo que claramente indica que eran grandes sesteadores con un libro en la mano (y de estos desciende el autor de esta historia).

Tal era la legión de robustos cazadores que apareció en la gran puerta de Nueva Ámsterdam. El manuscrito Stuyvesant de hecho menciona a muchos más cuyos nombres omitiré, pues me corresponde dedicarme a cuestiones de mayor relevancia. Nada podría superar la alegría y el orgullo marcial de nuestro Pieter, de leonino corazón, mientras pasaba revista a esta poderosa hueste de soldados, por lo que decidió no retrasar más la consecución de su tan ansiada venganza de los sinvergüenzas suecos del Fuerte Casimir.

Pero antes de lanzarme a registrar estos incomparables acontecimientos, que podrán conocer en el siguiente capítulo de esta afamada historia, déjenme detenerme a señalar la suerte de Jacobus von Poffenburgh, el desconcertado comandante en jefe de los ejércitos de Nuevos Países Bajos. Tal es la crueldad inherente a la naturaleza humana que, en cuanto se dieron a conocer las noticias del deplorable asunto del Fuerte Casimir, un millar de viles rumores afloraron en Nueva Ámsterdam, los cuales sugerían que había alcanzado en realidad un acuerdo traidor con el comandante sueco, que llevaría mucho tiempo comunicándose en secreto con los suecos, junto con diversas insinuaciones sobre un supuesto «salario de los servicios secretos». A todas estas malintencionadas acusaciones no les concedo más valor... que el creo que merecen.

Cierto es que el general hacía valer su personalidad con las más vehementes maldiciones y protestas y expulsaba de las filas del honor a todo el que se atreviera a dudar de su integridad. Es más, al regresar a Nueva Ámsterdam desfiló por sus calles arriba y abajo con una tropa de malhablados pisándole los talones, robustos compañeros de la botella a los que engordaba y atracaba de licor y que estaban dispuestos a apoyarlo ante cualquier tribunal: héroes de su misma índole, barbudos,

de hombros anchos, fanfarrones con aspecto de gigante y que parecían todos capaces de comerse un buey y utilizar sus cuernos de mondadientes. Esta escolta era la que reñía en todas sus riñas, estaba dispuesta a pelear todas sus batallas y miraba a todo aquel que despreciara al general como si pudieran comérselo vivo. Su conversación estaba salpicada de maldiciones y amenazas y toda grandilocuente fanfarronada se veía rodeada de un atronador desprecio, como un brindis patriótico honrado con una descarga de artillería.

Toda esta valiente grandilocuencia tuvo un efecto considerable a la hora de convencer a ciertos sabios de mente profunda, muchos de los cuales comenzaron a considerar al general un héroe de la más indecible nobleza y magnanimidad, especialmente porque este mencionaba continuamente el honor del soldado, una aseveración de tono especialmente alto. Ahora bien, ninguno de los miembros del consejo llegó al punto de proponer que lo inmortalizaran con una imperecedera estatua de yeso de París.

Sin embargo, el atento Pedro el Testarudo no se dejaría tan fácilmente llevar a engaño. Convocó en privado al comandante en jefe de todos los ejércitos y, tras haber escuchado su historia al completo, engalanada con las habituales blasfemias, protestas y exclamaciones devotas, respondió: «Preste atención, *metgelsel* —gritó—, si bien según su propia descripción es usted el más osado, íntegro y honrado hombre de toda la provincia, se encuentra con la desventura de ser difamado del modo más execrable y por completo menospreciado. Pese a que es realmente injusto castigar a un hombre por sus desgracias, y aunque es muy posible que usted sea por completo inocente de los delitos de los que se le acusa, puesto que el cielo en este momento, sin duda con algún objetivo de gran sabiduría, considera oportuno ocultar todas las pruebas de su inocencia, no seré yo quien contradiga la voluntad divina. Por otra parte, no puedo permitir arriesgar el futuro de mi ejército con un comandante al que sus soldados desprecian ni confiar el bienestar de mi pueblo a un paladín del que sus ciudadanos desconfían. Apártese, pues, mi amigo, de los pesados esfuerzos y preocupaciones de la vida pública con esta reflexión consoladora: si usted es culpable, no está más que recibiendo su merecido, y si es inocente, no es el primer gran hombre que se ha visto calumniado y maltratado del modo más injusto en este cruel mundo, y sin duda será mejor tratado en un lugar mejor en el que no habrá errores, calumnias ni persecuciones. Mientras esto sucede, permítame no volver a ver su rostro, pues siento gran aversión hacia los semblantes de los desafortunados grandes hombres como usted».

Capítulo V

En el que el Autor diserta de modo muy ingenioso sobre sí mismo; tras lo que se describen muy interesantes hechos históricos sobre Pedro el Testarudo y sus seguidores

Puesto que mis lectores y yo mismo estamos a punto de adentrarnos en tantos peligros y dificultades como los que ninguna confederación de aguerridos caballeros andantes voluntariamente afrontó jamás, es conveniente que, como esos esforzados aventureros, unamos nuestras manos, dejemos atrás toda diferencia y juremos permanecer unos junto a otros, en la prosperidad y en la adversidad, hasta la conclusión de esta empresa. Mis lectores percibirán sin duda el modo en que mi tono y mi conducta han variado desde que comenzamos a caminar juntos. Seguro estoy, pues, de que entonces me consideraron un hosco, cínico e impertinente hijo de neerlandesa, pues jamás les ofrecí un saludo cortés y ni siquiera me retiré el sombrero cuando tuve la ocasión de dirigirme a ellos. Sin embargo, según fuimos avanzando juntos en el camino de mi historia, comencé a relajarme gradualmente, a mostrarme más cortés y en ocasiones a manifestar un discurso más familiar, hasta que finalmente acabé por albergar la más amistosa y sociable estima hacia ellos. Esta no es más que mi manera de ser: siempre me muestro un tanto frío y reservado inicialmente, especialmente con personas de las que ni sé ni me importa un mísero pimientito, hasta que termino por mostrarme totalmente cercano tras una prolongada intimidad.

Además, ¿por qué habría de mostrarme sociable con la multitud de conocidos de paso que se reunieron en tropel a mi alrededor nada más conocerlos? No se vieron más que atraídos por un nuevo rostro; muchos de ellos solo me miraron a la cara en la cubierta y después se alejaron sin decir una palabra, mientras que otros se demoraron bostezando en el prefacio y, una vez satisfecha su breve curiosidad, pronto se alejaron uno a uno. Pero con especial intención de poner a prueba su valor, recurrí a una estrategia similar a la que nos indican que utilizó esa flor sin par de la caballería, el rey Arturo, quien antes de admitir en su intimidad a caballero alguno requería que este se mostrara superior a los peligros y las dificultades mediante un enfrentamiento con inauditos contratiempos, como acabar con una decena de gigantes o vencer a malvados encantadores, por no mencionar a los enanos, los hipogrifos o los fieros dragones. Con similar intención guie a mis lectores, a la primera ocasión, hacia dos o tres espinosos capítulos donde fueron tristemente apaleados y abofeteados por toda una tropa de filósofos paganos y escritores infieles. Aquello hizo bien a mi vientre, gracias a las poderosas carcajadas que me produjo ver la total confusión y desesperación de mis valientes caballeros: algunos cayeron muertos (*dormidos*) en el campo de batalla, otros se deshicieron de mi libro a mitad del primer capítulo,

pusieron pies en polvorosa y no dejaron de correr hasta que lo hubieron perdido de vista, momento en el que se detuvieron a recuperar la respiración, así como a narrar a sus amigos las dificultades a las que se habían enfrentado y a alertar a cualquier otro antes de aventurarse en una expedición tan ingrata. Cada página reducía mis tropas más y más, y de la poderosa hueste que inicialmente partió conmigo, fueron pocos comparativamente los que se las arreglaron para sobrevivir, en un estado sumamente maltrecho, a los cinco capítulos introductorios.

¡¿Y bien?! ¿Habrían preferido que aceptara en mi pecho a esos cobardes desconocidos en nuestro primer encuentro? No, nada de eso. Reservo mi amistad a aquellos que la merecen, a aquellos que sin desanimarse me acompañan a pesar de las dificultades, los peligros y las fatigas. Y ahora, a estos que siguen conmigo, les ofrezco con todo cariño mi mano. ¡Honorable y tres veces amados lectores!, ¡valientes y seguros compañeros!, vosotros que habéis seguido fieles mis pasos a lo largo de todas mis caminatas: os saludo desde el corazón y me comprometo a permanecer a vuestro lado hasta el final, así como a conducirlos (si el cielo acelera esta fiel arma que en este momento sostengo entre mis dedos) triunfantes hasta el final de esta nuestra formidable empresa.

¡Pero, ojo, mientras charlamos de este modo, la ciudad de Nueva Ámsterdam se encuentra en continuo ajetreo! La gallarda hueste de guerreros acampada en Bowling Green levanta campamento, la metálica trompeta de Antony van Corlear hace al firmamento resonar con portentoso estruendo, redoblan los tambores, los estandartes de Manhattos, de Hell Gate y de Michael Pauw ondean orgullosos en el cielo. Y ahora, ¡observad a los marinos afanosamente ocupados izando las velas de aquella goleta y esas dos balandras de Albany de majestuosa construcción que llevarán al ejército de los neerlandeses a hacerse con inmortales laureles en el Delaware!

La población de la ciudad al completo, hombres, mujeres y niños, salió a las calles para contemplar a la caballería de Nueva Ámsterdam en su desfile por las calles previo al embarque. Muchos pañuelos sucios ondearon en las ventanas, mucha hermosa nariz se sonó con melódico pesar en tan triste ocasión. La pena de las hermosas damas y las bellas damiselas de Granada no habría sido más vociferante por la expulsión de la gallarda familia de los Abencerrajes de lo que fue la de las *vrouws* de buen corazón de Nueva Ámsterdam por la marcha de sus intrépidos guerreros. Toda doncella enferma de amores llenó con su infinito cariño los bolsillos de su héroe de pan de jengibre y *dough nuts*; muchos anillos de cobre se intercambiaron y torcidas monedas se partieron en dos como muestra de eterna fidelidad, y todavía resisten hasta nuestros días ciertos versos amorosos escritos para la ocasión lo suficientemente indescifrables e incomprensibles como para confundir al universo entero.

Era una escena conmovedora ver a las muchachas de pecho generoso, cómo se arracimaban en torno al valiente Antony van Corlear, pues este era un alegre y vigoroso soltero y de mejillas encarnadas, además de un gran jaranero, amigo de las

bromas y desesperado pícaro con las mujeres. De buen grado lo habrían mantenido en la ciudad para consolarlas mientras el ejército estuviera lejos, pues, junto con lo que ya se ha señalado de él, no es menos justo añadir que era un alma bondadosa que destacaba por sus benévolas atenciones para asistir a las desconsoladas esposas durante la ausencia de sus maridos —algo que le granjeó gran consideración entre los honestos burgueses de la ciudad—. Pero nada podía impedir que el valiente Antony siguiera los pasos del buen gobernador, a quien amaba como a su propia alma, por lo que abrazó a todas las jóvenes *vrouws* y, tras dar a todas las que tenían buenos dientes y la boca limpia una decena de apretados besos, se marchó cargado con sus buenos deseos.

Tampoco fue la partida del gallardo Pieter una causa menor de angustia pública. Si bien el buen gobernador en ninguna medida se mostraba indulgente con los disparates y los caprichos de sus ciudadanos y había pasado página por completo con respecto a la situación en los días de Guillermo el Irascible, de algún modo u otro había logrado ser extrañamente popular entre su pueblo. Hay algo tan cautivador en la valentía personal que, para la masa común de la humanidad, esta supera a la mayoría de méritos. Las gentes sencillas de Nueva Ámsterdam consideraban a Pieter Stuyvesant un prodigio de valor. Su pata de palo, ese trofeo de sus encuentros bélicos, era observada con reverencia y admiración. Todo buen burgués tenía un puñado de historias milagrosas que contar sobre las hazañas de Hard-koppig Piet, con las que entretenía a sus hijos en las largas noches de invierno y en las que se extendía con mucho regocijo y exageración como hacen hoy nuestros honestos compatriotas de las zonas rurales con las esforzadas aventuras del viejo general Putnam (o, como se lo conoce familiarmente, el viejo Put)^[100] durante nuestra gloriosa guerra de Independencia. No había individuo que no creyera de corazón que el viejo gobernador sería rival para el propio Belcebú, y existía incluso una historia narrada con gran misterio y secretismo, según la cual había disparado al diablo con una bala de plata en una oscura noche de tormenta cuando navegaba en una canoa por Hell Gate. No obstante, esto último no lo considero un hecho absolutamente probado —¡muera aquel que deje caer una gota que pudiera teñir la prístina corriente de la historia!—.

Cierto es que no existía anciana de Nueva Ámsterdam que no considerara que Pieter Stuyvesant era un torreón de fortaleza ni se mostrara satisfecha por la seguridad del bienestar público mientras él estuviera en la ciudad. Por ello, no es sorprendente que asistieran a su partida con preocupada aflicción. Con pesar avanzaban siguiendo los pasos de sus tropas, que marchaban hacia el río para embarcar. El gobernador ofreció desde la popa de su goleta un discurso corto pero verdaderamente patriarcal a sus ciudadanos, en el que les recomendó comportarse como vecinos leales y pacíficos, ir a misa con regularidad los domingos y dedicarse a sus asuntos el resto de la semana. Las mujeres habían de ser obedientes y cariñosas con sus maridos, sin ocuparse de más asuntos que de los propios, para lo que debían

evitar todo cotilleo y paseo nocturno, así como procurar portar todo el tiempo faldas largas y lenguas cortas. Los hombres habían de abstenerse de asistir a reuniones políticas y mesones, confiar los asuntos gubernamentales a los funcionarios destinados a llevarlos a cabo y permanecer en casa como buenos ciudadanos, procurándose beneficio económico propio y produciendo hijos para el beneficio de su nación. Los burgomaestres habían de cuidar debidamente de los intereses públicos, sin oprimir a los pobres ni consentir a los ricos, sin ocupar su sabiduría en concebir nuevas leyes, sino en aplicar fielmente las que ya estaban aprobadas, dirigir su atención a prevenir los delitos más que a castigarlos, recordando siempre que los magistrados públicos han de considerarse a sí mismos guardianes de la moralidad pública que no cazadores de ratas empleados en la persecución de los delincuentes. Finalmente los exhortó a todos y cada uno de ellos, mayores y menores, ricos y pobres, a comportarse *lo mejor que pudieran* y les aseguró que si cumplían de modo fiel y concienzudo con esta regla de oro no habría peligro alguno y todo funcionaría de maravilla. Una vez hecho esto, les dirigió una bendición paternal, el robusto Antony hizo sonar una despedida de lo más afectuosa con su trompeta, la alegre tripulación emitió un vigoroso grito triunfal y la invencible armada se deslizó orgullosa por la bahía.

Las buenas gentes de Nueva Ámsterdam se arremolinaron en The Battery, ¡ese bendito lugar de reunión desde el que tantas tiernas oraciones se han pronunciado al aire, tanta hermosa mano se ha sacudido al viento y tantas miradas tristes han lanzado damiselas enfermas de amor hacia las embarcaciones cada vez más pequeñas que llevan a sus aventureros pretendientes a otros climas! Fue aquí donde la ciudad observó con ojos doloridos a la gallarda escuadra que flotaba lentamente bahía abajo. Cuando las masas de tierra de The Narrows la borró de su vista, los ciudadanos se dispersaron gradualmente en completo silencio y con el semblante abatido.

Una gran pesadumbre se apoderó de la ciudad tan habitualmente animada. Los honrados burgueses fumaban sus pipas en profunda meditación y lanzaban miradas pensativas a la veleta de la iglesia de san Nicolás, al tiempo que las mujeres, que ya no contaban con la presencia de Hard-koppig Piet para alentar su confianza, reunían a sus hijos en casa y levantaban barricadas en puertas y ventanas cada tarde al caer el sol.

Mientras tanto, la armada del esforzado Pieter avanzó con éxito en su viaje y, tras encontrar tantas tormentas, tornados, ballenas y demás horrores como suelen acontecer a los aventureros marinos sin experiencia en peligrosos viajes de este tipo, tras sufrir la grave sacudida de esa deplorable e inmisericorde enfermedad llamada mareo y superar un cierto estreñimiento o dispepsia que curaron con un milagroso medicamento, la escuadra al completo alcanzó sana y salva el Delaware.

Sin siquiera echar anclas y dar a sus cansadas embarcaciones tiempo para respirar después de tantos esfuerzos en el océano, el intrépido Pieter siguió su curso por el Delaware y realizó una aparición repentina ante el Fuerte Casimir. Tras haber

convocado a la sorprendida guarnición con un terrorífico toque de la trompeta de Van Corlear, de amplios pulmones, exigió en tono atronador la rendición inmediata del fuerte. Ante esta demanda, Suen Scutz, el seco comandante, replicó con voz aguda y temblorosa —que por su extrema delgadez sonó como el viento que silba a través de un fuelle roto—: «No tengo razones de mucho peso para negarme, excepto que tal exigencia es especialmente desagradable, pues me han ordenado que defienda mi posición hasta las últimas consecuencias». Así pues, solicitó tiempo para consultar con el gobernador Risingh y propuso decretar una tregua para tal fin.

El colérico Pieter, indignado por tener su legítimo fuerte usurpado de modo tan traidor y retenido de modo tan pertinaz, rechazó la propuesta de armisticio y juró por la pipa de san Nicolás —que, como el fuego sagrado, jamás se extinguiría— que, a menos que el fuerte se rindiera en diez minutos, asaltaría sin dudar la fortaleza, trataría a toda la guarnición a baquetazos y despedazaría al canalla de su comandante como a un arenque en conserva. Para dotar del mayor efecto posible a su amenaza, desenvainó su fiel espada y la blandió ante sus rivales con un movimiento tan feroz y vigoroso que, sin duda, de no haber sido por el exceso de herrumbre, habría iluminado de terror los ojos y corazones del enemigo. Ordenó entonces a sus hombres que dispararan una andanada contra el fuerte, la cual contaría con los proyectiles de dos pedreros, tres mosquetes, una larga escopeta para cazar patos y dos pares de revólveres de cañón largo.

Mientras tanto, el fornido Van Corlear reunió todas sus fuerzas y comenzó sus operaciones militares. Hinchando las mejillas como el mismo Bóreas, produjo el más terrorífico soplo de su trompeta; los vigorosos coristas de Sing Sing se lanzaron a una espantosa melodía bélica; los guerreros de Brooklyn y Wael Bogtig hicieron sonar un potente y pasmoso estallido de sus caracolas; y todos juntos formaron un concierto tan escandaloso como el de cinco mil orquestas francesas demostrando sus habilidades en una obertura moderna, ante cuyo sonido les garantizo que ni un solo sueco del fuerte pudo evitar sentir que se deshacía gota a gota a causa del miedo y la horrible música.

Si el formidable frente bélico que de pronto se presentó sumió a la guarnición en total consternación o si los términos concluyentes de la amenaza, que señalaba que habían de entregarse *a discreción*, fueron malinterpretados por Suen Scutz —quien pese a ser sueco era un hombre muy considerado y de talante relajado— como un halago a su carácter discreto, no me atreveré a señalarlo, lo cierto es que encontró imposible resistirse a tan cortés exigencia. De este modo, en el instante preciso, cuando el mozo de camarote había ido a buscar una brasa encendida para descargar los pedreros, el único tambor de la guarnición tocó una llamada a la retirada —para no poca satisfacción de ambas partes, cuyos miembros, si bien dispuestos a hacer de tripas corazón y batallar, tenían mejor inclinación hacia las cenas tranquilas que hacia los intercambios de ojos morados y narices partidas—.

De este modo regresó de nuevo esta inconquistable fortaleza a la dominación de

los altos y poderosos señores; se facilitó a Scutz y a su guarnición de veinte hombres marcharse con su honor guerrero intacto y el victorioso Pieter, que era tan generoso como valiente, les permitió mantener la posesión de todas sus armas y municiones — estas habían sido consideradas, tras su inspección, completamente inservibles, pues se habían oxidado tiempo atrás en el polvorín del fuerte, antes incluso de que este fuera arrebatado por los suecos al magnánimo aunque fanfarrón Von Poffenburgh—. Sin embargo, no debo olvidar que el gobernador quedó tan maravillado con los servicios de su fiel escudero Van Corlear en la rendición de esta gran fortaleza que, en ese mismo momento, lo hizo señor de un excelente dominio en la vecindad de Nueva Ámsterdam denominado aún hoy Corlears Hook^[101].

La incomparable generosidad del valiente Stuyvesant hacia los suecos, que ciertamente habían tratado a su Administración de modo muy canallesco, ocasionó gran sorpresa en la ciudad de Nueva Ámsterdam, lo que es más, algunos de esos facciosos individuos que habían sido iluminados por los encuentros políticos tan frecuentes en los días de Guillermo el Irascible, pero que no se habían atrevido a recuperar sus entrometidas costumbres bajo la vigilancia del siguiente gobernador, animados por su ausencia llegaron incluso a dar rienda suelta a sus críticas en las calles. Murmullos, tan sonoros como los pronunciados por esa nación de auténticos quejicas, los británicos, a consecuencia de los acuerdos de Portugal^[102], se oyeron en la mismísima cámara del consejo de Nueva Ámsterdam, y se desconoce si no habrían llegado incluso a convertirse en verdaderos discursos e invectivas si el enérgico Pieter no hubiera enviado en secreto su bastón de vuelta a la ciudad para que ejerciera de cetro sobre la mesa del consejo, situado entre todos sus consejeros, quienes, como hombres sabios que eran, entendieron la indirecta y mantuvieron en adelante la boca cerrada.

Capítulo VI

En el que se demuestra la gran ventaja que el Autor posee con respecto a sus lectores en el momento de la batalla; junto con diversos movimientos portentosos que anuncian que algo terrible está a punto de suceder

«Golpea mientras el hierro esté caliente» era una de las expresiones favoritas de Pedro el Grande cuando ejerció de aprendiz en una herrería de Ámsterdam^[103]. Es uno de esos dichos proverbiales que son apenas unas palabras para el oído, pero todo un libro para el entendimiento, y contienen un mundo de sabiduría condensado en un espacio limitado. De este modo todo arte y profesión ha facilitado una joya de este tipo al almacén público y ha enriquecido a la sociedad con alguna sabia máxima y conciso apotegma extraído de su propia experiencia en el cual se expresan no solo los misterios de ese arte o profesión, sino también el secreto fundamental para una vida próspera y feliz. «Manos de sastre no ensucian la tela», dice el alfayate; «Zapatero, a tus zapatos», señala el remendón; «Según venga el pez, así se escama», recomienda el pescador; «Prevenir es mejor que curar», insinúa el médico. Sin duda, un hombre no tiene más que viajar por el mundo, con los oídos atentos, y cuando la cabeza se le llene de canas tendrá toda la sabiduría de Salomón —momento en el que no tendrá ya más que hacer que volver a ser joven y utilizar sus conocimientos de la mejor manera posible—.

«Golpea mientras el hierro esté caliente» no era solo el dicho favorito de Pedro el Grande, sino también la estrategia habitual de Pedro el Testarudo. De igual modo que a un poderoso concejal, cuando se encuentra en un banquete de la corporación, la primera cucharada de sopa de tortuga le despierta el paladar, siente su impaciente apetito multiplicarse por diez y redobra sus vigorosos ataques a la sopera al tiempo que sus voraces ojos, fuera de las cuencas, se mueven ávidos devorando todo cuanto ocupa la mesa, así el brioso Pieter Stuyvesant sentía un intolerable apetito de gloria marcial que rugía en sus mismas tripas, exacerbado por la captura del Fuerte Casimir, sin que nada pudiera aliviarlo más que la conquista de toda Nueva Suecia. Así pues, nada más asegurar su conquista, salió cojeando resuelto, embriagado por el éxito, para hacerse con nuevos laureles en el Fuerte Cristina^[104].

Este era el gran emplazamiento sueco, establecido en un pequeño río (o, mejor dicho, arroyo) del mismo nombre, que vacía sus aguas en el Delaware; y era aquí donde el astuto gobernador Jan Risingh, como otro Carlos XII de Suecia, comandaba a sus súbditos en persona.

De este modo, enfrentamos con imparcialidad a dos de los más poderosos mandatarios que este país jamás pudo observar; y en lo que al resultado de su

contienda respecta, estoy tan ansioso como mis lectores por conocerlo. Esto, sin duda, parecerá una paradoja a aquellos que desconocen mi modo de escribir. El hecho es que no estoy inmerso en un trabajo de la imaginación, sino en una fidedigna y verdadera historia, por lo que no es necesario que me incomode la cabeza anticipando los incidentes y catástrofes venideros. Muy al contrario, por lo general establezco como norma no examinar los anales de los tiempos a los que me dedico más allá de una página por delante de donde se sitúa mi obra; de este modo, me encuentro siempre igualmente interesado en el progreso de mi historia que quien la lee, tan inconsciente como este acerca de los acontecimientos que sucederán de inmediato. La oscuridad y la duda pueblan cada capítulo futuro; con temblorosa pluma y nervioso ánimo llevo a mi amada ciudad a través de los riesgos y las dificultades a las que se ve continuamente sometida. Al tratar sobre mi héroe favorito, el gallardo Pieter Stuyvesant, a menudo me estremezco afligido al avanzar una nueva página por miedo a encontrar que su impávido espíritu lo dirige hacia algún doloroso infortunio.

Esta es mi situación actual. Acabo de conducirlo a la misma frontera del peligro, pero no puedo afirmar en mayor medida que mi lector cuál será el desenlace de este horrible estruendo de armas con el que nuestros oídos se ven por igual asaltados. Es cierto, cuento con una ventaja sobre mi lector que facilita de modo maravilloso la relajación de mis temores: si bien no puedo salvar la vida a mi héroe favorito ni en absoluto contradecir el resultado de una batalla (ambas tergiversaciones que, pese a ser muy practicadas por los escritores franceses del presente régimen, considero por completo indignas de un historiador escrupuloso), puedo cada cierto tiempo hacer que este propine a su enemigo un golpe en la espalda lo bastante fuerte como para tumbar a un gigante, aunque en realidad nunca hiciera nada parecido. También puedo hacer que su antagonista dé una vuelta tras otra alrededor del campo de batalla, como de modo absolutamente falso hizo el señor Homero escabullirse como un pusilánime a Héctor por las murallas de Troya —algo por lo que, en mi humilde opinión, el príncipe de los poetas merecería que le partieran la cabeza, como habría sucedido sin duda si esos tipos terribles, los críticos de Edimburgo^[105], hubieran existido entonces—. En caso de que mi héroe se viera firmemente asediado por su oponente, puedo sencillamente interponerme y de un plumazo aporrear a este último con fuerza en la armadura con un golpe que habría quebrado el cráneo al mismísimo Hércules, al modo de un padrino en un combate de boxeo que, al ver a su luchador en el suelo y cerca de ser vencido, lanza un puñetazo inesperado que deja sin aire a su adversario y cambia por completo la situación de la contienda.

Soy consciente de que muchos de mis lectores más escrupulosos estarán dispuestos a gritar «¡juego sucio!» cada vez que yo preste tal asistencia, pero insisto en que este es uno de esos pequeños privilegios defendidos tenazmente y puestos en práctica por los historiógrafos de todas las eras, una ventaja que jamás fue discutida. Un historiador se encuentra, de hecho, comprometido por honor a permanecer junto a su héroe: la fama de este último está en sus manos y es obligación del primero hacer

cuanto pueda por ella. Nunca existió general, almirante ni ningún otro comandante que al describir una batalla en la que hubiera combatido no apaleara con toda seriedad al enemigo, y no tengo duda de que, si mis héroes hubieran escrito la historia de sus propios logros, habrían conectado golpes mucho más duros que cualquiera que yo describa. Situado, pues, como custodio de su fama, me corresponde hacerles justicia del mismo modo en que lo habrían hecho ellos mismos, por lo que si resulto ser un tanto agresivo con los suecos, que cualquiera de sus descendientes que pudiera escribir una historia sobre el estado de Delaware adopte su justa represalia y sacuda a Pieter Stuyvesant tan fuerte como le plazca.

Así pues, ¡esperen cabezas abiertas y narices ensangrentadas! Mi pluma lleva tiempo ansiando una batalla: asedio tras asedio he avanzado sin golpes ni derramamientos de sangre, pero ahora tengo finalmente la oportunidad y juro por el cielo y san Nicolás que, digan las crónicas de la época lo que digan, ni Salustio, ni Tito Livio, ni Tácito, ni Polibio ni ningún otro narrador de batallas describió una lucha más encarnizada que la que mis valientes líderes están a punto de comenzar.

Y usted, excelentísimo lector, a quien por su fiel adhesión a mi deambular podría alojar en el mejor salón de mi corazón, no tema, confíe la suerte de nuestro querido Stuyvesant a mi pluma, pues por la Santa Cruz que, suceda lo que suceda, resistiré junto a Hard-koppig Piet hasta las últimas consecuencias, lo haré avanzar entre estos infames granujas como hizo el famoso Lanzarote del Lago entre una manada de cobardes caballeros de Cornualles; y, si llegara a caer, no me permitan volver a blandir mi pluma en otra batalla en nombre de un hombre valiente ¡si no hago que estos patanes suecos paguen por ello!

Nada más llegar Pieter Stuyvesant ante el Fuerte Cristina, procedió sin demora a atrincherarse y, tras establecer su primera paralela, envió a Antony van Corlear, ese incomparable trompetista, a conminar la rendición del enemigo. Van Corlear fue recibido con toda la formalidad debida: le vendaron los ojos en la entrada y lo condujeron, a través de un apestoso olor a pescado y cebollas en salmuera, hasta la ciudadela, una sólida cabaña de madera de pino. Allí le descubrieron los ojos y se encontró ante la augusta presencia del gobernador Risingh, quien, pues ha sido casualmente comparado a Carlos XII, el lector inteligente percibirá inmediatamente que hubo de ser un hombre alto, robusto, de capaz físico y aspecto malvado, vestido con un basto abrigo azul con botones de latón, una camisa que llevaba una semana esperando en vano una buena refriega de jabón y un par de botas altas de un color amarillo rojizo. Se encontraba en ese momento dedicado a afeitarse la encanecida barba con un pedazo de espejo roto y una horrible cuchilla de la peor calidad. Antony van Corlear le transmitió en escasas palabras —pues era algo parecido a un taquígrafo oral— un largo mensaje de su excelencia en el que describía toda la historia de la provincia con una recapitulación de reivindicaciones, una enumeración de sus motivos de queja, etc., etc., y concluía con la imperiosa exigencia de la rendición instantánea. Hecho esto, se hizo a un lado, se llevó el índice y el pulgar a la

nariz y realizó una tremenda sonada en absoluto alejada de las florituras de una trompeta desafiante —algo que, sin duda, el apéndice nasal había aprendido por la prolongada y estrecha cercanía con tan melódico instrumento—.

El gobernador Risingh lo escuchó sin interrumpirlo, trompeta incluida, con infinita paciencia, apoyándose en ocasiones, como era su costumbre, en la empuñadura de su espada, y otras veces dando vueltas a la gigantesca cadena de acero de su reloj o chascándose los dedos. Una vez concluido el mensaje de Van Corlear, respondió directamente que Pieter Stuyvesant y sus exigencias podían bien irse al inf..., donde esperaba enviarlo tanto a él como a su tropa de granujas antes de la hora de la cena. Entonces, descubriendo su espada de empuñadura de latón y arrojando a un lado la vaina, advirtió: «Por Dios que no te volveré a envainar hasta que pueda hacerlo en una funda de piel hecha con el pellejo ahumado de este renegado neerlandés». Tras haber manifestado el sueco su fiero desafío en las mismas barbas de su adversario —con la colaboración de los labios de su mensajero—, Van Corlear fue conducido de vuelta a la entrada con todas las muestras de respeto debidas al trompetista, escudero y embajador de tan gran comandante. Con los ojos de nuevo descubiertos, fue educadamente despedido con un pellizco en la nariz que le ayudara a recordar el mensaje.

En cuanto el gallardo Pieter recibió esta insolente respuesta, dejó escapar una tremenda salva de candentes blasfemias de todos los diámetros, las cuales habrían de modo infalible azotado las fortificaciones y hecho saltar por los aires los polvorines en las mismas narices del osado sueco si las murallas no hubieran sido extraordinariamente resistentes y los polvorines a prueba de bombas. Al descubrir que las defensas soportaban tan terrible ataque y que era por completo imposible (como en realidad sucedía en aquellos días carentes de filosofía) llevar adelante una guerra con palabras, ordenó a sus felices hombres que se prepararan para el asalto inmediato. Sin embargo, en este momento se elevó entre sus tropas un extraño murmullo que comenzó entre la tribu de los Van Bummel, esos valiosos zapadores del Bronx, y se extendió de hombre a hombre acompañado por ciertas miradas rebeldes y comentarios de descontento. Por una vez en su vida, y solo una, el gran Pieter empalideció, pues pensó realmente que sus guerreros iban a fallarle en ese preciso momento de peligro, con lo que para siempre mancharían la fama de la provincia de Nuevos Países Bajos.

No obstante, pronto descubrió con gran alegría que aquella sospecha era profundamente injusta hacia su impertérrito ejército, pues la causa de esta agitación y desasosiego era sencillamente que se aproximaba la hora de la cena y habría prácticamente destrozado los corazones de estos guerreros neerlandeses de estrictas costumbres haber violado la invariable rutina de su cotidianeidad. Además, entre nuestros valientes antepasados existía la norma de luchar siempre con el estómago lleno, algo a lo que puede atribuirse sin duda el hecho de que sus hazañas terminaran por ser tan famosas en el campo de batalla.

Así pues, los aguerridos hombres de Manhattoes y sus no menos osados compañeros se dedicaron bajo los árboles a dar cuenta con rotundidad del contenido de sus morrales y a ofrecer tan afectuosos abrazos a sus cantimploras y jarras como si realmente creyeran que serían los últimos. Y puesto que preveo que tendremos trabajo duro ante nosotros en una o dos páginas, recomiendo a mis lectores que hagan lo mismo, para lo cual concluyo aquí este capítulo, no sin ofrecerles mi palabra de honor de que nadie aprovechará este armisticio para sorprender ni molestar de ningún modo a los honestos neerlandeses mientras dedican sus energías a la alimentación.

Antes de despedirnos, no obstante, tengo un pequeño favor que solicitarles: cuando haya desplegado a los dos ejércitos uno frente a otro en el siguiente capítulo y me dedique a correr de aquí para allá como el mismo diablo, entre unos y otros, limítense, por favor, a permanecer a un lado, por completo fuera de peligro, y por ningún motivo traten de interrumpirme con pregunta o protesta alguna. Dado que todo el espíritu, la velocidad y sublimidad de la batalla dependerán de mi esfuerzo, en el momento en que me detenga a conversar, toda la escena quedará estática, lo que como comprenderán me impedirá dirigir palabra alguna a mis lectores a lo largo de todo el siguiente capítulo, si bien les prometo que en el inmediatamente posterior prestaré atención a cuanto tengan que decir y responderé a toda pregunta que puedan plantear.

Capítulo VII

Que contiene la más horrible batalla jamás contada en poesía o prosa y las admirables hazañas de Pedro el Testarudo

Una vez los neerlandeses deglutieron su inmensa pitanza, se sintieron maravillosamente animados, preparados para tomar el campo de batalla. La expectación —afirma un prosaico y fidedigno poeta neerlandés cuyas obras ardieron por desgracia en el incendio de la Biblioteca de Alejandría— se elevaba sobre zancos. El mundo se olvidó de girar, o más bien quedó estático, para poder asistir al enfrentamiento, como un edil de oronda tripa que observa el combate entre dos moscas —caballeros volantes— sobre su chaleco. Los ojos de toda la humanidad, como suele suceder en estos casos, estaban vueltos hacia el Fuerte Cristina. El sol, como un hombre de poca estatura entre la multitud en un espectáculo de marionetas, corría de un lado a otro por el cielo, levantando la cabeza aquí y allá, entre las maleducadas nubes que se cruzaban en su camino, para intentar lograr dar un vistazo a la refriega. Los historiadores llenaron sus tinteros; los poetas se quedaron sin cenar —bien para poder comprar papel y plumas de ganso o porque no tenían qué echarse a la boca—; la Antigüedad se asomaba al exterior de su tumba con el ceño fruncido, malhumorada, por verse superada; ¡y hasta incluso la posteridad permanecía muda, observando en extasiada retrospección el azaroso campo de batalla!

Las inmortales deidades, que antaño combatieron en el *asunto* de Troya, montaban sus emplumadas nubes, volaban por la llanura o se introducían entre los combatientes con diferentes disfraces, todas ansiosas por colar un dedo en el pastel. Júpiter envió su rayo a un afamado artesano del cobre para que este lo pusiera a punto para la terrible ocasión. Venus juró por su castidad que apoyaría a los suecos y bajo la apariencia de una ramera de ojos turbios recorrió las almenas del Fuerte Cristina acompañada por Diana, vestida esta de viuda de sargento de escasa reputación. Marte, el conocido matón, se colocó dos largas pistolas en el cinturón, se echó al hombro una oxidada escopeta y osado se pavoneó hombro con hombro con los suecos, vestido de cabo borracho. Apolo, por su parte, se arrastraba en la retaguardia, vestido de flautista estevado y tocando del modo más vil y desafinado.

En el bando contrario, Juno, la de ojos bovinos, que se había ganado un buen par de ojeras esa noche en una de sus trifulcas con el viejo Júpiter, mostraba sus altaneras bellezas en un carro de transporte. Minerva, vestida de fornida proveedora de ginebra, se remangaba las faldas, blandía sus puños y maldecía del modo más heroico en un terrible neerlandés (apenas había empezado a estudiar la lengua poco antes) para sostener la moral de los soldados; mientras que Vulcano pasaba por un herrero de pies zopos recién ascendido a capitán de milicia. Todo era silente horror o afanosa

preparación; la guerra alzaba su terrible frente, hacía resonar sus zarpas de hierro y sacudía su temible penacho de erizadas bayonetas.

Entonces los poderosos jefes militares presentaron a sus huestes. Ahí estaba el corpulento Risingh, firme como un millar de rocas, resguardado tras empalizadas y atrincherado hasta la barbilla en parapetos de barro. Su artillería estaba compuesta por dos pedreros y una carronada cargados hasta la boca, con los fogones cebados y un artillero barbudo colocado junto a cada uno de ellos, mecha prendida en la mano, a la espera de una orden. Su valiente infantería, que jamás había vuelto la espalda al enemigo (pues no habían visto ninguno antes), se alineaba en el parapeto en sombría formación de batalla, todos ellos con los bigotes valientemente engrasados, el pelo fijado hacia atrás y atado en una trenza tan tirante que sonreían sobre las murallas como horripilantes calaveras.

Por aquí aparece el intrépido Hard-koppig Piet, un segundo caballero Bayardo, sin miedo ni tacha, el ceño fruncido, los dientes apretados, el aliento contenido, avanzando como diez mil ruidosos toros de Basán. Su fiel escudero Van Corlear lo sigue caminando valiente a su espalda con la trompeta magníficamente ornada de cintas rojas y amarillas, los recuerdos de sus hermosas damas de Manhattoes. Tras este, con paso de ganso, sus robustos compañeros, arremolinados como los mirmidones de Aquiles. Ahí estaban los Van Wyck, los Van Dyck y los Ten Eyck; los Van Ness, los Van Tassel y los Van Groll; los Van Hoesen, los Van Gieson y los Van Blarcom; los Van Wart, los Van Winkle y los Van Dam; los Van Pelt, los Van Ripper y los Van Brunt. Ahí llegaban los Van Horn, los Van Borsum, los Van Bunschoten, los Van Gelder, los Van Arsdale y los Van Bummel; los Vander Belt, los Vander Hoof, los Vander Voort, los Vander Lyn, los Vander Pool y los Vander Spiegel. Por ahí venían los Hoffman, los Hoogland, los Hopper, los Clopper, los Oothout, los Quackenboss, los Roerback, los Garrebrantz, los Onderdonk, los Varra Vanger, los Schermerhorn, los Brinkerhoff, los Bontecou, los Knickerbocker, los Hockstrasser, los Ten Broek y los Hardenbroek, junto con otra multitud de valientes personajes cuyos apellidos son demasiado indescifrables para ser escritos o, si pudieran escribirse, sería imposible que hombre alguno los pronunciara. Y todos ellos marchaban fortalecidos por una contundente comida, en palabras de un gran poeta neerlandés:

¡Rebosantes de col y cólera!

Por un instante el poderoso Pieter se detuvo en mitad de su carrera y, alzándose sobre un tocón podrido, se dirigió a sus soldados en elocuente bajo neerlandés, los exhortó a que lucharan como *duivels* y les aseguró que si lograban la victoria se harían con un gran botín, mientras que si caían se les permitiría la satisfacción incomparable, al expirar, de pensar que había sido en servicio de su nación y, una vez muertos, de ver sus nombres inscritos en el templo de la fama y transmitidos, junto a los de otros grandes hombres de la época, para postrar admiración. Finalmente les dio su palabra de gobernador (y estos lo conocían lo bastante como para no dudarle ni lo más mínimo) que si descubría a cualquier hijo de su madre con el rostro pálido o

acobardado, le apalearía el pellejo hasta que perdiera la piel como una serpiente en primavera. Desenvainando su espada, la hizo girar tres veces sobre su cabeza, ordenó a Van Corlear que hiciera sonar la orden de ataque y gritando «¡San Nicolás y Manhattoes!» se abalanzó valiente hacia el enemigo. Sus belicosos seguidores, que habían dedicado la pausa a encender sus pipas, se las colocaron inmediatamente en la boca, soltaron una furiosa bocanada y cargaron osados cubiertos por el humo.

La guarnición sueca, que había recibido órdenes del taimado Risingh de no disparar hasta que no pudieran ver al enemigo el blanco de los ojos, permaneció en sepulcral silencio en la estrada cubierta hasta que los arrojados neerlandeses alcanzaron la mitad del glacis. Entonces liberaron tan tremenda descarga que las propias colinas de la zona temblaron y quedaron aterrorizadas hasta el punto de sufrir cierta incontinencia de aguas, de tal modo que brotaron de sus laderas manantiales que continúan fluyendo en la actualidad. Ni un neerlandés se habría librado de morder el polvo ante tan horrenda sacudida si la protectora Minerva no se hubiera encargado amablemente de que todos y cada uno de los suecos conservaran su costumbre habitual de cerrar los ojos y girar la cabeza en el instante de la descarga.

Pero los mosquetes no fueron disparados en vano, pues los proyectiles, alados con infalible tino, fueron directos a una bandada de gansos salvajes, los cuales, como gansos que eran, sobrevolaban la zona en ese preciso momento. Setenta docenas cayeron al suelo y supusieron una lujosa cena para los conquistadores, debidamente aliñados y rellenos de cebolla.

Tampoco fue la descarga inútil para los mosqueteros, pues el hostil viento, a las órdenes de la implacable Juno, llevó el humo y el polvo directos a los rostros de los neerlandeses, quienes habrían quedado ciegos de modo inevitable si hubieran tenido los ojos abiertos. Los suecos continuaron su ataque lanzándose desde la contraescarpa para abalanzarse con uñas y dientes sobre el enemigo con furiosos gritos. Y en este momento se pueden observar los prodigios de la osadía, de los que no existe historia ni canción que haya descrito un caso análogo. Ahí estaba el robusto Stoffel Brinkerhoff blandiendo su vigorosa vara, como el terrible gigante Blanderon su roble (pues despreciaba portar cualquier otra arma), y marcando un espantoso ritmo en las cabezas de escuadrones completos de suecos. Por ahí aparecen los hábiles Van Courtlandt, situados a cierta distancia, como los pequeños arqueros de Locri de antaño, y ejercitando con eficacia el arco y las flechas, por cuyo manejo eran tan merecidamente famosos. En otro lugar se reunían en un ligero otero los valientes hombres de Sing Sing, que contribuyeron de modo maravilloso a la lucha al entonar juntos la magnífica canción de san Nicolás. En una sección distinta del campo de batalla pueden observarse a los Van Groll de Antony's Nose, pero se encontraban atrapados en un desfiladero entre dos pequeñas colinas a causa del tamaño de sus narices. Por otra parte aparecen los Van Bunschoten de Nyack y Kakiat, tan afamados por patear con el pie izquierdo, si bien sus habilidades de poco sirvieron en este momento preciso, pues quedaron con el resuello entrecortado a consecuencia de la

sustanciosa comida que habían tomado, y sin duda habrían quedado irreparablemente derrotados de no haber logrado reforzar sus filas con un cuerpo de gallardos *voltigeurs* compuesto por los Hopper, que avanzaron para asistirlos a la pata coja^[106]. En otro lugar podrán observar a los Van Arsdale y a los Van Bummel, que siempre marchaban juntos, avanzando osados para acribillar la fortaleza. Los Gardenier de Hudson, sin embargo, se encontraban ausentes de la batalla, pues habían sido enviados en misión de saqueo a asolar las vecinas plantaciones de sandías. Tampoco puedo omitir una mención a la incomparable gesta de Antony van Corlear, quien durante un buen cuarto de hora luchó encarnizadamente con un pequeño tamborilero sueco, gordo y fatigado, cuyo cuero el bueno de Antony sacudió en una gloriosa actuación y, de no ser porque acudió a la batalla sin más arma que su trompeta, sin duda habría granjeado a su rival una muerte prematura.

Pero ahora el combate se recrudece: aquí llega el poderoso Jacobus Varra Vanger y los combatientes de Wael Bogtig, tras ellos retruenan los Van Pelt de Esopus, junto con los Van Ripper y los Van Brunt, que se abalanzan sobre cuanto se les pone delante; los siguen los Suy Dam y los Van Dam, presionando con jactanciosas maldiciones a la cabeza de los guerreros de Hell Gate, vestidos con gabardinas de truenos y rayos; y finalmente los portaestandartes y la guardia personal de Pieter Stuyvesant, que alzan el gran castor de Manhattoes.

En ese momento se desata el horrible estrépito, la lucha desesperada, la ferocidad enloquecida, la frenética desesperación, la confusión y el desamparo de la guerra. Neerlandeses y suecos se mezclaban, se jalaban, jadeaban y se sacudían. Los cielos se oscurecieron con una tempestad de proyectiles. Cohetes, bombas incendiarias, de humo y hediondas, granadas de mano, se atropellaban unas a otras en el aire. ¡Pum!, hacían las pistolas; ¡clin!, golpeaban los mandobles; ¡plof!, sonaban los garrotes; ¡zas!, caían las culatas de los mosquetes; ¡puñetazos, patadas, bofetadas, arañazos, ojos a la virulé y narices ensangrentadas inflamaban los horrores de la escena! ¡Cris-cras, plim-plam, placa-placa, patas arriba, cabeza abajo, cuerpo a tierra, catacroc, pium-pium, a mí mis muchachos! «¡Rayos y centellas!», gritaban los neerlandeses; «¡truenos y relámpagos!», chillaban los suecos; «¡tomad el fuerte!», aullaba Hardkoppig Piet; «¡activad las minas!», vociferaba el corpulento Risingh; «¡ta tarí tariiii!», tañía la trompeta de Antony van Corlear; hasta que toda voz y sonido pasó a ser ininteligible: gemidos de dolor, aullidos de rabia y alaridos triunfales se mezclaban en un espantoso clamor. La tierra retembló como si hubiera sufrido un ataque de apoplejía. Los árboles se encogieron horrorizados y se marchitaron por el terrible espectáculo. Las rocas se ocultaron bajo tierra como conejos y ¡hasta el arroyo Cristina cambió su curso y salió corriendo montaña arriba aterrorizado y sin aliento!

Nada, excepto la incapacidad de sus armas, la humedad de la pólvora y el curioso accidente por el que todos y cada uno de ellos golpeaban con la cara de la hoja y no con el filo de sus espadas, habría podido evitar la más horrible de las carnicerías. Debido a esto, el sudor, en prodigiosa efusión, avanzó en ríos por el campo de batalla,

por suerte sin que nadie pereciera ahogado, pues los combatientes eran hasta el último de ellos buenos nadadores y portaban chaquetas cubiertas de corcho para la ocasión. ¡Pero sí que muchas valientes cabezas quedaron abiertas, muchas tenaces costillas apaleadas y multitud de héroes de limitados pulmones quedaron sin respiración aquel día!

Largo tiempo se mantuvo el desenlace dudoso, pues pese a que un fuerte chaparrón, enviado por Jove, «quien convoca las nubes», en cierta medida enfrió su ardor guerrero —como un cubo de agua en una pelea de mastines—, solo se detuvieron un momento, para regresar a la carga con una furia diez veces mayor, apaleándose los unos a los otros hasta provocarse moratones e incluso alguna herida. En esta coyuntura apareció una vasta y densa columna de humo que se acercaba lentamente hacia la escena de la batalla y que temporalmente provocó que hasta los combatientes más furiosos detuvieran sus golpes en mudo asombro; sin embargo, el viento dispersó en un segundo la turbia nube, de cuyo interior emergió el presumido estandarte del inmortal Michael Pauw. Este noble líder apareció intrépido liderando una sólida falange de pavonianos alimentados con ostras que se habían mantenido en la retaguardia, en parte como *corps de réserve* y en parte para digerir el ingente condumio con que se habían atiborrado. Estos robustos terratenientes, en absoluto amedrentados, avanzaron resueltos fumando sus pipas con enfurecido vigor, hasta el punto de generar la terrible nube que acabamos de mencionar, si bien marchaban a una velocidad excesivamente lenta a causa de sus cortas piernas y la gran rotundidad de su cintura.

Pero en ese momento las deidades protectoras del ejército de Nueva Ámsterdam abandonaron el campo de batalla irreflexivamente y se dirigieron a una taberna cercana para refrescarse con una jarra de cerveza, por lo que una terrible catástrofe cerca estuvo de someter a los neerlandeses. Apenas habían alcanzado los mirmidones del poderoso Pauw el frente de batalla cuando los suecos, dirigidos por el taimado Risingh, liberaron un chaparrón de golpes directos a las pipas de los recién llegados. Sorprendidos por este inesperado ataque y por completo desconcertados al ver sus pipas rotas por este «mald... sinsentido», los valientes neerlandeses se sumieron en gran confusión: comienzan a huir; como una manada asustada de torpes elefantes provocan alboroto en sus propias filas; tumban a una legión completa de pequeños Hopper, cuyo sagrado estandarte con el blasón de la gigante ostra de Communipaw es pisoteado en el barro; los suecos recobran energías y avanzando tras ellos lanzan sus pies *a parte poste* con un vigor que prodigiosamente acelera sus movimientos, ¡ni siquiera el afamado Pauw se libra de recibir varios castigos severos e intolerables a punta de suela de cuero!

Pero, ay, ¡oh, musas!, menuda es la cólera del valiente Pieter cuando desde la lejanía ve a su ejército retroceder. Con una voz de trueno bramó a sus cobardes guerreros con un grito de guerra como el del severo Aquiles cuando las tropas troyanas se encontraban prestas a quemar todos sus barcos. El espantoso alarido se

propagó en largos ecos por los bosques: ¡el sonido derribó árboles; osos, lobos y panteras se salieron del pellejo de puro miedo; varias colinas de aspecto agreste se plantaron de un salto al otro lado del Delaware; y toda la cerveza del Fuerte Cristina se agrió a causa del estruendo!

Los hombres de Manhattoes se armaron de renacido valor al oír a su líder —o más bien temían su colérico desagrado, que les infundía más terror que todos los suecos de la cristiandad—, mas el osado Pedro, que no requería de su ayuda, se lanzó espada en mano hacia el grueso de las tropas enemigas. Mostró tan increíble rendimiento como nunca se ha visto desde los milagrosos días de los gigantes. Allá donde fuera, el enemigo se encogía de miedo ante él, con feroz ímpetu los hizo retroceder, empujando a los suecos, como perros, a su propia madriguera. No obstante, al abalanzarse sin miedo, el enemigo, como crecientes olas que se ciernen sobre una veloz barca, se arracimó a su espalda y colmó sus flancos con terrible peligro para su vida. Un sueco desesperado, dotado de un portentoso corazón, casi tan grande como un grano de pimienta, lanzó su vil espada directa al corazón del héroe. Sin embargo, el poder protector que cuida de la seguridad de todos los grandes hombres hizo girar la hostil hoja y la dirigió a un gran bolsillo lateral donde reposaba una gigantesca lata de tabaco de hierro que estaba dotada, como el escudo de Aquiles, de poderes sobrenaturales —sin duda como consecuencia de estar devotamente decorada con un retrato del bendito san Nicolás—. Así fue repelido este espantoso golpe, no sin ocasionar al gran Pieter una temible pérdida de aliento.

Como un oso furioso que, al ser atacado por las dentelladas de los perros de presa, se gira osado, enseña sus temibles colmillos y se lanza a por su enemigo, así dio media vuelta nuestro héroe hacia el traicionero sueco. El miserable granuja trató de escapar para ponerse a salvo, pero el activo Pieter, tomándolo de una inconmensurable trenza que le colgaba de la cabeza, gritó: «¡Ah, repugnante oruga, aquí tienes lo que te convertirá en comida para perros!». Y diciendo esto ondeó su fiel espada y lanzó un golpe que habría decapitado a su rival si este, como Briareo, hubiera tenido medio centenar de cabezas, ya que el compasivo acero quedó corto en su vuelo y afeitó la trenza para siempre de su cráneo. Desde la cima de un montículo cercano, en ese mismo momento, un taimado arcabucero elevó su mortífero instrumento, que habría enviado al gallardo Stuyvesant a modo de lloroso fantasma a rondar la costa estigia de no haber visto la atenta Minerva, que acababa de detenerse a colocarse las ligas, el gran peligro que amenazaba a su líder favorito, por lo que envió al viejo Bóreas con sus soplidos, el cual, en el último instante, justo cuando la temible mecha descendía hacia la cazoleta, la alcanzó con una afortunada ráfaga que apagó el cebo del fogón.

Así se desarrollaba la horrible lucha cuando el robusto Risingh, que supervisaba el combate desde la cima de un pequeño revellín, observó a sus fieles tropas golpeadas, azotadas y pateadas por el invencible Pedro. El lenguaje es incapaz de describir la cólera que se apoderó de él ante la escena; solo se detuvo a

desembarazarse de cinco mil anatemas antes de empuñar su inconmensurable cuchilla y correr hacia el campo de combate con tan atronadores pasos como señala Hesíodo que Júpiter dio al descender a zancadas desde los cielos para disparar sus celestiales armas contra los titanes.

En cuanto estos dos rivales se encontraron el uno frente al otro, ambos dieron un prodigioso salto de cincuenta pies (en unidades flamencas) como el que realizan nuestros más experimentados paladines de los escenarios. Se miraron entonces brevemente a los ojos fríos como el hielo, como dos gatos furiosos en el mismo instante previo a lanzarse a zarpazos. Tras esto, adoptaron una pose, luego otra, golpeando sus espadas en el suelo, primero a la izquierda, después a la derecha, y finalmente a ello se lanzaron ¡con la mayor de las compenetraciones! Las palabras son insuficientes para describir los prodigios de fortaleza y coraje demostrados en este terrible enfrentamiento, un lance ante el que las afamadas batallas de Áyax con Héctor, de Eneas con Turno, de Orlando con Rodomonte, de Guy de Warwick con Colbrand el danés o de ese conocido caballero galés, *sir* Owen de las Montañas, con el gigante Guylon, fueron todos amables divertimentos y entretenimientos veraniegos. En un determinado lance, el valiente Pieter, al ver su oportunidad, dirigió un temible golpe con la completa intención de atravesar a su adversario hasta el espinazo, pero Risingh con gran agilidad levantó su espada y desvió la de su rival con tan escaso margen que al virar esta su rumbo hacia un costado desprendió una cantimplora enorme llena de brandi de la mejor calidad que siempre cargaba a un hombro. La espada, al proseguir su incisiva trayectoria, abrió en dos un profundo bolsillo del abrigo repleto de pan y queso, exquisiteces que rodaron entre los dos ejércitos y provocaron una espantosa disputa entre los suecos y los neerlandeses que elevó la furia de la batalla aún diez veces más.

Encolerizado al ver sus almacenes militares tan tristemente tirados por tierra, el robusto Risingh, reuniendo todas sus fuerzas, lanzó un poderoso golpe directo al penacho de nuestro héroe. En vano trató de oponerse al avance su fiero sombrero de tres picos, el mordiente acero atravesó la testaruda piel de castor calada hasta las orejas y habría sin duda abierto en dos la coronilla si el cráneo de Stuyvesant no fuera de tan adamantina dureza, pues la quebradiza arma estalló en veinticinco partes arrojando un millar de chispas, como haces de gloria en torno a su canoso rostro.

Sorprendido por el golpe, el valiente Pieter se tambaleó, levantó la vista y pudo ver cincuenta mil soles, así como lunas y estrellas, bailando polcas en el firmamento; y entonces, al perder pie a causa de la pata de palo, al suelo fue sobre la región inferior de su espalda con un golpetazo que sacudió las colinas del vecindario y habría indefectiblemente acabado con su sistema anatómico de no haber sido recibido por un cojín más suave que el terciopelo, el cual la Providencia —o quizá Minerva, san Nicolás o alguna amable vaca— había preparado con absoluta benevolencia para recibirlo.

El furioso Risingh, a pesar de esa noble máxima defendida por todos los

caballeros verdaderos que señala que «el juego limpio es una piedra preciosa», se apresuró a aprovecharse de la caída del héroe; pero en el preciso momento en que se inclinaba para asestar el golpe fatal, el siempre atento Pieter le sacudió un fuerte porrazo en la testa con su pata de palo que hizo tintinear decenas de campanas en pleno repique en su cerebelo. El perplejo sueco se tambaleó con el golpe, ante lo que el atento Pieter aprovechó la ocasión y, al ver un arma de bolsillo que descansaba a su lado (que había caído del zurrón de su fiel escudero y trompetista Van Corlear en su furioso enfrentamiento con el tamborilero), la descargó directa a la cabeza del desequilibrado Risingh. Mas no confundamos al lector, no se trataba de un arma asesina cargada de pólvora y proyectiles, sino de una pequeña aunque robusta jarra de piedra cargada hasta los bordes con una doble ración de verdadera valentía neerlandesa que el sabio Van Corlear siempre cargaba consigo para recuperar el coraje. El espantoso proyectil silbó en el aire y, fiel a su curso, como lo fue el poderoso fragmento de roca descargado sobre Héctor por el pendenciero Áyax, encontró la gigantesca cabeza del enorme sueco con una violencia incomparable.

Este golpe de origen celestial decidió la azarosa batalla. El pesado pericráneo del general Jan Risingh se hundió en su pecho, las rodillas se bambolearon bajo este, un letargo parecido a la muerte se hizo con su estructura titánica y cayó al suelo con tan tremenda violencia que el viejo Plutón levantó la vista espantado por miedo a que hubiera atravesado el techo de su palacio infernal.

Esta caída, como la de Goliat, fue el símbolo de la derrota de unos y la victoria de otros. Los suecos retrocedieron, los neerlandeses avanzaron, los primeros echaron a correr, los últimos los persiguieron de cerca. Algunos entraron con ellos, en pleno desorden, por la misma puerta; unos asaltaron el bastión y otros se abalanzaron por las murallas. Así, en poco tiempo, la impenetrable fortaleza del Fuerte Cristina, que como una segunda Troya había soportado un asedio de diez horas completas, fue finalmente tomada al asalto sin la pérdida de una sola vida por ninguna de las partes. La victoria, personificada por un gigantesco tábano que descansaba sobre el pequeño sombrero de tres picos del gallardo Stuyvesant, fue descrita universalmente —por todos los escritores a los que contrató para narrar la historia de su expedición— como ¡el memorable día en el que logró suficiente cantidad de gloria como para inmortalizar a una decena de los mayores héroes de la cristiandad!

Capítulo VIII

En el que el autor y el lector, mientras descansan después de la batalla, se sumen en una conversación muy seria e instructiva; tras lo que se describe la conducta de Pieter Stuyvesant en relación con su victoria

¡Gracias a san Nicolás he logrado superar limpiamente esta tremenda batalla! Ahora, sentémonos, mi estimado lector, y refresquémonos, pues verdaderamente me encuentro agitado y sumamente sudado. ¡Dios santo, sí que es trabajo duro esto de luchar batallas! Y si ustedes, grandes comandantes, fueran conscientes de las dificultades a las que someten a los historiadores, no tendrían la conciencia tranquila al lograr tan numerosas y horribles victorias. Puedo ya oír a mi lector quejarse de que en toda esta cacareada batalla no se ha producido ni la más mínima matanza, ni un solo individuo ha quedado lisiado, si exceptuamos al pobre sueco al que le esquiló la trenza la afilada espada de Pieter Stuyvesant; todo lo cual es un manifiesto atropello a la probabilidad y muy dañino para el interés de la narrativa.

Por una vez reconozco con franqueza que mi crítico lector tiene ciertos motivos para sus reparos. Sin embargo, si bien podría ofrecer todo un abanico de motivos relevantes para no haber empapado toda la página con sangre e incrementado la cadencia de toda oración con gemidos agonizantes, me conformaré sencillamente con mencionar uno, y si no fuera este suficiente para satisfacer a todo hombre razonable sobre la faz de la tierra, aceptaré que mi libro sea lanzado a la hoguera. La sencilla verdad es que, al consultar toda historia, manuscrito y tradición que describe esta memorable aunque mucho tiempo atrás olvidada batalla, ¡no encontré referencia alguna a la muerte de un solo hombre ni a que ninguno resultara herido en toda la contienda!

Mis lectores, si tienen algo de empatía, percibirán con facilidad la angustiosa situación en la que quedé. Ya les había prometido ofrecerles una batalla terrible y sin comparación posible; había realizado increíbles preparativos para esta; y, lo que es más, me había dispuesto en un estado de ánimo de lo más belicoso y sanguinario. Mi reputación como historiador y mis sentimientos como hombre brioso estaban ambos demasiado implicados en esta empresa como para dar marcha atrás. Asimismo, había trasladado una portentosa y poderosa agrupación de soldados neerlandeses, con gran dispendio y dificultades, y no podía resignarme, por mi propia conciencia y por ese respeto que guardo hacia ellos y sus ilustres descendientes, a obligarlos a regresar a casa, como una famosa expedición británica, rumiando su malestar.

Era realmente complicado salir de este dilema. Si las inexorables Moiras me hubieran permitido al menos media docena de hombres muertos, me habría dado por satisfecho, pues los habría convertido en héroes como los que abundaban en la

Antigüedad, pero cuya raza por desgracia se encuentra ya extinta. Hombres que, si creemos a esos auténticos escritores, los poetas, podían conducir a grandes ejércitos como si fueran rebaños de ovejas y conquistar y asolar ciudades enteras con la fuerza de un único brazo. Habría dado a cada uno de ellos tantas vidas como a un gato y los habría hecho morir con la mayor heroicidad, se lo garantizo.

Sin embargo, al ver que no tenía ni un solo cadáver a mi disposición, lo único que me restaba era sacar cuanto provecho pudiera a la batalla mediante patadas y arañazos, mediante moratones, ojos a la virulé, narices ensangrentadas e innobles heridas de este tipo. Mi mayor dificultad, no obstante, fue, una vez exaltados los ánimos de mis guerreros y liberados entre las filas enemigas, evitar que se hicieran daño. Muchas veces tuve que disuadir al robusto Pieter de partir en dos a un sueco gigantesco o de hacer una brocheta con media docena de pequeños enemigos como si fueran gorrones. Y cuando lancé algunos cientos de proyectiles al aire, no me atreví a dejar caer ni uno solo al suelo, ante el temor de que acabaran con la vida de algún desafortunado neerlandés.

El lector no podrá concebir mi sufrimiento al tener en cierto modo las manos atadas, ni cuántas ocasiones tentadoras tuve que dejar pasar en las que podría haber conseguido un buen golpe mortal como los registrados en cualquier historia o canción.

Desde mi propia experiencia, comienzo a dudar sobremanera de la autenticidad de muchas de las narraciones del gran Homero. Creo sinceramente que, una vez lanzada una de sus fuertes espadas entre una multitud de enemigos, hirió a muchos hombres honrados sin ninguna autoridad para ello, excepto por ser blancos fáciles, y que a menudo envió a un pobre diablo a los oscuros dominios de Plutón únicamente porque tenía un nombre que ofrecía la posibilidad de un sonoro giro para un verso. Pero yo renuncio a tales libertades sin escrúpulos; déjenme contar meramente con la verdad y la ley de mi parte y nadie luchará con más ímpetu que yo. Sin embargo, habida cuenta de que los distintos documentos que consulté no lo garantizaban, el peso de mi conciencia era excesivo como para matar a un solo soldado. Por san Nicolás, ¡menuda responsabilidad esta! Mis enemigos, los críticos, de quienes puedo anticipar que estarían más que dispuestos a denunciar cualquier crimen que pudieran descubrir, me habrían acusado directamente de asesinato. ¡Y me podría dar por satisfecho si la cuestión concluyera con un veredicto que no superara el de homicidio imprudente!

Así que ahora que estamos tranquilamente sentados aquí, fumando nuestras pipas, permítame, amable lector, una triste reflexión que en este momento me asalta la mente. Qué vanos, qué efímeros, qué inciertos son todos estos delirios tras los que nos esforzamos en este mundo de hermosas aunque falsas ilusiones... Las riquezas que el avejentado avaro ha amasado dolorosamente a lo largo de tantos afanosos días, tantas noches en vela, un heredero derrochador las despilfarrará en alegre prodigalidad; los más nobles monumentos que el orgullo ha erigido para perpetuar un

nombre, la mano del tiempo los derrumbará en breve para convertirlos en desconocidas ruinas; incluso los más brillantes laureles, logrados en las más esforzadas hazañas bélicas, pueden marchitarse y quedar para siempre perdidos por la fría desatención de la humanidad. «¿Cuántos ilustres héroes que fueron orgullo y gloria de una época —se pregunta el bueno de Boecio— se vieron por el silencio de los historiadores enterrados en el eterno olvido?». Fue esto lo que hizo a los espartanos, al marchar a la batalla, realizar solemnes sacrificios a las musas suplicando que sus logros quedaran debidamente registrados. Si Homero no hubiera afinado su elevada lira, observa el elegante Cicerón, el valor de Aquiles habría quedado en el olvido. ¡Y este mismo, tras todos los esfuerzos y los peligros afrontados, tras las gallardas hazañas protagonizadas, este habría sido el destino del caballeresco Pieter Stuyvesant si no hubiera actuado por suerte un servidor para grabar su nombre en la indeleble lápida de la historia en el preciso momento en el que el bellaco Tiempo lo barría en silencio para siempre!

Cuanto más lo reflexiono, más me sorprende descubrir ¡lo importantes que somos los historiadores! Somos los soberanos censores que deciden la fama o la infamia de nuestros mortales congéneres. Somos los limosneros públicos del prestigio, que distribuimos nuestros favores según nuestro juicio o por mero capricho: somos los benefactores de los reyes, somos los guardianes de la verdad, somos el azote de los culpables, somos los instructores del mundo, somos... ¡qué no somos! Y, sin embargo, con cuánta frecuencia el altivo patricio o el arrogante burgomaestre se pavonean despreciativos junto al pequeño y aplicado historiador cubierto de polvo como yo; inconscientes son de que este humilde mortal es el árbitro de su destino, de quien depende si vivirá en el futuro o quedará olvidado en el barro, tal y como sucedió con sus antepasados. «No insultes al derviche —ordenaba un sabio califa a su hijo—, pues podrías ofender a tu historiador». Si muchos hombres poderosos de antaño hubieran observado una máxima tan evidente, habrían escapado de los múltiples trazos crueles de la pluma que ha emborronado sus rostros.

Pero no piense mi lector que me permito vanas ínfulas de gloria al ser consciente de mi poder y de mi relevancia. Por el contrario, tiemblo al pensar qué horribles conmociones, qué turbadoras calamidades ocasionamos los historiadores al mundo. ¡Le juro, oh, honesto lector, por mi hombría, que sollozo de solo pensarlo! ¿Por qué —permítanme que les pregunte— tantos ilustres hombres se separan a diario de los abrazos de sus inquietas familias, desprecian sonrisas y bellezas, rechazan los encantos de la fortuna y se exponen a todas las miserias de la guerra? ¿Por qué afamados generales cortan el cuello a millares de hombres que jamás les procuraron daño alguno? ¿Por qué los reyes asuelan imperios y despueblan países enteros? Es decir, ¿qué lleva a todos los grandes hombres de toda época y región a perpetrar tan horribles victorias y fechorías, a infligir tanto dolor a la humanidad y a sí mismos, si no es la mera esperanza de que los historiadores amablemente les prestemos oídos y los admitamos en un rincón de nuestras obras? Así, el tan ansiado objeto de todos

estos esfuerzos, de sus miserias y privaciones, no es más que la *fama inmortal*. ¿Y qué es la fama inmortal? ¿Qué? ¡Media página de sucio papel! ¡Ay, ay, qué humillante es la idea de que la celebridad de tan gran hombre como Pieter Stuyvesant recaiga sobre la pluma de alguien tan pequeño como Diedrich Knickerbocker!

Bien, pues ya refrescados tras las fatigas y los peligros del campo de batalla, nos corresponde regresar de nuevo a la escena del conflicto para conocer los resultados de esta histórica conquista. La captura del Fuerte Cristina, al ser este la hermosa metrópolis y en cierto modo la clave de Nueva Suecia, se vio rápidamente sucedida por la subyugación completa de la provincia. Este hecho no fue siquiera mínimamente promocionado por el gallardo y cortés comportamiento del caballeresco Pieter. Si bien un hombre terrible en la batalla, en la hora de la victoria estaba dotado de un espíritu generoso, clemente y humano. No se dedicó a presumir delante de sus enemigos ni hizo la derrota más mortificante con insultos impropios de un hombre, pues como ese espejo de virtud caballeresca, el afamado paladín Orlando, mostraba más voluntad de realizar grandes acciones que de pronunciarse sobre ellas una vez realizadas. No sometió a la pena máxima a ningún hombre, no ordenó la quema de ninguna vivienda, no permitió que se perpetraran asaltos a la propiedad de los vencidos e incluso sometió a uno de sus más valientes oficiales a una severa azotaina al ser sorprendido saqueando un gallinero.

Asimismo, promulgó una proclama en la que invitaba a los habitantes de la colonia a someterse a la autoridad de los altos y poderosos señores y declaraba, con una indulgencia incomparable, que quien prefiriera negarse a ello sería alojado a costa del erario público en un magnífico castillo designado para esos fines concretos y contaría, por si fuera poco, con un séquito armado a su servicio. Gracias a tan beneficiosos términos, unos treinta suecos dieron inmediatamente un resuelto paso adelante y juraron su lealtad, por lo cual fueron recompensados al permitírseles gentilmente permanecer en las orillas del Delaware, donde sus descendientes continúan residiendo en la actualidad. Sin embargo, numerosos viajeros atentos me han señalado que nunca fueron capaces de superar el aspecto alicaído de sus antepasados y que todavía extrañamente transmiten de padre a hijo manifiestas marcas de la severa paliza que recibieron de manos de los robustos habitantes de Nueva Ámsterdam.

Toda la región de Nueva Suecia, tras haber entregado de este modo las armas al triunfante Pieter, quedó reducida a una colonia denominada Río Sur, que fue situada bajo el control de un vicegobernador, sometido este al gobierno supremo de Nueva Ámsterdam. El gran dignatario elegido para esta posición respondía al nombre de *mynheer* William Beekman, que podríamos traducir por Guillermo el del Pico, cuyo apellido derivaba, como el de Ovidio Nasón de antaño, de las señoriales dimensiones de su nariz, que se proyectaba desde el centro de su rostro como el pico de un loro. De hecho, según insinúan varios documentos antiguos, esta característica no fue solo el origen de su nombre, sino también la cimentación de su fortuna, pues, debido a que

la ciudad no contaba aún con artefacto alguno que indicara en qué hora transcurría el día, la población hacía uso del rostro de *mynheer* Beekman como reloj de sol. De este modo, esta romántica y verdaderamente peculiar característica se hizo al vuelo con la atención pública, arrastrando a su poseedor con ella, quien a su vez acarreó a su espalda a toda la estirpe Beekman. Esta, según añade la historia, estuvo durante mucho tiempo entre las más antiguas y honorables familias de la provincia. Agradecida al origen de su dignidad, la celebraba, no como harían las nobles familias de Inglaterra, con una brillante trompa engalanada en su escudo de armas, sino vistiendo todos y cada uno de sus miembros una nariz verdaderamente mayúscula en pleno rostro.

De este modo, esta peligrosa empresa concluyó gloriosa únicamente con la pérdida de dos hombres: Wolfert van Horne, un hombre alto y delgado que cayó por la borda debido a un golpe del botazón de la balandra a causa de una racha de viento; y el orondo Brom van Bummel, que falleció repentinamente a causa de una vil indigestión. Ambos, no obstante, fueron immortalizados como valientes caídos al servicio de su nación. Ciertamente es que Pieter Stuyvesant sufrió una terrible fractura en uno de sus miembros, que saltó en pedazos mientras tomaba la fortaleza al asalto, pero puesto que por suerte se trató de su pata de palo, la herida fue sanada rápida y eficazmente.

Y ya nada más queda en esta sección de mi historia que mencionar que ese héroe inmaculado y su victorioso ejército regresaron felices a Manhattoes desfilando bajo la sombra de sus laureles como hicieron los discípulos del joven Malcolm bajo el bosque en movimiento de Dunsinane. Hicieron una solemne entrada triunfal en Nueva Ámsterdam acompañados por el vencido Risingh y los miembros de su apaleada tropa que habían rechazado el juramento de lealtad. Parece ser que el gigante sueco únicamente había perdido el sentido al final de la batalla, situación de la que se le rescató rápidamente con un enérgico pellizco en la nariz.

Los héroes cautivos fueron alojados, en consonancia con la promesa del gobernador y a costa del erario público, en un hermoso y espacioso castillo que funcionaba como prisión estatal, donde Stoffel Brinkerhoff, el inmortal conquistador de la bahía de las Ostras, fue nombrado alguacil y que desde entonces ha permanecido en manos de sus descendientes^[107].

Fue un agradable y excelente espectáculo asistir a la alegría de las gentes de Nueva Ámsterdam al contemplar a sus guerreros de nuevo en casa tras su contienda en tierras salvajes. Las mujeres se arremolinaron en torno a Antony van Corlear, quien les narró la historia completa de la campaña con incomparable exactitud, excepto por el hecho de que se concedió el mérito de luchar toda la batalla él solo y especialmente de haber vencido al robusto Risingh, algo que consideraba por completo de justicia puesto que se produjo gracias a su jarra de piedra. Los maestros de toda la ciudad dieron vacaciones a sus pequeños pilluelos, que siguieron en bandadas a los tambores con sombreros de papel en la cabeza y varas en los calzones,

asumiendo, pues, su primera lección en el arte del vagabundeo. En cuanto a la enérgica muchedumbre, se arremolinó a espaldas de Pieter Stuyvesant dondequiera que este fuera, haciendo ondear sus grasientos sombreros en el aire y gritando: «¡Viva siempre Hard-koppig Piet!».

Se trató, de hecho, de un día de desordenada celebración. Se preparó una enorme comida en el ayuntamiento en honor de los conquistadores, donde se reunió en gloriosa constelación a las grandes y pequeñas celebridades de Nueva Ámsterdam. Allí estaba el altivo alcalde y su servil teniente de alcalde; los burgomaestres con sus entrometidos *schepens* a la espalda; los oficiales subalternos tras los *schepens*; y así en adelante hasta el más ínfimo grado de ilustres parásitos de la policía; todo cargo llevaba a su carguillo a su lado para apurar su pipa, beberse sus posos y reír con sus ataques de inmortal torpeza. En breves palabras —pues una celebración local es igual en todo el mundo y lo ha sido siempre desde la creación—, la cena fue muy parecida a las jaranas de nuestro magnífico Ayuntamiento y a los banquetes del 4 de julio. Montañas de pescado, carne y aves acabaron devoradas, se bebieron océanos de licor, se fumaron miles de pipas y mucha broma sin gracia fue saludada con escandalosas carcajadas fingidas.

No puedo omitir mencionar que a esta histórica victoria debe Pieter Stuyvesant otro de sus muchos epítetos, pues tan encantados estaban los honestos burgueses con sus logros que unánimemente los celebraron con el apelativo Pieter de Groodt, es decir, Pedro el Grande, o como fue traducido por las gentes de Nueva Ámsterdam, Piet de Pig^[108], un apelativo que mantuvo hasta el día de su muerte.

Fin del libro sexto

LIBRO SÉPTIMO

Que contiene la tercera parte del mandato de Pedro el Testarudo, sus dificultades con la nación británica y el declive y caída de Nuevos Países Bajos

Capítulo I

De cómo Pieter Stuyvesant alivió al pueblo soberano de la carga de ocuparse de la nación; junto con multitud de detalles acerca de su conducta en tiempos de paz

La historia del mandato de Pieter Stuyvesant ofrece una triste imagen de las incesantes inquietudes y los disgustos inseparables del ejercicio gubernamental, los cuales pueden servir de seria advertencia a todos cuantos ambicionan alcanzar el bastón de mando. Si bien coronado con la victoria, enriquecido por la conquista y triunfante en su regreso a su espléndida metrópolis, su regocijo se vio frenado en seco al observar los tristes abusos que habían tenido lugar durante el corto intervalo de su ausencia.

El populacho, por desgracia para su propia comodidad, había dado un largo trago a la embriagadora copa del poder durante el mandato de Guillermo el Irascible, y pese a que con la llegada de Pieter Stuyvesant sintieron —con una cierta percepción instintiva que las multitudes poseen del mismo modo que el ganado— que las riendas del Gobierno habían pasado a manos más firmes, no podían evitar mostrarse ligeramente inquietos e impacientes, en nervioso silencio, con sus nuevas bridas. Así pues, en cuanto el gran Pieter se giró para dirigirse al combate, los entrometidos y los políticos de taberna de la ciudad se desataron y se dedicaron a las más ingobernables travesuras y trastadas.

Parece que por alguna extraña e inescrutable fatalidad, el destino de la mayoría de los países (y más específicamente de nuestras ilustradas repúblicas) es ser siempre gobernados por los más incompetentes hombres de la nación, por lo que difícilmente se encontrará un individuo en toda la comunidad que no identifique innumerables errores en la Administración y nos convenza finalmente de que, de haber estado él al mando, todo habría marchado mil veces mejor. ¡Extraño es que el ejercicio del gobierno, aparentemente tan fácilmente comprensible, sea de modo invariable tan erróneamente administrado! ¡Extraño que el talento para la legislación, que con tanta prodigalidad se distribuye, sea precisamente denegado al único hombre de la nación para el que es indispensable en el desempeño de sus funciones!

De este modo, sucedía en el momento que nos ocupa que ni un solo hombre de toda la tropa de seudopolíticos de Nueva Ámsterdam erraba en sus profecías sobre las cuestiones de Estado y podrían todos ellos haber dirigido los asuntos públicos de modo incomparablemente mejor que Pieter Stuyvesant. Sin embargo, tan perverso de temperamento era el bueno del gobernador que jamás aceptaba que uno solo de la multitud de capaces consejeros que lo rodeaban impusiera sus sugerencias y evitara la destrucción de toda la región.

Apenas, pues, había partido rumbo a su expedición para enfrentarse a los suecos cuando las viejas facciones del mandato de Wilhelmus Kieft comenzaron a sacar la cabeza del agua y a reunirse en encuentros políticos para discutir «el estado de la nación». En estas asambleas tuvieron los ocupados burgomaestres y sus entrometidos *schepens* un papel nada desdeñable. Estos valiosos dignatarios no eran ya los orondos, bien alimentados y tranquilos magistrados de los pacíficos días de Wouter van Twiller. Muy al contrario, al ser elegidos por el pueblo, formaban en cierto modo un robusto baluarte entre la multitud y la Administración. Eran grandes aspirantes a la popularidad y enérgicos defensores de los derechos de la muchedumbre, parecidos en su desinteresado celo a los tribunos de boca ancha de la antigua Roma o a esos virtuosos patriotas de los tiempos modernos enfáticamente denominados *los amigos del pueblo*.

Gracias a las lecciones de estos políticos de profundo pensamiento es sorprendente lo rápidamente que la canallesca multitud se instruyó en cuestiones por encima de su comprensión. Zapateros, caldereros y sastres se sintieron unánimemente inspirados, como esos religiosos cortos de entendederas en los gloriosos tiempos de los frailes copistas, y sin ninguna experiencia ni estudio previo se sintieron instantáneamente capaces de dirigir todos los movimientos del Gobierno. Tampoco debo ignorar la oportuna mención a varios obcecados burgueses retirados que habían llegado siendo niños en la tripulación de la *Goede Vrouw* y eran considerados oráculos infalibles por la iluminada multitud. Suponer que un hombre que había contribuido a descubrir una región no supiera cómo debía esta ser gobernada era de un absurdo supino. Se habría considerado una posición tan hereje como en nuestros días cuestionar el talento político y la universal infalibilidad de nuestros viejos *héroes de la guerra* y dudar de que quien luchó por un gobierno, por muy estúpido que la naturaleza lo haya hecho, no está capacitado para ocupar cualquier puesto dentro de este.

Sin embargo, puesto que Pieter Stuyvesant tenía una singular inclinación a gobernar su provincia sin la asistencia de sus ciudadanos, se sintió sumamente indignado a su regreso al descubrir la facciosa apariencia que estos habían asumido durante su ausencia. Su primera medida, por tanto, fue restaurar el orden mediante la postración en el barro de la dignidad del pueblo soberano.

De este modo, esperó su oportunidad, y una noche en que la ilustrada multitud estaba reunida en plena camarilla política escuchando un discurso patriótico de un inspirado zapatero remendón, el intrépido Pieter, como su gran homónimo de todas las Rusias, apareció de pronto entre ellos con una mirada capaz de petrificar la rueda de un molino. Todos los reunidos se sumieron en la consternación: el orador parecía ser víctima de un ataque de apoplejía en mitad de una expresión sublime, permanecía horrorizado, con la boca abierta y las rodillas temblorosas, mientras las palabras *¡horror!*, *¡tiranía!*, *¡libertad!*, *¡derechos!*, *¡impuestos!*, *¡muerte!*, *¡destrucción!*, y una riada de otras expresiones patrióticas fluían retumbantes desde su garganta antes de

que tuviera la capacidad de cerrar los labios. El astuto Pieter no prestó atención a la muchedumbre que trataba de esconderse a su alrededor, sino que avanzó hacia el alborotador rufián y sacó un gigantesco reloj de plata que bien podría haber servido antaño para un campanario y que aún conservan sus descendientes como curiosidad familiar. Con este en la mano, solicitó al orador que lo arreglara y lo pusiera en marcha. El charlatán confesó humildemente que estaba por completo fuera de sus capacidades, pues desconocía la naturaleza de su mecanismo. «No, pero utilice su ingenio natural —dijo Pieter—, puede ver todos los muelles y las ruedas y lo fácil que es que la mano más torpe lo haga pararse y lo desmonte; ¿por qué no iba a ser igual de fácil calibrarlo que pararlo?». El orador declaró que su oficio era completamente diferente, era un pobre zapatero y nunca había trasteado un reloj en toda su vida. Había hombres expertos en ese arte, cuyo negocio era atender esas cuestiones, él solo podría estropear su trabajo y que las piezas acabaran en completa confusión. «¿Cómo pretende entonces, estimado maestro —gritó Pieter girándose repentinamente hacia él con una mirada que cerca estuvo de petrificar al zapatero remendón y convertirlo en una perfecta piedra de amolar—, entrometerse en las actividades del Gobierno, regular, corregir y remendar una maquinaria complicada cuyos principios están por encima de su comprensión y cuyas actividades más simples son demasiado sutiles para su entendimiento, cuando es incapaz de corregir un problema sin importancia en un mecanismo de lo más común y cuyo misterio al completo está abierto a su inspección? Así que, dedíquese al cuero y a las suelas, que son los emblemas de su cabeza, remiende sus zapatos y límitese a la vocación para la que el cielo lo ha dispuesto. Pero —en este momento elevó su voz hasta hacer retumbar el firmamento—, si vuelvo a sorprenderlo, a usted o a cualquiera de los de su tribu, ya sea un cabeza cuadrada o un calzones vacíos, entrometiéndose en los asuntos del Gobierno, por san Nicolás que haré que a todo hijo bastardo de su madre se lo coman vivo las moscas y vuestros pellejos los estiren para hacer el parche de un tambor, ¡así al menos podrán hacer ruido con algo de utilidad!».

Esta amenaza y la tremenda voz con la que fue pronunciada causaron que toda la multitud temblara de miedo. El cabello del charlatán se levantó en su cabeza como si fueran las cerdas de su puerco, que no agujas propias de su labor, su fiero corazón se marchitó en su pecho y sintió como si acabara de escapar por el mismo ojo de una de aquellas.

Sin embargo, si bien esta medida logró el efecto deseado y devolvió el orden a la comunidad, también supuso un cierto daño a la popularidad del gran Pieter entre el ilustrado vulgo. Muchos lo acusaron de abrigar ideas muy aristocráticas y de inclinarse excesivamente en favor de los patricios. De hecho, parecía existir cierto fundamento para tal suposición, pues durante su mandato aparecieron por primera vez ese orgullo de pertenencia a determinadas familias y ese gusto por la ostentación de la riqueza que desde entonces se ha incrementado tan significativamente en esta ciudad^[109]. Aquellos que conducían sus propios carros, criaban sus propias vacas y

poseían la sencilla riqueza de una huerta de coles, miraban por encima del hombro, con la más refinada pero mortificadora condescendencia, a sus vecinos menos adinerados; mientras que los ancianos que habían llegado a bordo de la *Goede Vrouw* reclamaban continuamente la honorabilidad de su linaje. El lujo comenzó a manifestarse de diversos modos e incluso el propio Pieter Stuyvesant (cierto es que su posición exigía cierta pompa y solemnidad) se mostraba en los acontecimientos públicos con gran boato y siempre acudía a misa ¡en un carro amarillo con las ruedas de un rojo fuego!

De esta imagen colegirán mis lectores la fidelidad con la que muchas de las peculiaridades de nuestros antepasados se han mantenido por parte de sus descendientes. El orgullo pecuniario todavía prevalece entre nuestros acaudalados ciudadanos, y mucho esforzado tendero, después de bregar en la oscuridad y el polvo en los primeros años de su vida, toma asiento ya sin aliento en sus horas últimas para representar el papel de caballero y disfrutar de la dignidad que honestamente mereció el sudor de su frente. En esto se muestra similar a un ama de casa destacada aunque ambiciosa que, tras esclavizarse y sudar la gota gorda todo el día en la cocina para preparar una reunión social, accede dignísima al salón, llegada ya la tarde, cubierta con toda la magnificencia de una dama distinguida y sensiblera.

Es asimismo sorprendente observar el número de grandes familias que han aparecido en los últimos años orgullosas hasta lo excesivo de la relevancia de sus antepasados. Aquel que puede mirar a su padre sin humillarse asume no poca importancia; quien sin riesgo puede hablar de su abuelo se vanagloria aún más, pero aquel capaz de volver la vista atrás hasta su bisabuelo sin tropezar con el puesto de un zapatero remendón ni darse de cabeza contra el látigo de la ley, se muestra de lo más intolerable en sus pretensiones de ilustre linaje. ¡Madre mía! ¡Con menudos personajes tenemos que lidiar entre las flores del momento y las flores de un día!

Por mi parte, considero a nuestras viejas familias neerlandesas la única nobleza local y los verdaderos señores de la tierra: jamás puedo observar a un honesto burgués sentado tranquilamente con su pipa sin contemplarlo con reverencia como un digno descendiente de los Van Rensellaer, los Van Zandt, los Knickerbocker y los Van Tuyl.

No obstante, no es mi intención, por lo narrado en la primera parte de este capítulo, que mi lector imagine que el gran Pieter era un gobernador tiránico que mandaba sobre sus ciudadanos con mano de hierro; al contrario, donde la solemnidad de la autoridad no estaba implicada, se mostraba de lo más generoso y educado en su condescendencia. De hecho, realmente creía, si bien temo que mis lectores republicanos más ilustrados consideren esto una muestra de su ignorancia e intolerancia, que al evitar que la copa de la vida social se viera rociada con el embriagador ingrediente de la política, no hacía más que contribuir a la tranquilidad y la felicidad del pueblo, mientras que al desligar sus mentes de cuestiones que no podían comprender y que únicamente tendían a inflamar sus pasiones, lo que

conseguía era permitirles atender de modo más fiel y afanoso a sus propios asuntos, con lo que se convertirían en ciudadanos más útiles y más atentos a sus familias y a sus fortunas.

Lejos de mostrar una austeridad nada razonable, disfrutaba viendo recrearse al hombre pobre y trabajador, para lo cual se mostró muy dispuesto a promocionar jornadas festivas y diversiones públicas. Fue durante su mandato cuando se introdujo por primera vez la costumbre de romper huevos en *Paas* (Pascua). El día de Año Nuevo se celebraba con extravagante regocijo, acompañado por el repicar de campanas y las salvas militares. Cada casa era entonces un templo para Baco: océanos de licor de cereza, verdaderas ginebras de Holanda y ponches se vertían para la ocasión, y ni un solo pobre hombre de la ciudad dejaba de considerar de lo más relevante emborracharse, si bien por una cuestión de mero ahorro: beber alcohol suficiente para quedar saciado durante seis meses.

Habría sido reconfortante también ver al valiente Pieter sentado entre los viejos burgueses y sus esposas la tarde de un sábado, bajo los grandes árboles que despliegan su sombra sobre The Battery, disfrutando de los bailes de los jóvenes sobre la hierba. En tales situaciones fumaría el bueno del gobernador su pipa, gastaría alguna broma y olvidaría los penosos esfuerzos de la guerra en las dulces e inconscientes festividades de la paz. Ocasionalmente ofrecería un gesto de aprobación a esos hombres jóvenes que se arrastraban y tropezaban con mayor energía, y de cuando en cuando daría una sonora palmadita, del todo honesta, a la chica de grandes pechos que aguantaba más tiempo y agotaba a todas sus competidoras —prueba infalible de ser la mejor bailarina—. Sí es cierto que en una ocasión la armonía del encuentro social se vio ligeramente interrumpida. Una joven *vrouw*, de gran presencia en el mundo del entretenimiento y que lideraba las modas en la ciudad —pues había llegado poco antes de Holanda—, apareció vestida con no más de media docena de faldas, estas además de la más alarmante brevedad. Un murmullo universal recorrió a los presentes, las viejas damas se sintieron todas en extremo escandalizadas, las jóvenes se sonrojaron y miraron con condescendencia a esa «pobrecita»; incluso al mismo gobernador se le vio ligeramente turbado. Para completar la sorpresa de aquellas buenas gentes, la chica se lanzó durante una danza a describir ciertas sorprendentes figuras de geometría que había aprendido de un maestro bailarín en Róterdam. Ahora bien, si estaba demasiado decidida a mostrar las florituras de que sus pies eran capaces o si algún Céfiro vagabundo se tomó la libertad de entrometerse, lo cierto es que en el curso de un gran giro —que en absoluto habría pasado desapercibido en una moderna sala de baile— realizó una exhibición por completo inesperada... A pesar de que todos los reunidos quedaron muy admirados, varios potentados rurales no se sintieron en absoluto conmovidos e incluso el propio Pieter, que era un hombre de incomparable recato, se mostró gravemente escandalizado.

La brevedad de los vestidos femeninos, que había continuado siendo la moda

desde los días de Wilhelmus Kieft, había resultado una ofensa para Pieter Stuyvesant desde mucho tiempo atrás y, pese a que se mostraba en extremo contrario a entrometerse en las faldas de las damas, recomendó inmediatamente que todas ellas se adornaran con un volante que alcanzara el suelo. Asimismo ordenó que las damas, y también los caballeros, no utilizaran más pasos de baile que el arrastrar de pies, giros lentos y algún modesto cambio de pareja, y prohibió, so pena de su mayor disgusto, que cualquier joven intentara en el futuro lo que se denominó *exhibir las gracias*.

Fueron estas las únicas restricciones que el gobernador jamás impuso al bello sexo, si bien las afectadas las consideraron una tiránica opresión y se resistieron a ellas con ese espíritu que siempre manifiestan las féminas cuando ven invadidos sus privilegios. De hecho, Pieter Stuyvesant percibió con total claridad que, si insistía en mayor medida en la materia, existía riesgo de que abandonaran por completo las faldas, por lo que como hombre sabio y experimentado en los hábitos femeninos, guardó silencio y aceptó que en adelante vistieran sus faldas y realizaran sus cabriolas a la altura que quisieran.

Capítulo II

De cómo Pieter Stuyvesant se vio muy importunado por los invasores del Este y los Gigantes de Felicilandia; y cómo el Consejo de Ministros británico urdió una oscura y terrible conspiración contra la prosperidad de Manhattoes

Nos acercamos hacia lo que podríamos denominar el mismo meollo de nuestro trabajo y, si no me fallan mis presentimientos, tendremos una ingente cantidad de cuestiones que despachar en los próximos capítulos. He alcanzado este punto con éxito, llegando incluso más allá de mis expectativas, pues he de confesar a mi lector (y lo cierto es que hemos logrado tal nivel de intimidad que creo mi obligación hacerlo partícipe de todos mis secretos antes de que nos separemos) que cuando me decidí a comenzar esta maravillosa pero fidedigna obrita de historia me asaltó una horrible confusión al pensar cómo podría abrirme paso a través de ella; y si bien asumí una expresión descarada y sumamente jactanciosa al abordar la materia, no se trataba más que de las bravatas de un fanfarrón al inicio de una pelea de la que está seguro que tendrá que terminar por escapar.

Cuando reflexionaba acerca de esta ilustre provincia, que aunque de prodigiosa importancia a ojos de sus habitantes y de este historiador, tristemente ofrece escasa riqueza u otros botines con los que compensar las dificultades de una acometida — por lo que poco se podía esperar al declarar una guerra por completo gratuita, excepto una buena paliza—; cuando valoraba todo esto en mi mente, decía, comencé a sentir la más absoluta desesperanza por no encontrar batallas, derramamientos de sangre ni ninguna otra de esas calamidades que otorgan relevancia a una nación y animarían de igual modo mi historia. Contemplaba esta región de lo más afable con los ojos de una infeliz doncella a quien el cielo no ha otorgado suficientes encantos para concitar las diabólicas tentativas de hombres pícaros, que no cuenta con un padre cruel que la persiga y la oprima ni con ningún abominable raptor que escape con ella, pero que tampoco posee la fortaleza ni la valentía suficientes de modo espontáneo para comportarse como una heroína y marchar *en busca de aventuras*; en resumidas cuentas, alguien condenado a vegetar en un clamoroso, tranquilo, sereno y vano estado de virginidad, para finalmente morir en paz, sin legar una mísera pena ni ultraje a esos almacenes de la aflicción sentimental: las bibliotecas circulantes.

No obstante, por suerte mi buena estrella había decidido lo contrario. Sucede con algunas comunidades, al igual que con ciertas personas entrometidas, que cuentan con una asombrosa facilidad para procurarse aprietos, y siempre he señalado que se muestran más dispuestas a ingresar en estas lides las que menos talento poseen para escapar de ellas. Esto viene causado sin duda por el excesivo valor de estos pequeños estados, ya que he percibido asimismo que esta virtud desenfrenada e ingobernable se

muestra siempre más rebelde cuanto más confinada, lo cual explica su extraordinaria furia y fatuidad en pequeños estados, pequeños hombres y mujeres pequeñas y feas más en concreto. De este modo, esta pequeña provincia de Nieuw Nederlandts ha logrado ya rodearse de una multitud de enemigos; ha sufrido tantos duros golpes como para satisfacer la ambición de la nación más belicosa; y es, tristemente, ¡una pequeña provincia muy abandonada, afligida y desconsolada! (todo lo cual fue sin duda amablemente ordenado por la providencia para dotar de interés y sublimidad a esta, la más lastimosa de las historias).

Pero me abstendré de adentrarme en detalles con respecto a las lamentables intrusiones y hostigamientos que durante mucho tiempo, tras la victoria en el Delaware, continuaron insultando la dignidad e interrumpiendo el descanso de los neerlandeses. ¡Jamás volverá la pluma que tan gloriosamente fue blandida en la tremenda batalla del Fuerte Cristina a dedicarse a canallescas disputas y escaramuzas fronterizas, como tampoco el historiador que doblegó al robusto Risingh y a sus huestes y conquistó toda Nueva Suecia se verá condenado a combatir para defender una porqueriza o un gallinero ni a enfrentarse en innobles riñas con esos invasores del este! ¡Impedid, oh, musas, que un Knickerbocker llegue alguna vez a olvidar su posición y la de su familia!

Baste decir brevemente, pues, que la implacable hostilidad de las gentes del este, que de modo tan milagroso se había evitado que estallara, como recordarán mis lectores, por la súbita preponderancia de la brujería y las disensiones en el consejo anfictiónico, volvió a manifestarse mediante un millar de penosas y encarnizadas refriegas en las zonas fronterizas.

Apenas transcurría un mes sin que los pequeños asentamientos neerlandeses de las fronteras se vieran alarmados por la repentina aparición de un ejército invasor proveniente de Connecticut. Estos avanzaban resueltos por aquellas regiones, como una poderosa caravana del desierto, con los niños y las mujeres subidos en carros cargados de cacerolas y ollas, que pareciera que pretendían cocer vivos a los honrados neerlandeses y devorarlos como si de langostas se tratara. Tras estos carros avanzaba airada una tropa de granujas de largos miembros y lacios cabellos, con hachas sobre los hombros y fardos a la espalda, decididos por completo a *hacer progresar* la zona a pesar de sus propietarios. Estos bellacos, al instalarse, en poco tiempo desalojaban por completo a los desafortunados neerlandeses, apartándolos a codazos de esas ricas llanuras y fértiles valles en los que son conocidos nuestros terratenientes por su tendencia a establecer allí sus nidos. Es de destacar que de dondequiera que estos taimados hombres del este ponían pie desaparecían gradualmente los honrados neerlandeses, que se retiraban lentamente, como los indios frente a los blancos, completamente desconcertados por la disposición para la conversación, el regateo, el trueque y los negocios de esos vecinos recién llegados.

Todas estas audaces incursiones en los territorios de los altos y poderosos señores se vieron acompañadas, como se señaló anteriormente, por toda una serie de viles

trifulcas, enrojecimiento de costillas y envoltorios, los cuales sin duda habrían indignado al valiente Pieter y lo habrían llevado a propinar un escarmiento inmediato si no se hubiera visto al mismo tiempo asaltado por angustiosos informes de *mynheer* Beekman, quien se encontraba al mando de los territorios que bordeaban el río Sur.

Los rebeldes suecos a los que de modo tan generoso se les había permitido permanecer en el Delaware, comenzaron a mostrar indicios de amotinamiento y desafección. Pero sucedía algo aún peor, pues Fendal, un pequeño líder, planteó una autoritaria reclamación según la cual todo aquel territorio era legítima propiedad del señor lord Baltimore. Este tal Fendal gobernaba la colonia de Maryland, también conocida antiguamente como Merryland o Felicilandia debido a que sus habitantes no mostraban temor del señor y eran conocidos por su tendencia a aturdirse y felicitarse con julepe de menta y ponche de manzana. Es más, tan hostil era este matón de Fendal que amenazó, a menos que su reclamación fuera atendida de inmediato, con avanzar sin detenerse en cabeza de una potente hueste de los rugientes chicos de Felicilandia, junto con una considerable y enérgica tropa de gigantes que infestaban las orillas del río Susquehanna^[110], hasta destruir y despoblar toda la región del río Sur.

Estos hechos dejan patente que esta tan cacareada colonia, como todas las grandes adquisiciones de territorio, pronto se convirtió en un mal mayor para el conquistador de lo que resultó su pérdida para los conquistados, y causó más inquietud y dificultades que el resto del territorio de Nuevos Países Bajos en su conjunto. De este modo ordena la Providencia que un mal compense otro. El conquistador que arrebató la propiedad a su vecino, que agravia a una nación y asuela un país, aunque pueda lograr un incremento de su imperio e inmortal fama, se asegura al mismo tiempo su propio e inevitable castigo. Se condena a sí mismo a una infinita inquietud: incorpora a su hasta entonces sólido dominio una región débil, un miembro podrido y desafecto, el cual es una fuente inagotable de traición interna y desunión, así como de altercados y hostilidades externas. Feliz es la nación que, compacta, unida, leal en todas sus partes y centrada en su fortaleza, no anhela vanas adquisiciones de territorio inútil e ingobernable, aquella que, contenta con su prosperidad y felicidad, no ambiciona ser mayor. En esto es igual a un hombre bien estructurado en todo su organismo, sano y repleto de energía, que se muestra libre de inútiles adornos y dotado de una inquebrantable actitud. Sin embargo, la nación insaciable de territorio cuyos dominios se encuentran dispersos, débilmente unidos y pobremente organizados es como un insensato avaro que despliega sus brazos sobre doradas posesiones, blanco de cualquier ataque e incapaz de defender las riquezas que en vano trata de abarcar.

En el momento en que recibió los alarmantes informes provenientes del río Sur, el gran Pieter estaba afanosamente dedicado a dominar ciertas problemáticas con los indios que habían aparecido en Esopus, mientras meditaba cómo proteger sus fronteras orientales del río Connecticut. Envío un comunicado a *mynheer* Beekman en el que lo impelía a ser generoso, mantener una incesante vigilancia y a que le

hiciera saber si aquel asunto adquiriría un cariz más amenazador, en cuyo caso se dirigiría de inmediato con sus guerreros del Hudson a turbar las felicitaciones de esos habitantes de Felicilandia, pues ansiaba en gran medida un encuentro cara a cara con una decena de esos gigantes (nunca se había enfrentado a gigante alguno en toda su vida, a menos que consideremos como tal al robusto Risingh, que en todo caso sería un gigante bajito).

Nada, no obstante, pareció perturbar posteriormente la tranquilidad de *mynheer* Beekman y su colonia. Fendal y sus mirmidones permanecieron en sus hogares, en su jarana de pasteles, panceta y julepe de menta, así como asustando caballos y realizando peleas de gallos, actividades por las que se habían granjeado gran fama. Al conocer estas noticias, Pieter Stuyvesant se mostró sumamente alegre, pues pese a su inclinación a comparar fuerzas con esos monstruosos hombres del Susquehanna, tenía mucho que hacer en su propio entorno y, de este modo, podía dedicarse a ello. ¡Difícilmente podía concebir, pobre hombre, que esta calma meridional no era más que el engañoso preludio de la más terrible y fatal de las tempestades que se avecinaba y que pronto estallaría y aplastaría la confiada ciudad de Nueva Ámsterdam!

Sucedió, pues, que mientras este excelente gobernador se dedicaba, como un segundo Catón, a promulgar sus pequeñas leyes —y no solo a promulgarlas, sino también a hacerlas respetar—; mientras viajaba sin descanso por su amada provincia, avanzando de un lugar a otro para enmendar injusticias; mientras estaba ocupado en un rincón de sus dominios, el resto se sumía en pleno alboroto. En este mismo momento, decía, una oscura y terrible conjura se preparaba en su contra en ese vivero de monstruosos proyectos que es el consejo de ministros británico. Las noticias de sus logros en el Delaware, según un sabio historiador de Nueva Ámsterdam, habían generado no pocos comentarios y asombro en las cortes europeas. Este mismo escritor nos asegura que el consejo de ministros de Inglaterra comenzó a albergar cierta envidia e incomodidad ante el creciente poder de Manhattoes y la determinación de sus robustos terratenientes.

Agentes del consejo anfictionico, según podemos leer, trabajaban por entonces urgiendo con empeño a que el gabinete británico los ayudara a subyugar a esta feroz y terrible provincia de pequeño tamaño, y el sagaz consejo de ministros, siempre dispuesto a pescar en aguas revueltas, había comenzado a prestar oídos a su insistencia. Justo entonces, lord Baltimore, cuyo agresivo agente, como se mencionó anteriormente, había alarmado en gran medida a *mynheer* Beekman, presentó ante el gabinete su reivindicación de las tierras del río Sur, las cuales defendía que le habían sido usurpadas de modo injusto y por la fuerza por esos osados incautadores de Nuevos Países Bajos.

Ante esta situación, leemos que su majestad Carlos II de Inglaterra, quien, si bien Defensor de la Fe, era un consumado gandul y jaranero monarca, solucionó toda la cuestión con un garabato de su pluma, mediante el cual regaló una gran extensión de

Norteamérica, incluida la provincia de Nuevos Países Bajos, a su hermano, el duque de York: una donación verdaderamente fiel a sus obligaciones, pues solo los grandes monarcas tienen derecho a entregar lo que no les pertenece.

Para que este munífico presente no fuera meramente nominal, su majestad ordenó el 12 de marzo de 1664 la preparación inmediata de un gallardo ejército para invadir la ciudad de Nueva Ámsterdam por mar y tierra y de este modo situar a su hermano en completo dominio de sus propiedades.

Esta es la crítica situación que afrontaban los habitantes de Nuevos Países Bajos. Los honrados burgueses, lejos de concebir el peligro que enfrentan sus intereses, se encuentran tranquilamente fumando sus pipas sin pensar en nada en absoluto; el consejo privado del gobernador ronca en este momento en total *quorum*, como si se tratara del zumbido de quinientas gaitas; mientras que el activo Pieter, quien asume todo el esfuerzo de pensar y actuar sobre sus hombros, afanosamente trata de hallar el modo de llevar a buen término las relaciones con el gran consejo de los anfictiones. Mientras tanto, un feroz nubarrón frunce oscuro el ceño en el horizonte: pronto estallará en el mismo rostro de estos amodorrados neerlandeses y pondrá a prueba por completo la valentía de su resuelto gobernador.

Sin embargo, suceda lo que suceda, comprometo aquí mi veracidad a que en todos los conflictos bélicos y sutiles confusiones se desenvolverá Pedro el Testarudo con el gallardo porte e inmaculado honor de un obstinado caballero de mente noble de los viejos tiempos. ¡A la carga, pues! ¡Brillen propicias estrellas sobre la renombrada ciudad de Manhattoes y que las bendiciones de san Nicolás estén contigo, honrado Pieter Stuyvesant!

Capítulo III

Que describe la expedición de Pieter Stuyvesant por las Regiones del Este y demuestra que, aunque fuera perro viejo, no se olía las trampas

Las grandes naciones se asemejan a los grandes hombres del siguiente modo: su grandeza difícilmente es conocida hasta que se topan con problemas. La adversidad, por tanto, ha sido inteligentemente señalada como ordalía de verdadera grandeza, que, como el oro, no se puede estimar a ciencia cierta hasta que no ha pasado por el horno. De este modo, en la medida en la que una nación, comunidad o individuo (dotados de la cualidad inherente de la grandeza) se ven envueltos en peligros e infortunios, en esa misma proporción incrementan su majestuosidad, e incluso cuando se desmoronan a causa de calamidades, como una casa en llamas, realizan una demostración más gloriosa que en el más hermoso periodo de prosperidad.

El vasto imperio de China, si bien atestado de población y favorecido por la concentración de la riqueza de muchas naciones, ha vegetado a lo largo de una sucesión de soporíferas épocas y, de no haber sido por su revolución interna y el derrocamiento de su anterior dinastía por los tártaros, no habría presentado más que una imagen de aburrida y monótona prosperidad. Pompeya y Herculano podrían haber quedado en el olvido, junto con una multitud de sus contemporáneos, si no se hubieran visto afortunadamente arrasadas por un volcán. La famosa ciudad de Troya adquirió celebridad únicamente a partir de sus diez años de angustia y su incendio final. París incrementa su importancia gracias a las conjuras y masacres que han culminado en el ascenso del ilustre Napoleón, ¡e incluso la poderosa Londres pasa desapercibida en los registros históricos y no es celebrada por ningún hecho relevante excepto por la Gran Plaga, el Gran Incendio y la Conspiración de la Pólvora de Guy Fawkes! De este modo, las ciudades y los imperios parecen deslizarse, crecer en silente oscuridad, bajo la pluma del historiador, hasta que finalmente estallan en alguna tremenda calamidad y, por así decirlo, ¡vuelan hacia la inmortalidad gracias a la explosión!

Una vez aclarado por completo el principio anterior, magníficamente ilustrado y de inmediato admitido, mi lector necesitará escaso discernimiento para percibir que la ciudad de Nueva Ámsterdam y la provincia que esta encabeza se encuentran en pleno camino hacia la grandeza. Peligros y hostilidades las amenazan por todos los flancos; es en realidad una cuestión sumamente sorprendente para este humilde historiador cómo una región tan pequeña fue capaz en tan escaso tiempo de enmarañarse en tantas dificultades. Desde que la provincia fue tomada por las solapas por primera vez —en el Fuerte Buena Esperanza, durante los días tranquilos de Wouter van Twiller—, incrementó gradualmente su relevancia histórica y jamás pudo tener un líder más

apropiado para guiarla a la cumbre de la majestuosidad que Pieter Stuyvesant.

Era este un veterano de cabeza de hierro en cuyo fiero corazón reposaban entronizados esos cinco tipos de coraje descritos por Aristóteles y, si hubiera el filósofo mencionado quinientos más que cimentaran estos, creo con toda seguridad que se habría mostrado señor de todos ellos. El único contratiempo era su carencia de esa parte del valor llamada discreción, una virtud de sangre fría que no podía sobrevivir en el clima tropical de su ardorosa alma. Por ello se lanzaba continuamente a combatir en todas esas empresas inauditas que conceden un aire de romance caballeresco a toda su historia, y así fue como concibió un proyecto que de solo pensarlo hace temblar mi pluma.

Este no era otro que dirigirse en persona al poderoso consejo de los anfictiones, con la espada en una mano y la rama de olivo en la otra, para exigir reparación inmediata por las innumerables violaciones del tratado que en mala hora firmara, detener esa continua repetición de intrusiones en las fronteras orientales, o bien arrojar el guante y hacer un llamamiento a las armas para cobrarse la satisfacción de las ofensas.

Al transmitir esta resolución a su consejo privado, los venerables miembros se vieron asaltados por una gran estupefacción y por una vez en su vida se atrevieron a reconvenir al gobernador, para lo que argumentaron la imprudencia de exponer a su solemne persona en mitad de un pueblo extraño y bárbaro, a lo que sumaron toda una serie de motivos de peso, los cuales tuvieron tanta influencia en la determinación del testarudo Pedro como la de un fuelle con agujeros que tratara de hacer girar una veleta oxidada.

Así pues, convocó a su presencia a su fiel discípulo Antony van Corlear y le ordenó que se preparara para acompañarlo a la mañana siguiente en esta arriesgada empresa. Aunque Antony el trompetista estaba ligeramente golpeado por los años, gracias a que conservaba un buen corazón y no había conocido jamás inquietudes ni penas (pues nunca se casó) seguía siendo un bromista campechano, jocosos, rubicundo y travieso con un pecho de gran capacidad. Esto último se atribuía a su alegre vida en los dominios de Corlears Hook que Pieter Stuyvesant le había concedido por su osadía en el Fuerte Casimir.

Fuera como fuera, no había nada que agradara más a Antony que esta orden del gran Pieter, pues podría haber seguido al resuelto gobernador al final del mundo, con cariño y lealtad (si bien también recordaba las travesuras, bailes, envoltorios y otras diversiones de las regiones del este, así como los exquisitos encuentros con numerosas mozas amables y de grandes pechos, los cuales ansiaba volver a disfrutar).

De este modo se puso en camino este espejo de la determinación sin más asistencia que la de su trompetista en una de las empresas más arriesgadas jamás registradas en los anales de la caballería andante. Que un solo guerrero se aventure abiertamente entre toda una nación de enemigos; pero aún más, que un sencillito y franco neerlandés piense en negociar con el consejo al completo de Nueva

Inglaterra..., ¡nunca se conoció empresa más arriesgada! Desde que me adentré en las crónicas de este líder sin par pero hasta ahora sin celebridad, Stuyvesant me ha mantenido en un estado de incesante actividad y ansiedad con las hazañas y riesgos que asume constantemente... ¡Ay, qué daría por un capítulo del tranquilo mandato de Wouter van Twiller para poder reposar como en una cama de plumas!

¿Acaso no es suficiente, estimado Pieter, que en una ocasión lo haya rescatado a usted de las maquinaciones de estos terribles anfictiones convocando todos los poderes de la brujería en su ayuda? ¿No es suficiente que lo haya seguido impertérrito, como un espíritu guardián, hasta el mismo centro de la horrible batalla del Fuerte Cristina? ¿Que me haya visto obligado a superarme continuamente para conservarlo sano y salvo, bien evitando solo con mi pluma la lluvia de cobardes golpes que lanzaron hacia su trasero, bien escudándolo por escaso margen de una estocada mortal con una simple lata de tabaco, después salvaguardando su tenaz cráneo con adamante cuando hasta su sombrero de castor se mostró incapaz de resistir la espada del robusto Risingh, y finalmente no solo rescatarlo con vida, sino triunfante, de las garras del gigantesco sueco con el recurso desesperado a una miserable jarra de piedra? ¡¿Acaso no es todo esto suficiente?! ¡¿Tiene usted que seguir arrojándose a nuevas dificultades y poniendo en riesgo en precipitadas empresas su propia seguridad, a su trompetista y a este su historiador?!

Pero todo esto no son más que palabras vanas. ¿Qué influencia puedo esperar tener cuando incluso sus consejeros, que nunca antes trataron de advertirlo, no han logrado resultado alguno con sus sugerencias? Lo único que me resta es tomar en silencio mi pluma, como hizo Antony con su trompeta, y seguir fiel sus pasos; y juro que, como el bueno de Van Corlear, aprecio tan ciertamente el disparatado valor del fiero caballero que siento que podría acompañarlo por todo el mundo aunque (Dios no lo quiera) tuviera que conducirme a otro libro completo de aventuras.

Y ahora Aurora, de rostro rubicundo, como una criada de generoso pecho, retira las oscuras cortinas de la noche y hace saltar de la cama al alegre Febo, de encarnados cabellos, molesto por haber sido sorprendido tan tarde en los brazos de Tetis. Con muchos juramentos propios de las cuabras enjaeza sus corceles de patas metálicas, los fustiga y azota, y salpica el firmamento, como un postillón, con treinta minutos de retraso. Y observen ahora a ese vástago de la fortuna y el valor, el testarudo Pieter, a horcajadas sobre un huesudo palafrén de larga cola, valientemente ataviado con su uniforme completo y sosteniendo en el muslo esa fiel espada con empuñadura de latón que tan temibles hazañas lograra en las orillas del Delaware.

Observen justo a su espalda a su esforzado trompetista Van Corlear, montado en una yegua multicolor sin aliento y estrábica, con la robusta jarra de piedra que tumbó al poderoso Risingh sostenida bajo el brazo y con orgullo tomada con la mano derecha la trompeta, decorada con una magnífica bandera engalanada con el gran castor de Manhattoes. Véanlos partir orgullosos a través de las puertas de la ciudad, como un acorazado héroe del ayer con su fiel escudero a su espalda, mientras el

populacho los sigue con la vista, grita sus buenos deseos y los vitorea efusivamente en la despedida: «¡Con Dios, Hard-koppig Piet!», «¡Con Dios, honrado Antony!», «Sea agradable vuestra expedición», «¡Próspero sea vuestro retorno!», «¡El más sólido héroe que jamás empuñó espada y el más valioso trompetista que jamás calzó zapatos de piel!».

Lamentablemente, las leyendas guardan silencio con respecto a los sucesos que acontecieron a nuestros aventureros en este su intrépido periplo, a excepción del manuscrito Stuyvesant, que describe la esencia de un pequeño poema heroico escrito para la ocasión por el padre Aegidius Luyck^[111] quien parece haber sido el poeta laureado de Nueva Ámsterdam. Este inestimable manuscrito nos asegura que era todo un espectáculo observar al gran Pieter y a su leal discípulo saludando al sol de la mañana y disfrutando del claro rostro de la naturaleza mientras avanzaban orgullosos por los pastorales escenarios de Bloemen Dael^[112], que en aquellos días era un dulce valle de naturaleza rural embellecido por resplandecientes flores silvestres, refrescado por purísimos riachuelos y animado aquí y allá por una deliciosa quinta neerlandesa abrigada bajo alguna colina de suaves pendientes y prácticamente enterrada entre enramados árboles.

Terminaron por adentrarse en los confines de Connecticut, donde encontraron muy penosas dificultades y peligros. En un determinado momento se vieron asaltados por una decena de hacendados y milicianos que, montados en bien parecidos corceles, se situaron a su espalda durante varios kilómetros hostigándolos sobremanera con suposiciones y preguntas especialmente dirigidas al valeroso Pieter, cuya pata incrustada en plata suscitaba no poca admiración. En otro lugar, junto a la famosa ciudad de Stamford, se vieron asaltados por una numerosa y brava legión de diáconos, quienes imperiosamente les exigieron cinco chelines por viajar en domingo y amenazaron con llevarlos cautivos a una iglesia de la vecindad cuyo chapitel se asomaba por encima de los árboles; sin embargo, a estos los hizo el bueno de Pedro el Testarudo poner pies en polvorosa con escasa dificultad, hasta el punto de que subieron a sus monturas y salieron al galope en horrible confusión, dejando atrás los sombreros de tres picos por las prisas de la huida. Pero no escaparon con tanta facilidad nuestros aventureros de las manos de un taimado hombre de Pyquag, quien con impávida perseverancia y repetidas apariciones logró verdaderamente convencer a Pieter Stuyvesant de que le cambiara su corcel de larga cola por un vil jamelgo de Narragansett aquejado de esparaván y agotado.

No obstante, a pesar de estas dificultades, continuaron su camino jovialmente a lo largo del curso del Connecticut, de suave corriente, cuyas delicadas olas, dice la canción, se contonean por muy fértiles valles y soleadas llanuras reflejando en un lugar las elevadas agujas de la animada ciudad y en otro las bellezas rurales de la humilde aldea, por aquí repitiendo en eco el afanado murmullo del comercio y por allí la alegre canción del campesino.

En toda localidad Pieter Stuyvesant, que era famoso por su belicoso detallismo,

ordenaba al robusto Antony que hiciera sonar un cortés saludo, si bien el manuscrito señala que los habitantes de estos lugares se sumían en una gran consternación al oír su llegada, pues la gloria de sus incomparables logros en el Delaware se había difundido por las regiones del este y temían que llegara para cobrarse venganza de sus múltiples infracciones.

Sin embargo, el buen Pieter cabalgaba por estas localidades con aspecto sonriente, saludando con una mano con inexpresable majestuosidad y condescendencia, pues realmente creía que las ropas viejas que aquellas gentes ingeniosas habían colocado en sus ventanas rotas y las guirnaldas de manzanas y melocotones secos que decoraban las fachadas de sus viviendas eran los ornamentos destinados a honrar su llegada, al igual que era costumbre en los días de los caballeros andantes halagar a los héroes de renombre con muestras suntuosas de tapices y magníficos muebles. Las mujeres se arracimaban en sus puertas para mirarlo con atención a su paso —hasta este punto maravilla al bello sexo la habilidad con las armas—. Los niños más pequeños corrían tras ellos en bandadas, mirando boquiabiertos su uniforme, sus calzones de color azufre y la decoración en plata de su pata de palo. Tampoco debo omitir mencionar la alegría que muchas mozas robustas trataban sin éxito de ocultar al contemplar al jovial Van Corlear, quien antaño tanto las entretuviera con su trompeta cuando trasladó el desafío del gran Pieter a los anfictiones. El bondadoso Antony descendía de su yegua multicolor y las besaba a todas con infinita y amorosa amabilidad; también quedó sumamente agrado al ver a una tropa de diminutos trompetistas arremolinados a su alrededor para obtener su bendición: a todos ellos les acarició la cabeza, les pidió que fueran buenos chicos y les entregó un penique para comprar caramelos.

El manuscrito Stuyvesant apenas realiza más menciones de las aventuras del gobernador en esta expedición, excepto que fue recibido con desorbitada cortesía y respeto por el gran consejo de los anfictiones, cuyos miembros cerca estuvieron de matarlo a fuerza de discursos elogiosos. En cuanto a las negociaciones con el gran consejo, nada señalaré, pues existen cuestiones de mayor relevancia que exigen mi atención, la de mis lectores y la del propio Pieter Stuyvesant. Bastará mencionar que sucedió como en toda otra negociación: mucho se dijo y poco se hizo; una conversación llevó a otra, un discurso alumbró malentendidos que requirieron una decena de discursos para su aclaración, y al final las partes se descubrieron exactamente en el lugar donde comenzaron, excepto por el hecho de que se habían enmarañado en multitud de cuestiones protocolarias y se cobraron una cordial desconfianza mutua que hizo las siguientes negociaciones diez veces más difíciles^[113].

En mitad de toda esta confusión, que desconcertaba el raciocinio y encendía la ira del robusto Pieter, quien era de todos los hombres del planeta posiblemente el menos dotado para las artimañas diplomáticas, recibió en secreto la primera indicación acerca de la oscura conspiración que había concebido el consejo de ministros de

Inglaterra. A esto se sumó la sorprendente noticia de que una hostil escuadra había partido ya de las islas británicas con destino a la provincia de Nuevos Países Bajos, mientras que el gran consejo de los anfictiones se había comprometido a cooperar con el envío de un gran ejército para la invasión terrestre de Nueva Ámsterdam.

¡Desafortunado Pedro! ¿Acaso no me incorporé con tristes presentimientos a esta malhadada expedición? ¿No temblé cuando lo vi a usted sin otro consejero más que su propia cabeza, sin otra armadura más que una lengua honesta, una conciencia sin mácula y una espada oxidada, sin otra protección que la de san Nicolás ni otro sirviente más que un trompetista sin resuello? ¿No temblé cuando lo observé partir de este modo a enfrentarse con los astutos poderes de Nueva Inglaterra?

Oh, cómo rugía y bramaba el robusto guerrero cuando se descubrió de tal modo atrapado, como un león en la red de su cazador... Decidió primero desenfundar su fiel espada y pelear resueltamente su camino de vuelta a lo largo de todas las regiones del este. Luego determinó presentarse en el consejo de los anfictiones y llevar a la tumba a todo hijo de su madre que allí encontrara... Finalmente, cuando la temible cólera amainó, se inclinó por recursos más seguros, si bien menos gloriosos.

Sin desvelar al consejo cuanto conocía de sus maquinaciones, envió secretamente a un mensajero de su confianza con misivas para sus consejeros de Nueva Ámsterdam, en las que les comunicaba el inminente peligro y ordenaba que situaran la ciudad inmediatamente en posición defensiva, mientras él intentaría en ese tiempo eludir a sus enemigos y alcanzar la provincia para auxiliarlos. Una vez hecho esto, se sintió magníficamente aliviado, se levantó lentamente, se sacudió como un rinoceronte y salió de su guarida de modo muy similar a como se describe que el gigante Desesperación salió del castillo de las Dudas en la caballeresca historia *El progreso del peregrino*.

Y ahora, mucho lamento tener que abandonar al gallardo gobernador en esta peligrosa situación, pero nos corresponde regresar a toda prisa para ver qué sucede en Nueva Ámsterdam, pues mucho me temo que la ciudad se encuentre ya manga por hombro. Tal fue siempre la suerte de Pieter Stuyvesant: mientras se dedicaba a una cuestión con toda su alma, tendía a dejar todo lo demás en completo desorden. Cuando, como un potentado de antaño, se ausentaba para atender en persona a cuestiones que en nuestros días modernos se confían a generales y embajadores, su pequeño territorio se sumía sin falta en total alboroto. Todo ello se debía a esa nada habitual fortaleza de intelecto que lo llevaba a no confiar más que en sí mismo y que le granjeó el famoso apelativo de Pedro el Testarudo.

Capítulo IV

De cómo el pueblo de Nueva Ámsterdam se vio sacudido por un gran pánico ante las noticias de una amenazadora invasión, y cómo fortificaron sólidamente la ciudad... con resoluciones

No existe perspectiva más interesante para un filósofo que contemplar a una comunidad en la que todo individuo tiene voz en las cuestiones públicas, en la que todo individuo se considera el Atlas de la nación y en la que todo individuo considera su obligación dar un paso adelante por el bien de su país. Como decía, no hay nada más interesante para un filósofo que observar a una comunidad como esta en el repentino ajetreo que provoca la guerra. Qué clamor de lenguas, qué patriótico vocerío, cuántas carreras de aquí para allá, todo el mundo con prisa, todo el mundo cargado hasta las cejas de problemas, todo el mundo estorbando e interrumpiendo a su industrioso vecino, ¡qué está ocupadísimo haciendo nada! Es como observar un gran incendio; en estos todo hombre trabaja como un héroe: algunos arrastran bombas de agua vacías, otros corren con cubos llenos y vacían su contenido en las botas de sus vecinos, mientras que los hay que hacen sonar las campanas de la iglesia toda la noche en un gran esfuerzo por apagar las llamas. Aspirantes a bomberos, como robustos aspirantes a caballeros andantes, abren brecha, suben y bajan por escaleras y hacen berrear trompetas de hojalata para dirigir el ataque. Por aquí, un tipo muy atareado, en su gran empeño por salvar las posesiones del desafortunado, toma un utensilio cualquiera y lo transporta galante con tal aire de importancia como si hubiera rescatado una olla llena de monedas. Otro, por allá, arroja espejos y vajilla por la ventana para salvarlos de las llamas, mientras que quienes no pueden hacer otra cosa para asistir en la gran tragedia, recorren las calles arriba y abajo gritando a pleno pulmón y sin descanso: «¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!».

«Cuando llegaron a Corinto noticias —narra el serio y profundo Luciano (si bien reconozco que la historia está bastante trillada)— de que Filipo se dirigía presto a atacar la ciudad, sus habitantes se sumieron en un violento estado de alerta. Algunos corrieron a remozar sus armas; otros rodaban piedras para levantar murallas; todo el mundo, en resumen, estaba ocupado, y todos estorbaban a sus vecinos. Diógenes era el único hombre que no encontraba qué hacer, por lo que, decidido a no estar desocupado cuando el bienestar de su país se encontraba amenazado, se remangó la túnica y se dedicó a hacer rodar su cubo con todas sus fuerzas de un lado a otro del gimnasio». De igual modo, todo honesto miembro de la patriótica comunidad de Nueva Ámsterdam, al saber de las misivas de Pieter Stuyvesant, se afanó del modo más esforzado en sumir la ciudad en la confusión y contribuir al alboroto generalizado. «¡Todo hombre —señala el manuscrito Stuyvesant— tomó las armas!»,

con lo que quiere decir que ni uno solo de nuestros honrados ciudadanos neerlandeses se atrevía a ir a misa o al mercado sin un espetón viejo a modo de espada colgado de su cintura y una larga escopeta de caza al hombro, como tampoco saldría a la calle por la noche sin un farolillo ni torcería una esquina sin primero asomarse cauto al otro lado, no fuera a ser que se topara desprevenido con un ejército británico. Asimismo, podemos leer que Stoffel Brinkerhoff, que era considerado por las ancianas un hombre prácticamente tan valiente como el propio gobernador, llegó a instalar dos pequeños cañones en el vestíbulo de su vivienda, uno dirigido hacia la puerta principal y el otro hacia la trasera.

Sin embargo, la medida más rotunda a la que se recurrió en tan horribles días, que además ha demostrado desde entonces ser de una eficacia maravillosa, fue la convocatoria de asambleas populares. Estas ruidosas reuniones, tal y como ya se ha demostrado, eran de lo más molestas para Pieter Stuyvesant, pero puesto que se trataba de un momento de agitación fuera de lo común y el viejo gobernador no estaba presente para impedir las, estallaron con una violencia intolerable. Hacia ellas se dirigieron, por tanto, los oradores y políticos, quienes parecieron establecer una competición para ver quién aullaba más alto y superaba a sus rivales en hiperbólicos ataques de patriotismo y en resoluciones para sostener y defender al Gobierno. En estas sabias y portentosas reuniones se determinó, *nemine discrepante*, que configuraban la más ilustrada, solvente, formidable y antigua comunidad sobre la faz de la tierra; y al descubrir que esta resolución fue aprobada por unanimidad y con total facilidad, se propuso otra inmediatamente: si sería posible y prudente aniquilar Gran Bretaña. Ante esta proposición, sesenta y nueve miembros se expresaron del modo más elocuente a favor, mientras que solo uno se atrevió a manifestar ciertas dudas —una presunción traicionera que le supuso como castigo que fuera inmediatamente tomado por la multitud y emplumado, pena equivalente a la Roca Tarpeya, por lo que se le consideró en adelante un paria de la sociedad y su opinión fue por siempre ignorada—. Con la cuestión, pues, aprobada por unanimidad, se recomendó al gran consejo que la convirtiera en ley, lo que consecuentemente se realizó. Gracias a esta medida los corazones del pueblo en general se vieron maravillosamente alentados y se elevaron sumamente coléricos y valientes. De hecho, apagado en cierta medida el primer alertado paroxismo, toda vez que las ancianas habían enterrado cuanta moneda pudieron encontrar y sus maridos se emborrachaban a diario con las restantes, la comunidad llegó incluso a pasar a la ofensiva. Se compusieron canciones en bajo neerlandés, que se cantaban por las calles, en las que los ingleses recibían las más horribles palizas sin la más mínima clemencia; de igual modo se pronunciaron discursos públicos en los que se demostraba con total certeza que la suerte de la vieja Inglaterra dependía de la voluntad de los habitantes de Nueva Ámsterdam.

Finalmente, para golpear del modo más violento las partes blandas de Gran Bretaña, se reunió una gran junta de los más sabios habitantes, quienes tras haber

comprado todos los objetos de fabricación británica que pudieron encontrar, realizaron una inmensa hoguera y en el patriótico resplandor del momento todo hombre presente que vestía un sombrero o unos calzones de origen inglés se los retiró y los arrojó impertérrito a las llamas —para irreparable detrimento, pérdida y ruina de los fabricantes ingleses—. En conmemoración de esta gran hazaña, levantaron un monumento en ese mismo lugar con un emblema que pretendía representar a la provincia de Nieuw Nederlandts destrozando a Gran Bretaña mediante el símil de un águila que con el pico arrastrara a la pequeña isla de Inglaterra fuera del mapa, si bien, ya fuera por las escasas habilidades del escultor o por una broma a destiempo, manifestaba un sorprendente parecido con un ganso que en vano trata de hacerse con un pastelito de manzana.

Capítulo V

En el que se narra cómo el gran Consejo de Nuevos Países Bajos se vio milagrosamente dotado de prodigiosas lenguas; junto con un gran triunfo del Ahorro

Escasa brujería requerirá el ilustrado lector —especialmente si en modo alguno está familiarizado con los modos y las costumbres de ese poderosísimo y jactancioso monarca, el pueblo soberano— para descubrir que, pese al increíble ajeteo y parloteo bélico que lo aturdió en el último capítulo, la triste realidad es que la afamada ciudad de Nueva Ámsterdam no estaba ni mínimamente mejor preparada para la defensa que antes. Si bien el pueblo, una vez superada la alarma inicial y al descubrir que no contaba con enemigo directamente a mano, se desplazó —con esa osadía verbal por la que tan renombrada es nuestra ilustre muchedumbre— al extremo contrario y, a fuerza de osada jactancia y fanfarronería, llegó de hecho a convencerse de que era la raza más valiente y poderosa bajo el firmamento, los consejeros privados de Pieter Stuyvesant en cierto modo dudaban de esto último. Se mostraban más temerosos, no obstante, de que nuestro severo héroe pudiera regresar y descubrir que, en lugar de obedecer sus autoritarias órdenes, habían perdido el tiempo prestando oídos a las valientes bravatas de la multitud, una actitud —bien conscientes eran— que Pieter Stuyvesant observaba con el más exaltado desprecio.

Para recuperar, por tanto, lo más rápido posible las horas perdidas, se convocó un gran encuentro de consejeros y robustos burgomaestres para analizar el crítico estado de la provincia y concebir medidas para su seguridad. En tan venerable asamblea se acordaron dos disposiciones de modo unánime: en primer lugar, que la ciudad necesitaba situarse en posición defensiva; y en segundo lugar, que puesto que el riesgo era inminente, no había tiempo que perder. Decididos estos dos puntos, se dedicaron de inmediato a realizar largos discursos y a atacarse unos a otros en inclementes e infinitas disputas. Fue precisamente en esas fechas en las que esta desgraciada ciudad padeció por primera vez ese azote endémico de la palabrería tan universalmente prevalente en nuestro país y que de modo tan invariable se manifiesta siempre que un grupo de sabios hombres se reúne para pronunciar largos y vacuos discursos, lo cual vendría causado, según indican las autoridades médicas, por el aire viciado que produce en toda ocasión una multitud. Por si esto fuera poco, fue entonces cuando se introdujo por primera vez el inteligente método para medir los méritos de una arenga con relojes de arena, lo que situaba como orador más hábil a aquel que más hablaba sobre una cuestión. Estamos en deuda por tan excelente invención, según señalan los registros, con ese mismo crítico neerlandés de profundas ideas que juzgaba los libros por su volumen y otorgó un premio a un estupendo tomo

de estupideces, pues era «gordo como un queso».

Los secretarios del momento, por tanto, al informar sobre los debates del gran consejo, parecían únicamente haber atendido al tiempo que cada miembro tenía la palabra. El único documento que he podido encontrar en lo que a las actas de los importantes encuentros a los que nos referimos respecta menciona que «*Mynheer*... realizó un discurso muy animado de seis horas y media a favor de la fortificación. Tomó posteriormente la palabra *mynheer*..., quien habló en contra de esta medida, con gran claridad y precisión, durante unas ocho horas. *Mynheer*... sugirió una enmienda a la normativa mediante la sustitución en la octava línea de la expresión “veinte y cuatro” por “veinticuatro”, para lo cual únicamente requirió una argumentación de tres horas y cuarto. Esta intervención se vio seguida por la de *mynheer* Inflatten, quien en una demostración de elocuencia sumamente concisa, tensa, sucinta, elegante, irónica y argumentativa, superior a cualquier otra jamás salida de los labios de un Cicerón, un Demóstenes u otro orador posible, tanto de la Antigüedad como de los tiempos modernos, permaneció en el uso de la palabra durante todo el día de ayer, continuó esta mañana al despertar y se encuentra en mitad de la segunda sección de su discurso mientras se redactan estas líneas, tras haber conducido al consejo a su segunda siesta. Lamentamos —concluye este valioso secretario— que la irresistible propensión de nuestro estenógrafo a dar cabezadas nos impida ofrecer los fundamentos de este discurso verdaderamente iluminador y extenso».

Junto con varias otras inclinaciones bárbaras, esta repentina pasión por las arengas infinitas, tan poco acorde con la habitual seriedad y taciturnidad de nuestros sabios antepasados, procedería —según suponen ciertos filósofos eruditos de la época— de sus salvajes vecinos, que eran especialmente conocidos por sus largas charlas y sus consejos de sabios en torno a una hoguera y que jamás emprendían acción alguna, por poco relevante que esta fuera, sin la celebración de debates y discursos entre sus jefes y ancianos. Pero sea su origen el que sea, se trata sin duda de una cruel y angustiosa enfermedad, la cual no ha sido aún erradicada del cuerpo político, sino que continúa reapareciendo en todo momento de gran agitación en forma de alarmantes y repugnantes ventosidades —las cuales indican que el mencionado cuerpo político se ve gravemente afectado por una ventolera—.

De este modo, pues, la dama Sabiduría (que por algún inexplicable aunque sin duda caprichoso motivo fue representada bajo la forma de una mujer por los ingenios de la Antigüedad) parece haber disfrutado con total malicia al negar sus favores a los serios y venerables consejeros de Nueva Ámsterdam. Las antiguas facciones de los cabezas cuadradas y los calzones vacíos, que habían prácticamente perecido asfixiadas por el hercúleo abrazo de Pieter Stuyvesant, rebrotaron con reduplicada violencia. Y para completar la confusión pública y la perplejidad, el fatal concepto *Ahorro*, que se podría pensar que acabó muerto y enterrado con Guillermo el Irascible, volvió a florecer, como la manzana de la discordia, en el gran consejo de

Nuevos Países Bajos; un sensato principio político según el cual se consideraba más apropiado desperdiciar veinte mil florines en un plan de defensa ineficaz que treinta mil en otro adecuado y sustancial, gracias a lo cual la provincia lograba un evidente ahorro de diez mil florines.

No obstante, llegada la hora de discutir la estrategia de defensa, comenzó una guerra de palabras para la cual no hay descripción posible. Los miembros del consejo, distribuidos como se ha señalado en partidos opuestos, desarrollaron un sorprendente sistema estructurado para debatir la cuestión a la que se enfrentaban. Fuera lo que fuera que propusiera un cabeza cuadrada se encontraba con la oposición frontal de la tribu de los calzones vacíos al completo, quienes como verdaderos políticos consideraban su primera obligación conseguir la caída de los cabezas cuadradas; la segunda, lograr su propio encumbramiento; y, en tercer lugar, considerar el bienestar público. Este era al menos el credo de los más íntegros miembros del partido, puesto que en lo que a la gran multitud respecta, la tercera consideración quedaba por completo fuera de toda discusión.

Es sorprendente, en esta gran colisión de endurecidas cabezas, el número de propuestas defensivas presentadas, ninguna de las cuales tenía el más absoluto precedente ni ha vuelto a ser mencionada, excepto quizá en los días más recientes (propuestas que dejaban al sistema de molinos de viento del ingenioso Kieft en el más oscuro segundo plano). Sin embargo, era por completo imposible tomar decisión alguna, pues en cuanto un partido erigía un formidable abanico de castillos en el aire, el otro se encargaba de demolerlos. El simple populacho asistía en nerviosa expectación a la inminente eclosión de un poderoso fénix que tanto cacareo parecía anunciar; mas aguardaban en vano, pues todo indicaba que el gran consejo estaba decidido a proteger la provincia con la misma estrategia que utilizó el noble y gigantesco Pantagruel con su tropa: cubriéndola con la lengua.

De hecho, existía una generosa porción de los miembros de la asamblea, gordos burgueses henchidos de sí mismos, que fumaba sin pronunciar palabra, excepto para oponerse a todo plan defensivo que se presentara. Eran de esta clase de adinerados ciudadanos entrados en años que, tras amasar una fortuna, abrochan los botones de sus bolsillos, cierran la boca, muestran su riqueza y se dedican a gandulear el resto de sus vidas. Son como flemáticas ostras que, después de haberse tragado una perla, cierran su concha y se establecen en el fango dispuestas a entregar la vida antes que su tesoro. Todo plan de defensa parecía preñado de ruina a estos valiosos caballeros. Una fuerza armada era una legión de langostas que devoraría la propiedad común; dotar a la ciudad de una defensa naval era arrojar el dinero al mar; construir fortificaciones, hundirla en el barro; en resumen, establecieron como máxima soberana que, mientras sus bolsillos estuvieran llenos, no importaba cuánto los apalearan —una patada no deja cicatriz; una cabeza abierta termina por curar; pero un monedero vacío es de todos los padecimientos el más lento de revertir, en el que además la naturaleza nada hace por el paciente—.

De este modo, esta venerable asamblea de *sabios* desperdiciaba esas horas que la urgencia de la situación hacía inestimables en disputas huera y argumentaciones infinitas, sin alcanzar siquiera el más mínimo acuerdo, excepto en el punto en el que comenzaron: no había tiempo que perder y todo retraso sería ruinoso. Finalmente, san Nicolás, apiadándose de su desconcierto y deseoso de evitar una situación de anarquía total, ordenó que en mitad de uno de sus más ruidosos y patrióticos debates, cuando cerca estaban de llegar a las manos por la incapacidad de convencerse unos a otros, la cuestión quedara felizmente zanjada gracias a un mensajero que entró a la carrera en la sala y los informó de que la flota enemiga había llegado ¡y estaba, de hecho, avanzando por la bahía!

Así quedó obviada toda necesidad de fortificar la ciudad y de continuar con las discusiones, gracias a lo cual el gran consejo se evitó una inmensidad de palabras y la provincia un exorbitante desembolso: ¡un triunfo absoluto y glorioso del ahorro!

Capítulo VI

En el que parecen aumentar los problemas para Nueva Ámsterdam y muestra la valentía, en tiempo de peligro, de un pueblo que se defiende con resoluciones

Como un comité de distrito de gatos políticos que, durante una clamorosa discusión sin sentido y cargada de maullidos en la que se miran unos a otros con horribles muecas, se escupen a la cara y, cuando están a punto de lanzarse a una pelea generalizada a zarpazo limpio, de pronto huyen en desbandada por la sorprendente aparición de un perro, de igual modo quedó asombrado y escapó en confusión el no menos vociferante consejo de Nueva Ámsterdam por la llegada repentina del enemigo. Todos y cada uno de sus miembros hicieron lo posible por llegar a casa, arrastrando los pies con andares de pato, a toda la velocidad que le permitían sus cortas piernas bajo el peso de sus abultados vientres y resollando por el esfuerzo y el temor. Cuando llegaron a sus castillos, levantaron una barricada en la puerta principal y se enterraron en la bodega sin atreverse a asomar la cabeza por miedo a que esta se la llevara el proyectil de un cañón.

El pueblo soberano se apiñó en la plaza del mercado, a modo de rebaño, con el instinto de la oveja que busca su seguridad en la compañía de las demás cuando el pastor y su perro están ausentes y el lobo merodea el redil. No obstante, lejos de encontrar consuelo, solo consiguieron incrementar sus temores. Todo hombre miraba tristemente el rostro de su vecino tratando de encontrar ánimo en él, pero únicamente hallaba en sus rasgos tomados por la congoja la confirmación de su propia consternación. Ni una sola palabra se oyó entonces de la conquista de Gran Bretaña, ni un susurro sobre las soberanas virtudes del ahorro; mientras que las mujeres más ancianas incrementaban la tristeza generalizada lamentando clamorosamente su destino y pidiendo sin descanso la protección de san Nicolás y de Pieter Stuyvesant.

¡Ay, cuánto imploraban el regreso de Pieter, de leonino corazón! ¡Y cuánto añoraban la consoladora presencia de Antony van Corlear! De hecho, una oscura incertidumbre pendía sobre la suerte de estos aventureros héroes. Había transcurrido un día tras otro desde el alarmante mensaje del gobernador sin que apareciera noticia alguna sobre su situación. Muchas temibles posibilidades se conjeturaron sobre qué habría sucedido al valiente Pieter y a su leal escudero. ¿No habrían sido devorados vivos por los caníbales de Piscataway y Cabo Cod? ¿No estarían siendo torturados por el gran consejo anfictionico? ¿No los habrían atiborrado de cebollas los terribles hombres de Pyquag? En plena consternación y confusión, cuando el temor, como una poderosa pesadilla, descansaba amenazador sobre la pequeña, regordeta y sonrojada ciudad de Nueva Ámsterdam, los oídos de la multitud se vieron de pronto sorprendidos por un sonido extraño y distante; se aproximaba; era cada vez más

audible; ¡resonaba ya en las puertas de la ciudad! La población no podía confundir un sonido tan conocido: un grito de euforia brotó de sus labios cuando el gallardo Pieter, cubierto de polvo y seguido por su fiel trompetista, apareció al galope en el mercado.

Una vez recuperada la serenidad por parte del populacho, se reunieron en torno al honesto Antony mientras descendía de su caballo y lo colmaron de saludos y felicitaciones. Con una voz agotada, este les relató las maravillosas aventuras que el viejo gobernador y él tuvieron que superar para lograr escapar de las garras de los terribles anfictiones. Sin embargo, pese a que el manuscrito Stuyvesant, con su habitual minuciosidad en todo lo concerniente al gran Pieter, describe en detalle los incidentes de esta magistral retirada, la crítica situación de las cuestiones públicas no me permite concederles una descripción completa. Baste decir que mientras Pieter Stuyvesant daba vueltas inquieto a su mente para concebir cómo escapar de aquella situación con honor y dignidad, algunos de los barcos enviados para la conquista de Manhattoes llegaron a puerto en las ciudades del este para cargar los pertinente suministros, convocar al gran consejo de la liga y exigirle su comprometida cooperación. Al oír estas noticias, el vigilante Pieter, consciente de que cualquier mínimo retraso sería fatal, levantó campamento en secreto y con precipitación, si bien muy afectada se vio su noble alma por verse obligado a huir de una nación de enemigos. Muchos peligrosos contratiempos de los que escaparon por un pelo les sucedieron mientras avanzaban, silente la trompeta, por las hermosas regiones del este. Estas se encontraban ya en pleno alboroto por los hostiles preparativos bélicos, lo que obligó a nuestros héroes a dar un gran rodeo en su huida, escabulléndose por las boscosas montañas conocidas como el Espinazo del Diablo, de las que emergió un día el valiente Pieter, como un león, y obligó a huir en desbandada a una legión de invasores compuesta por tres generaciones de una prolífica familia, quienes estaban ya de camino para tomar posesión de algún rincón de Nuevos Países Bajos. De igual modo, el fiel Antony en numerosas ocasiones se las vio y se las deseó para evitar que Pieter, llevado por la furia, descendiera de las montañas y cayera, espada en mano, sobre algunas de las ciudades de la frontera, que disponían ya en formación sus desaliñadas milicias.

Los primeros movimientos del gobernador al llegar a su hogar fueron para subir al tejado, desde donde contempló con triste semblante la hostil escuadra. Esta había ya amarrado en la bahía y estaba compuesta por dos robustas fragatas que llevaban a bordo, según nos informa el señor John Josselyn, a trescientos valientes casacas rojas. Analizada la situación, el valiente Pieter tomó asiento y escribió una misiva a su comandante en la que exigía explicaciones por haber echado anclas sin obtener permiso previo para ello. Esta carta estaba redactada en los términos más decorosos y corteses, si bien me consta por fuentes fidedignas que el gobernador mantenía los dientes apretados y mostraba una amarga sonrisa sarcástica en el rostro mientras la redactaba. Una vez enviada la misiva, el adusto Pieter cojeó de un lado a otro de la ciudad con una expresión de lo más bélica, con las manos metidas en los bolsillos de

los calzones y silbando la melodía de un salmo en bajo neerlandés que no se alejaba en gran medida de la música del viento del noreste cuando se avecina una tormenta; incluso los perros se escondían afligidos al observarlo, mientras que toda mujer anciana y fea de Nueva Ámsterdam corría vociferando a su espalda para implorarlo que la salvara de la muerte, el pillaje y las terribles violaciones.

La respuesta del coronel Nichols, que comandaba a los invasores, estaba redactada en términos tan corteses como la misiva del gobernador. En ella afirmaba el derecho de propiedad de su majestad británica en la provincia, declaraba que los neerlandeses no eran más que intrusos y exigía que la ciudad, los fuertes y toda institución se sometieran de inmediato a la voluntad y la protección de su majestad. En estas mismas líneas prometía salvaguardar la vida, la libertad, las propiedades y los privilegios comerciales a todo residente neerlandés que se sometiera por voluntad propia a la autoridad de su majestad.

Pieter Stuyvesant leyó esta amistosa epístola con la misma serenidad en el semblante que podemos suponer a un arisco agricultor, engordado gracias a las tierras de su vecino, al leer la amorosa carta de John Doe que le advierte de las medidas para su expulsión. El viejo gobernador, sin embargo, no se sorprendió ni lo más mínimo, sino que, siguiendo su costumbre, se introdujo una gigantesca mascada de tabaco en la mejilla, arrugó el emplazamiento del coronel dentro del bolsillo de sus calzones y prometió responder a la mañana siguiente. Durante ese intervalo, convocó en asamblea general de guerra a sus consejeros privados y a los burgomaestres, no con el objetivo de pedirles asesoramiento, pues este, como ya se ha demostrado, no le importaba un pimiento, sino para hacerles saber su soberana determinación y exigir su inmediata adhesión.

No obstante, con antelación a la reunión decidió tres cuestiones importantes. En primer lugar: no entregar en ningún caso la ciudad sin una cierta batalla, pues consideraba sumamente despectivo para la dignidad de tan renombrada metrópolis verse capturada y sometida sin recibir unos cuantos golpes. En segundo lugar: que la mayoría de miembros de su gran consejo era una panda de consumados calzones vacíos, por completo carentes de verdadero valor. Y en tercer lugar: que no permitiría, por tanto, que estos vieran el documento del coronel Nichols, ante el temor de que los pacíficos términos que planteaba los indujeran a solicitar la rendición.

Debidamente promulgada su convocatoria, penoso fue observar a los burgomaestres, que tan valientes se mostraron cuando demolían todo el Imperio británico en sus arengas, asomarse temerosos de sus hogares para después arrastrarse con toda cautela, escabulléndose por los estrechos callejones, en los que se sobresaltaban con el más mínimo ladrido de un perro, como si hubiera sido una descarga de artillería, confundían todo farol con granaderos británicos y, en la cúspide de su pánico, ¡metamorfoseaban bombas de agua en formidables soldados que levantaban trabucos a la altura del pecho! No obstante, tras alcanzar el salón de la

asamblea sin la pérdida de ningún hombre, pese a los numerosos peligros y dificultades de este tipo, tomaron asiento y aguardaron en aterrado silencio la llegada del gobernador. Escaso tiempo más tarde se pudo oír la pata de palo del intrépido Pieter en sacudidas regulares y valerosas que provenían de la escalera. Entró en la sala vestido de pies a cabeza con su uniforme, con algo más de harina de la habitual en los cabellos que le cubrían las orejas y portando su fiel toledana no ceñida a la cintura, sino colocada bajo el brazo. Puesto que el gobernador jamás se ataviaba de tan portentoso modo, a menos que en su intrépido pericráneo rugiera algún pensamiento de naturaleza marcial, el consejo lo observó con tristeza como si se tratara del mismo Jano con el férreo rostro cargado de fuego y pólvora, y todos sus miembros olvidaron encender sus pipas con un suspense sin aliento.

El gran Pieter era tan elocuente como valeroso; de hecho, estas dos raras cualidades parecían ir mano con mano en su figura y, al contrario que la mayoría de los grandes estadistas, cuyas victorias se confinan únicamente al campo de batalla sin sangre de la argumentación, estaba siempre dispuesto a reforzar sus duras palabras con no menos duras actuaciones. Como otro Gustavo dirigiéndose a sus dalecarlianos, señaló los peligros y dificultades que hubo de afrontar para escapar de sus implacables enemigos. A continuación reprochó al consejo haber perdido en vacuos debates e impertinentes personalismos un tiempo que debieran haber dedicado a la nación; recordó entonces los años dorados de la antigua prosperidad, que solo recuperarían con una valiente resistencia a sus enemigos; se lanzó a avivar su espíritu marcial recordándoles las circunstancias en las que, ante las amenazadoras murallas del Fuerte Cristina, los guio a la victoria, cuando sometieron a todo un ejército de cincuenta suecos y subyugaron una inmensa extensión de territorio deshabitado. Asimismo se esforzó en fortalecer su confianza asegurándoles la protección de san Nicolás, quien hasta ese momento los había mantenido a salvo entre todos los salvajes de las tierras vírgenes, las brujas, los invasores del este y los gigantes de Felicilandia. Finalmente, los informó del insolente emplazamiento que había recibido para firmar la rendición, pero concluyó jurando defender a la provincia mientras el cielo estuviera de su parte y contara con una pata de palo sobre la que permanecer en pie —una osada afirmación que enfatizó con un tremendo golpe plano con la hoja de su espada sobre la mesa que electrizó por completo a su audiencia—.

El consejo privado —que desde mucho tiempo atrás se había acostumbrado a las formas del gobernador y, de hecho, había sido sometido a una disciplina tan férrea como la que jamás sufrieron los soldados de Federico el Grande— vio que no tenía sentido pronunciar palabra, por lo que sus miembros encendieron sus pipas y fumaron en silencio, tal y como corresponde a gruesos y discretos consejeros. Sin embargo, los burgomaestres, que estaban sometidos a menor control del gobernador y se consideraban representantes del pueblo soberano —hinchidos de las soberbias ínfulas y la confianza en sí mismos que habían adquirido en esas notables universidades de la sabiduría y la moralidad que son los encuentros populares (en los cuales varios de

ellos habían ejercido de presidentes, según me informan con total certeza)—, estos, decía, no se dieron por satisfechos con tanta facilidad. Armados de valor al descubrir que existía alguna posibilidad de evitar su evidente situación de riesgo sin la desagradable alternativa de recurrir a las armas, solicitaron del modo más arrogante una copia del emplazamiento para la rendición con el objetivo de mostrarlo al pueblo en una asamblea general.

Tan insolente y rebelde solicitud habría sido suficiente para haber provocado náuseas al mismísimo Van Twiller, pese a toda su tranquilidad; cuál podría ser, pues, su efecto en el gran Stuyvesant, que no solo era neerlandés, gobernador y valiente soldado de pata de palo, sino también un hombre de una disposición de lo más obstinada y fogosa. Estalló en una deflagración de heroica indignación, comparada con la cual la famosa cólera de Aquiles no sería más que un quejicoso arrebató; juró que ni uno solo de esos hijos de neerlandesa verían ni una línea del documento; que merecían todos ser ahorcados, arrastrados por las calles y descuartizados por atreverse de modo traidor a cuestionar la infalibilidad del Gobierno; que en lo relativo a su consejo o conformidad, no le importaba nada de ello ni lo más mínimo; que se había visto desde mucho tiempo atrás presionado y frustrado por sus cobardes asambleas, pero que ¡bien podían marcharse a casa de inmediato y esconderse en la cama como pobres viejas, pues él estaba decidido a defender la colonia por sus propios medios, sin la asistencia de ellos ni de sus partidarios! Con estas palabras, se calzó la espada bajo el brazo, se colocó el sombrero de tres picos y, aprestándose para la lucha, salió cojeando indignado de la sala del consejo (y todo el mundo se hizo a un lado a su paso).

Nada más marcharse Pieter Stuyvesant, los robustos burgomaestres convocaron un encuentro público frente al ayuntamiento, para el cual situaron en la presidencia a un tal Dofue Roerback, un panadero que perteneció al consejo de Guillermo el Irascible. Era este observado con gran reverencia por el populacho, que lo consideraba un hombre de oscura sabiduría, pues fue el primero en imprimir en los dulces de Año Nuevo los misteriosos jeroglíficos del gallo y los calzones, así como por otras mágicas actuaciones.

Este gran burgomaestre, que aún rumiaba su mala disposición hacia el valiente Stuyvesant como consecuencia de su expulsión ignominiosa del consejo, se dirigió a la oronda multitud con un interminable discurso en el que informó del cortés emplazamiento a la rendición, del rechazo del gobernador a someterse a este y de su negativa a que los ciudadanos pudieran ver el documento, el cual, no lo dudaba, debido a la conocida generosidad, humanidad y paciencia de la nación británica, contendría condiciones muy honrosas y ventajosas para la provincia.

Procedió entonces a elogiar a su excelencia con apelativos de renombre, propios de la dignidad y grandeza de su posición, al compararlo con Nerón, Calígula y otros destacados líderes de antaño, de quienes había oído hablar con frecuencia a Guillermo el Irascible en sus sabios arrebatos. Aseguró a los presentes que la historia

del orbe no conocía un atropello más despótico que al que asistían, en términos de atrocidad, crueldad, tiranía y sed de sangre, fragor, violencia y muerte repentina; ¡un escándalo que quedaría grabado a fuego en la ensangrentada lápida de la historia!; ¡las eras futuras mirarían hacia atrás con repentino horror cuando los observaran! El vientre del tiempo (de este modo nuestros oradores y escritores asumen extrañas libertades con el vientre del tiempo, aunque algunos de buena gana nos harán creer que este es un caballero anciano), preñado como estaba de monstruosos horrores, ¡jamás produciría una enormidad comparable!; ¡la posteridad quedaría muda de petrificante sorpresa y aullaría en fútil indignación ante la historia de tan irremediable barbarismo! A esto sumó todo un abanico de figuras y tropos desgarradores y conmovedores que no tengo espacio para enumerar, si bien tampoco es necesario, pues fueron exactamente los mismos que se utilizan en toda arenga pública y en todo discurso del 4 de julio en nuestros días, por lo que pueden ser clasificados en la ciencia retórica bajo el título general de galimatías.

El patriótico discurso del burgomaestre Roerback logró un efecto maravilloso en el populacho, el cual, pese a estar compuesto por una raza de sobrios y flemáticos neerlandeses, discernía los insultos con una sorprendente velocidad, pues nuestra harapienta multitud, aunque puede soportar agravios sin un murmullo, siempre se muestra maravillosamente celosa de su dignidad soberana. Inmediatamente se dispusieron a los espasmos de la laboriosidad multitudinaria y produjeron no solo una serie de resoluciones justas, sabias y valientes, sino también un muy resuelto memorando, dirigido al gobernador, en el que censuraban su comportamiento. Este último, no obstante, en cuanto llegó a manos de Pieter Stuyvesant, acabó consumido por las llamas, con lo cual privó a la posteridad de un inestimable documento que podría haber servido como precedente para los ilustrados zapateros y sastres de la actualidad en sus sabias intromisiones en política.

Capítulo VII

Que narra el triste desastre que aconteció a Antony el Trompetista; así como el modo en que Pieter Stuyvesant, como un segundo Cromwell, disolvió repentinamente un Parlamento ya mermado

Alcanzado este punto, el magnánimo Pieter de Groodt arrojó una alforja de bendiciones sobre sus burgomaestres, una panda de lacayos tercos, porfiados y obstinados que no se dejaban convencer ni persuadir, y determinó en adelante no tener nada más que ver con ellos y consultar únicamente la opinión de su consejo privado, la cual sabía por experiencia que era la mejor del mundo, habida cuenta de que jamás difería de la suya propia. Tampoco se abstuvo, una vez manos a la obra, de galardonar con un millar de ambiguos cumplidos al pueblo soberano, al que recriminó ser un rebaño de consumados cobardes que no contaban con entusiasmo alguno por las gloriosas dificultades y las ilustres desventuras del campo de batalla, ¡qué preferían permanecer en casa y comer y dormir en innoble tranquilidad antes que alcanzar la inmortalidad y perder la cabeza luchando valientes en una zanja!

Resueltamente dedicado, pues, a la defensa de su amada ciudad, muy a su pesar llamó a su fiel Van Corlear, su mano derecha en todo momento de emergencia. A este ordenó que tomara su trompeta delatora de conflictos y, subido a su caballo, recorriera la región, día y noche, para hacer sonar las alarmas en las pastoriles fronteras del Bronx, sobresaltar las salvajes soledades de Croton, y despertar a los rudos terratenientes de Weehawken y Hoboken, a los poderosos guerreros de la bahía de Tappan^[114] y a los valientes chicos de Tarrytown y Sleepy Hollow, así como al resto de combatientes de las regiones cercanas, a los que había de ordenar, uno por uno, que se colgaran el polvorín, echaran al hombro las escopetas y avanzaran prestos hacia Manhattoes.

No había nada en el mundo, salvedad hecha del bello sexo, que Antony van Corlear amara más que encargos de este tipo. De este modo, deteniéndose únicamente a tomar un considerable tentempié y a asegurar en un costado su robusta jarra —debidamente cargada de alentadora ginebra de Holanda—, salió alegremente por la puerta de la ciudad que se abría en lo que en la actualidad se conoce como Broadway mientras hacía sonar, como era habitual, una marcha de despedida que retumbó en enérgicos ecos por las tortuosas calles de Nueva Ámsterdam. Mas ¡ay!, ¡jamás volverían estas a llenarse de alegría con la melodía de su trompetista favorito!

Una noche cerrada y tormentosa, el bueno de Antony llegó al famoso arroyo (sabiamamente denominado río Harlem) que separa la isla de Manna-hata de tierra firme. El viento soplaba con virulencia, los elementos estaban en pleno alboroto y no aparecía a la vista ningún Caronte que pudiera transferir al aventurero músico al otro

lado de las aguas. Durante un corto espacio de tiempo, maldijo su suerte como un impaciente fantasma en la orilla, sin embargo después, recordándose la urgencia de su encargo, dio un gran trago de su pétrea jarra, juró del modo más valiente que cruzaría a nado *en spijt den Duivel* (a pesar del demonio) y osado se lanzó a la corriente. ¡Desafortunado Antony! Apenas había abofeteado las aguas hasta alcanzar la mitad de su camino cuando se le pudo ver combatir del modo más violento, como si se enfrentara con el espíritu de las aguas; de modo instintivo se llevó la trompeta a la boca y, liberando un rotundo tañido, ¡se hundió para siempre!

El potente sonido de su trompeta, como el cuerno de marfil del famoso paladín Roldán al expirar en el glorioso campo de batalla de Roncesvalles, voló a lo largo y ancho de aquella región y alarmó a los vecinos, que corrieron prestos al lugar. Aquí un viejo burgués neerlandés, famoso por su veracidad y que había sido testigo de los hechos, les relató el triste acontecimiento, a lo que añadió para terror de los presentes (si bien un servidor tiene sus dudas a la hora de otorgarle verosimilitud) que vio al mismo *duivel*, en forma de gigantesco sábalos con una invisible cola encendida y vomitando agua hirviendo, tomar al robusto Antony por una pierna y arrastrarlo bajo las aguas. Ciertamente es que el lugar, junto con el promontorio cercano que se eleva hacia el Hudson, ha sido denominado *Spijt den Duivel* o, en su deformación inglesa, *Spiking Devil*, desde entonces. Asimismo cierto es que el fantasma del desafortunado Antony, que jamás encuentra descanso, todavía mora las soledades de la zona y a menudo se ha podido oír su trompeta en la vecindad, durante una noche tormentosa, entremezclada con el atronador estallido eléctrico. Nadie jamás intenta atravesar el arroyo a nado una vez puesto el sol, de hecho se ha construido un puente para evitar tan tristes accidentes en el futuro. En cuanto a los sábalos, son observados con tal repugnancia que nunca los admitirían en su mesa los verdaderos neerlandeses, quienes tienen un succulento paladar para el pescado y odian al demonio.

Tal fue el final de Antony van Corlear, un hombre que mereció mejor destino. Tuvo una vida redonda y sonora —la de un verdadero soltero alegre— hasta el día de su muerte, pero aunque jamás contrajo matrimonio, dejó tras de sí dos o tres decenas de vástagos en diferentes partes del país, pequeños golfillos regordetes, hermosos, pendencieros y pomposos de los que, si la leyenda es cierta (y estas no suelen mentir), desciende la ingente raza de editores que pueblan y defienden nuestra nación y que reciben un generoso salario público por mantener al pueblo en constante alarma y hacerlo desgraciado. ¡Ojalá, como sucedió con la capacidad pulmonar, hubieran heredado el valor de su afamado progenitor!

Las noticias relativas a esta lamentable catástrofe supusieron un golpe más duro para Pieter Stuyvesant que la inminente invasión de su querida Nueva Ámsterdam. Asestaron un despiadado revés a esos dulces afectos que crecen en las inmediaciones del corazón y se alimentan de sus más cálidas corrientes. Como un solitario peregrino en baldíos impenetrables, cuando la cruda tempestad sopla por sus encanecidos cabellos y la temible noche se cierra sobre su cabeza, observa frío y sin vida a su fiel

perro, el único compañero de su desamparado deambular, con quien ha compartido sus solitarios alimentos y que tan a menudo lamiera su mano en humilde gratitud, ese que portaba en su pecho y era para él como un hijo, así contemplaba el héroe de generoso corazón de Manhattoes el inoportuno final de su fiel Antony. Había sido el humilde seguidor de sus pasos, lo había alegrado en muy funestas horas con su honesto entusiasmo y lo había seguido, leal y afectuoso, por las escenas de muy temibles peligros y contratiempos. Se había marchado para siempre, además, en un momento en que todo canalla de mala raza parecía huir de su lado. Esta, Pieter Stuyvesant, esta era la ocasión para poner a prueba tu magnanimidad y este fue el momento en el que realmente brillaste, tú, ¡Pedro el Testarudo!

Pese a que la luz del día había mucho ha disipado los horrores de la tormentosa noche anterior, aún todo permanecía triste y oscuro. El siempre alegre Apolo escondía su rostro detrás de lúgubres nubes, asomándose tras ellas de cuando en cuando, por un instante, como si estuviera nervioso pero también temiera ver lo que sucedía en su ciudad favorita. Esta era la azarosa mañana en la que el gran Pieter había de dar su respuesta al osado emplazamiento de los invasores. Ya estaba encerrado con su consejo privado, en triste estado, lamentando la suerte de su trompetista favorito y al mismo tiempo hirviendo con una indignación ante la insolencia de sus cobardes burgomaestres que no abandonaba su mente. Sumido en este estado de irritación, apareció a toda prisa un mensajero de Winthrop, el perspicaz gobernador de Connecticut, que le recomendaba del modo más afectuoso y desinteresado entregar la provincia y magnificaba los riesgos y calamidades que supondría una negativa. ¡Menudo momento para aconsejar del modo más entrometido a un hombre que jamás aceptó sugerencia alguna en toda su vida! El fogoso gobernador recorrió de un lado a otro la sala con tal vehemencia que los traseros de sus consejeros temblaban de pavor, mientras clamaba contra el desafortunado destino que de aquel modo lo hacía blanco constante de facciosos ciudadanos y jesuíticos consejeros.

Precisamente en tan delicada hora, los entrometidos burgomaestres, que estaban ya por completo expectantes, tuvieron noticia de la llegada del misterioso mensajero y entraron en resuelta masa a la sala con una legión de *schepens* y parásitos a su espalda para exigir del modo más abrupto leer la misiva. Que le reclamaran tal cosa quienes consideraba que no eran más que una «multitud de granujas», y que sucediera en el mismo momento en que le rechinaban los dientes por la provocación foránea, eso era ya demasiado para el incontinente bazo del colérico Pieter. Rompió la carta en mil pedazos^[115], los arrojó a la cara al burgomaestre más cercano, rompió su pipa contra la cabeza del siguiente, arrojó su cajita para escupir contra un desafortunado *schepen* que en ese instante se retiraba hábilmente hacia la puerta y finalmente clausuró la asamblea *sine die* ¡despidiendo a todos los presentes con su pata de palo!

En cuanto los burgomaestres pudieron recuperarse de la confusión en que su

repentina salida los había arrojado y se tomaron un tiempo para respirar, protestaron por el comportamiento del gobernador, a quien no dudaron en acusar de tiránico, inconstitucional, sumamente indecente y un tanto irrespetuoso. Convocaron entonces un encuentro público en el que leyeron su protesta y, dirigiéndose a los allí reunidos en un resuelto discurso, describieron de principio a fin —y con sus debidas florituras y exageraciones— el despótico y rencoroso comportamiento del gobernador, tras lo que declararon que, en lo que a ellos concernía, no les importaba lo más mínimo ser pateados, abofeteados y vapuleados por el leñoso miembro de su excelencia, pero sentían que la dignidad del pueblo soberano se había visto muy vulgarmente insultada por la afrenta cometida contra el mismo sostén posterior de sus representantes. La última parte de la arenga tuvo un efecto violento en la sensibilidad de los presentes, pues alcanzó directa el delicado corazón y el celoso orgullo del que están dotadas todas las multitudes; y no hay forma de saber hasta qué punto esta provocación podría haber llevado su resentimiento hacia el temible Hard-koppig Piet si los orondos granujas no hubieran temido más a su robusto gobernador que a san Nicolás, a los ingleses o al mismísimo dem...

Capítulo VIII

En el que se relata cómo defendió Pieter Stuyvesant la ciudad de Nueva Ámsterdam durante varios días gracias a la dureza de su cabeza

¡Deténgase, oh consideradísimo lector! ¡Deténgase y contemple por un instante la sublime aunque triste escena que presenta el momento de crisis de nuestra historia! Una ilustre y venerable ciudad, la metrópolis de un inmenso territorio floreciente si bien carente de ilustración —por ausencia de población—, custodiada por un intrépido ejército de oradores, presidentes y miembros de comités, burgomaestres, *schepens* y ancianas, todos ellos gobernados por un resuelto guerrero de recia testa, y fortificada por baterías de barro, empalizadas y resoluciones; pero bloqueada por mar, asediada por tierra y amenazada de horrible devastación desde el exterior, ¡mientras sus órganos vitales son desgarrados, irritados y sacudidos por las facciones internas y la confusión! Jamás registró la pluma de la historia una página de más compleja aflicción, a menos que nos refiramos a los conflictos que desviaron la atención de los israelitas durante el asedio a Jerusalén, en el que facciones discordantes se abalanzaban una sobre la garganta de la otra en el momento en el que las victoriosas legiones de Tito habían derrumbado sus baluartes y llevaban el fuego y el acero al mismo sanctasanctórum del templo.

El gobernador Stuyvesant, tras lograr triunfante, tal y como se ha señalado, que su gran consejo huyera en desbandada —liberándose de este modo de una multitud de impertinentes consejeros—, envió una categórica respuesta a los comandantes de la escuadra invasora. En ella afirmaba el derecho de los altos y poderosos señores los Estados Generales a la provincia de Nuevos Países Bajos y, confiado en la justicia de su causa, ¡desafiaba a toda la nación británica! La urgencia de este historiador por evitar a sus lectores, y a sí mismo, tan deplorables escenas, me impide ofrecer al completo este cortés y gallardo documento, que finalizaba con estos términos viriles y afectuosos:

En lo relativo a las amenazas con las que concluye su misiva, nada tenemos que responder excepto que solo tememos lo que Dios (quien es tan justo como misericordioso) nos tenga guardado; todo está a su clemente disposición, por lo que bien nos puede amparar con nuestras escasas defensas como con un gran ejército, lo que nos hace desearles toda felicidad y prosperidad y encomendarlos a su protección.

Humilde y afectuoso servidor y amigo de sus señorías,
P. Stuyvesant.

Habiendo de este modo arrojado resuelto el guante, el bravo Hard-koppig Piet se colocó un par de pistolas en el cinturón, se colgó un inmenso polvorín en el costado, metió su pierna sana en una bota de caña larga y, colocándose su feroz aunque

pequeño sombrero de guerra en la coronilla, desfiló de un lado a otro de la calle frente a su casa, decidido a defender su amada ciudad hasta el final.

Mientras tantas lamentables riñas y disensiones prevalecían en la desafortunada ciudad de Nueva Ámsterdam y su noble pero malhadado gobernador redactaba la carta citada anteriormente, los comandantes ingleses no perdieron el tiempo. Contaban con agentes dedicados en secreto a fomentar el miedo entre el populacho; asimismo hicieron circular por todas las regiones adyacentes una proclama que repetía los términos que ya habían señalado en su emplazamiento a la rendición y seducía a los simples neerlandeses con las más hábiles y conciliadoras sugerencias. Prometieron a todo hombre que se sometiera voluntariamente a la autoridad de su majestad británica mantener en paz la posesión de su vivienda, su *vrouw* y su huerto de coles. Asimismo, se le permitiría fumar su pipa, hablar neerlandés, vestir cuantos calzones quisiera e importar ladrillos, tejas y jarras de piedra desde Holanda, en lugar de fabricarlos en el continente. Por otra parte, no se vería en modo alguno obligado a aprender inglés ni a llevar las cuentas de ninguna otra forma que no fuera sumándolas con los dedos y anotándolas en la copa de su sombrero, como todavía sucede entre los residentes rurales neerlandeses de nuestros días. De igual modo, se permitiría a todo hombre heredar con total tranquilidad el sombrero, el abrigo, las hebillas de los zapatos, la pipa y cualquier otro apéndice personal de su padre, mientras que nadie se vería obligado a adaptarse a mejoras, invenciones ni ninguna otra innovación moderna, sino al contrario, podría construir su vivienda, seguir con su ocupación profesional, gestionar sus tierras, criar a sus cerdos y educar a sus hijos exactamente como sus antepasados hicieron desde tiempos inmemoriales. Finalmente, se les aseguró que conservarían los beneficios del libre comercio y no serían obligados a reconocer a ningún otro santo en el calendario que no fuera san Nicolás, quien en adelante continuaría siendo considerado el santo tutelar de la ciudad.

Estos términos, como se podrá suponer, resultaron muy satisfactorios para los neerlandeses, que tenían una gran disposición a disfrutar de sus propiedades sin molestias y una muy singular aversión a participar en combates, en los que poco podían ganar más que honor y una cabeza abierta (el primero era observado con filosófica indiferencia y la segunda con absoluto aborrecimiento). A través de estos insidiosos medios, por tanto, consiguieron los ingleses retirar la confianza y el afecto de la multitud hacia su gallardo gobernador, a quien consideraban tan obstinadamente decidido a conducirlos a espantosas desgracias que no dudaban en pronunciar en voz alta lo que de él pensaban y en insultarlo de todo corazón... a su espalda.

Como una poderosa orca, que, si bien atacada y sacudida por las rugientes olas, mantiene su curso sin desviarse, y pese a verse superada por el embravecido mar, emerge de las turbulentas profundidades elevando el agua a chorros y resoplando con reduplicada violencia, así el inflexible Pieter mantuvo inquebrantable su decidida defensa y se elevó desdeñoso sobre los clamores de la turba.

Pero cuando los guerreros británicos observaron por el tono de su respuesta que

desafiaba el poder de sus cañones, enviaron de inmediato oficiales de reclutamiento a Jamaica, a Jericó, a Nínive, a Quogue, a Patchogue y a todas esas temibles localidades de Long Island que habían sido sometidas tiempo atrás por el inmortal Stoffel Brinkerhoff, para levantar en armas a la valiente progenie de Preserved Fish, Determined Cock y el resto de ilustres invasores y que estos asediaran la ciudad de Nueva Ámsterdam por tierra. Mientras tanto, las hostiles embarcaciones británicas comenzaron los temibles preparativos para lanzar un vehemente ataque por mar.

Las calles de Nueva Ámsterdam presentaban en ese momento una imagen de desenfadada consternación. En vano ordenó el gallardo Stuyvesant a los ciudadanos que se armaran y se reunieran en la plaza pública o el mercado. El partido de los Calzones Vacíos al completo, en el curso de una sola noche, se convirtió en una reunión de ancianas —una metamorfosis que únicamente encuentra paralelismo en los prodigios que Tito Livio asegura que tuvieron lugar en Roma ante la llegada de Aníbal, cuando las estatuas empezaron a sudar de puro miedo, las cabras se convirtieron en ovejas, y los gallos, transformados en gallinas, corrían cacareando por las calles.

El hostigado Pieter, amenazado de tal modo desde el exterior y atormentado desde la propia ciudad, martirizado por los burgomaestres y abucheado por la multitud, se mostraba irritado, gruñía y liberaba su cólera como un oso furioso atado a un poste y amenazado por una legión de perros canallas. No obstante, al ser consciente de que todo intento por defender la ciudad sería en vano y de que una irrupción de invasores provenientes de las fronteras en breve se abalanzaría desde el este, se vio finalmente obligado, a pesar de su bravo corazón, que se hinchaba en su garganta hasta prácticamente asfixiarlo, a consentir un tratado de rendición.

No hay palabras que puedan expresar la satisfacción del pueblo al conocer tan agradables noticias; si hubieran logrado vencer a sus enemigos no habrían mostrado mayor regocijo. Las calles resonaron con sus felicitaciones, elogiaron a su gobernador como padre y salvador de la provincia, se arremolinaron en torno a su vivienda para manifestarle su gratitud y se mostraron diez veces más ruidosos en sus ovaciones que cuando regresó, con la victoria a su espalda, de la gloriosa captura del Fuerte Cristina. Sin embargo, el indignado Pieter cerró sus puertas y ventanas y se refugió en las habitaciones más interiores de su mansión para no oír la innoble alegría de la multitud.

Como consecuencia de la aceptación de la claudicación por parte del gobernador, se exigió a las fuerzas asediadoras una comisión para discutir los términos de la rendición. De este modo, un grupo de seis comisionados fue señalado por ambas partes y el 27 de agosto de 1664 se alcanzó un acuerdo para una capitulación muy favorable a los intereses de la provincia y honrosa para Pieter Stuyvesant, a la cual se prestó el enemigo por su elevada consideración de los hombres de Manhattoes y la magnanimidad y el buen juicio de su gobernador.

Solo restaba ya un detalle: los artículos de la rendición habían de ser ratificados y

firmados por el caballeresco Pieter. Cuando los comisionados acudieron a su presencia con este objetivo, fueron recibidos por el robusto guerrero, quien se mostró de lo más adusto y resentido. Su equipamiento bélico descansaba a un lado, sus arrugados miembros estaban cubiertos por un viejo camisón de dormir de la India, su ceño fruncido se veía ensombrecido por un gorrito rojo de lana, mientras que una barba de tres días, de un gris metálico, apuntalaba el canoso y lúgubre aspecto de su rostro. Tres veces tomó una pequeña pluma desgastada de la que apenas restaba el cabo y trató de firmar el detestable documento; y en tres ocasiones apretó los dientes y su rostro se contrajo en horrible mueca, como si una pestilente dosis de ruibarbo, sen e ipecacuana le hubiera rozado los labios. Finalmente, apartando el texto de su vista, tomó su espada de empuñadura de latón y desenvainándola juró por san Nicolás que moriría antes que someterse a ningún poder terrenal.

En vano fue todo intento de alterar su firme resolución: amenazas, protestas e insultos se agotaron sin alcanzar avance alguno; durante dos jornadas completas se vio la mansión del valiente Pieter asediada por la clamorosa multitud y por dos jornadas completas blandió su arma y persistió en su noble rechazo a ratificar la capitulación; y así, como un segundo Horacio Cocles, ¡cargó sobre sus hombros el grueso de la guerra y defendió esta moderna Roma con la fuerza de su brazo!

La población terminó por comprender que toda medida embravecida no haría más que incendiar su decidida oposición, por lo que se valoró un recurso humilde por el que quizá la grandilocuente ira del gobernador pudiera suavizarse y su determinación, ablandarse. Una solemne y afligida procesión, encabezada por los burgomaestres y *schepens*, a los que seguía el ilustrado vulgo, avanzó despacio hasta la residencia del gobernador portando la lamentable capitulación. Allí encontraron al resuelto héroe encerrado como un gigante en su castillo, con las puertas bloqueadas por fuertes barricadas y el gobernador con su uniforme militar y el sombrero de tres picos en la cabeza, firmemente apostado con un trabuco en la ventana del desván.

Había algo en esta formidable posición que suscitó la admiración incluso del innoble vulgo. La clamorosa multitud no pudo más que considerar, por completo humillada, el degenerado comportamiento que habían demostrado, al observar al fiero pero abandonado gobernador asido con total determinación a su posición, con vana esperanza, preparado para defender su ingrata ciudad hasta las últimas consecuencias. Estos remordimientos, no obstante, pronto quedaron a un lado debido a la recurrente marea de temores de la población. La multitud se situó frente a la casa y se retiró el sombrero con la más respetuosa humildad. Uno de los burgomaestres, de ese tipo popular de oradores que, como el viejo Salustio observa, son «parlanchines más que elocuentes», dio un paso adelante y se dirigió al gobernador con un discurso de tres horas de duración. En él detallaba en los términos más conmovedores la calamitosa situación de la provincia y lo urgía en una constante repetición de los mismos argumentos y expresiones a firmar la rendición.

El valeroso Pieter lo observaba desde la pequeña ventana del desván en lúgubre

silencio, cada cierto tiempo sus ojos se dirigían a la multitud que lo rodeaba y una mueca de indignación, como la de un mastín enfurecido, cruzaba su férreo rostro. Sin embargo, pese a ser un hombre de una valentía indomable, pese a tener un corazón como el de un buey y una cabeza de dureza tal que humillaba al adamante, pese a todo esto, no era más que un ser mortal: agotado por la insistente oposición y esa eterna arenga, y consciente de que, a menos que se plegara, los habitantes de la ciudad se comportarían según su propia voluntad (o más bien sus miedos) sin esperar a que él otorgara su consentimiento, malhumorado les ordenó que le entregaran el documento. Este se elevó hasta él en el extremo de un mástil y, tras haber garabateado su nombre en la esquina inferior, los acusó de ser una panda de cobardes, amotinados y degenerados calzones planos, les arrojó la capitulación, cerró de un golpe la ventana y se le pudo oír cojear escalera abajo con la más categórica indignación. La muchedumbre escapó a toda velocidad, ni siquiera los burgomaestres mostraron tranquilidad a la hora de evacuar la zona, temerosos de que el robusto Pieter pudiera salir de su madriguera y saludarlos con alguna desagradable muestra de su disgusto.

Capítulo IX

Que contiene reflexiones sobre el declive y la caída de los imperios, junto con la desaparición final de Nuevos Países Bajos

Entre los numerosos acontecimientos que, cada uno de ellos en su momento, se sitúan entre los más horribles y tristes de los sucesos posibles a lo largo de la interesante y auténtica historia, ninguno provoca un pesar más desgarrador a los historiadores sensibles que el declive y la caída de los imperios más famosos y poderosos. Como el bien disciplinado orador de los funerales cuyos sentimientos han sido debidamente ordenados para los altibajos, para arder en entusiastas elogios o brotar a borbotones con insuperable pena, que ha reducido su impetuoso pesar a algo parecido a un manual, que se ha preparado para darse golpes de pecho ante una coma, llevarse las manos a la cabeza ante un punto y coma; sobresaltarse con horror ante una raya —y estallar en un incontrolable ataque de desesperación ante ¡un signo de admiración!—. Como este, el desgraciado historiador asciende a la tribuna, se inclina en mudo patetismo sobre las ruinas de la grandeza pasada, levanta un ojo censurador al cielo, una mirada de indignada tristeza al mundo que lo rodea, dispone el rostro en expresión de inenarrable agonía y, tras haber invocado con tan elocuente preparación a toda la creación, animada e inanimada, a unirse a su dolor, extrae lentamente un pañuelo blanco del bolsillo, se lo lleva a la cara y parece decir entre sollozos a sus lectores —en palabras de un muy lloroso escritor neerlandés—: «¡Quién tenga nariz, que se prepare para sonársela!»; o, más bien, en traducción más literal: «¡Qué cada cual se suene su nariz!».

¿Quién es el lector capaz de contemplar sin emoción los desastrosos acontecimientos que han acabado con las grandes dinastías del planeta? Al pasear su imaginaria mirada por las horribles y gigantescas ruinas de reinos, estados e imperios y percibir las tremendas convulsiones que sacudieron sus cimientos y provocaron su lamentable caída, el pecho del investigador sensible se hincha con una compasión proporcionada a la sublimidad de los horrores que lo rodean. Todo nimio sentimiento, toda desgracia personal, quedan superados y olvidados; como un indefenso mortal que lucha en una pesadilla, el infeliz lector jadea, gime y avanza con dificultad bajo una extraordinaria pena, una enorme idea inamovible, una inmensa..., una descomunal..., ¡una aplastante concentración de tristeza!

Contemplad el gran Imperio asirio fundado por Nemrod, ese gran cazador, cómo extiende sus dominios por las más hermosas regiones del orbe, cómo incrementa su esplendor a lo largo de un prolongado lapso de quince siglos y termina sin gloria con el reino del afeminado Sardanápalo, consumida toda grandeza en el incendio de su capital perpetrado por Arbaces el medo.

Contemplad a su sucesor, el Imperio medo, que sumó las capacidades bélicas de Persia bajo el cetro del inmortal Ciro y las conquistas en Egipto de Cambises, que desafió al desierto. Y, sin embargo, tras acumular fuerza y gloria durante siete siglos, sacudido en su mismo centro, se vio derrocado en las memorables batallas del Gránico, el Issos y las llanuras de Arbela por el brazo conquistador de Alejandro.

Contemplad después el Imperio griego; brillante mas breve como el bélico meteoro con el que se elevó y descendió; que no existió más que siete años en una llamarada de gloria y pereció, con su héroe, en una escena de ignominiosa depravación.

Contemplad ahora el águila romana, emplumada en su nido de Ausonia pero que llevó su victorioso vuelo a las fértiles llanuras de Asia, los abrasadores desiertos de África y finalmente abrió por completo sus triunfales alas: ¡la gran dama del orbe! Y, pese a todo, observad su destino; mirad la Roma imperial, el emporio del gusto y la ciencia, modelo de ciudades, metrópolis universal, y sin embargo asolada, saqueada y derribada por las sucesivas hordas de fieros bárbaros; y el ingobernable territorio, como una calabaza gigante pasada de maduración, dividido en el Imperio de Occidente del famoso Carlomagno y el de Oriente o griego de León I el Tracio; que más tarde, tras resistir seis largos siglos, quedará desmembrado por las impuras manos de los tártaros.

Contemplad el Imperio tártaro, dominado por el poderoso Gengis Kan, gobernar aquellos dominios conquistados y, durante el reino de Tamerlán, someter a toda la región de Oriente. Pero volved la vista hacia las montañas persas. Observad cómo el fogoso pastor Osmán, con sus osados pares, desciende como un torbellino sobre las llanuras de Nicomedia. Y he aquí que el tártaro que nada temía, ¡vuela!, ¡cae! ¡Su dinastía queda destruida y la media luna otomana se eleva sobre sus ruinas!

Contemplad..., aunque ¿por qué deberíamos contemplar más? ¿Para qué hurgar en las cenizas de la grandeza extinguida? Reinos, principados y potencias territoriales tienen todos su ascenso, su cumbre y su caída; cada uno en su momento ha blandido un poderoso cetro y ha regresado a su primitiva insustancialidad. E igualmente sucedió con el imperio de los altos y poderosos señores, con la ilustre metrópolis de Manhattoes bajo el pacífico mandato de Gualterio el Dubitativo, el faccioso Gobierno de Guillermo el Irascible y el caballeresco dominio de Pieter Stuyvesant, alias Pieter de Groodt, alias Hard-koppig Piet, es decir, ¡Pedro el Testarudo!

Patrona del refinamiento, la hospitalidad y las bellas artes, la colonia brilló resplandeciente, como una joya en un estercolero, y obtuvo lustre adicional del barbarismo de las tribus salvajes y las hordas europeas que la rodeaban. Mas ¡ay!, ni la virtud, ni el talento, la elocuencia ni el ahorro pueden prevenir la inevitable sacudida de la fortuna. Nuevos Países Bajos, presionada y asediada por todos los flancos, se acercaba a su predestinado final. Se había hinchado y engrandecido desde sus humildes orígenes hasta la más corpulenta rotundidad; había resistido las constantes incursiones de sus vecinos enemigos con flemática magnanimidad; pero el

repentino envite de la invasión fue demasiado para sus fuerzas.

De igual modo he visto a una tropa de chiquillos que ignoran las aulas golpear una vejiga hinchada que lograba conservar su tamaño sin sufrir daños por sus ataques, hasta que finalmente un funesto pillín, más versado que el resto, reúne todas sus fuerzas y se lanza a aposentar su trasero en el globo. El contacto de las esferas rivales es horrible y destructivo, la inflada membrana cede, estalla, revienta con un sonido extraño y equívoco, maravillosamente parecido al trueno... y deja de existir.

Ahora nada más resta que entregar con tristeza y a regañadientes esta excelente ciudad a los invasores. Gustoso me comportaría como el impetuoso Pieter y blandiría mi fiel arma para defenderla en un tomo nuevo, sin embargo, la verdad, la inalterable verdad, impide este imprudente empeño; y, lo que es aún más apremiante, un fantasma horrible, enorme y negro acecha sin descaso mi mente: el terrible espectro de la cuenta de mi patrón, que como una corneja planea sobre mi historia que lentamente perece, impaciente por su muerte, para atiborrarse con su cadáver.

Baste decir, por tanto, brevemente, que pasadas tres horas desde la rendición, una legión de guerreros británicos alimentados de vacuno penetraron en Nueva Ámsterdam y tomaron posesión del fuerte y de las baterías. En este momento podemos oír el ajetreado sonido de los martillos que manejan los viejos burgueses neerlandeses, quienes laboriosos cierran con tablones puertas y ventanas para proteger a sus *vrouws* de estos fieros bárbaros, a quienes contemplan en silente hosquedad desde el desván mientras desfilan por las calles.

De este modo tomó con total tranquilidad posesión del espacio conquistado el coronel Richard Nichols, comandante de las fuerzas británicas, a modo de *locum tenens* del duque de York. La victoria se consumó sin mayores atropellos que el de cambiar el nombre de la provincia y de su metrópolis, que en adelante serían conocidas como Nueva York, denominación que se ha perpetuado hasta nuestros días. Sus habitantes, en consonancia con el tratado firmado, pudieron conservar con tranquilidad la posesión de sus propiedades, pero mantuvieron su repugnancia hacia la nación británica de modo tan empedernido que, en un encuentro privado de sus principales ciudadanos, se decidió de modo unánime jamás invitar a ninguno de sus conquistadores a cenar.

Este fue el destino de la afamada provincia de Nuevos Países Bajos, un eslabón en la sutil cadena de acontecimientos que comenzaron con la captura del Fuerte Casimir ¡y han provocado las actuales convulsiones planetarias! Que esta afirmación no genere una sonrisa de incredulidad, por extravagante que pueda parecer, pues nada admite pruebas más concluyentes. Atienda, pues, amable lector, a esta sencilla deducción, la cual, si usted es rey, emperador o cualquier otro poderoso potentado, le recomiendo que atesore en su corazón —aunque pocas expectativas tengo de que mi trabajo llegue a tales manos, pues bien conozco las precauciones de los taimados ministros, que mantienen todo libro serio e instructivo de este tipo lejos de los infelices monarcas, temerosos de que estos lo lean y adquieran sabiduría—.

Con el traicionero asalto por sorpresa al Fuerte Casimir, pues, los astutos suecos disfrutaron de un pasajero triunfo; sin embargo, hicieron caer sobre sus hombros la venganza de Pieter Stuyvesant, quien arrebató de sus manos toda Nueva Suecia. Mediante la conquista de Nueva Suecia, Pieter Stuyvesant avivó las reivindicaciones de Lord Baltimore, quien recurrió al consejo de ministros de Gran Bretaña, el cual sometió a toda la provincia de Nuevos Países Bajos. Con este gran logro, toda la extensión de Norteamérica desde Nueva Escocia hasta las Floridas pasó a ser dominio de la corona británica, pero observen sus consecuencias: las hasta entonces dispersas colonias quedaron de este modo consolidadas y carentes de rivales que sirvieran de freno o las mantuvieran atemorizadas, crecieron en grandeza y poder hasta ser demasiado fuertes para la madre patria, por lo que pudieron sacudirse las ataduras y, gracias a una gloriosa revolución, convertirse en un imperio independiente. No obstante, la cadena de acontecimientos no se detuvo aquí; el éxito de la independencia norteamericana produjo la sanguinaria revolución en Francia, que generó al poderoso Bonaparte, que provocó el despotismo francés ¡qué ha arrojado al planeta entero a la confusión! De este modo se han visto estas grandes potencias sucesivamente castigadas por sus malhadadas conquistas, y así, como señalé, todas las convulsiones actuales, las revoluciones y los desastres que abruman a la humanidad se originaron en la captura del pequeño Fuerte Casimir, tal y como se describe en esta azarosa historia.

Así pues, que los potentados de Europa muestren cuidado al tratar a nuestro querido país. Si la toma por sorpresa de un fuerte comparativamente insignificante ha hecho zozobrar la economía de vastos imperios, ¿cuál (por razonamiento análogo) sería el efecto de la conquista de una amplia república? Conmocionaría a los planetas y a las estrellas, la Luna se enfrentaría a muerte con el Sol, el sistema de la naturaleza al completo se sumiría en el caos, ¡a menos que fuera providencialmente rescatado por las doctrinas milenaristas^[116]!

Capítulo X

Que contiene la digna retirada y rendición final de Pedro el Testarudo

De este modo, pues, queda concluida esta renombrada empresa histórica, pero antes de dejar a un lado mi fatigada pluma, resta el cumplimiento de una obligación moral. Si entre la increíble multitud de lectores que estudiarán con detenimiento este libro por suerte se encontrara una de esas almas de verdadera nobleza que se iluminan con fuego celestial con la historia de los generosos y los valientes, sin duda se mostrarán estos lectores ansiosos por conocer la suerte del gallardo Pieter Stuyvesant. Para complacer a uno solo de estos corazones me esforzaría en mucha mayor medida que para instruir la fría curiosidad de toda una hermandad de filósofos.

Nada más firmar el valeroso caballero el texto de la capitulación, decidido a no asistir a la humillación de su amada ciudad, dio la espalda a sus murallas y se retiró refunfuñando a su *bowery* (su residencia campestre), que estaba situada a unos tres kilómetros y donde pasó el resto de sus días en patriarcal retiro. Allí disfrutó de la tranquilidad mental que nunca conoció entre las molestas obligaciones del ejercicio del gobierno y disfrutó los placeres de la autoridad absoluta e irrestricta que sus facciosos ciudadanos tan a menudo le habían negado con su implacable oposición.

No hubo forma de persuasión que jamás lo llevara a visitar la ciudad de nuevo; al contrario, siempre situaba su gran sillón de espaldas a las ventanas que miraban en aquella dirección, hasta que una tupida arboleda plantada con sus propias manos creció para formar una pantalla que la ocultaba de modo efectivo de su vista. Clamaba continuamente contra las degeneradas innovaciones y las mejoras introducidas por los conquistadores; prohibió a su familia mencionar una sola palabra en su detestable lengua —un decreto con el que aquella cumplía de buena gana, pues nadie sabía hablar más que neerlandés— e incluso ordenó que se talara una hermosa hilera de árboles situados ante su casa, pues estos eran cerezos ingleses.

La misma vigilancia incesante que destacaba cuando tenía una vasta provincia a sus órdenes, se demostraba en su retiro con igual vigor, si bien entre fronteras más estrechas. Patrullaba con ininterrumpido celo los límites de sus escasas tierras, repelía toda incursión en estas con intrépida celeridad, castigaba todo robo perpetrado por vagabundos en su huerto o sus corrales con inflexible severidad y conducía triunfante a todo puerco o vaca descarriados hasta el redil. Sin embargo, para el vecino necesitado, el amistoso desconocido o el agotado viajero, su amplia puerta estaba siempre abierta, mientras que su espaciosa chimenea, emblema de su propia calidez y generosidad, siempre contaba con un rincón en el que recibirlos y abrigarlos. Existía una excepción a esto último, he de confesar, cuando el desafortunado solicitante era inglés o yanqui, a quienes podía extender una mano en su auxilio, mas jamás logró

conceder los ritos de la hospitalidad. Es más, si por casualidad algún despeinado mercader del este se detenía en su puerta con el carro cargado de artículos de hojalata o cuencos de madera, el fiero Pieter se lanzaba como un gigante de su castillo y producía tan furioso estruendo entre sus ollas y cacerolas que el vendedor de enseres gustoso se aprestaba a la inmediata huida.

Su antiguo uniforme, desgastado por el cepillado, descansaba colgado con mimo en sus aposentos privados, de donde desfilaba el primer buen día de cada mes para airearse. Su sombrero de tres picos y su fiel espada, por otra parte, quedaron suspendidos en triste reposo sobre la repisa de la chimenea del salón, donde ejercían de tenantes de un retrato a tamaño natural del famoso almirante Van Tromp. Mantenía una estricta disciplina en su imperio domestico, así como un bien organizado gobierno despótico; sin embargo, si bien su propia voluntad era ley suprema, el bienestar de sus súbditos era su ineludible objetivo. Velaba no solo por sus comodidades más inmediatas, sino también por su moral y su absoluta felicidad, ya que les ofrecía una abundancia de excelentes advertencias y ninguno de ellos podría haber protestado por el hecho de que, cuando la ocasión lo requiriera, se mostrara en modo alguno tacaño a la hora de concederles la mayor de las reprimendas.

Las buenas festividades neerlandesas, esas demostraciones periódicas de desbordante amabilidad y agradecido espíritu que tristemente caen en desuso entre mis apreciados conciudadanos, eran fielmente observadas en la mansión del gobernador Stuyvesant. El Año Nuevo era realmente un día de generosidad a manos llenas, de divertida celebración y de cálida felicitación; un momento en el que los pechos parecían hincharse con la más cordial fraternidad, mientras que la abundante mesa se servía con una libertad carente de ceremonias y una sincera felicidad vocinglera, ambas desconocidas en nuestros tiempos de degeneración y refinamiento. *Paas* (Pascua) y *Pinxter* (Pentecostés) se respetaban del modo más escrupuloso en sus dominios, como tampoco se permitía que pasara la festividad de san Nicolás sin hacer regalos, colgar los calcetines de la chimenea y cumplir con todas las demás ceremonias.

Una vez al año, el primero de abril, solía engalanarse con su uniforme completo para celebrar el aniversario de su entrada triunfal en Nueva Ámsterdam tras la conquista de Nueva Suecia. Ese día era siempre una suerte de saturnal para sus sirvientes, en la que se consideraban con cierta libertad para decir y hacer cuanto les placiera, pues en esta fecha su patrón siempre se mostraba relajado y especialmente agradable y jocoso, y hasta enviaba bromista a los viejos negros de cabeza cana a buscar leche de pichón^[117], ante lo que todos se dejaban convencer y seguían las bromas de su viejo patrón, como es propio de fieles y bien disciplinados subordinados. De este modo reinó, de forma feliz y pacífica, en su propia tierra: sin dañar a nadie, sin envidiar a nadie, sin verse sacudido por conflictos externos ni confundido por conmociones internas. Bien habrían hecho los poderosos monarcas del planeta, que en vano buscaban mantener la paz y promover el bienestar de la

humanidad mediante la guerra y la desolación, en realizar un viaje a la pequeña isla de Manna-hata para aprender una lección de gobierno en la economía doméstica de Pieter Stuyvesant.

Con el paso del tiempo, no obstante, el viejo gobernador, como cualquier otro hijo de la mortalidad, comenzó a evidenciar manifiestas muestras de decadencia. Como un olmo envejecido que, si bien durante muchos años afrontó la furia de los elementos y aún mantiene sus gigantescas proporciones, comienza a temblar y a gemir con cada sacudida, así el gallardo Pieter, pese a que conservaba el porte y la apariencia de quien fue en sus tiempos de determinación y caballería, veía el vigor de su cuerpo minado por la edad y la enfermedad; ahora bien, su corazón, esa inconquistable ciudadela, resistía indómito y triunfal. Con incomparable avidez escuchaba toda noticia relacionada con las batallas entre Inglaterra y los Países Bajos. Todavía tronaba con fuerza su pulso cada vez que se mencionaban las victorias de De Ruyter^[118], mientras que su rostro se ensombrecía y el ceño se fruncía cuando la fortuna viraba a favor de los ingleses. Finalmente, un día como otro cualquiera, acababa de fumarse su quinta pipa y se estaba después de una buena comida en su sillón —conquistando todo el Imperio británico en sus sueños— cuando se vio súbitamente sobresaltado por un temible repique de campanas, sonido de tambores y rugido de cañones que hicieron a su sangre alborotarse confundida. Mas cuando supo que tales celebraciones eran en honor de una gran victoria lograda por las flotas inglesas y francesas combinadas contra los valientes De Ruyter y Van Tromp (hijo), le afectó tanto el ánimo que se marchó a la cama y en menos de tres jornadas se situó a las puertas de la muerte ¡por una violenta gastroenteritis! Pero incluso en tan extrema situación, demostró su invencible espíritu *Pedro el Testarudo*, quien se defendió hasta el último suspiro, con la más inflexible obstinación, contra todo un ejército de ancianas decididas a expulsar al enemigo de sus tripas con la estrategia verdaderamente neerlandesa para estos casos: inundar el campo de guerra con hierbas y poleo.

Mientras reposaba de este modo, al borde de la disolución, le fueron transmitidas noticias de que el osado De Ruyter había sufrido escasas pérdidas —se había retirado a tiempo— y pretendía de nuevo enfrentarse al enemigo. Los entrecerrados ojos del viejo guerrero se iluminaron ante estas palabras; se incorporó parcialmente en la cama; una ráfaga de fuego marcial brilló en su rostro; apretó la debilitada mano como si sintiera en su seno la empuñadura de esa espada que hizo ondear triunfante ante las murallas del Fuerte Cristina; y, con una triste sonrisa exultante, volvió a caer sobre la almohada y expiró.

Así murió Pieter Stuyvesant, un valiente soldado, un súbdito leal, un gobernador íntegro y un honrado neerlandés ¡que solo deseó unos cuantos imperios que desolar para ser immortalizado como un héroe!

Sus honras fúnebres fueron celebradas con la mayor grandeza y solemnidad. La ciudad quedó totalmente vacía de habitantes, que se arremolinaron en tropel para

rendir un último y triste homenaje a su buen gobernador. Sus grandes méritos regresaron en oleadas a la memoria, mientras que el recuerdo de sus debilidades y sus defectos pereció con él. Los ancianos burgueses se enfrentaron por el privilegio de portar el palio, la multitud se apretujaba para intentar acercarse al féretro, mientras que la triste procesión la cerraban varios negros de cabellos grises que habían pasado buenos y malos momentos en la vivienda de su fallecido amo durante muchas décadas.

Con tristes y apesadumbrados rostros, la multitud se reunió en torno a la fosa. Comentaban con el corazón afligido las robustas virtudes, los señalados esfuerzos y las gallardas hazañas del osado veterano. Recordaban con secreta reprobación su oposición facciosa a su Administración, mientras que mucho burgués entrado en años, cuyo rostro flemático nunca había sido visto contraído ni sus ojos humedecidos, se pudo observar entonces fumando pensativo su pipa mientras una lágrima se arrastraba por su rostro y murmuraba con afectado tono y sacudiendo la cabeza con tristeza: «Bueno, pues... ¡al final se marchó Hard-koppig Piet!».

Sus restos fueron depositados en el panteón familiar, en el interior de una capilla que erigió devoto en sus tierras y dedicó a san Nicolás, la cual se elevaba en el mismo lugar que ocupa en la actualidad la iglesia de san Marcos, donde todavía puede observarse su lápida. Su hacienda, o *Bowery*, como era denominada, ha continuado en manos de sus descendientes, quienes por la uniforme integridad de su conducta y su estricta adherencia a las costumbres y maneras que prevalecían en aquellos *buenos tiempos*, se han mostrado merecedores de su ilustre antepasado. En muchas ocasiones se ha visto asaltada la hacienda tras caer el sol por emprendedores buscadores de tesoros que tratan de localizar los que supuestamente habría enterrado el viejo gobernador, si bien no sé de ninguno que se haya enriquecido con estas actividades. ¡Y quién de entre mis conciudadanos nacidos aquí no recuerda los traviesos días de la infancia en los que era una gran hazaña robar en la «huerta de Stuyvesant» en una tarde de vacaciones!

En la fortaleza de la familia aún pueden verse ciertos recuerdos del inmortal Pieter. Su retrato a tamaño natural frunce marcial el ceño en la pared del salón; su sombrero de tres picos y su espada adornan el mejor de los dormitorios, mientras que sus calzones color azufre estuvieron colgados en el vestíbulo hasta hace unos años, cuando ocasionaron una disputa entre una pareja de recién casados. Su pata de palo adornada de plata continúa atesorada en un almacén como inestimable reliquia.

Y ahora, querido lector, llega el momento de mi triste despedida, que, ¡ay!, habrá de ser para siempre. De buena gana parto en cordial amistad y le reservo un amable recuerdo. Que no haya escrito una historia mejor de los días de los patriarcas no es mi culpa; si algún otro hubiera publicado una tan apreciable como esta, ni me habría molestado en intentarlo. Que muchos en adelante surgirán y me superarán en excelencia, escasa duda me cabe y menos aún me preocupa, pues bien sé que cuando el gran Cristóbal Colón (vulgarmente denominado Colombo) logró colocar su huevo

de pie, todos los presentes pudieron hacer lo propio con el suyo con una destreza mil veces superior. En caso de que algún lector encuentre en mi historia motivos para sentirse ofendido, me lamentaré de corazón, aunque bajo ningún concepto cuestionaré su agudeza asegurándole que se equivoca, su buena naturaleza acusando a su espíritu críticón, ni su pura conciencia argumentando que lo asusta una mera sombra. Seguramente, si es tan ingenioso como para encontrar ofensa donde ninguna se pretende, sería muy de lamentar que no se le permitiera disfrutar de los beneficios de su descubrimiento.

Tengo una opinión demasiado elevada de la capacidad de comprensión de mis conciudadanos como para ofrecerles enseñanza alguna, de igual modo que les deseo demasiado el bien como para sancionarlos con buenos consejos. No soy uno de esos cínicos que desprecian el mundo porque este los desprecia a ellos; al contrario, si bien inferior a sus ojos, lo observo con la más perfecta de las buenas intenciones y mi único pesar es que no se muestre merecedor del ilimitado amor que por él albergo.

Si no obstante en esta producción histórica mía —el exiguo fruto de una vida larga y laboriosa— no he logrado agradar al delicado paladar de estos tiempos, únicamente puedo lamentar mi infortunio, pues es muy tarde para mí para siquiera aspirar a repararla. Ya ha cubierto mi frente de estériles nieves la debilitadora edad, en breve este amable calor que todavía persiste en mi corazón y late, querido lector, late amable por usted, quedará helado para siempre. Quizá esta débil suma de polvo que mientras tuvo vida no logró engendrar más que estériles semillas, pueda formar un humilde terrón ¡del que broten muy dulces flores salvajes que adornen mi amada isla de Manna-hata!

Fin

Apología del autor^[119]

La siguiente obra, que en sus inicios no aspiraba a ser más que un pasajero *jeu d'esprit*, comenzó en compañía de mi hermano, el difunto Peter Irving. Nuestra idea era parodiar un pequeño librito que acababa de aparecer con el título *Retrato de Nueva York*. Así concebido, nuestro texto comenzaría con un esbozo histórico para después continuar con anotaciones sobre las costumbres, hábitos e instituciones de la ciudad, todo ello escrito en un tono serio aunque cómico con el que abordar los equívocos, locuras y abusos con una sátira bienhumorada.

Con el objetivo de parodiar los pedantes saberes populares desplegados en ciertos trabajos estadounidenses, nuestro esbozo histórico comenzaría con la creación del mundo, para lo que dispusimos todo tipo de obras a modo de citas manidas —relevantes o irrelevantes—, con las que darle el oportuno aire de investigación profunda. Antes de que pudiéramos elaborar y dar forma a este tosco conjunto de erudición bufa, sin embargo, mi hermano marchó a Europa y quedé solo para llevar adelante esta empresa.

Decidí entonces alterar la estructura de la obra. Descarté la idea de una parodia del *Retrato de Nueva York* y determiné que lo que inicialmente había sido concebido como esbozo introductorio había de comprender la obra al completo y conformar una historia cómica de la ciudad. En consonancia moldeé la montaña de citas y disquisiciones para configurar los capítulos introductorios que componen el primer libro; sin embargo, pronto resultó evidente que, como Robinson Crusoe con su bote, había comenzado en una escala excesiva y que, para dar inicio a mi historia de forma satisfactoria, debía reducir sus proporciones. Decidí, por tanto, limitar la obra al periodo de la dominación neerlandesa, la cual, en su nacimiento, progreso y declive, presentaba esa unidad de acción requerida por las normas clásicas. Se trataba también de un periodo que en aquel entonces suponía prácticamente una *terra incognita* de la historia. De hecho, quedé sorprendido al descubrir el escaso número de mis conciudadanos que eran conscientes de que Nueva York había sido con antelación Nueva Ámsterdam, que habían oído los nombres de sus primeros gobernadores neerlandeses o a los que les importaran un comino sus viejos progenitores venidos de Holanda.

Comprendí que aquellos tiempos conformaban la era poética de nuestra ciudad; poética por su misma oscuridad, y abierta, como los primeros y desconocidos días de la antigua Roma, a todos los embellecimientos de la ficción heroica. Decidí aclamar, pues, a mi ciudad de origen, por su fortuna superior a todas las demás ciudades estadounidenses, al contar con una antigüedad que de este modo se retrotraía hacia las regiones de la duda y la fábula. En ningún momento concebí estar cometiendo ningún grave pecado histórico al complementar los escasos datos que pude recopilar

sobre esta región remota y olvidada con el producto de mi propia imaginación ni al dotar de atributos característicos a los escasos nombres conectados con esta época que pude salvar del olvido.

Al obrar de este modo, sin duda alguna, razoné como un escritor joven e inexperto, infatuado por sus propias fantasías, por lo que mis presuntuosas transgresiones en esta sagrada aunque olvidada región de la historia se encontraron con los merecidos reproches de hombres de mente más sobria. Es demasiado tarde, no obstante, para recuperar las flechas tan temerariamente lanzadas. A todo aquel cuyo sentido de la idoneidad pueda haber herido solo puedo decirle, con Hamlet:

Proclamaré que mi intención no ha sido
ofenderos; y espero que me absuelva
vuestra alma generosa, y considere
que disparé una flecha que, en mi casa,
vino a herir a mi hermano^[120].

Argumentaré algo más en apología de mi obra: si bien adoptó una libertad injustificada con nuestra historia regional más temprana, al menos dirigió la atención hacia esta y generó investigaciones. No fue hasta la aparición de este trabajo que los archivos olvidados de la provincia fueron revueltos y los hechos y personajes de antaño, rescatados del polvo del olvido y elevados en cualquiera que fuera la importancia que pudieran en la práctica tener.

El principal objeto de mi obra, de hecho, tenía una orientación alejada del sobrio propósito de la historia; sin embargo, confiaba en que esta aproximación fuera acogida por las mentes poéticas con cierta indulgencia. Se trataba de encarnar las tradiciones de nuestra ciudad de modo ameno, ilustrar sus peculiaridades, costumbres y estados de ánimo locales, vestir escenas y lugares patrios, así como nombres familiares, con las asociaciones imaginativas y caprichosas que tan escasamente se encuentran en nuestro nuevo país, pero que viven como encantamientos y hechizos en las ciudades del Viejo Mundo, vinculando de este modo el corazón de los nativos con su hogar.

En cuanto a esto, tengo motivos para creer que he logrado éxito en cierta medida. Con antelación a la aparición de mi obra las tradiciones populares de nuestra ciudad no estaban registradas, las peculiares y atrevidas costumbres derivadas de nuestros progenitores neerlandeses pasaban desapercibidas, eran contempladas con indiferencia o evitadas con una mueca de desprecio. Ahora componen una agradable moneda de cambio y son mencionadas en toda ocasión; vinculan a toda nuestra comunidad aunándola en buen humor y buena hermandad; son el punto de encuentro de los sentimientos de pertenencia; el aderezo de nuestras festividades cívicas; las costuras de nuestras historias y nuestras bromas locales; y tan habitualmente entonadas son por nuestros escritores de ficción popular que me veo prácticamente expulsado de las tierras legendarias que fui el primero en explorar por la multitud que ha seguido mis pasos.

Insisto en esta cuestión porque, tras la publicación inicial de este libro, su intención y su significado fueron malinterpretados por algunos de los descendientes de los ilustres personajes neerlandeses, y porque entiendo que cada cierto tiempo todavía podrá encontrarse quien lo observe con ojo crítico. La inmensa mayoría, no obstante, y tengo motivos para enorgullecerme, recibió mis joviales escenas con el mismo estado de ánimo con el que fueron ejecutadas. Así, cuando encuentro, transcurridos cerca de cuarenta años, que esta producción descuidada de mi juventud es aún apreciada por ellos; cuando veo que el propio nombre de la obra se convirtió en *el pan de cada día* y se utiliza para darle un marchamo local a todo lo recomendado para la aceptación popular —como es el caso de las sociedades Knickerbocker, las aseguradoras Knickerbocker, los vapores Knickerbocker, los carruajes públicos Knickerbocker, el pan Knickerbocker o el hielo Knickerbocker—; y, en fin, cuando descubro que los neoyorquinos de ascendencia neerlandesa se enorgullecen de ser «verdaderos Knickerbockers», me regocijo con la creencia de haber dado con la tecla adecuada; que mi relación con los buenos y viejos tiempos neerlandeses, así como con las costumbres y usos derivados de estos, armoniza con los sentimientos y el ánimo de mis conciudadanos; que he inaugurado un filón de agradables asociaciones y pintorescas características peculiares de mi lugar de origen, las cuales sus habitantes no transmitirán con consciente desagrado; y que, si bien otras historias de Nueva York pueden aparecer con reivindicaciones mayores para la aceptación erudita y tomarán su posición distinguida y adecuada en la biblioteca familiar, la historia de Knickerbocker seguirá siendo recibida con una indulgencia bienhumorada y, junto a la chimenea familiar, sus páginas provocarán al avanzar alguna que otra sonrisa.

W. I.,
Sunnyside, 1848



WASHINGTON IRVING nació en Nueva York en 1783 y murió en Sunnyside en 1859.

Escritor norteamericano. Perteneciente al mundo literario del costumbrismo, Washington Irving es el primer autor americano que utiliza la literatura para hacer reír y caricaturizar la realidad, creando además el estilo coloquial americano, que después utilizarían Mark Twain y Hemingway.

Se mantuvo al margen de los movimientos políticos y sociales que convulsionaban la época. Representante perfecto del romanticismo americano. Pero, eso sí, lo que capta del espíritu romántico son sus rasgos más superficiales: el amor al pasado, al medievo, a lo fantástico, a las leyendas y el impulso viajero que a tantos escritores y artistas llevó a deleitarse con las ruinas.

Hijo de un rico mercader británico que había luchado en la Revolución junto a los rebeldes, después de prepararse para dedicarse a la abogacía, Irving dejó esta carrera y la sustituyó por la de la literatura, escribiendo para varios periódicos y publicando en 1807, junto a su hermano William Irving y su amigo J. K. Paulding, una serie de ensayos y poemas satíricos recogidos en un libro llamado *Salmagundi o extravagancias y opiniones del señor Lancelot Langstaff y otros* (1808).

Este libro fue seguido por la parodia de gran éxito *Historia de Nueva York desde el origen del Mundo hasta el final de la Dinastía Holandesa* (1809). Irving lo presenta como un supuesto estudio realizado por un personaje inventado por él: el holandés Diedrich Knickerbocker. La obra reflejaba tan bien la mentalidad de los americanos

descendientes de holandeses, que durante mucho tiempo el nombre de ese personaje sirvió para designarlos. Se considera la primera muestra de la prosa humorística en las letras americanas.

Durante los siguientes años, Irving luchó (sin éxito) por salvar el negocio familiar de la quiebra. Para ello, incluso llegó a viajar Inglaterra, donde conoció a Sir W. Scott, T. Moore, T. Campbell y John Murray, entre otros. A su vuelta, animado por Scott, escribió *El libro de los bocetos*, una serie de ensayos y cuentos escritos bajo el seudónimo de «Geoffrey Crayon, Gent» y publicado en Estados Unidos de 1819 a 1820 en varios volúmenes y en formato de libro en Inglaterra en 1820. Este libro, que contiene retratos de la vida inglesa (*La cena de Navidad*, *La abadía de Westminster*, etc.), ensayos sobre tópicos americanos y adaptaciones americanas de cuentos populares alemanes (incluyendo *Rip Van Wilke* y *La leyenda de Sleepy Hollow*), hizo de él un hombre célebre en ambos continentes. A esto siguieron otros trabajos populares, entre ellos *Bracebridge Hall* (1822).

Algunos de sus trabajos siguientes fueron inspirados por su período como diplomático en España (1826 a 1829), entre ellos, una biografía de Colón (1828) y los *Cuentos de la Alhambra* (1832), obra a la que añadió algunos capítulos en 1857. Irving escribió estas leyendas inspirándose en cuentos y leyendas populares. Como estudioso de la historia y el folklore, el escritor norteamericano se quedó impresionado de la riqueza de historias antiguas que había en España, y elaboró sus famosos cuentos con el material que recogió. Después se unió al mundo literario de Londres como secretario de la legación de Estados Unidos desde 1829 hasta su regreso a América en 1832, donde tuvo una bienvenida entusiasta por ser el primer autor americano que había conseguido fama mundial.

Entre sus últimas obras se encuentran *The Crayon Miscellany* (1835), *Astoria* (1836), donde cuenta el desarrollo del comercio de pieles de John Jacob Astor, y varias biografías, como la de Oliver Goldsmith, que apareció en 1849, la de George Washington (1855 a 1859) y la de Mahoma (1850). Póstumamente aparecieron sus Obras completas, en 21 volúmenes, así como unos borradores agrupados como *Spanish Papers*.

Irving fue uno de los primeros prosistas de las Letras norteamericanas. Estudioso sin ser erudito, más que a la calidad de su obra, debe su fama al carácter de esta. Gran parte de esa fama no le vino por lo que hizo, sino por ser el primero en hacerlo. Los primeros cuentos cortos, algo tan característico de la literatura norteamericana, los escribió él. También fue el primero que hizo del humor, de la sátira burlesca, un arma literaria. Irving se recreaba en el detalle, disfrutaba con las descripciones y siempre de una manera sencilla, sin el menor rebuscamiento. Perfecto romántico por su amor a la historia que, como ciudadano de un país recién creado, debe buscar en Europa, y muy atraído por lo exótico y pintoresco, encontró en España una fuente de

inspiración inagotable, y aunque sus escritos sobre España carecen de rigor científico, no carecen de encanto.

Notas

[1] «La verdad que permanece en la oscuridad, / aparece con toda claridad a la luz del día».

Con evidente intención satírica, Irving introdujo numerosas notas al pie en *Una historia de Nueva York*, unas teóricamente introducidas por Knickerbocker, otras por el posterior editor e incluso por un supuesto aprendiz de imprenta. Todas ellas aparecen indicadas de igual modo que en el original y, por tanto, únicamente corresponden al traductor las que como tales se señalan. (N. del T.). <<

[2] Con el objetivo de promocionar la inminente aparición de su obra y de generar controversia acerca de la identidad de Diedrich Knickerbocker, el propio Washington Irving publicó estos anuncios, los cuales lograron en cierta medida suscitar el interés de los neoyorquinos. (*N. del T.*). <<

[3] John Wesley Jarvis y Joseph Wood eran pintores famosos en Nueva York. Jarvis retrató a Irving en 1809. *(N. del T.)*. <<

[4] El autor ubica el hotel en el Bajo Manhattan, en la actual Chinatown. Las referencias geográficas señalan el lago Collect, por entonces un auténtico vertedero que estaba siendo rellenado con tierra para la ampliación del suelo urbano, y la prisión de Bridewell, derruida en 1838. (*N. del T.*). <<

[5] Herodoto, trad.: Beloe. <<

[6] Si bien la mayor parte de las citas que con total ironía incluye Irving en el texto son reales, otras son fruto de la imaginación del autor, como, por ejemplo, la mención a este manuscrito. (*N. del T.*). <<

[7] Irving está en realidad burlándose de la New-York Historical Society, fundada pocos años antes y que se mostraba claramente incapaz de consumir los fines para los que había sido creada. (*N. del T.*). <<

[8] Las obras que señala Irving son, de hecho, muy voluminosas. *Decadencia y caída del Imperio romano*, del historiador inglés Edward Gibbon, fue publicada originalmente en seis tomos. Con igual número contó la *Historia de Inglaterra* de David Hume, a la que posteriormente se sumó, no sin cierta controversia, el trabajo de Tobias Smollett, con lo que la obra alcanzó más de una decena de tomos. (N. del T.). <<

[9] Faria e Sousa, Mickle (trad.), *Lusiadas*. Nota B, 7. <<

[10] W. Jones, *Dissertation on the Antiquity of the Indian Zodiac*. <<

[11] Plutarco, *De placitis philosophorum*, lib. II, cap. 20. <<

[12] Aquiles Tacio, *Isagoge*, cap. 19. Apud Petavius, t. III, p. 81. Estobeo, *Eclogae physcae*, lib. I, p. 56. Plut., *De plac.* <<

[13] Diógenes Laercio, *Anaxágoras*, lib. II, sec. 8. Platón, *Apología*, t. I, p. 26. Plut., *De superstitione*, t. II, p. 169. Jenofonte, *Memorabilia*, lib. IV, p. 815. <<

[14] Aristóteles, *Meteorologica*, lib. II, cap.2. Ídem, *Problemata*, sec. 15. Estob., *Ecl. Phys.*, lib. I, p. 55. Brucker, *Historia critica philosophiae*, t. I, p. 1154 *et alii*. <<

[15] *Philosophical Transactions of the Royal Society*, 1795, p. 72. Ídem, 1801, p. 265.
William Nicholson, *Philosophical Journal*, I, p. 13. <<

[16] Aristóteles apdo. Cicerón, lib. I, cap. 3. <<

[17] Aristóteles, *Metaphysica*, lib. I, cap. 5. Ídem, *De caelo*, lib. 3, cap. I. Rousseau, *Essai sur la musique ancienne et moderne*, p. 39. Plut., *De plac.*, lib. I, cap. 3 et alii.

<<

[18] Timeo de Locri apdo. Platón, t. 3, p. 90. <<

[19] Cudworth ap. Mosheim, lib. I, cap. 4. Timeo, *De anima mundi* apdo. Plat., lib. 3. *Mémoires de l'Académie des Belles Lettres*, t. 32, p. 19 et alii. <<

[20] Lib. i, cap. 5. <<

[21] Holwell, *Gentoo Philosophy*. <<

[22] Johannes Megapolensis, *Account of Maquaas or Mohawk Indians*, 1644. <<

[23] Manuscritos de la Biblioteca Real (Francia). <<

[24] Erasmus Darwin, *The Botanic Garden*, 1.^a parte, cant. i, l. 105. <<

[25] El refrán al que se refiere: «*Set a beggar on horseback and he will ride a gallop*». (Sube a caballo a un mendigo y saldrá al galope) apunta a la corruptibilidad del ser humano y la adopción, en términos negativos, de los hábitos de otras clases sociales al lograr ascender a estas. (N. del T.). <<

[26] Filadelfia concentró a finales del siglo XVIII y principios del XIX la fundación de numerosas sociedades de carácter ilustrado como la Academia de las Ciencias Naturales o la Sociedad para la Promoción de la Agricultura. Asimismo, ejerció como capital temporal entre 1790 y 1800, mientras se construía la ciudad de Washington. (N. del T.). <<

[27] *Vide* ed. revisada. <<

[28] Se trata de una referencia a la fábula de Esopo en la que una vasija metálica y otra de barro avanzan por un río. Mientras que la primera querría realizar el viaje en compañía, la segunda mantiene la distancia para evitar acabar despedazada en una colisión fortuita. (*N. del T.*). <<

[29] Cuenta la fábula que los habitantes de la villa inglesa de Gotham (Nottinghamshire) decidieron hacerse pasar por estúpidos para evitar la construcción de un camino real en sus inmediaciones. Alertados por su comportamiento, pues trataban, por ejemplo, de ahogar una anguila en un cubo de agua, los mensajeros reales recomendaron variar la ruta prevista, por la que debía transitar Juan sin Tierra. En la revista satírica *Salmagundi* que Washington Irving publicó en 1807 el autor aplicó por primera vez a Nueva York el apelativo de Gotham, que fue retomado por otros autores y serviría ya en el siglo xx para dar nombre a la ciudad del superhéroe Batman. (N. del T.). <<

[30] Grocio. Pufendorf, lib. 4, cap. 4. Vattel, lib. I, cap. 18 *et alii*. <<

[31] Vattel, lib. I, cap. 17. Véase asimismo Grocio, Pufendorf *et alii*. <<

[32] Blackstone, *Commentaries*, lib. II, cap. I. <<

[33] Ogilby lo denomina fragata. <<

[34] El diario *New York Gazette*, que dirigía John Solomon Lang, era conocido en la época por su fijación con las noticias propias de la marina. (N. del T.). <<

[35] Este río aparece indistintamente como Manhattan, Noordt, Montaigne y Mauritius en el mapa de Ogilby. <<

[36] Diario de Juet, en *Purchas his Pilgrimes*. <<

[37] De este modo llamada debido a que un tal Joseph Andrews, pirata y asesino, fue ahorcado [*gibbet*: horca] con cadenas en esa isla el 23 de mayo de 1769. [Editor]. <<

[38] Las sociedades Tammany surgieron en Estados Unidos a finales del siglo xvii y vehicularon el gran interés popular por la vida indígena, si bien en la segunda mitad del siglo xix destacaron por su carácter de red política clientelista con especial relevancia en el control de la ciudad de Nueva York. (*N. del T.*). <<

[39] «La inacción degenera a los hombres en ostras», Kaimes. <<

[40] El parque conocido en la actualidad como The Battery toma su nombre de las baterías de artillería que con fines defensivos se instalaron en la zona, donde continuaron hasta bien entrado el siglo XIX. (N. del T.). <<

[41] El destacado almirante de la Marina holandesa Maarten Harpertszoon Tromp (1598-1653) forma parte —aunque conocido como Van Tromp— de la tradición británica, según la cual, tras su victoria en una de las batallas de la Primera Guerra Anglo-Neerlandesa, colocó un cepillo sobre el mástil de su nave como símbolo de la eliminación de los ingleses de los mares. (*N. del T.*). <<

[42] Hell Gate (la Puerta del Infierno) es una temible combinación de rocas y remolinos situada en el estrecho que se encuentra por encima de Nueva York, muy peligrosa para los barcos a menos que estos estén al mando de un piloto diestro. Ciertos hombres sabios que ordenan y mandan en nuestros días modernos han suavizado este nombre tan característico para pasar a denominarla Hurl Gate (Puerta de los Aullidos), ¿basándose en qué autoridad?, que ellos lo expliquen. El nombre, tal y como viene dado por nuestro autor, viene respaldado por la *Historia de América* de Ogilby, publicada en 1671, así como por un diario escrito en el siglo XVI y que se puede encontrar entre los archivos de Hazard. El nombre original, tal y como aparece en todos los manuscritos y mapas neerlandeses, era Helle gat, por lo que un viejo manuscrito escrito en francés que analiza las diversas alteraciones de nombres propios en esta ciudad observa: «*De Helle gat trou d'Enfer, ils ont fait Hell gate, Porte d'Enfer*». [Aprendiz de imprenta]. <<

[43] Irving ironiza con las variaciones ortográficas del inglés estadounidense, que en el momento de la publicación inicial de su obra no estaban por completo asentadas. De hecho, se considera objeto relevante de estudio para el análisis de la ortografía estadounidense esta *Una historia de Nueva York*, debido a las variaciones ortográficas y correcciones que el propio Washington Irving fue incluyendo en las sucesivas ediciones de la obra. (N. del T.). <<

[44] La ciudad de Washington nace de la voluntad de crear una capital federal distinta a las capitales de los distintos estados que conforman Estados Unidos. La primera piedra de su primer edificio, la Casa Blanca, se colocó en octubre de 1792, por lo que en el momento de publicación de *Una historia de Nueva York*, transcurridos menos de veinte años, la ciudad apenas era más que unos bienintencionados planos. (N. del T.).

<<

[45] Irving muy posiblemente hace referencia a la familia en aquel momento liderada por los hermanos Peter y Robert Goelet, conocida por sus florecientes negocios inmobiliarios. (*N. del T.*). <<

[46] Carta de J. Megapol. Colección de documentos gubernamentales de Hazard. <<

[47] Ogilby, en su excelente descripción de América, al referirse a estas regiones menciona la presencia de leones, que abundaban en una alta montaña, y observa igualmente: «En las fronteras del Canadá es posible ver en ocasiones un tipo de bestia que tiene cierto parecido con un caballo, con pezuñas, greñudas crines, un cuerno situado en plena frente, una cola como la de un jabalí y el cuello de un ciervo». El autor llega asimismo a ofrecer una imagen de esta extraña bestia, que recuerda sobremanera a un unicornio. Lamentarán amargamente los filósofos que esta milagrosa raza de animales, como aquella de las ranas peludas, quedara por completo extinguida. <<

[48] Hay quien defiende que esta batalla sucedió mucho después de la fecha que le asigna nuestro historiador. Algunos de los antiguos habitantes de la ciudad la sitúan a inicios del siglo pasado. Es más que probable, no obstante, que el señor Knickerbocker esté en lo cierto, pues sin duda ha investigado la cuestión. [Aprend. de impr.]. <<

[49] Irving hace referencia a una de las historias de *Las mil y una noches*, en concreto la del tercer hermano del barbero. (N. del T.). <<

[50] El autor alude a la fábula de Esopo en el que un grupo de ranas pide a Zeus un rey y este les envía un madero. Insatisfechas por su inacción, exigen otro; enojado, Zeus envía una serpiente de agua que las devora a todas. (*N. del T.*). <<

[51] Gómez es el apellido de un rico banquero en la obra *The Spanish Fryar* (El fraile español) del gran dramaturgo inglés John Dryden (1631-1700). (N. del T.). <<

[52] «De Vries menciona un lugar donde reparaban sus barcos, que él llama Smits Vleye. Existe hoy en día un lugar en Nueva York con ese nombre, donde se ha construido un mercado llamado Fly Market». (Viejo manuscrito).

Existen pocos habitantes nativos de esta gran ciudad, creo, que siendo niños no formaran parte a pedrada limpia de los conocidos feudos de Broadway y Smith Fly, objeto de tantos romances de mercadillo y cancioncillas infantiles. [Editor]. <<

[53] Esta casa ha sido reparada en varias ocasiones y en la actualidad es una pequeña construcción de ladrillo amarillo ubicada en el número 23 de la calle Broad, de cuyo aguilón orientado hacia la calle surge un mástil de hierro en el que, hasta hace tres o cuatro años, ejercía de veleta un pequeño bote de pasajeros de hierro. <<

[54] El autor se refiere a la conocida como Government House, construida con la intención de alojar al presidente George Washington, algo que, con el traslado temporal del Gobierno federal a Filadelfia y el definitivo a Washington, nunca llegó a suceder. Tras disfrutar de distintos usos, entre ellos el de aduana, fue demolida en 1815. (*N. del T.*). <<

[55] El Consejo de Nombramientos (Council of Appointments) fue un órgano del Gobierno de Nueva York destinado a nombrar a los empleados cuya incorporación al ejercicio público no se explicitaba en la constitución estatal, entre ellos los jueces del Tribunal Supremo y los alcaldes de las localidades. Tras mucha controversia, el consejo desapareció en 1822. (*N. del T.*). <<

[56] Irving alude a la tradición conocida como *bundling*, en la cual, habitualmente como parte del cortejo, dos adolescentes pasaban juntos la noche en la cama, envueltos en sábanas distintas, con el objetivo de tener intimidad pero no relaciones sexuales, para lo que podía llegar a utilizarse una tabla a modo de separación. Si bien su popularidad fue descendiendo paulatinamente, llegó a practicarse hasta mediados del siglo XIX en ciertas áreas de Nueva Inglaterra. (N. del T.). <<

[57] «Irresoluto ante vastos asuntos del Estado y la ciudad su gran cabeza volcada pende».

Telecides sobre Pericles. <<

[58] La localidad de Wethersfield (Connecticut) fue muy famosa como mercado central del comercio de cebollas en la zona. Una variedad de cebolla morada continúa llevando su nombre. (*N. del T.*). <<

[59] Existe un claro paralelismo entre las medidas de presión económica de Kieft y las adoptadas por Thomas Jefferson a partir de 1806 contra Gran Bretaña, claves para la posterior Guerra Anglo-Estadounidense de 1812. De hecho, los lectores del momento encontraron gran similitud entre el personaje de Guillermo el Irascible y el tercer presidente de Estados Unidos, una crítica que el propio Irving matizaría en revisiones posteriores de la obra. (N. del T.). <<

[60] Este nombre aparece, claro está, escrito de modo incorrecto. En algún viejo manuscrito neerlandés de la época encontramos el nombre de Evert Duyckingh, sin lugar a dudas el desafortunado héroe al que se hace alusión. <<

[61] Col. doc. gub. Haz. <<

[62] En abril de 1806, el buque inglés *Leander*, que estaba bloqueando el puerto de Nueva York, disparó un cañón de alerta para detener a un mercante. El proyectil alcanzó el puerto y decapitó a John Pierce, tras lo que se sucedieron una serie de violentas protestas en la ciudad. (*N. del T.*). <<

[63] La ensayista escocesa Elizabeth Hamilton (1758-1816) recibió gran atención en su tiempo por sus obras de carácter pedagógico. (*N. del T.*). <<

[64] David Pieterszoon de Vries, en su *Reyze naer Nieuw Nederlandt onder het yaer 1640* menciona a un Corlear, trompetista del Fuerte Ámsterdam, que dio nombre al actual parque de Corlears Hook y es sin duda este mismo paladín descrito por el señor Knickerbocker. <<

[65] Los cañones cuáqueros son maderos pintados de negro que simulan ser armas y pretenden confundir al enemigo. Toman su nombre de la religión cuáquera, opuesta a todo tipo de violencia. (*N. del T.*). <<

[66] En funcionamiento durante la segunda mitad de 1653, el Parlamento de Barebone (que toma su nombre del entonces candidato a la alcaldía de Londres, Praise-God Barebone) supuso la asamblea previa a la toma de poder de Cromwell y el inicio del Protectorado. Con el listado de nombres de los rivales de Stoffel, Irving se burla de Nueva Inglaterra y de la costumbre de bautizar a los recién nacidos con nombres del Antiguo Testamento o de significado evidentemente religioso, que al combinarse con los apellidos ingleses producían resultados poco menos que humorísticos, como es el caso del propio Barebone (que podría traducirse por «Alabado sea Dios Limpio de polvo y paja») o de Preserved Fish (Pescado en Conserva), a cuyo nombre respondía un magnate neoyorquino del transporte naval coetáneo del autor. (*N. del T.*). <<

[67] Nuestro héroe entra en la ciudad a lomos de un *Narragansett Pacer*, cuyo nombre hace referencia directa a Nueva Inglaterra. Se trata de la primera raza equina desarrollada en Estados Unidos, si bien se encuentra ya extinta. (N. del T.). <<

[68] Este es uno de esos anacronismos triviales que suceden ocasionalmente a lo largo de esta historia por lo demás absolutamente verídica. ¿Cómo podrían falsificarse billetes de Manhattan si los bancos todavía eran desconocidos en este país y nuestros simples progenitores ni siquiera pudieron haber soñado con esas inagotables minas de *opulencia de papel*? [Aprend. de impr.]. <<

[69] Corrupción de Villa (o colina) de Varleth, así denominada por un tal Varleth que vivió sobre esa loma en los primeros días de la colonia. [Editor]. <<

[70] A inicios del siglo XIX se conoció en Estados Unidos como *tertium quids* (un término peyorativo que en latín significa «un tercer algo») a las diversas facciones del partido Demócrata-Republicano que alcanzaron acuerdos de coalición con sus rivales del Partido Federalista. (N. del T.). <<

[71] Col. doc. gub. Haz. <<

[72] Algunas de las cartas en latín de Wilhelmus Kieft se conservan en distintas colecciones de documentos oficiales. <<

[73] Los viejos bardos galeses creían que el rey Arturo no estaba muerto, sino que fue llevado por las hadas a algún lugar agradable, donde permanecería durante un tiempo para luego regresar y reinar con tan absoluta autoridad como siempre. [Hollingshed].

Los británicos suponen que aún ha de venir y conquistar toda Bretaña, pues esta es la cierta profecía de Merlín, quien dijo que su muerte sería dudosa, lo cual señaló para que los hombres en adelante tuvieran dudas y temieran por siempre, pues no sabrán si vive o pereció. [De Leew, *Crónicas*]. <<

[74] John Doe y Richard Roe fueron nombres utilizados en la tradición legal anglosajona para, con fines no siempre legítimos, cumplir con cuestiones técnicas propias de los procesos judiciales sin la participación de personas reales. (*N. del T.*).

<<

[75] Véanse las historias de los maestros Josselyn y Blome. <<

[76] Col. doc. gub. Haz. <<

[77] El apellido *Partridge* es traducible por *perdiz*. (N. del T.). <<

[78]

*Quum prorepserunt primis animalia terris,
Mutum ac turpe pecus, glandem atque cubilia propter,
Unguibus et pugnīs, dein fustibus, atque ita porro
Pugnabant armis, quae post fabricaverat usus.*

Horacio, *Sátiras*, lib. i., S. 3. <<

[79] El léxico con el que Irving se refiere a los invasores de Nueva Inglaterra recurre en diversas ocasiones a las referencias a los conocidos como *Moss-troopers*, bandidos y nacionalistas que a mediados del siglo XVII actuaron en la frontera entre Escocia e Inglaterra. (N. del T.). <<

[80] En una panorámica antigua de Nieuw Amsterdam realizada algunos años después de este periodo se ofrece una fiel representación de esta muralla, la cual avanzaba a lo largo de la calle Wall, así llamada en memoria de este magnífico baluarte. Una de las puertas de acceso, llamada Land-poort, o «puerta de tierra», se abría hacia Broadway, junto al lugar donde en la actualidad se levanta la iglesia de la Trinidad, mientras que otra, llamada Water-poort, o «puerta de agua», se encontraba en el lugar que ocupa la cafetería Tontine en la actualidad y se abría hacia Smits Vleye (o, como es conocida vulgarmente, Smith Fly), que por entonces era un valle pantanoso con una cala o ensenada que se extendía hasta lo que hoy conocemos como Maiden Lane. <<

[81] Col. doc. gub. Haz. <<

[82] Archivo de Nueva Plymouth. <<

[83] Cotton Mather, *Historia de Nueva Inglaterra*, lib. 6, cap. 7. <<

[84] En 1807, poco antes de la publicación de esta *Una historia de Nueva York*, se produjo la caída de un gran meteorito en Nueva Inglaterra, conocido como el meteorito de Weston, que alertó a la población de todo el noreste de Estados Unidos. (N. del T.). <<

[85] Balada «El dragón de Wantley». <<

[86] Irving modela a Von Poffenburgh a semejanza del general James Wilkinson (1757-1825), cuya dilatada carrera estuvo salpicada de escándalos (un ejemplo menor sería la innovadora normativa que obligaba a los soldados a cortarse el pelo) y tras su muerte se descubrió que había trabajado a sueldo de la corona española. (*N. del T.*).

<<

[87] En la conocida como Segunda Batalla de Copenhague (1807), Inglaterra atacó la ciudad sin previo aviso, tras lo que confiscó los barcos de guerra daneses para evitar que cayeran en manos de Napoleón. *(N. del T.)*. <<

[88] «[...] en cuanto amanecía,
para fuerte y poderoso hacerse,
seis tarros de cerveza bebía,
y un cuarto de aguardiente». <<

[89] Irving no se refiere en este caso al personaje real ni al cuento tradicional, sino a las obras *Die Spanier in Peru*, de August von Kotzebue, y *Tom Thumb*, de Henry Fielding, respectivamente. (N. del T.). <<

[90] El clérigo Hans Megapolensis, al abordar las regiones en torno a Albany en una carta que fue escrita algún tiempo después del asentamiento, señala: «Existe en el río gran cantidad de esturiones, los cuales no consumimos los cristianos, pero los indios devoran con avidez». <<

[91] Este era asimismo el sello oficial de Nuevos Países Bajos, como puede aún observarse en documentos de la época. <<

[92] Además de lo señalado en el manuscrito Stuyvesant, he hallado menciones a este ilustre terrateniente en otro documento, el cual señala: «*De Heer* (el señor) Michael Pauw, súbdito neerlandés, en torno al 10 de agosto de 1630 adquirió legalmente Staten Island. *Nota bene*: El mismo Michael Pauw poseía lo que los neerlandeses denominaban colonia en Pavonia, en la costa de Jersey situada frente a Nueva York. Como capataz de esta se nombró en 1636 a Cornelius van Vorst; una persona con el mismo nombre poseía Paulus Hook, una gran plantación de Pavonia en 1769, descendiente directo del mencionado Van Vorst». <<

[93] Así denominadas por la tribu india de los navesink que habitaba la región. En la actualidad son denominadas erróneamente Neversink o Neversunk (Nuncahundidas).

<<

[94] Irving juega con la homofonía del apellido neerlandés y el término inglés *damn* («maldecir»). (N. del T.). <<

[95] Es decir, la Bahía Serpenteante, que toma su nombre de la orografía de sus costas. Posteriormente los usos vulgares mutaron el nombre a Wallabout, la bahía que alberga nuestra recién nacida flota de guerra. <<

[96] Irving continúa con sus juegos de palabras: en inglés la palabra *nest* significa «nido». (N. del T.). <<

[97] En este caso, los colonos modificaron el nombre de la tribu india *sinck sinck* para denominar la zona, que acabó siendo conocida como Sing Sing, cuando en inglés *sing* significa «cantar». (N. del T.). <<

[98] En Sleepy Hollow situaría Irving posteriormente su famoso relato del caballero sin cabeza, incluido en su libro *The Sketch Book of Geoffrey Crayon*, inmediatamente posterior a *Una historia de Nueva York*. (N. del T.). <<

[99] A tan afamada estirpe pertenecería Rip van Winkle, el protagonista del relato homónimo que, junto con *La leyenda de Sleepy Hollow*, convertiría a Washington Irving en el primer escritor estadounidense cuya producción pasó a formar parte del acervo popular. El autor bromea con el apellido familiar, pues *wink* significa «guiñar» en inglés. (N. del T.). <<

[100] Israel Putnam (1718-1790) pasó a formar parte de toda una tradición de leyendas populares tras el heroísmo demostrado en la batalla de Bunker Hill (1775), que, pese a ser ganada por los británicos, supuso un aldabonazo para la moral de las tropas estadounidenses. (*N. del T.*). <<

[101] De Vriez menciona en uno de sus viajes Corlears Hoek, así como Corlears Plantagie o Bouwery; todo ello en fecha anterior a la ofrecida por el señor Knickerbocker. De Vriez muestra, sin duda, una ligera incorrección en este sentido. [Editor]. <<

[102] Firmado en agosto de 1808, el Convenio de Sintra supuso el fin de la primera invasión francesa de Portugal tras un acuerdo entre franceses y británicos. Los derrotados franceses pudieron abandonar Portugal a bordo de la flota británica (sin tener que atravesar España, en plena guerra de Independencia), por lo que el acuerdo resultó muy beneficioso para sus intereses (de hecho, volverían a invadir Portugal un año más tarde). La población británica consideró el acuerdo una humillación y los generales implicados en la negociación acabaron siendo sometidos a la justicia. (*N. del T.*). <<

[103] Pedro I de Rusia (1672-1725) pasó varios meses en los Países Bajos, donde, entre otras actividades, aprendió de primera mano el funcionamiento de industrias tradicionales como los astilleros. *(N. del T.)*. <<

[104] La formidable fortaleza y metrópolis a la que alude el señor Knickerbocker es en la actualidad una floreciente población llamada Christiana, a unos sesenta kilómetros de Filadelfia en la ruta hacia Baltimore. [Editor]. <<

[105] Considerada una de las más influyentes en el mundo anglosajón, la revista *Edinburgh Review* se distinguió por su crítica a cierta poesía romántica y a autores como Wordsworth. Su tercera etapa, la más relevante, se extendió entre 1802 y 1929. (N. del T.). <<

[106] Muy pocos años antes de la publicación de esta *Una historia de Nueva York* creó Napoleón los batallones de infantería de los *voltigeurs*, cuya denominación es traducible por «acróbatas» o «saltadores», que es precisamente el significado de *hopper* en inglés. (N. del T.). <<

[107] El castillo, aunque muy alterado y modernizado, continúa existiendo y se sitúa en la esquina de la calle Pearl, frente a Coenties Slip. <<

[108] Irving bromea con la pronunciación de *big* («grande») de los neerlandeses, que pronunciarían *pig* («cerdo»). (N. del T.). <<

[109] En un trabajo publicado muchos años después de los tiempos que el señor Knickerbocker aborda (en 1701, por C. W. A. M.), se señala: «Frederick Philips era considerado el *mynheer* más acaudalado de Nueva York, de quien se decía que contaba con *pipas y más pipas de dinero indio o abalorios* y tenía un hijo y una hija que, en consonancia con la costumbre neerlandesa, habían de dividírselas a partes iguales». [Editor]. <<

[110] Encontramos muy curiosas y sorprendentes descripciones de estas extrañas gentes (que sin duda eran los antepasados de los actuales habitantes de Maryland) realizadas por el maestro Hariot en su interesante historia: «Los Susquesahannos — observa— son un pueblo de gigantes, extraños por su proporción, su comportamiento y su vestimenta. Su voz resuena como si estuvieran en una cueva, sus pipas de tabaco miden más de medio metro y en el extremo mayor aparece tallado un pájaro, un oso u otro elemento de tamaño suficiente para saltarle los sesos a un caballo (¡y cuántos son los asnos cuyos cerebros acaban por los suelos, o más bien cuántos cerebros humanos desaparecen ahumados y son sustituidos por cerebros de asnos a causa de nuestras pipas menores!). La pantorrilla de una de sus piernas mide en torno a medio metro, el resto de sus miembros son proporcionales».

Diario del maestro Hariot, en *Purch. Pil.* <<

[¹¹¹] Este Luyck era asimismo rector de la escuela de latín de Nieuw Nederlandts en 1663. Existen dos piezas en verso adscritas a Aegidius Luyck en el manuscrito poético de D. Selyn, tras su matrimonio con Judith van Isendoorn. [Antiguo manuscrito]. <<

[112] Conocido en la actualidad como Bloomingdale, a unos seis kilómetros de Nueva York. <<

[113] Para conocer algunos detalles de esta negociación, véase la colección de documentación oficial de Hazard. Es singular que Smith guarde un silencio absoluto en relación con la memorable expedición de Pieter Stuyvesant descrita por el señor Knickerbocker. [Editor]. <<

[114] Corrupción de Top-paun; así denominada por una tribu de indios que se enorgullecía de contar con 150 guerreros. Ver Ogilby. [Editor]. <<

[115] *Historia de Nueva York*, de Smith. <<

[116] A partir de la última década del siglo xvii se inicia en Estados Unidos, con especial relevancia en el estado de Nueva York, el conocido como Segundo Gran Despertar, un proceso de resurgimiento religioso de carácter cristiano fundamentado en una fuerte actividad evangelizadora y que contenía en su seno teorías de carácter milenarista. (*N. del T.*). <<

[117] El 1 de abril los países anglosajones celebran el April Fool's Day, fiesta dedicada a las bromas al modo del día de los Santos Inocentes. (*N. del T.*). <<

[118] El almirante holandés Michiel de Ruyter (1607-1676) logró varias victorias de relevancia para la armada neerlandesa, algunas de ellas junto a Tromp. Tras ascender por el Támesis y obligar a firmar a Londres la Paz de Breda, murió en la costa siciliana combatiendo contra Francia. (*N. del T.*). <<

[119] A modo de prefacio, Washington Irving incluyó el presente texto en la edición revisada de 1848. (*N. del T.*). <<

[120] *Hamlet*, acto V, escena II. La traducción corresponde a la realizada por Guillermo Macpherson para Mestas Ediciones. (N. del T.). <<